



Walter Scott

Historia de los  
Demonios y de  
las Brujas

**E** LEJANDRIA

HISTORIA  
DE  
**LOS DEMONIOS**  
Y DE  
**LAS BRUJAS**

POR  
SIR WALTER SCOTT



BARCELONA

LIBRERÍA DE D. JUAN OLIVERES. EDITOR, IMPRESOR DE S. M.  
57, calle de Escudillers, 57

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# **HISTORIA DE LOS DEMONIOS Y DE LAS BRUJAS**

**WALTER SCOTT**

**PUBLICADO: 1830**

**FUENTE: BIBLIOTECA HISPÁNICA DE LA BNE**

**EDICIÓN: JUAN OLIVERES, BARCELONA, ENTRE 1870 Y  
1880**

# ÍNDICE

1. [Cubierta](#)
2. [Portada](#)
3. [Preliminares](#)
4. [Historia de los demonios y de las brujas](#)

## 5. DOS PALABRAS

6. Capítulo PRIMERO DE LA HECHICERÍA. — ALUCINACION DE  
LOS SENTIDOS.

7. Capítulo II DE CÓMO ERA CONSIDERADA LA BRUJERÍA EN LA ANTIGÜEDAD.

8. Capítulo III LA BRUJERÍA EN EL NORTE DE EUROPA.

9. [Capítulo IV LAS HADAS.](#)

10. Capítulo V SUPERSTICION EN ESCOCIA ACERCA DE LAS HADAS.

11. Capítulo VI DIVERSIDAD DE OPINIONES RESPECTO DE LAS BRUJAS.

12. Capítulo VII PERSECUCIONES CONTRA LAS BRUJAS Y LOS HECHICEROS.

13. Capítulo VIII EJECUCIONES Y CASTIGOS IMPUESTOS Á LAS BRUJAS.

14. Capítulo IX ACUSACIONES DE BRUJERÍA. — ÚLTIMA  
EJECUCION POR RAZON DE HECHICERÍA.

15. [CAPITULO X ASTROLOGOS Y APARECIDOS](#)

## DOS PALABRAS

Querido amigo mio: Me aconsejasteis que escribiera un Capítulo de la historia de la naturaleza humana, para insertar en la Biblioteca de Familia. Verdad es que la creciente civilización de todos los pueblos cultos la ha hecho casi de todo punto desaparecer; pero también lo es que tamaño asunto ha excitado una atención nada común en los antiguos tiempos de sus anales.

Mucho he leído en mi juventud, y no tiene duda que mis lecturas me han inducido á hacer viajes bastante largos A las lúgubres regiones de los estudios supersticiosos. No pocas horas he perdido en examinar relaciones de esta naturaleza, así antiguas como modernas, y hasta en leer alguno de aquellos procesos criminales, tan frecuentes algún dia, relativos á un asunto que nuestros padres consideraban de la mayor importancia. Los curiosísimos extractos que publicó hace algunos años M. Pitcairn, sacados de los archivos criminales de Escocia, fuera de su valor histórico, dan á conocer tan palpablemente la credulidad de nuestros mayores, que, al leerlos, no he podido ménos de traer á mi memoria cuanto había leído y pensado sobre semejante asunto en una época anterior.

Como yo no he hecho más que acopiar opúsculos, sin que jamas haya sido mi intento combatir los sistemas de mis predecesores en esta carrera, ni establecer otro nuevo, me he propuesto, en virtud de algunas observaciones sobre la hechicería, concretarme á la relación de algunos hechos notables y á las observaciones que generalmente sugieren. Tengo para mi que semejante plan es más conducente al siglo actual, que una tentativa cualquiera para resumir el contenido

de muchos centenares de volúmenes de todos tamaños, compendio que, por reducido que fuese, sería sobrado prolijo para no apurar la paciencia del lector.

Algunas observaciones generales sobre la hechicería y la primera causa de la creencia casi universal en un comercio entre los mortales y los seres dotados de un poder sobrehumano y de una naturaleza á que no alcanzan los sentidos del hombre, son una introducción necesaria a este asunto.

Walter Scott.

# **CAPÍTULO I**

## **DE LA HECHICERÍA**

### **ALUCINACION DE LOS SENTIDOS**

Origen de las opiniones generales sobre la hechicería entre los hombres. — La creencia general, ó como puede decirse, universal de los habitantes de la tierra en la existencia de espíritus libres de las trabas y de las enfermedades del cuerpo, está basada en ese sentimiento íntimo de la divinidad que habla á nuestros corazones y que demuestra á todos los hombres, aparte el corto número de los que no oyen esa voz celestial, que existe en nosotros una porción de la sustancia divina no sujeta á las leyes de la muerte y de la disolución; pero que irá á buscar su puesto cual centinela relevado, cuando el cuerpo no le ofrezca un asilo conveniente. Sin el auxilio de la revelación, no puede esperarse que la razón puramente humana se halle en estado de formar conjeturas precisas y razonables sobre la suerte que cabe al alma separada del cuerpo; pero la convicción de que existe una esencia indestructible, y la creencia expresada por el poeta en opuesto sentido, non omnis morior, inducen á presumir la existencia de muchos millones de almas que no han sido aniquiladas aunque hayan degenerado en invisibles para los mortales que ni ven, ni oyen ni experimentan sensación ninguna, como no

sea por medio de los imperfectos órganos de la humanidad. La probabilidad puede inducir á algunas almas meditabundas á prever un estado futuro de recompensa ó de castigo, bien como los que han adquirido alguna experiencia en la instrucción de los sordos y de los mudos conocen que sus alumnos, siquiera antes de haber recibido alguna instrucción por los medios regulares, se han hallado en estado de formarse idea de la existencia de un Dios y de la distinción entre el alma y el cuerpo, sin otro auxilio que el de sus propias conjeturas. Esta circunstancia prueba que tamañas verdades se encuentran naturalmente en el entendimiento humano; pero semejante principio enseñado y comunicado conduce á otras conclusiones.

La creencia en la inmortalidad del alma induce principalmente á creer en la probabilidad de las apariciones. — Supuesta la existencia de estos espíritus separados del cuerpo, puede suponerse también que no son indiferentes á los negocios humanos, y puede que no dejen de ejercer alguna influencia sobre ellos. Verdad es que el filósofo puede negar la posibilidad de la aparición de un alma separada del cuerpo, como no se trate de un milagro, porque siendo un milagro una suspensión de las leyes de la naturaleza, verificada directamente por el eterno Autor de estas, leyes, nadie puede oponer límites ni restricciones. Mas si no esta excepción y estos límites indispensables, pueden pretender los filósofos con alguna razón, que una vez el alma se ha separado del cuerpo, pierde todas las cualidades que hacían su existencia visible ó sensible á las facultades humanas. Con todo, estas dudas excépticas de los filósofos sobre la posibilidad de la aparición de las almas separadas del cuerpo, no se presentan hasta que asoma la aurora de los conocimientos para ilustrar hasta cierto punto un país; y áim entonces sólo se encuentran en un número insignificante de los individuos de la sociedad más reflexivos é instruidos que los demas.

El pueblo ignorante no alcanza las objeciones de la filosofía contra la aparición de un alma despojada del cuerpo. — La indudable verdad de que existen al rededor de nosotros y áun entre nosotros tantos millones de almas, parece á la multitud suficiente para

corroborarla creencia de que tales almas pueden en ciertos casos al ménos entrar en comercio con el género humano. La mayor parte de los hombres no alcanza que el alma de un difunto existe sin poder tomar la forma exterior que tenía durante su vida, y no extienden más allá sus investigaciones.

Pasiones naturales á la humanidad que hacen desear ó temer las apariciones sobrenaturales. — En la vida privada ó pública se puede experimentar un sentimiento de entusiasmo que parece demostrar por el testimonio de la vista un comercio entre la tierra y el mundo superior. El hijo privado recientemente de su padre, ve acercarse una crisis en que desearla valerse de los consejos de su experiencia; un viudo desea vivamente ver de nuevo á la de quien le ha separado la tumba para siempre; y para citar un ejemplo más siniestro, aunque muy común, el miserable que ha empapado sus manos en la sangre de sus semejantes, se siente perseguido por el miedo de que el fantasma del asesinado aparezca al pié del lecho de su asesino. En todos estos casos, ¿quién puede dudar de que la imaginación, á favor de las circunstancias, tiene el poder de evocar ante los órganos de la vista los espectros que sólo existen en la idea de los que parecen testigos de su aparición?

El ensueño presenta, muchas. — Si añadimos que una aparición semejante puede tener lugar en el curso de uno de esos ensueños animados en los cuales el que duerme, aunque preocupado de una visión que obra fuertemente en su ánimo, está advertido por los sentidos de la presencia de los objetos reales que le circundan, — género de ensueño bastante común, —si experimenta el sentimiento íntimo deque está tendido en la cama, por ejemplo, y rodeado de los muebles que le son familiares en el acto en que se le muestra la pretendida aparición, es casi inútil razonar con el visionario para probarle que su ensueño no tiene nada de real, por cuanto que el espectro, bien que del todo imaginario, está circuido de muchas circunstancias que siente ser incontestables. Lo que no tiene duda ninguna, es en cierto modo una garantía de la verdad de la aparición de que sin esto hubiese dudado. Y si acontece que haya ocurrido algún suceso que coincida con la naturaleza y el tiempo de la

aparición, como la muerte de la persona con quien se ha soñado, debe de ser frecuente, puesto que nuestros ensueños tienen de ordinario relación con el cumplimiento de lo que ocupa nuestra fantasía cuando estamos despiertos, y nos presagian muchas veces los acaecimientos más probables, parece perfecta, y la concatenación de las circunstancias que constituyen la prueba puede considerarse no sin fundamento como completa. Esta concatenación debe tener lugar con mucha frecuencia, según hemos dicho, atendidos los elementos de que se forman los ensueños, y cuán natural es que ofrezcan á nuestra fantasía lo que nos ocupa cuando estamos despiertos; así, cuando un soldado se halla expuesto á la muerte en tiempo de guerra, cuando un marinero arrostra los peligros de la mar, cuando una mujer ó un padre á quien idolatramos, se ven atacados de una enfermedad grave, nuestra imaginación, estando dormidos, propende sobremanera á ocuparse en la desgracia cuyo presentimiento nos ponía grima cuando despiertos. Grande ha sido en todos tiempos el número de los ejemplos que se han referido de esos ensueños animados y que se han considerado como un comercio verdadero con las almas; pero muy más considerable es todavía en los siglos de ignorancia, en que tan mal se comprende la causa natural de los ensueños, como que se confunde con ideas místicas. Sin embargo, si se toman en consideración los miles de ensueños que se presentan á la imaginación de los hombres, el número de las coincidencias entre la visión y el suceso verdadero, es menos considerable de lo que podríamos esperar de un cálculo imparcial. Pero en los países en que los ensueños que predicen el porvenir son un objeto de atención, el número de los que parecen corroborados por los sucesos ulteriores es harto considerable para propagar una creencia general en un comercio verdadero entre los vivos y los muertos.

Historia del sonambulismo. — El sonambulismo y otras ilusiones nocturnas contribuyen mucho á formar los fantasmas que se nos presentan cuando el cuerpo se halla sumido en aquella situación que participa del sueño de la vigilia, Un sugeto muy respetable, que mandara por mucho tiempo una embarcación mercante que en parte

le pertenecía, ha dado cuenta al autor de un hecho semejante que pasó á su vista. Estaba anclado en el Tajo, cuando el suceso siguiente y las consecuencias que podía acarrear le infundieron muchas inquietudes y recelos. Un portugués asesinó á un individuo de su tripulación, y al momento se difundió la noticia de que el alma del difunto se hallaba ó bordo. Como la mayor parte de los marinos es supersticiosa, los individuos de la tripulación del buque de mi amigo mostraron repugnancia á quedar á bordo, y se tuvo por muy probable que preferirían desertar á volverse á Inglaterra con un alma por pasajero. Deseando prevenir tamaña desgracia, el capitán S''' resolvió indagar la verdad, y descubrió, que si bien pretendían todos haber visto luces, escuchado algún ruido, etc., toda la historia se fundaba en la declaración de uno de sus tenientes, irlandés y católico, circunstancias que podían aumentar sus tendencias á la superstición, pero siendo por lo demás hombre muy serio, muy honrado y muy sensato, no tenia razón alguna que pudiese inducirle á engañar á sabiendas al capitán. Aseguró, pues, solemnemente al espitan S\*'' que todas las noches se le aparecía el espectro del difunto, le obligaba á dejar el cargo que desempeñaba en el buque, y según sus mismas expresiones, le hacia morir á fuego lento. Hizo esta relación con cierto horror que corroboraba la realidad de su peligro y de sus temores. El capitán, sin entrar por entonces en discusiones, resolvió acechar durante la noche los movimientos de aquel hombre que veía un alma, mas no tengo bien presente si me dijo que lo hizo sólo ó con un testigo. En cuanto el reloj del buque dió las doce de la noche, levantóse de golpe el señor durmiente conturbado y despavorido, encendió una vela y se dirigió á la cocina de la embarcación, donde se sentó con los ojos abiertos y fijos en el cual si fuese algún objeto muy horroroso; y aunque le veía con terror, no podía apartar de él sus miradas. Unos instantes después se levantó, lomó una garrafa» la llenó de agua con sal, hablándose á sí mismo en voz baja, y roció con ella toda la cocina. Por último, lanzó un profundo suspiro, como quien se descarga de un fardo muy pesado, y volviendo ó su cama durmió tranquilamente. Al otro día por la mañana, el visionario contó al capitán la historia exacta de la aparición, añadiendo la circunstancia de que el alma le había llevado

á la cocina; pero que habiéndose afortunadamente procurado agua bendita, sin saber cómo, consiguiera librarse de tan importuna visita. Explicóle entonces el capitán lo que había realmente ocurrido durante la noche, añadiendo algunos pormenores que lo manifestaron haber sido víctima de su imaginación. No pudo menos de reconocer la verdad de los racionios del capitán, y una vez demostrada la ilusión, como acostumbra á suceder en semejantes casos, no se pensó más en el ensueño. Ve mos en este ejemplo la influencia de la imaginación excitada sobre los sentidos, que estando medio despiertos, conservaban hasta inteligencia para hacer sentir al visionario el sitio donde se encontraba, y sobrado poco para ponerle en estado de juzgar los objetos que tenia delante.

La contagiosa influencia de la credulidad hace que se dé fé á las relaciones ajenas, más bien que al testimonio de los propios sentidos. Sin embargo, la imaginación se halla dispuesta á acoger quimeras ó apariciones nocturnas, no sólo en la vida privada, ó en esta situación del alma que hacen degenerar en melancolía las tristes aprensiones sobre el porvenir, sino también en medio del día. Un estado de ansiedad viva y de grande efervescencia hace que alguna se llene igualmente de la idea de un comercio sobrenatural. La espectacion de una batalla dudosa, la incertidumbre del resultado que podrá tener, y la convicción íntima de que debía decidir de su destino como del de su patria, fueron asaz poderosas para evocar á la vista inquieta de Bruto el espectro de su amigo César á quien asesinara, y cuya muerte le parecía acaso ya menos disculpable que por los idus de marzo; como que en vez de asegurar la libertad de Roma, no hiciera más que reproducir las guerras civiles que amagaban aniquilar de todo punto la libertad. Así no es maravilla de que el alma varonil de Marco Bruto, en medio de las tinieblas y de la soledad, desgarrada probablemente por el recuerdo de las gracias y los favores que recibiera del grande hombre á quien había asesinado para vengar los agravios hechos á su país, le hubiese puesto delante la aparición que decía ser su mal genio y que le prometiese verle de nuevo en Philippos. Las propias intenciones de Bruto, y los conocimientos que tenia en el arte militar, le indujeron

probablemente á conjeturar desde largo tiempo que la guerra civil debía decidirse en aquel punto ó en sus cercanías, y suponiendo que su imaginación le alucinó hasta el punto de hacerle creer que confabulara con el espectro nada hay en su historia no considerarse como un ensueño animado que en el estado de absorción en que Bruto se encontraba, podía casi alcanzar el grado de ilusión que producen los ensueños ordinarios. No es difícil concebir que Bruto imbuido en los principios de los platónicos, podía estar dispuesto a llenarse, sin concebir duda ninguna, de la idea de que Babia visto una verdadera aparición, sin que le fuere dado discurrir sobre aquella supuesta visión. Es también muy natural sus contemporáneos no creyeran necesario, para juzgar del testimonio de un hombre tan distinguido, recurrir á un eximen severo que mbiesen debido aplicar á cualquiera otra persona y en una ocasión menos importante, mas que nadie sino él hubiese visto el espectro.

Aun por esto y en el campo de la muerte, y en medio del tumulto de un combate terrrde, cuya fuerte creencia ha obrado precisamente las maravillas que acabamos de citar como sucedidas en las tinieblas y en la soledad, y los que se han visto en los umbrales mismos del mundo de los espíritus ocupados en mandar semejantes á aquellas regiones tenebrosas, han creído ver muchas veces la aparición de esos seres cuya idea asociaba ron semejantes escenas su mitología nacional. En una batalla indecisa y en medio de la violencia del estruendo y del movimiento inherente á esta situación, creían los antiguos ver sus dioses Castor y Pólux combatiendo en la vanguardia para infundirlos valor; los paganos escandinavos veían los seres á quien juzgaban elegir los que debían perecer; y los católicos reconocieron también al belicoso San Jorge y al valiente Santiago en las primeras filas de los combatientes señalándoles el camino de la victoria. Como semejantes apariciones en general estaban visibles para una multitud considerable, de ahí que en todos tiempos han sido acreditados por un gran número de testigos unánimes. Cuando el sentimiento común del peligro y el impulso de un entusiasmo muy fogoso, obran de concierto sobre las sensaciones de un gran número de hombres, sus espíritus tienen

una simpatía natural unos con otros, bien así como los instrumentos de cuerda, que cuando están templados sobre el mismo tono, si se toca uno, producen los demás una vibración unisona con los sonidos causados por el primero. Si un hombre artificioso ó entusiasta exclama en el calor del combate que está viendo una de esas apariciones novelescas de que acabamos de hablar, sus compañeros se llenan á competencia de esta idea, y la mayor parte prefiere renunciar á la convicción de sus propios sentidos á negar que ha visto aquel emblema propicio que infunde la esperanza en todas las filas; un guerrero recibe de otro esta idea, todos aseveran la verdad del milagro, y se gana la batalla antes que se haya venido en conocimiento del error. En este caso, el número de testigos que en otras circunstancias conduciría á descubrir la impostura, le da todavía una base más sólida y consistente.

Podemos tomarnos la libertad de citar dos ejemplos palpables de esta disposición á creer ver el prodigio sobrenatural que ven los demás, ó en otros términos, á fiarse en los demás con preferencia á los propios.

Ejemplos sacados de la Historia verdadera de Vernal Díaz del Castillo y de las obras de Patricio Walker. — El primero es sacado de la Historia Verdadera de Bernal Díaz del Castillo, uno de los compañeros del célebre Cortés en su conquista de Méjico. Después de haber dado cuenta de una gran victoria alcanzada sobre la superioridad numérica, refiere el hecho mencionado en la crónica contemporánea de Gomera, de que Santiago, montado en un caballo blanco, se mostró á los combatientes y llevó á la victoria á sus amados españoles. Es de notar la convicción íntima del caballero castellano de que esta noticia nació de un error cuya causa explica, en tanto que no se "atreve á negar el milagro. El buen conquistador confiesa que él no vió por sus propios ojos aquella visión: pero dice que vió un caballero llamado Francisco de Mola, montado en un caballo castaño, combatiendo heroicamente en el punto en que decían haberse aparecido el santo, y en vez de sacar de esto la conclusión natural, exclama: «Pecador de mí, ¡quién soy yo para ser admitido al favor de ver al bienaventurado apóstol! ».

El otro ejemplo del carácter contagioso de la superstición se encuentra en una obra escocesa; pero casi no tiene duda que este hecho ha tomado su origen de alguna aparición extraordinaria de la aurora boreal, que parece no se había visto en Escocia con bastante frecuencia, ántes del siglo XVIII, para considerarla como un fenómeno atmosférico natural. El caso es curioso y chocante por demas, como el que lo cuenta, que es un tal Patricio Walker; era un hombre muy fidedigno, pero muy entusiasta, y no dice que hubiese visto por sus propios ojos las maravillas cuya realidad asegura sin escrúpulo. La conversión del excéptico de quien habla es un argumento irrecusable de la credulidad popular llevada basta el entusiasmo ú la impostura, en virtud del testimonio de los que le rodeaban, y demuestra al propio tiempo cuán poca fé debe tenerse en este testimonio general, y cuán fácil es de obtener, puesto que la agitación general del momento induce á los espectadores más juiciosos y sensatos á adoptar las ideas y repetir las exclamaciones de la mayoría, que en el caso en cuestión considerara ya desde el principio aquel fenómeno celeste como producido por una batalla sobrenatural, signo y presagio dé futuras guerras civiles.

« En 1686, por los meses de junio y de julio, dice el buen cronista, se reunió por espacio de muchas noches un gran número de personas en las cercanías de Crossford Boat, dos millas más abajo de Lañarle, y particularmente en Maine sobre el Clyde, como pueden aseverarlo muchas personas que aún viven. Cala una lluvia de gorros, de sombreros, de fusiles y de sables que cubrían los árboles y la tierra; veíanse compañías enteras de hombres armados marchando en buen orden á orillas del rio, y otras compañías que cruzándose mutuamente caían en tierra y desaparecían. A estas compañías sucedian inmediatamente otras que marchaban de la misma manera; y como yo hubiese ido á aquel sitio por espacio de tres noches consecutivas, noté que las dos terceras partes de los espectadores vela el prodigio y la tercera restante no lo veía. Verdad es que yo no acertaba á ver nada, mas era la! el terror que reinaba entre los que veian, que podían muy bien observarlos los mismos que no veian. Tenia á mi lado un hombre que estaba en pié y

hablaba como hablan muchos diciendo: « ¡es junta de brujos y de brujas ¡que me maten si veo nada de lo que suponen! » Y al momento se verificó en su fisonomía una mudanza muy singular. Con ser tan grande el miedo y el terror que allí reinaban, exclamó: « Vosotros los que no veis, no digáis lo contrario, porque es muy cierto, y cualquiera puede verlo, como no esté completamente ciego.» Y los que veían decían qué gatillos tenían los fusiles, su longitud y su calibre; qué puños tenían los sables, si eran pequeños ó al modo de los montañeses; cómo remataban los gorros y si eran negros ó azules. Y los que vieron aquel prodigio, cuando hacían un viaje, velan caer á su paso un gorro y un sable [\[1\]](#)

Este fenómeno singular en que creyó toda una multitud, aunque sólo las dos terceras partes vieron lo que hubiese debido estar visible para todos á ser verdadero el prodigio, puede compararse ó la hazaña de un bufón, que habiéndose plantado en actitud de admiración con la vista fija en el león de bronce tan conocido que adorna la fachada de Northumberland-House en el Strand, llamó la atención de los transeúntes y exclamó: «¡Calle! ¡y menéala cola! ¡y todavía la menea!» y con esto consiguió que en pocos minutos se llenara la calle de un inmenso gentío. Algunos se imaginaron haber visto realmente al león de Perey meneando la cola, y los otros estuvieron aguardando inútilmente á ver el mismo fenómeno.

La prueba aparente de un comercio con el mundo sobrenatural deriva á veces de la alteración de los órganos. — En todos los casos hasta aquí mencionados hemos supuesto que el que veía un alma estaba en plena posesión de sus facultades intelectuales, sino es que se haya tratado de algún delirante en quien estuvieran alteradas momentáneamente durante el sueño, y en quien se hubiese hecho más difícil la posibilidad de corregir los extravíos de la imaginación en razón de no poder apelar al testimonio de los sentidos. En todos estos casos se supone que el individuo se hallaba sano, que su sangre no estaba más agitada que de ordinario, y que conservaba la facultad de cerciorarse por el testimonio de la vista, de la realidad de los objetos vecinos. Es constante, sin embargo, que existe más de

una enfermedad conocida de los médicos, entre cuyos síntomas hay uno muy importante, y es cierta propensión á ver visiones.

Diferencia enlre esta enfermedad y la demencia, en la que conservan los órganos sus funciones, mas que hayan dejado de obrar las del alma. — Esta enfermedad funesta no es propiamente la demencia, que es la más horrible de todas, pero se le parece bastante, y en ciertas constituciones puede acarrearla. Su sola diferencia en mi concepto consiste en que en los casos de demencia el alma del enfermo está dañada, de forma que el sistema orgánico o los sentidos ofrecen vanamente su testimonio positivo contra las ilusiones de una imaginación desarreglada. Acaso la naturaleza deesa colisión entre un cerebro en delirio y los órganos de los sentidos que conserven su precisión ordinaria no puede explicarse mejor que por el ejemplo de un demente detenido en el hospital de Edimburgo.

Revolución de los sentidos de un hombre en demencia contra el curso de sus ensueños. — La enfermedad de este buen hombre había tomado un giro jovial. A sujuicio la casa le pertenecía y explicaba a maravilla todo lo que parecía contradictorio con su pretendido derecho de propiedad. Verdad es que contenía muchos enfermos, pero era por efecto do su natural bondad. Salía poco ó nunca, pero tenia costumbres domésticas y sedentarias. No veía mucha gente, pero cada dia era visitado por los hombres más sobresalientes del colegio de medicina de aquella ciudad, y por consiguiente no podia carecer de compañía. Cercado de tantas diversiones supuestas y de tantas visiones de opulencia y de esplendor, sólo una cosa alteraba la tranquilidad del ánimo del pobre optimista. « Tengo, decía mi paladar muy delicado, elijo los mejores cocineros; doy todos los días una comida de tres platos sin contar los postres, y sin embargo, todo cuanto como sabe á porridge.» Este enigma no era difícil de explicar para el amigo á quien se quejaba el pobre insensato, como que no ignoraba que en todas las comidas sólo servían al enfermo este simple alimento. La cosa no podía ser más natural: la enfermedad era efecto de la sobrada vivacidad de la imaginación del enfermo, que en otros casos se dejaba alucinar, pero

que no era bastante fuerte para resistir á las francas representaciones de su paladar y de su gusto que, como los hermanos de lord Pater en el en el cuento de Tonel, se indignaban al ver que querían servirles una papilla de harina de avena en lugar de un banquete tal como lo hubiese preparado á tener algunos para convidados. Es este un ejemplo de demencia verdadera, en el cual el sentido del gusto redamo contra la hipótesis ideal adoptada por una imaginación desarreglada y probó á demostrar su falsedad.

Ejemplos de contraria naturaleza, en los que el testimonio de la vista se sobrepuso á la convicción del entendimiento. — Pero la enfermedad á que hice alusión es de un carácter enteramente corporal v causada principalmente por una alteración de los órganos visuales que presentan al enfermo espectros y apariciones sin existencia real; es una enfermedad de la misma naturaleza que la que pone á ciertas personas incapaces de distinguir los colores, solamente que el enfermo va más lejos aún, como que da á los objetos externos una forma que no les pertenece. Esta situación difiere, pues, totalmente de la demencia, puesto que lejos de ser que el entendimiento, ó mejor la imaginación, haga lomar en cuenta el testimonio de los sentidos, el sentido de la vista ó del oido presenta ideas falsas á un entendimiento sano.

Muchos médicos sabios que han aseverado la existencia de esta enfermedad cruel, están de acuerdo sobre este punto y dicen que es ocasionada por diferentes causas. La más común está en la disipación é intemperancia de los quedándose de continuos la embriaguez, se ven sujetos á lo que llaman vulgarmente flatos; y los que han pasado una parte de su vida en alguna sociedad aficionada en demasía á los placeres de la mesa, pueden haber visto ejemplos de esta enfermedad moral. A las alegres visiones que sugiere la embriaguez cuando se empieza á contraer el hábito de emborracharse, suceden á poco escenas é impresiones terribles que destruyen la tranquilidad de la victima de la intemperancia. En la soledad y áun en las horas mismas que concede á la sociedad, le persiguen las apariciones más espantosas, y cuando por una mudanza de costumbres el entendimiento se ve libre de aquellos

síntomas crueles, la más leve renovación de las mismas ideas basta para restituir al bebedor arrepentido todo el sentimiento de sus miserias.

Ejemplo de un hombre de mundo en Londres; de Nicolaii, librero y filósofo alemán; de un enfermo del doctor Gregorys; de un célebre jurisconsulto escocés. —Un sugeto muy conocido del individuo en cuestión me citó el ejemplo siguiente; Un joven acaudalado que se había dado á los placeres hasta el punto de comprometer su fortuna y su salud, se vió forzado á consultar un médico sobre los medios más conducentes para restablecer al menos la segunda. Uno de los síntomas principales de que se quejaba era el tener frecuentemente á la vista un grupo de fantasmas vestidos de verde, que ejecutaban un baile singular en su salón, y de cuya existencia no podía menos de dar fé, mas que supiese á pesar suyo que sólo estaba en su imaginación. Dijole el médico que habla llevado sobrado tiempo la vida de ciudadano para no tener necesidad de adoptar otra más sana y más conforme á la naturaleza. Por tanto le prescribió un régimen suave y le recomendó sobremanera que se retirase á su casa de campo, viviese con templanza, se acostase y levantase temprano hiciese un ejercicio regular y procurase no fatigarse demasiado, asegurándole que de este modo podría dar ai traste con los fantasmas verdes ó azules, negros ó blancos, y con todas sus ilusiones. Siguió el jóven este dictámen y no tuvo que arrepentirse. Al cabo de un mes escribió á su médico una carta en que le daba las gracias por sus consejos, participándole al propio tiempo el buen éxito del régimen que le prescribiera. Habian desaparecido los fantasmas verdes como las penosas emociones que ocasionaran sus visitas. Dió orden para que vendiesen la casa que poseía en la ciudad y le remitiesen todo el ajuar á su torre casa de campo por haber resuelto pasar en ella el resto de su vida, sin exponerse más á las tentaciones de la capital. Acertado pudo parecer este proyecto para asegurar su salud- pero ¡ah! en cuanto hubo arreglado en la galería de su casa de campo los muebles de su salón de Londres, se le reprodujo su antigua ilusión en toda su fuerza. Volvieron á aparecérselle las bailarinas verdes cuya idea asociara por tanto

tiempo con la de aquel ajuar la desarreglada imaginación de! enfermo, bailando, cabrioleando y exclamando con alborozo, cual si su vista fuese muy satisfactoria para el enfermo.- « ¡ Aquí estamos, aquí estamos todas ! » Si mal no me acuerdo, aturdió tanto a! visionario aquella aparición, que se retiró al extranjero, creyendo que en parte alguna de la Gran Bretaña podría ponerse á cubierto de las persecuciones cotidianas de aquel baile doméstico.

Es de creer que existe un gran número de casos semejantes que pueden ser motivados, no sólo por la debilidad del estómago debida al exceso del vino ó de los licores espirituosos, que afectan sensiblemente el sentido de la vista, sino también por el hábito que contrae el entendimiento de dejarse imponer por visiones fantásticas, que son el resultado de una frecuente embriaguez!; como que la imaginación, ni más ni menos que un miembro dislocado, está sujeta á desordenarse de nuevo, áun cuando ocasione la alteración una causa diferente.

Es fácil de suponer que un estado habitual de efervescencia, causado por el uso de alguna droga embriagante, como el opio ó las diversas sustancias que por él pueden suplir, debe exponer á los mismos inconvenientes á los que contraen el peligroso hábito. Es probable que acarrearía la misma enfermedad el uso muy frecuente del óxido nítrico, que tan fuertemente afecta los sentidos y que causa un éxtasis de poca duración. Hay empero otras muchas causas que en concepto de los médicos producen el propio síntoma, es decir, que á los ojos del enfermo dan lugar á ilusiones imaginarias y visibles tan sólo para él. Sucede á veces que esta persecución de ilusiones fantasmagóricas no puede atribuirse á los excesos del enfermo, y en este caso es ocasionada sin duda por alguna alteración en el estado de la sangre ó en el sistema nervioso.

El sabio é ingenioso doctor Ferrier de Manchester dió á conocer al público el primer caso de esta naturaleza, que así puede llamarse el de Nicolaii, célebre librero de Berlín. No era Nicolaii un simple expendedor de libros, sino un literato que tuvo la energía moral de someter á la sociedad filosófica de Berlín un cuadro de los

sufrimientos que experimentara de resultas de una enfermedad que le había ocasionado ilusiones fantásticas. Bastará referir en pocas palabras las circunstancias principales, como que han quedado muchas veces expuestas á los ojos del público y han sido explicadas ya por el doctor Ferrier, el doctor Ilibbern y otros autores que han escrito sobre la hechicería. Nicolaii hace remontar la primera causa de su enfermedad á una serie no interrumpida de sucesos desagradables que le ocurrieron á principios de 1791. A los efectos de la postración que resultó de aquellas circunstancias fatales, contribuyó mucho la falla de descuidar las sangrías periódicas á que estaba acostumbrado. El estado de su salud le dió cierta disposición á ver fantasmas que visitaban, ó para hablar más correctamente, que frecuentaban los aposentos del docto librero, ofreciendo á su vista una multitud de personas que, caminaban y obraban en su presencia y hasta le dirigían la palabra. Nada ofrecían aquellos fantasmas de desagradable á la imaginación del visionario, ya por su ceterior, ya por sus expresiones; y tenia Nicolao bastante firmeza para que su aparición sólo le inspirase una especie de curiosidad; como que desde el principio al fin de aquellas ilusiones quedó convencido de que tan singulares electos eran síntomas del estado de su salud. Así los miraba únicamente como objetos de aprensión, basta que al cabo de cierto tiempo, y después de haber empleado los socorros de la medicina, se le aparecieron los fantasmas bajo una forma menos distinta, luego le ofrecieron colores menos vivos, palidieron en seguida, y por último desaparecieron completamente.

A buen seguro se habrán encontrado en el mismo caso que Nicolaii muchos en quien el amor de la ciencia no ha podido sobreponerse á la natural repugnancia que sienten á poner en conocimiento del público, los pormenores de una enfermedad tan singular. Es constante que han tenido Jugar alguna de estas enfermedades y que á veces han tenido un fin desastroso; mas no se sigue de aquí que el síntoma tan importante en la discusión que nos ocupa haya sido siempre efecto de una causa idéntica.

El doctor Hibbern, que ha estudiado á fondo esta materia con igual perspicacia que filosofía. la ha observado también bajo un punto de vista médico, con un saber que no ambicionarnos y con una precisión de circunstancias en que no nos permiten entrar nuestras superficiales investigaciones.

Este sabio habla de la aparición de los fenómenos fantasmagóricos y los atribuye á diversas enfermedades. Dice especialmente que este síntoma tiene lugar, no sólo en el caso de plétora, como en el del antedicho doctor prusiano, sino que muchas veces se muestra en las enfermedades febriles é inflamatorias, que con frecuencia acompaña la inflamación al cerebro, que sigue igualmente la irritabilidad nerviosa llevada á muy alto grado, que también se junta á la hipocondría, y por último, que en ciertos casos se. une á la gota y en otros á los efectos de la irritación producida por diversos gases. En todos estos casos parece existir cierto grado de sensibilidad morbífica á que se une fácilmente este síntoma; lo cual, bien que inexacto como definición médica, puede asaz caracterizar bastante los diferentes géneros de enfermedades á que se halla agregado á veces este síntoma penoso.

El sabio doctor Gregory ha referido muchas veces un ejemplo muy singular é interesante de las combinaciones que ha citado el doctor Hibberndéla ilusión fantasmagórica con una enfermedad real, y áun creo que le hau mentado alguna vez en sus cursos. Su relación, si mal no me acuerdo, era como sigue: « El doctor Gregory visitaba un enfermo; y como éste le demandase su dictamen, le expuso toda su enfermedad poco más ó menos en estos términos: « Yo acostumbro á comer á las cinco, y en el mismo instante en que dau las » seis, experimento la escena cruel que voy á describirle. Ábrese » de repente la puerta de mi aposento, aunque haya tenido la debilidad de pasar el cerrojo; luego entra una bruja, vieja como las » que frecuentan las malezas de Torres, frunciendo las cejas y como » irritada, y se viene directamente á mí con todas las demostraciones » de cólera y de indignación que caracterizaban á la que perseguía » al mercader Abudah en el cuento oriental; arrójase sobre mí, me dice algunas palabras, pero tan de prisa que no me es dado

entenderlas, y me descarga un fuerte golpe con su muleta. Caigo de mi silla y experimento un delirio que dura más ó menos tiempo. » Todos los dias me sucede lo mismo, y en esto consiste mi singular y nueva enfermedad. » Preguntóle el doctor si había convidado á comer á alguna persona cuando aguardaba tan extraordinaria visita, y le respondió que no. Dijole ademas que era tan original la naturaleza de su enfermedad, que no había querido comunicarla á nadie, creyendo que la atribuirían á su imaginación ó á alguna alteración de sus facultades intelectuales. «En este caso, respondió el doctor, vendré hoy á comer con su permiso con V. y veremos si esta mal» dita vieja se atreverá á volver.» Aceptó el enfermo la proposición con esperanza y gratitud, porque más que á ser compadecido esperaba verse puesto en ridiculo. Comieron juntos, y el doctor Gregory, que sospechaba no fuese alguna enfermedad nerviosa, desplegó todos sus talentos oratorios, que eran tan brillantes como variados, para ocupar la atención de su huésped é impedir que pensara en la hora fatal en que estaba habituado á pensar de antemano con tanto terror. Su proyecto surtió mejor efecto del que imaginara. Dieron las seis sin pensar en ellas siquiera, y creía el doctor haber pasado el instante crítico sin ningún síntoma desagradable; pero en cuanto acabaron de dar exclamó muy alarmado el amo de la casa: «Aquí está la bruja!» y cayó desmayado de su silla, tal como había dicho. Maridóle el doctor sangrar y se convenció de que las visiones periódicas de que su enfermo se quejaba eran debidas á cierta tendencia á la apoplejía.

El fantasma de la muleta no era otra cosa que esa figura que presta la imaginación á la enfermedad que llaman pesadilla, ó á cualquiera otra impresión exterior que pueden nuestros órganos recibir durante el sueño y que la imaginación enferma del durmiente puede introducir en el sueño que precede al desmayo. En la pesadilla se experimenta cierta opresión ó sufocación, y nuestra fantasía evoca inmediatamente un espectro reclinado sobre nuestro pecho. Del mismo modo puede notarse que cualquier ruido repentino que el durmiente oiga, pero que no sea suficiente para despertarte del todo, ó cualquier contacto accidental de su persona,

formen al instante parte de su ensueño y se atemperan al tenor de las ideas que le ocupan, cualesquiera que sean. Lo más singular es la rapidez con que la fantasía suministra una explicación completa de esta interrupción del sueño, según el curso de las ideas presentadas por el ensueño, sin que apenas necesite un momento para tamaña operación. Si se sueña con un duelo, el ruido que realmente se oye es la descarga de las pistolas de los combatientes. Si un orador pronuncia un discurso durmiendo, el ruido es el estrépito de los aplausos de su supuesto auditorio. Si el durmiente es trasladado por medio de su ensueño en medio de ruínas, el ruido le parece el estruendo que produce el derrumbamiento de alguna parte del edificio. En una palabra, durante el sueño se adapta con tan extremada rapidez un sistema explicativo, que con suponer que el ruido que se oye es el primer esfuerzo de alguno para despertar al durmiente, está ya acabada y perfecta la explicación, como quiera que exige cierta serie de deducciones, antes que un segundo esfuerzo haya despertado del todo al durmiente haciéndole ver la realidad. Es tan rápida la intuición que existe en el curso de las ideas durante el sueño, que no podemos menos de recordar la visión en que el profeta Mahoma vió todas las maravillas del cielo y del infierno, recobrando el uso de sus facultades ordinarias ántes que estuviese derramada del todo el agua del vaso trastornado al empezar el éxtasis.

Debo un segundo ejemplo no ménos notable al médico que estuvo en el caso de observarle, pero que deseó naturalmente no divulgar el nombre del héroe de una historia tan singular. Todo lo que puedo decir del amigo que me aseguró el hecho es, que á poder nombrarle, el rango que ocupa en su profesión y sus conocimientos cien tíficos y filosóficos le darían un derecho incontestable ó la más completa creencia.

Quiso la casualidad que le llamasen para asistir á un sugeto, que murió hace ya mucho tiempo y que, según entendí, ejercía un empleo distinguido en uu distrito particular de la administración de justicia. Sus funciones le hacían muchas veces árbitro de los intereses agenos; así su conducta se bailaba expuesta á la

observación del público, y por espacio de muchos años alcanzara la reputación de estar dotado de una firmeza, de un buen sentido y de una integridad nada comunes. Por el tiempo que mi amigo le visitaba, quedaba encerrado en su cuarto y á veces hacia cama, pero sin perjuicio de ocuparse de cuando en cuando en los quehaceres que á su puesto incumbían, y en el desempeño de los negocios importantes de que estaba encargado, parecía su alma desplegar toda su fuerza y toda su energía habitual. Un observador superficial nada en él hubiese notado, que arguyese debilidad de inteligencia ó postración de ánimo. Los síntomas exteriores no indicaban ninguna enfermedad grave; pero la lentitud del pulso, la falta de apetito, una digestión forzada y un fondo de tristeza constante parecían argüir alguna circunstancia secreta que el enfermo estaba resuelto á ocultar. La taciturnidad del enfermo, el embarazo que no le era posible ocultar al médico, y aquella, si se quiere, violencia con que respondía brevemente á todas sus palabras, obligaron á mi amigo á echar mano de otros medios; por cuyo motivo se dirigió á la familia del enfermo para indagar en Jo posible la causa de la secreta pesadumbre que le roía el corazón y le agotaba las fuerzas. Las personas á quien preguntó, después de haber conferenciado entre sí, declararon que no podían explicar la naturaleza del paso que así gravitaba sobre el ánimo de su deudo. A lo que alcanzaban, sus negocios se hallaban en muy buen estado y en su familia no había tenido pérdida alguna que pudiese acarrearle una postración tan constante. Tampoco era de suponer, atendida su edad, que hubiese concebido alguna pasión muy tierna, y su carácter no permitía creer que le remordiese la conciencia. Al fin el médico tuvo que valerse con el enfermo de argumentos muy serios: tizóle ver que era una locura preferir una muerte lenta y triste á confiarle la causa del desasosiego que le llevaba á la tumba; ponderóle el perjuicio que irrogaba. á su reputación con dar campo á la sospecha de que la causa secreta de su melancolía y de las consecuencias que acarreaba era sobradamente vergonzosa ó criminal para que pudiese confesarla, y añadió que de este modo legarla A su familia un nombre sospechoso y deshonorado, y dejaría un recuerdo en el cual no podía simularse la idea de algún crimen

que al morirlo se atreviera á confesar. Este último argumento hizo más impresión en el ánimo del enfermo que cuanto hasta entonces le Labia dicho; así manifestó el deseo de declarar la causa de su enfermedad al doctor con toda franqueza. Dejéronles solos; cerraron con mucho cuidado la puerta del aposento, y el enfermo se explicó en los términos siguientes:

«Querido amigo: no podéis estar más convencido que yo de que me hallo en vísperas de morir, postrado como estoy, por la fatal enfermedad que deseca las fuentes de la vida; mas tío podéis comprender la naturaleza de tamaña enfermedad ni el modo con que en mí obra, y áun cuando pudieseis alcanzarla, dudo que vuestros buenos deseos y vuestros talentos fuesen bastante para curarme. Es muy posible, respondió el médico, que mis talentos no correspondan al deseo que me anima de seros útil, pero la ciencia médica suministra muchos arbitrios que no pueden justipreciar los que no la conocen, y á ménos que no me manifestéis claramente cuáles son los síntomas de vuestras dolencias, me es imposible deciros si cabe en mí ó en la medicina aplicar el remedio conveniente. — Puedo aseguraros, repuso el enfermo, que mi situación no es nueva, como que he leído un ejemplo semejante en la célebre novela de Le Sage. Sin duda os acordareis de qué enfermedad dice que murió el duque de Olivares. —De la idea, dijo el médico, de que era perseguido por una aparición en cuya existencia real no creyó nunca, y murió porque la presencia de aquella visión imaginaria pudo más que sus fuerzas y le desgarró el corazón.

¡Pues bien! querido doctor mió, yo me hallo en el mismo caso, y es tan penosa y horrible la presencia de la visión que me persigue, que ya no puede mi razón combatir ios efectos de mi imaginacion en delirio, y siento que voy á morir víctima de una enfermedad imaginaria.

Escuchó el médico atentamente la relación de su enfermo, y se abstuvo por entonces de contradecir las ideas de que estaba lleno; por lo que se contentó con pedirle más circunstanciados pormenores

en orden á la naturaleza de la aparición que perseguirle parecía, y sobre el modo con que una enfermedad tan singular se habia apoderado de una imaginación que una fortaleza de ánimo poco común debia en la apariencia poner á cubierto de un ataque tan original. Contestó el enfermo que aquel ataque habia sido gradual, como que en su origen nada tenia de terrible ni áun de desagradable, y para aducir alguna prueba, dió cuenta de los progresos de su enfermedad en esta forma:

« Mis visiones comenzaron hace ya dos ó tres años. Hallóme entonces molestado de vez en cuando por la presencia de un gato enorme que aparecia y desaparecia sin saber cómo, pero al fin no pude ménos de reconocer la verdad y tuve que mirarle, no ya como un animal doméstico, sino como una visión cuya existencia estaba vinculada en la alteración de los órganos de mi vista ó en las ilusiones de mi fantasía. No tenia, sin embargo, contra aquel animal la antipatía de aquel valiente caudillo montañés que ya murió, y cuyo rostro lomaba todos los colores de su jdaid si se hallaba en el mismo aposento no gato, áun cuando no le viese. Muy al contrario, yo soy un poco aficionado á los gatos; y llevé en tanta paciencia la vista de mi compañero ideal, que llegó á hacérseme casi indiferente. Unos meses después sucedió al gato un espectro más imponente; era no ménos que la aparición de un ujier de la cámara, vestido cual si estuviese al servició del lord teniente de Irlanda ó de algún lord gran comisario de la Iglesia ó de algún otro personaje de alto bordo.

»Aquel personaje, en traje de córte, con su espada al cinto, su chupa bordada á tambor y el sombrero debajo del brazo, pasaba por mi lado como la sombra de! elegante Nash; y ya en mi propia casa, ya en la de otro, sabia la escalera ántes qiiie yo cual para anunciarme en el salón. A veces parecía que se mezclaba entre mis conocidos, aunque se veia á la legua que nadie notaba su presencia y que yo era el único testigo de los quiméricos honores que al parecer deseaba hacerme aquel sér imaginario. Este capricho de mi fantasía no me hizo muy fuerte impresión, pero me indujo á concebir dudas sobre la naturaleza de ni! enfermedad y temer los efectos que podia acarrear en mi razón. Sin embargo, esta modificación de mi

enfermedad debía también tener un término. Algunos meses después sucedió al espectro del ujier de la cámara otra aparición horrible á la vista y triste para el alma, como que era no menos que la imagen de la muerte un esqueleto. « Sólo ó en compañía, añadió el desgraciado enfermo, nunca me abandona este último fantasma. En vano me estoy diciendo » continuamente que no tiene realidad y que sólo es una ilusión causada por el desorden de mi fantasía y la alteración de los órganos » de mí vista. ¿De qué sirven todas estas reflexiones cuando están sin » cesar á la vista el emblema y el presagio de la muerte, cuando me » veo, como quiera que en mi imaginación tan sólo, el compañero de » un fantasma que representa un tétrico morador de la tumba, en » tanto que respiro todavía sobre la tierra ? Ni la ciencia, ni la filosofía ni la religión misma, son poderosas para remediar tamaña enfermedad, y siento que me moriré víctima de un mal tan cruel, » mas que no dé creencia ninguna á la realidad del fantasma que me » pone á la vista.»

Conoció el medico cuán arraigada estaba aquella aparición visionaria en la imaginación del enfermo, que á la sazón estaba en cama. Le dirigió mil preguntas sobre las circunstancias de la aparición del fantasma, porque teniéndole por sugelo de sensatez, esperaba hacerle caer en contradicciones que pusiese su juicio, que parecia todavía sólido, en estado de combatir con buen éxito la enfermedad de imaginación que á tan funestos efectos acarreaba.

- Parece, pues, dijo, que este esqueleto está siempre á su vista.
- Este es mi desgraciado destino; respondió el enfermo.
- En este caso, ¿le tiene ahora presente ó la imaginación?
- Precisamente.
- ¿Y dónde cree usted verle?
- Al pié de la cama; y cuando las cortinas están entreabiertas creo verle en medio de ellas.
- Ha dicho usted que cree ser una mera ilusión; ¿pero se siente con bastante firmeza para convencerse de ello positivamente?

¿Tiene usted valor para levantarse é ir á ponerse en el punto que le parece ocupado por el espectro para demostrarse á sí mismo que es una verdadera ilusión?

El pobre hombre suspiró y sacudió la cabeza negativamente.

—¡Pues bien ! dijo el doctor; probaremos otra cosa.

Y diciendo esto, dejó la silla en que estaba sentado á la cabecera de la cama. y colocándose entre las cortinas entreabiertas, preguntó si el esqueleto continuaba estando visible.

No, respondió el enfermo; porque usted se halla entre él y yo; pero veo su cráneo sobre su espalda de usted.

Dijeron que á pesar de la filosofía el sabio doctor se estremeció al oír una respuesta que manifestaba tan ostensiblemente que tenia á la espalda el espectro idea!. Hizo otras preguntas y empleó diferentes remedios, pero siempre sin resultado favorable. La aflicción del enfermo subió de punto y se murió con la angustia en que pasara los últimos meses de su vida. Este ejemplo es una triste prueba del poder que tiene la imaginación de matar el cuerpo, aún cuando los fantásticos terrores que experimenta, no pueden destruir el juicio del infortunado que los sufre. En el caso en cuestión, el enfermo sucumbió á la enfermedad, y como los pormenores de esta historia singular quedaron secretos, su muerte y su enfermedad no ajaron un punto su bien sentada reputación de prudencia y de sagacidad que habla gozado durante el curso de su vida.

En vista de estos dos ejemplos, añadidos á los otros hechos de la misma naturaleza citados por Ferrier, Hibbern y otros autores que sobre esté punto han escrito, creemos que no puede ponerse en duda la verdad de la proposición siguiente, á saber: que en virtud de diferentes causas pueden los órganos externos alterarse hasta el punto de ofrecer al alma un espejo infiel, en cuyo caso se ven realmente formas que no existen y se oyen sonidos puramente ideales: lo cual se atribuye con mucho fundamento á la intervención de demonios ó de almas despojadas de sus cuerpos. En circunstancias tan desgraciadas, el enfermo está moralmente en la

situación de un general cuyos confidentes se han vendido al enemigo, y que debe encargarse de la difícil y delicada empresa de examinar y corregir por la fuerza de su propio juicio unas relaciones asaz contradictorias para que pueda depositar en ellos toda su confianza.

Con todo, á esta proposición se junta un corolario que es muy digno de notar. La misma alteración orgánica que por una continuación del viciado sistema de la vista, presenta al enfermo de que acabamos de hablar un gato, un ujier de la cámara y un esqueleto sucesivamente, puede imponer por muy corto tiempo y aún por un instante siquiera, á ojos que por otra parte ven claro. Los órganos de los sentidos son así el juguete de pasajeras ilusiones, y cuando recaen en sujetos dotados de fortaleza de ánimo y bien educados, ceden á un examen á fondo, y una vez reconocido su carácter, la verdad ocupa el lugar de la falsa imagen presentada á los sentidos. Mas en los tiempos de ignorancia, las ocasiones en que un objeto cualquiera se presenta falsamente á la vista, ya por la acción de los sentidos, ya por la de la fantasía, ya por su combinado influjo, pueden considerarse como una prueba directa de las apariciones sobrenaturales, prueba que se hace más difícil de refutar si el fantasma ha sido visto por un hombre de buen sentido que, creyendo acaso en la existencia actual de las apariciones, no ha querido darse la pena de rectificar sus primeras impresiones. Es tan frecuente este género de ilusión, que uno de los mejores poetas modernos respondió á una señora que le preguntaba si creía en la existencia de los espíritus: « No, señora; porque sobrados he visto yo. » Puedo citar acerca de esto uno ó dos ejemplos que es imposible revocaren duda.

Otros ejemplos de esta enfermedad engañosa, cuyo alague ha sido súbito y momentáneo. — Será el primero la aparición de Maupertuis á uno de sus colegas, profesor de la Sociedad Real de Berlín.

Esta circunstancia extraordinaria fué mencionada en las Transacciones de la Sociedad, y la refiere tal como sigue M.

Thiebault en los Recuerdos de Federico el Grande y de la corte de Berlín. Es preciso aún observar que M. Gleditsch, á quien ocurrió el caso, era un botánico muy distinguido, catedrático de historia natural en Berlín y respetado como sugelo que era de un carácter comunmente serio, sencillo y tranquilo.

Aparición de Maupertuis. —Poco tiempo después de la muerte de Maupertuis, M. Gleditsch atravesó acaso el salón donde la Academia celebraba sus sesiones, y al entrar vió la aparición de Maupertuis, en pié é inmóvil, en el primer ángulo á la izquierda y con los ojos clavados en él: era á eso de las tres de la tarde. Sobrado bien conocia las ciencias físicas el catedrático de historia natural para suponer que su presidente, que había muerto en Basdea en la familia de MM. Ber-nouilli, hubiese vuelto á Berlín: así consideró aquella aparición como un fantasma producido por la alteración de sus propios órganos y fué á ocuparse en sus quehaceres sin detenerse más tiempo del necesario para reconocer exactamente las formas exteriores del objeto que estaba viendo. Sin embargo, dió parle de aquella visión á sus colegas, y les aseguró que habia estado tan perfecta y distinta, como si hubiese tenido á la vista al mismo Maupertuis. AI considerar que Maupertuis murió muy lejos de Berlín, antiguo teatro de sus triunfos, postrado por el agudo ridículo de Voltaire, y desgraciado por Federico para quien el ridículo era un crimen, no es maravilla que la imaginacion de un hombre, como quiera que profesara las ciencias físicas, haya evocado su imagen en la escena de su antigua gloria.

La sangre fría del catedrático no llevó sus indagaciones al mismo punto que un bizarro militar, de quien uno de mis amigos más íntimos supo los siguientes pormenores de una historia semejante.

El capitán C\*\*\*, natural de Inglaterra, entró muy joven en la brigada irlandesa. Era hombre de un valor á toda prueba, como lo demostró en muchas aventuras del género más peligroso, durante los primeros años de la revolución francesa, y la familia real le cometi6 varios encargos muy espinosos y delicados. Después de la

muerte del rey dió la vuelta á Inglaterra, y en ella ocurrieron las circunstancias siguientes:

El capitán C\*\*\* era católico, y al ménos en la adversidad, sinceramente adicto á los deberes de su religión. Su confesor era un eclesiástico de elevada alcurnia, empleado en el O. de Inglaterra, unas cuatro millas de distancia de! punto donde vivía el capitán. Como una mañana fuese á verle, tuvo el sentimiento de encontrarle sobrecogido de una enfermedad peligrosa y de mucha trascendencia: así se retiró sumamente afligido y temiendo por la vida de su amigo, idea que le sugirió otros recuerdos penosos. Ocupáronle estos pensamientos hasta el momento de acostarse; pero entonces, con gran sorpresa suya, vió en su aposento la imágen de su confesor ausente; dirigióle la palabra, mas no tuvo respuesta ninguna. Sus ojos eran el único órgano que sirvieron de instrumento á la aparición, y resuelto á llevar á cabo la aventura, el capitán C\*\*\* se adelantó hacia el fantasma, que le pareció cejar por grados á su vista; siguióle al rededor de la cama, y al fin el espectro pareció caer en un sillón y quedar sentado. Deseando cerciorarse positivamente de aquella aparición, sentóse el capitán en el sillón y se convenció que aquella escena era una pura ilusión. Confesó, sin embargo, que á haber, muerto por entonces su aipigo, no hubiese sabido qué nombre dar á aquella visión; mas como el confesor curó « no resultó nada, » como dice el doctor Johnson; es notable este ejemplo porque prueba que los hombres de nervios más robustos no están exentos de tamañas ilusiones.

Aparición de un ilustre poeta moderno. — Tenemos los mejores datos para referir como un hecho cierto otra ilusión de semejante naturaleza, aunque tenemos motivos para abstenernos de citar los nombres de las partes interesadas. No mucho tiempo despees de la muerte de un poeta ilustre que ocupara durante su vida un puesto muy distinguido en la Opinión pública, un literato amigo mió, que liabia conocido particularmente al difunto, se ocupaba por el crepúsculo de una tarde de otoño, en leer una obra destinada para dar á conocer las costumbres y las opiniones del célebre poeta fallecido. Como tuviera mucha amistad con él, de ahí es que lela con

mucha atención aquel libro, que contenía algunos pasos relativos á él mismo y á otros amigos. Había un sugeto que estaba sentado con él en el mismo aposento y se ocupaba igualmente en leer. La sala en que se hallaban daba á un vestíbulo adornado de un modo fantástico, con armas, pieles de animales silvestres, etc. Habiendo dejado su libro por un momento y entrado en aquel vestíbulo que la luna empezaba á iluminar, vió delante de sí y en pie la imagen perfecta del poeta su amigo cuyo recuerdo acababa de excitarle la lectura. Detúvose un momento para observar la admirable exactitud con que la imaginación presentaba á sus ojos el traje y la actitud del ilustre poeta. Convencido que era una pura ilusión, no experimentó otro sentimiento que el de la sorpresa al ver aquella semejanza extraordinaria, y avanzó hácia el fantasma, que se disipó á medida que se le allegaba, dejándole ver los diversos materiales que le componían: era un grande abanico de chimenea cubierto de redingotes, chales, plaids y otros objetos que se hallan comunmente en el vestíbulo de una casa de campo. Volvióse al sitio donde fuera el juguete de aquella ilusión ó hizo los mayores esfuerzos para retraer su vista la imagen que le apareciera tan chocante, mas en vano; y el individuo que había visto aquella aparición, ó por mejor decir, cuya exaltada imaginación la había producido, so entró en el aposento y refirió á su joven amigo la extraña ilusión de que por un momento fueran víctimas sus sentidos.

Hay datos para creer que los ejemplos de esta naturaleza son frecuentes entrólas personas de cierto temperamento, y cuando alcanzan una época no muy avanzada de la sociedad, raras veces dejan de considerarles como verdaderas apariciones sobrenaturales. Difieren del de Nicolaii y de los anteriormente citados, en que los accesos son de breve duración y no constituyen un desarreglo habitual de los órganos. De este último género son la aparición de Maupertuis á M. de Gleditsch, la del sacerdote católico al capitán C \*” y la del poeta á su amigo. Tienen la misma analogía con las primeras que un acceso súbito de fiebre efímera con una fiebre continua y grave. Aun por esto es más difícil hacer entrar estas impresiones momentáneas en su esfera real de ilusiones ópticas,

puesto que se avienen más con la idea de una aparición del otro mundo que las que resultan de una visión que se perpetúa ó se repite por espacio de horas, días y meses, y que por este medio nos suministran ocasiones de descubrir por otras circunstancias, que este síntoma no tiene otra causa que la alteración de la salud.

Los casos anteriormente citados tienen, por la mayor parte, relación con las falsas impresiones causadas por el nervio óptico. — Antes de dar fin á estas observaciones sobre los errores causados por los sentidos, debemos observar que el ojo es el órgano que más contribuye á presentar á nuestra imaginación una apariencia de objetos exteriores, y cuando el sistema visual se desarregla por más ó menos tiempo y con más ó menos extensión, la infidelidad con que representa los objetos contribuye á causar ilusiones semejantes á las que acabamos de referir. No obstante, los demás sentidos en sus diversas operaciones, y á proporción de su poder respectivo, se hallan tan dispuestos como la vista á conservar impresiones falsas ó dudosas que alucinan á los que las experimentan, en vez de instruirles.

Ilusiones causadas por el oído; por el tacto, en especial durante el sueño; por el gusto; por el olfato. — Relativamente al oído, que es el órgano más importante después del ojo, somos alucinados muchas veces por sonidos mal interpretados. De las falsas impresiones que se reciben de este órgano nacen consecuencias parecidas á las que resultan de las relaciones falsas que hacen los órganos de la vista. Toda una serie de prácticas supersticiosas tiene por origen y fundamento sonidos oídos imperfectamente. Al estado imperfecto y exaltado del oído debemos la existencia de lo que Milton llama

«Lenguas aéreas que profieren los nombres de personas en la playa de! ni ar, en los desiertos sabulosos y en la soledad.»

La oreja da también causas de alarmas tan naturales, que no participamos tanto del miedo de Robinson Crusoe cuando ve impresa en la arena la huella del pié de un salvaje, como cuando le despierta una voz que pronuncia su nombre en una isla desierta, donde no existia sino el marino náufrago. Entre el gran número de

supersticiones á que ha dado margen la imperfección del oído, podemos contar aquella -voz imaginaria que los naturales de las Hébridas consideraban como infalible presagio de una muerte próxima. En este caso se oía la voz de algún deudo ausente ó probablemente fallecido, que repetía el nombre de á quien concernía el aviso. A veces la voz aérea anunciaba la muerte del mismo que se creía hablar, y en otras ocasiones no era extraordinario que el que se creía advertido de su muerte, muriese realmente, por la misma razón que el negro muere de consunción cuando ha caído sobre él la maldición de unaobi, y que el cam- bro-breton, cuyo nombre es echado al pozo en medio de las maldiciones ' y de las ceremonias de costumbre, arrojándole á los dioses infernales, desfallece y acaba por morirse, como si realmente fuese condenado á ello. Puede notarse además, que el doctor Johnson conservaba una fuerte impresión de la voz de su madre que oyó cómo le llamaba al abrir la puerta de su cuarto en el colegio, no obstante que estaba á muchas millas de distancia; y no parece sino que se halló engañado cuando vió que ningún suceso de importancia sneedia á un llamamiento tan indudablemente sobrenatural. Es inútil insistir en este género de ilusión auricular, del que nos suministrarán ejemplos no pocas personas. Puede citarse el que sigue, como para demostrar los fútiles incidentes por que puede dejarse alucinar el oído del hombre. Hace unos dos años me estaba paseando por un sitio agreste y solitario en compañía de un joven amigo afligido de una fuerte sordera, cuando oí lo que me pareció el lejano ruido de una jauría de perros que ladraban de cuando en cuando. Como estábamos en verano, me convencí después de un momento de reflexión, que aquel ruido no podía ser el de una cacería verdadera; pero mis orejas me hicieron oír muchas veces el mismo sonido. Llamé á mis perros, dos ó tres de los cuales habían salido con nosotros, y como viniesen á mí tranquilamente, no me cupo duda ninguna que no eran los autores del ruido que llamara mi atención. No pude menos de decir á mi compañero: En verdad siento que seáis sordo, porque sin esto oiríais el cazador salvaje.» Como el joven se servía de una trompetilla acústica, se volvió hacia mí cuando le hablé, y cuando hizo este movimiento se explicó la causa del fenómeno. El ruido que

yo suponía distante era de hecho muy cercano: era el murmullo del viento que pasaba por el instrumento de que había de servirse mi jóven amigo, pero del cual no había pensado que pudiese producir los sonidos que oyera.

No es muy necesario añadir que la fantástica superstición del cazador salvaje en Alemania parece tomar su origen de una imaginación exaltada, en virtud de las ilusiones auriculares que resultan de los diversos sonidos que pueden oírse en los sombríos retiros de profundas selvas. La misma llave puede darla explicación de la creencia escocesa de este género, tan bien descrita por el autor anónimo de la Albania.

Tampoco debe pasarse en silencio que deben contarse entre las ilusiones auriculares producidas por el arle del ventrílocuo á otros medios en gran número de imposturas, que la credulidad ha considerado como comunicaciones sobrenaturales.

El sentido del tacto parece ménos sujeto á pervertirse que los de la vista y del oído, y son muy pocas las ocasiones en que puede contribuir á causar impresiones falsas como el ojo y la oreja, como que van á buscar su objeto á mayor distancia y cuyo examen no es con mucho tan exacto; pero hay una circunstancia, en que el sentido del tacto, ni más ni ménos que los demás, está sujeto á engañar al que lo posee por la impresión que en él hace. Este caso se presenta durante el sueño, cuando la mano del durmiente toca alguna parte de su cuerpo, porque entóneos es claro que es á un tiempo el agente y el paciente, el propietario del miembro que toca y del tocado. Para complicar más et caso, la mano comunica una impresión y recibe otra, y lo propio se verifica con el miembro tocado, como que en un sólo y mismo instante recibe una impresión de la mano y da cuenta a) alma de la forma, de la sustancia y de los demás atributos del objeto que le toca. Por tanto, como durante el sueño el durmiente no alcanza que entrambos miembros sean propiedad suya, un alma puede hallarse embarazada por la complicación de las sensaciones que resulta y de la acción producida en dos partes de su cuerpo, y de su acción recíproca. De esta suerte

es como se reciben impresiones falsas, que bien analizadas, suministrarían la llave de muchos fenómenos difíciles de explicar en la teoría de los ensueños. Esta particularidad del sentido del tacto, que no se circunscribe á un órgano particular, sino que está esparcido en todo el cuerpo del hombre, no se escapó á la penetración de Lucrecio:

Ut si forte manu, quamvir jam corporis ipse

Tute tibi partem ferias, oequè experiare.

Cierto lord, que murió hace algún tiempo, me contó un ejemplo muy notable de una ilusión semejante. Sintiéndose algo indispuerto en virtud de una mala digestión, se fué á dormir, y de ahí resultaron los efectos ordinarios, esto es, terrores fantásticos. Concentraronse por fin en la idea de que el espectro de un muerto tenia asido al durmiente por la muñeca y procuraba sacarle de la cama. Despertó sobresaltado y sintió aún en su muñeca derecha la helada mano del espectro, y hasta un minuto después no descubrió que su mano izquierda se habia entorpecido y rodeado por casualidad su brazo derecho.

El gusto y el olfato, ni más ni menos que el tacto, hacen al alma relaciones más directas que la vista y el oido, y están menos sujetos que estos últimos sentidos á alucinar. Hemos visto cómo el paladar de aquel demente á quien alimentaban tan sólo de porridge, protestaba contra la relación de los ojos, de las orejas y del tacto en las gratas visiones que embellecían la soledad del enfermo. Pero el gusto está sujeto á error lo mismo que los demás sentidos. El más delicado calador pierde el poder de distinguir entre diferentes calidades de vinos si no se deja que su paladar se valga del auxilio de los ojos antes de presentarle diferentes clases de vinos. Asimismo estamos autorizados para creer que ciertos individuos han muerto por haberse persuadido de que habían tomado veneno, mas que la pócima fuese de naturaleza inocente, ó aún saludable. Raras veces los errores del estómago tienen relación con el objeto de que tratamos, y tienen tanto que ver con las apariciones sobrenaturales,

como son necesarios mi banquete opíparo y sus adherentes para producir un atrevido Jam O' Shanter.

El olfato en su estado ordinario no tiene tampoco mucha relación con el objeto que nos ocupa. Sin embargo, M. Aubrey nos habla de una aparición que desaparecía con dejar un perfume exquisito y haciendo oír los sonidos más melodiosos, y la creencia popular atribuye á la presencia de los espíritus infernales un fuerte olor del elemento sulfúreo que habitan. Todo esto se junta de ordinario con otros elementos de impostura, etc., y si, como nos asegura una opinión general, que el doctor Hibbern no contradice redondamente, pueden los nigrománticos, haciendo respirar ciertos gases ó yerbas ponzoñosas, disponer á un hombre para que crea que ve fantasmas, es probable que las narices pueden, lo mismo que la boca, respirar fumigaciones semejantes [\[2\]](#)

Conclusión. — Por desviado sendero he llegado al fin de esta carta, cuyo objeto consiste en demostrar los atributos de nuestra naturaleza, ya corporales, ya intelectuales, de que nace esta disposición á creer en las apariciones sobrenaturales. De todo lo dicho se deduce que los hombres, casi desde la creación del mundo, han tenido el alma preparada para semejante creencia, merced al sentimiento íntimo de la existencia de un mundo espiritual; de cuya proposición general han inferido la incontestable verdad de que todo hombre, desde el rey hasta el último mendigo, que alguna vez haya desempeñado su parte en el teatro del mundo, puede recibir la orden ó el permiso, aunque esté despojado de su cuerpo, de mezclarse entre los que se hallan revestidos todavía de su corteza terrestre. El que cree en un Dios y en su omnipotencia, debe admitir la posibilidad abstracta de las apariciones; pero la imaginación está sujeta á basar sus explicaciones en pruebas insuficientes. A veces nuestras pasiones desordenadas y violentas, originadas del sentimiento que nos causa la pérdida de nuestros amigos, de los remordimientos de nuestros crímenes, del ardor del patriotismo, del entusiasmo de la devoción y de otras causas de exaltación de alma, nos persuaden en nuestros ensueños nocturnos, ó en nuestros éxtasis diurnos, á que nuestros ojos y orejas dan testimonio de la

realidad de ese comercio sobrenatural cuya posibilidad no puede negarse. Otras veces los órganos del cuerpo imponen de ello al alma, y los ojos y las orejas, enfermas ó desarregladas, comunican impresiones falsas. Muchas veces la ilusión mental y la ilusión física existen al propio tiempo, y es tanto más firme la creencia del hombre en los fenómenos que le presentan sus sentidos, cuanto la impresión recibida por el cuerpo corresponde á la exaltación del alma.

Obrando por ende tantas causas, una sobre otra, deben precisamente suceder en la infancia de una sociedad cualquiera que se encuentren muchos ejemplos, al parecer auténticos, de comunicaciones sobrenaturales, y harto satisfactoria para admitidos como pruebas especiales de la propensión general que se halla impresa en nuestros corazones por nuestra creencia en la inmortalidad del alma. Estos ejemplos de apariciones incontestables — que como tales las considera Carón— caen, como la simiente del sembrador, en tierra fértil y bien preparada, y de ordinario son seguidos de una cosecha abundante de ficciones supersticiosas que toman su origen de las circunstancias que refiere la historia sagrada ó profana que no se sabe comprender. Este punto será el objeto de mi segunda carta.

---

[1] Es claro que oí buen Patricio creta en la aparición de aquel aparato marcial, por la misma razón que aterrorizaba á Partridgo la sombra de Hamlet. Y no es que tuviese miedo de por sí, sino en vista de las señales evidentes que Garrick daba de terror.

[2] Muchos autores antiguos, que pretenden tratar de las maravillas de la magia natural, dan recetas para evocar fantasmas. Encender lámparas mantenidas por ciertas especies de aceite preparado y emplear fumigaciones de yerbas fuertes y mortales, son los medios que recomiendan. Según estas autoridades, un profesor de juegos,

de manos aseguró al doctor Alderson de Hull, que podía componer una preparación de antimonio, azufre y otras drogas, que si se quema en un aposento bien cerrado, produce el efecto de. hacer creer al que en él se hallare, que ve fantasmas.

## CAPÍTULO II

### DE CÓMO ERA CONSIDERADA LA BRUJERÍA EN LA ANTIGÜEDAD

Efectos de la caída del hombre sobre las comunicaciones entre el género humano y el mundo espiritual.—VA grado de comunicación que hubiese podido existir entre el género humano y los habitantes del otro mundo, á haber obedecido nuestros primeros padres las ordenes del Criador, sólo pueden ser objeto de investigaciones mütiles. Acaso sin sobrada presunción podemos suponer con Milton que uno de los necesarios efectos de la falla que cometieron al comer el fruto vedado, fué el separar más de las esencias celestes á los seres que con estar en su origen casi al nivel de los ángeles perdieron por su propio crimen el don de la inmortalidad y se degradaron hasta el punto de confundirse con los demás séres creado.

Aun después de la caída del hombre tuvieron lugar algunas comunicaciones con el mundo espiritual, resultado de la unión de los que la Escritura llámalos Ayos de Dios con las bijas de Adan, bien que estas alianzas no fuesen aprobadas por el Supremo Señor del género humano. La Escritura nos da á entender, aunque confusamente, pero con toda la certidumbre de que es susceptible, que la timón de aquellas dos especies de séres creados, era criminal de una y otra parte y á disgusto de Dios.

Consecuencias del diluvio. — Es asimismo muy probable que la gran longevidad de los hombres antes del diluvio, no les dejaba alcanzar bastante que se hallaban bajo el pendón de Azrael, ó sea el ángel de la muerte, y hacia la época de su crimen, muy distante de la de su castigo. La época del diluvio, efecto de la venganza celeste, dió nacimiento á una raza que vió abreviarse gradualmente su vida, y que siendo admitida á una intimidad mucho más rara con los séres que poseían un rango más distinguido en la creación, tomaron naturalmente una posición más baja en la escala de los séres creados. En consecuencia, después de aquella época ya no se trata de y aquellas uniones contranaturales que precedieran al diluvio, y sabemos que el género humano, al separarse y al dispersarse por diferentes partes del mundo, comenzó en varios puntos y bajo distintos auspicios á desempeñar el cargo de poblar la tierra que se le impusiera como el objeto de su creación.

Magos de Faraón. — Sabemos también que en tanto que plugo á Dios manifestarse á los que debían ser los padres de su pueblo escogido, algunos hombres malos, por ventura con el auxilio de los ángeles caídos, se hallaron en estado de marchar á la par con los profetas del Dios de Israel y áun procuraron igualarles. No nos es dado decidir si los magos de Faraón, rey de Egipto, lucharon contra Moisés á presencia de aquel príncipe y del pueblo por medio de la hechicería ó juegos de manos, conviniendo sus varillas en serpientes é imitando muchas de las plagas con que la venganza del cielo castigó á aquel reino. Sea empero que los magos se valiesen de algunas comunicaciones sobrenaturales para producir aquellos prodigios; sea que los llevasen á efecto con su habilidad en los juegos de manos, ello es que lo hicieron públicamente; y aunque no sabemos de positivo hasta dónde alcanzaba su poder y la fuente da que lo sacaban, ¿quién puede dudar que sabemos cuanto nos importa saber ? Llegamos en esto á la época en que quiso Dios encargarse di- í rectamente en esto de dar leyes á su pueblo escogido, pero sin saber con exactitud si el crimen de hechicería ó el comercio entre el mundo espiritual y los séres revestidos de un

cuerpo con su fin reprehensible, existía después del diluvio ó era castigado con marcadas señales del descontento divino.

Texto del Éxodo contra los magos. —Con lodo, encuéntrase en la ley de Moisés dictada por la divinidad misma, un texto que literalmente interpretado é inserto en el código criminal de todos los pueblos cristianos, ha dado margen á muchas crueldades y á una abundante efusión de sangre, ya, por no ser bien comprendido, ya por estar destinado exclusivamente á los israelitas. Ello fué parte de la ley de Moisés, pero abrogado ni más ni ménos que la mayor parte de aquella ley por los preceptos más suaves y más indulgentes del Evangelio.

Muchos han supuesto que la palabra maga significa envenenadora.—Si en el texto del libro santo significa la adivina-, debe ser en un sentido del todo diferente del que á esta palabra se da en el día.— El texto á que aludimos es el versículo del Capítulo XXII del Éxodo, que dice: « No dejarás con vida á hechiceros. »

El término original *chavaph* significa una persona que entiende en venenos, frecuente ocupación de los que están en relaciones con genios familiares. — Muchos sabios han sostenido que en este pasaje notable la voz hebrea *chavaph* significa envenenadora, lo mismo que la voz *vereficus*, que es como la traduce la versión latina de los Setenta. Otros sabios suponen que esta palabra significa también bruja, y que por ella puede entenderse una persona que pretende dañar al prójimo, ya en su vida, ya en sus miembros, ya en sus bienes, por medio de brevajes, de hechizos ó de semejantes medios místicos.

Diferencia con la bruja de Europa durante la edad media. — Bajo este concepto las hechiceras de que habla la Escritura tenían probablemente alguna relación con las de la vieja Europa, cuyo poder y ciencia podían desprenderse sin peligro, mientras se limitaban á sus hechizos y á sus talismanes, pero que muchas veces acrecentaban sus medios de hacer el mal empleando el veneno. Es faina que así sucedió en muchos de aquellos crímenes oscuros,

caracterizados por la relación que tenían con las ciencias ocultas y prohibidas. Tal fué la narrativa del acta de acusación de los que tuvieron parte en el famoso asesinato de sir Tomas Overbury. Cuando el arte de Forman y de otros hechiceros pareció insuficiente para quitar la vida á su víctima, echaron mano del veneno con buen éxito.

Ninguna hechicera tiene parte en la tentación de Job. — Podría citarse innumerables ejemplos de esta especie; pero aún suponiendo que la bruja judía sólo hizo uso de hechizos de evocaciones y de otros medios que podían ser inocentes, aparte de la existencia de los demonios y de genios familiares, las relaciones entre la bruja y el demonio bajo la ley de Moisés, deben haber sido de un género muy diferente de lo que se supuso constituir la hechicería. Ningun trato obligatorio existía en poder del demonio; ninguna prueba infernal ó signo que arguyera esta liga fatal; ninguna orgía entre Satan y sus brujas; ninguna enfermedad ó infortunio impuesto á los hombres de bien: al ménos no se lee en la Escritura una palabra siquiera que nos autorice para creer en la existencia de semejante sistema. Muy al contrario, pues dice — bien que no cumple á nuestro propósito indagar si este lenguaje es literal ó metafórico, — que cuando el enemigo del linaje humano quiso poner á prueba la virtud de Job, pidió permiso para ello al Supremo Señor del mundo, y éste le dió libertad de hacerlo, á fin de dar más realce á la fé que el fiel servidor tenia en su Dios. A suceder esto del modo como ocurrían los, acontecimientos de esta naturaleza en tiempos posteriores, hubiesen salido á la escena la hechicería, la magia y los encantos, y el demonio, en vez de pedir permiso, se hubiese valido de la bruja como instrumento necesario para atormentar á Job. Asimismo Batanas pidió permiso para cribar á Pedro, cual se hace con el trigo ( San Lúcas, cap. XXII, vers. 51 ). Alas en todos estos casos no se lee que el demonio se valiese de ningún brujo ni bruja.

La hechicera de los hebreos era probablemente una adivina. — Si suponemos que el poder de la bruja se concretaba en tiempo de Moisés á interrogar sobre el porvenir á alguna presunta divinidad ó á algún verdadero espíritu maligno, se nos dirá: ¿cómo es que

semejante crimen debía ser castigado con la severa pena de muerte?

Era un crimen que se castigaba con la pena de muerte, como que implicaba la negación de la supremacía de Jehovah. — Para responder á esta pregunta, es preciso tomar en cuenta que el objeto de la ley de Moisés, era conservar el conocimiento del verdadero Dios en medio de un pueblo escogido y separado de los demas; asi el Dios de Jacob se mostraba como un Dios celoso con todos los que, apartándose del camino recto del culto de Jehovah, daban culto á otros dioses que adoraban los paganos vecinos, fuesen ídolos, fuesen espíritus malos. La ley de Moisés consideraba el acto de olvidar el servicio del verdadero Dios basta el punto de dar culto á unos maderos y piedras insensibles que no podían dar respuesta ninguna, como un acto de rebelión contra el Dios vivo, que merecía la pena capital. Por este motivo fueron condenados á muerte los profetas de Baal, no en razón del éxito que pudiesen obtener por medio desns invocaciones, sino porque eran culpables de apostasia, como que abandonaron el Dios verdadero por una divinidad falsa, como era Baal, y concitaron á los demas á hacer lo mismo. La bruja judía, ó la mujer que tenia ó quería tener relaciones con su espíritu maligno, era castigada justamente con la pena de muerte, mas que no existiera en realidad su comercio con el mundo espiritual ó fuese ai ménos de una naturaleza menos íntima que la que se ha atribuido á las brujas modernas. La existencia de esta ley contraías hechiceras del Antiguo Testamento no justifica la severidad de las leyes semejantes que se han promulgado después de la revelación del cristianismo contra otra clase de personas acusadas de crímenes de distinto género.

Hay otros pasajes en la Escritura, que más bien significan una adivina, ó decidora de la buena ventura que lo que actualmente se llama bruja. — En otra parle se hace también alusión á las prácticas de las personas llamadas brujas en las santas Escrituras, y en ellas se hace evidente que la hechicería ó la magia del Antiguo Testamento se reduce al culto de los ídolos, á los consejos pedidos á los falsos dioses, y en otros términos, á la idolatría, que era siempre

el crimen más común de los israelitas, á pesar de una multitud de prohibiciones, de ejemplos y de sentencias. El pasaje de que hablamos está en el Deuteronomio, cap. XXIII, vers. 10 y 11.

Lo mismo se lee en los Capítulos XIX y XX del Levítico. En el Libro n de las Crónicas, cap. XXXIII, Manases es acusado de haber hecho pasar á sus hijos por el fuego, de haber pronosticado el porvenir, de haber practicado encantos y sortilegios, y de haber estado en relaciones con espíritus familiares y brujos, Todos estos pasajes inducen con el primero á clasificar la hechicería entre los actos por cuyo medio los profetas infieles procuraban obtener respuestas á sus preguntas, á virtud de tas prácticas supersticiosas de las naciones paganas que Ies rodeaban. El quede otro modo interprete estos pasajes, confunde el moderno sistema de la brujería cargado con todos los ultrajes absurdos é increíbles que comete contra el buen sentido, con la falta del individuo que en los tiempos clásicos consultaba el oráculo de Apolo, crimen capital para un judío, pero ciertamente pecado venial para un pagano ignorante é incauto.

Ejemplo dé la bruja de Endor. — Para demostrar el carácter de la hechicera judia y de sus prácticas criminales prohibidas, los que sobre este punto han escrito han insistido naturalmente sobre la entrevista de Saúl con la hechicera de Endor, única relación circunstanciada de aquel hecho, que se encuentra en la Biblia, — el cual, sea dicho de paso, prueba que el crimen de hechicería, castigado de muerte cuando era descubierto, era muy raro en el pueblo escogido que con singulares manifestaciones gozaba de la presencia de Dios.

Su entrevista con Saúl. — La Escritura parece habernos trasmimitido tan sólo el hecho general de la entrevista de la bruja con el rey de Israel, el cual bastaba sin duda para nuestra edificación, y nos dice cómo Saúl, desalentado por la deserción general de sus vasallos y por el sentimiento íntimo de su indignidad, de su ingratitud y de su inobediencia, desesperando de obtener una respuesta del Dios á quien ofendiera y que había tenido ántes comunicación con él por medio de sus profetas, resolvió, en su

desesperación, irá encontrar una adivina, conducta que le hacia cómplice del crimen de la mujer á quien consultaba, y contra el cual pronunciaba la ley pena de muerte, sentencia que no pocas veces ejecutara el mismo Saúl en otros culpables del mismo delito. Dice la Escritura en términos generales, cómo Saúl mandó á la hechicera evocar la sombra de Samuel y cómo la mujer exclamó que los dioses habían salido de tierra; mas habiéndola pedido Saúl una pintura más individualizada de aquella aparición, se la describió como la de un anciano embozado con su capa. El rey reconoció á Samuel en esta descripción, y prosternandose en tierra oyó la aparición que le hablaba con el acento del profeta vaticinándole su derrota y su muerte.

No falta quien la supone culpable tan sólo de impostura. — Verdad es que esta descripción contiene cuanto es necesario para darnos una importante lección moral, que no nos da los pormenores de aquella aparición; lo cual debemos acaso considerar como un signo irrecusable de la inutilidad de saberlos. Es, pues, imposible saber con certitud si Saúl estaba presente cuando aquella mujer hizo su conjuro, y si vió personalmente el fantasma que ella le describió. Lo que es todavía más dudoso es el saber si fuá evocado verdaderamente algún sér sobrenatural ó si la pitonisa y su cómplice no quisieron producir una mera ilusión, prediciendo al azar la derrota y la muerte del rey, como un acontecimiento que hacían muy probable las circunstancias, como que estaba cercado de un ejército de filisteos muy superior al suyo, y su reputación militar inducía á creer que no querría sobrevivir á una derrota cuyo resultado seria la pérdida de su reino.

Otros la consideran como una hechicera asaz poderosa para evocar por arte el alma del profeta. — Si por otra parte se admite que aquella aparición tenia realmente un carácter sobrenatural, queda incierta su naturaleza y por qué poder tuvo que aparecer el fantasma; lo cual parecía serle sumamente desagradable, atendido que la sombra de Samuel pregunta porqué la han turbado la paz de su sepulcro. ¿Tenia acaso la hechicera bastante pujanza sobre el mundo invisible para poder turbar el sueño del justo, como el Erichto

de los poetas paganos, y sobre todo el de un profeta como Samuel! ¿debemos suponer por ventura que aquel á quien acostumbraba manifestarse el espíritu del Señor, aún cuando llevaba la frágil corteza de la mortalidad, estaba expuesto á verse turbado en su sepulcro, al imperio de la voz de una humilde bruja y por orden de un príncipe apóstata? Cuando el verdadero Dios se negaba á responderá Saúl por el órgano de sus profetas, ¿ podía una simple hechicera obligar al verdadero espíritu de Samuel á darle una respuesta ?

Dificultades que ofrecen estas dos opiniones. — En vista de tan espinosas dificultades, se ha dado otra explicación á que no pueden hacerse las mismas objeciones, sino es suponiendo dos cosas que aún dan campo á otras dificultades. Quieren decir que á la propia sazón ocurrió algo de semejante á lo que defraudó los proyectos del profeta Balaam y que le forzó á dar bendiciones cuando llegaba para maldecir. A tenor de esta hipótesis, la adivina de Endor se apercibía á hacer con Saúl uno de aquellos juegos de manos que verificaba con las personas de menor importancia que iban á consultarla, cual si fuese algún oráculo.

Adopción de un término medio, suponiendo que, aun en el caso fie Balak, Dios, por el ejercicio de su voluntad, hizo aparecer á Samuel ó algún alma buena revestida de su forma, cuando la bruja quería solo producir una ilusión. — Por otra parte podemos concebir que en unos tiempos en que el orden de la naturaleza era suspendido con mucha frecuencia por las manifestaciones d el poder divino, podía permitirse alguna truhanería entre los mortales y los espíritus de inferior categoría; pero en este caso debemos suponer que aquella mujer tenia realmente alguna esperanza de evocar alguna aparición sobrenatural. Sin embargo, en ambos casos esta segunda solución de la historia supone que la voluntad de Dios en aquella ocasión memorable sustituyó, á la fantasmagoría preparada por la hechicera, el alma de Samuel bajo su forma terrestre, ó si es que parezca más probable, algún espíritu bueno, mensajero de la voluntad divina, revestido de las formas del profeta, y no sin gran sorpresa de la misma pitonisa, trocó aquella truhanería burlesca en

una traje- día terrible, capaz de amedrentar al tirano más cruel y transmitir una lección imponente al porvenir.

Esta suposición tiene la ventaja de explicar la sorpresa de la bruja, cuando no las consecuencias de su propia evocación, dispensa de más relación con las modernas ideas que las de que hablan los libros de Moisés, y no parecen haber poseído el poder atribuido á los magos, — Como quiera no puede decirse en parte alguna del Antiguo Testamento se halla un pasaje que arguye la existencia de un sistema de hechicería bajo la ley de los judíos, semejante al que hasta ahora han condenado los códigos de tantas naciones de Europa, tampoco puede decirse de la ley cristiana, que feliz y milagrosamente ha consumado la emancipación de la raza humana de la ley levítica. Suponen que este último crimen implica un pacto que impone respeto y veneración á la bruja que tan fatal obligación ha contraído, y á quien su protector diabólico promete en cambio protección, apoyo y asistencia. Es el hecho que su página alguna de los cuatro Evangelios se halla la palabra hechicera, y, aunque se admitiese la posibilidad de un pecado tan grave, no es probable que se hubiese sustraído á la censura y á las amenazas de la persona divina que venia á borrar todos los pecados del mundo. Verdad es que San Pablo habla por incidencia del pecado de hechicería, suponiéndole más grave que el de ingratitud, y como en las ofensas de la carne se coloca inmediatamente después de la idolatría, es de creer que la hechicería de que habla el apóstol era análoga á la del Antiguo Testamento y equivalente á la adivinación ú otras artes vedadas. Los hechiceros se citan asimismo, lo mismo que otros culpables, en el libro del Apocalipsis, como excluidos de la ciudad de Dios. Con unos datos tan imperfectos, que si bien arguyen la existencia de aquel crimen, no nos dan idea ninguna sobre su naturaleza, los autores que han escrito sobre la hechicería interpretando á su manera el Nuevo Testamento, para sacar pruebas de un crimen no ménos escandaloso que improbable. Las hazañas de Elymar, apellidado el Brujo, y de Simón Mago, no les dan derecho á excluirles de la clase de los impostores que se arrogaron un carácter á que no tenían ningún título real, y que por sus

pretensiones místicas y ridículas á un poder sobrehumano, quisieron igualar la facultad á otros otorgada para derramar la voz del Evangelio, y facilitar su propagación por medio de milagros verdaderos. A juzgar por la proposición impía y presuntuosa de comprar á precio de oro una parte de los poderes que dimanar directamente de la inspiración, es notorio que Simón Mago dió pruebas de una ignorancia estúpida y profana que hasta indica su poca inteligencia, en orden á impostura, y es claro que un vasallo del infierno, si por tal le reconocemos, habría conocido sobradamente bien su situación comparada con la de los apóstoles.

Con esta observación podemos dar fin á nuestros apuntes sobre la Hechicería en el sentido en que se toma esta palabra en la Escritura Santa. Al presente sólo nos resta hablar de la Demonología, que estando consignada en los sagrados libros, debe considerarse por todo cristiano como una cosa cierta é irrecusable.

Artículos de fé consignados en la Escritura sobre este punto.— Primeramente nadie puede leer la Biblia ó tenerse por cristiano sin creer que la divinidad verificó en la tierra grandes milagros por el ministerio de espíritus buenos, instrumentos de su voluntad, ó de ángeles caídos, á quien permitía acarrear á los hijos de los hombres los males que quería hacerles sufrir. Esta proposición comprende necesariamente la creencia en los milagros que suspendian de cuando en cuando las leyes ordinarias de la naturaleza, y reconocer en el mundo espiritual las dos grandes divisiones de ángeles y demonios que ejercen aparte su poder, según la orden ó el permiso del arbitro del universo.

Es muy posible que Dios conceda cierto poder á un espíritu de un orden inferior y áun á un espíritu maligno; y en cierto sentido, los dioses de los paganos pueden considerarse como demonios. — En segundo lugar algunos sabios han pretendido que los ídolos de los paganos eran verdaderos demonios que tenían el poder de tomar las formas de aquellas deidades impotentes y dar cierto punto de apoyo á la fé de sus creyentes, haciendo falsos milagros y dando por el órgano de sus sacerdotes á los miserables que iban á consultarles

respuestas y oráculos de doble sentido. No son pocos los padres de la Iglesia que han prohijado este dictamen. Ello es que esta doctrina tiene la ventaja de corroborar hasta cierto punto muchos milagros mentados en la historia profana y clásica, y está igualmente de acuerdo con el texto de la Escritura, como que declara que los dioses de los paganos son demonios y espíritus malos. El mismo Isaías, cap. xix, versículo 2, cita los ídolos de Egipto entre los hechiceros, los brujos y los que tienen espíritus familiares. Por amplias facultades que se supongan á los espíritus malignos de entonces, y aunque reconociesen los hombres la supremacía de unas divinidades que venían á ser la personificación de ciertas pasiones humanas, como lo indican los sacrificios que ofrecían á Venus, á Paco, á Marte, etc., no podemos suponer con fundamento que un ídolo, ó siquiera la milésima parte de los que adoraban los paganos, estaba dotada de un poder sobrenatural; es evidente que podía aplicarse á la mayor parte la descripción que de ellos hace la Escritura hablando del tronco echado al fuego para los usos domésticos, como dotado del mismo poder y acreedor a] mismo respeto que la madera de que la escultura hace una imagen presentada á la adoración de los gentiles.

Tomándolos en un sentido general, eran ídolos de madera, sin sentimiento ni poder de ninguna especie, y cuyo culto estaba basado en la impostura. — Este pasaje notable, donde se pinta la impotencia del tronco muerto y la crasa ignorancia del adorador, que toma por objeto de su culto la obra de sus propias manos, se encuentra en el cap. XLIV de las Profecías de Isaías, vers. 10 y siguientes. Las expresiones precisas del texto, como el sentido común, no nos permiten creer que unas imágenes esculpidas por artistas vulgares fuesen mansión de demonios ó poseyesen algún medio de manifestar fuerza ó poder, ya por la influencia de los espíritus malos, ya de otro modo cualquiera. Todo el sistema de doble inteligencia, de ilusión y de trapacería, desenvuelto por los oráculos, semeja, más bien que á la audaz intervención de demonios, á la vil truanería de los impostores. No tiene duda que los falsos dioses del paganismo. ó los demonios que tomaban su

nombre, debían tener facultades muy reducidas y restricciones generales impuestas por la Providencia, y aunque por una parte no podemos negar la posibilidad de que se les hubiesen otorgado estas facultades en casos que nos son desconocidos, es muy cierto, por otra parte, que la Escritura no hace mención de ningún ejemplo de esta naturaleza.

En tercer lugar, como los judíos apóstatas incurrieron muchas veces en el crimen de adorar los ídolos de las naciones paganas, se valieron de hechizos y encantos, fundándose en una falsa y supersticiosa interpretación de su propio y ritual levítico, y esforzándose por medio de los sortilegios, de los Theraphim, de los augurios y del vuelo de los pájaros que llamaban Nabas, del Vrim y del Thummim, en hallar algún medio descabellado para obtener el conocimiento del porvenir. Sin embargo, la misma razón que nos impide saber hasta qué punto podía permitirse al demonio y á sus ángeles sostener las imposturas de los sacerdotes paganos, nos ponen en la imposibilidad de conocer positivamente la extensión de los efectos que la divina Providencia podía permitir á las operaciones de los espíritus malos que presidian á los criminales enjuagues de los judíos. Verdad es que la Escritura Santa nos asegura que una de las promesas de Dios á su pueblo escogido era, que baria más latas sus comunicaciones con el mundo invisible, como cumpliera con la ley que les había dado. Tales eran las promesas hechas á los israelitas por Joel, Ezequiel y otros santos profetas, y cuyo cumplimiento ve San Pedro, cap. n de las Actas de los Apostóles, en la misión de Nuestro Señor. Es asimismo evidente, que para castigarla inobediencia de los judíos, les abandonó Dios á sus falaces deseos, y permitió que se dejasen alucinar por los mentidos oráculos á que recurrían infringiendo sus mandatos. Ejemplo de esto es el castigo que impuso Dios á Achab con abandonarle á sus propias ideas y permitir que fuese engañado por un espíritu de mentira.

Por otra parte podemos colegir que la voluntad de Dios no era la de valerse para la ejecución de sus designios de ninguna especie de pacto entre los demonios y los ilusos mortales, como el que denuncian las leyes de nuestros mayores bajo el nombre de

Hechicería. La voz en que se traduce esta expresión, parece designar tan sólo el arte de un fabricante de venenos junto con el de una pitonisa ó falsa profetisa;, crimen que la ley levítica declaraba capital, porque argüia un resentimiento profundo contra el género humano y era un acto directo de traición contra el Legislador divino. Contiene el Libro de Tobías un pasaje más parecido á un cuento árabe, ó á un romance del tiempo de los godos, que á una obra inspirada. Habla del humo producido por el hígado de cierto pescado al asarse en las parrillas, como dotado de la propiedad de espeler un espíritu maligno que se hallaba en el cuarto nupcial de una princesa siria, y que ahogara sucesivamente sus siete maridos al ir á acostarse. El género novelesco y fabuloso de aquella leyenda ha determinado á los padres de todas las iglesias protestantes á excluirle de los escritos sancionados por la revelación celeste, y así no entraremos en discusión sobre un testimonio tan poco satisfactorio.

La opinión de que los oráculos se callaron al nacimiento de Jesucristo, adoptada por Millón. — Por último, si consideramos la incalculable revolución que tuvo lugar en el nacimiento de Nuestro Salvador y la predicación de su ley, podemos observar que, según muchos sabios, su simple aparición en la tierra fué una sentencia pronunciada contra aquellas divinidades paganas á quienes se permitiera revestirse- basta cierto punto de los atributos del verdadero Dios. En su Paraíso perdido, Milton, movido acaso por alguna verdadera convicción, ha prolijado la teoría que identifica los ángeles de Satanás con los dioses de los paganos, y con un entusiasmo poético sin modelo y sin copia, describe en los términos siguientes la desaparición de sus presuntas deidades la víspera de Navidad:

«Los oráculos están mudos; ni una voz, ni un murmullo hace resonar palabras falaces en las bóvedas de los templos. Ya no puede vaticinar Apolo el porvenir al salir de la colina de Delfos y lanzando un grito de desesperación.

» En las montañas solitarias y á lo largo de la playa sólo se oyen lamentos y gemidos. El genio se ve forzado á alejarse de las fuentes y de las cañadas que habitaba, y las ninfas, sin sus guirnaldas de flores, gimen á la sombra de los densos matorrales.

» Los Jares y las larvas hacen oír su llanto nocturno en la tierra consagrada y en los santos hogares. Las urnas y los altares producen sonidos lúgubres y moribundos que ponen grima á los Flamines ocupados en su servicio; el mármol frío parece cubrirse de sudor, en tanto que las deidades todas abandonan su residencia habitual.

»Huyen sus sombríos templos Peor y Baal, con el dios por dos veces expulsado de Palestina. Astaroth, bajo el nombre de la Luna y reina y madre del cielo á un tiempo, no resplandece ya circuida del santo brillo de los cirios.

»Huye la sombra Moloch, dejando en la sombra su ídolo carbonizado; en vano el ruido de los címbalos y el baile llaman al feroz rey á la ardiente hornaza. Huyen también con rapidez los dioses del Nilo, y el perro Anúbis sigue á Isis y á Osíris.»

Endemoniados. —No debe pasar desapercibida la circunstancia de que tan grandioso acontecimiento no produjo el mismo efecto en aquella clase particulado demonios, á quien estaba permitido atormentará los mortales enagenándoles el ánimo y torturando su persona en el caso de lo que llaman posesión diabólica. Es imposible descubrir con exactitud lo que debemos entender por la palabra posesión; pero es muy dudoso, no obstante el grao peso de las autoridades contrarias, que fuese una enfermedad contranatural, y podemos estar persuadidos á que después de la encarnación se permitió su continuación como que los milagros verificados por nuestro Salvador y por los apóstoles suministraron las pruebas más directas de su misión divina con arrancar la confesión de la misma base de los demonios espelidos, enemigos sin duda encarnizados de un poder á que no osaban negar sus homenajes. Es esta una prueba de que la hechicería, en la acepción común y popular de esta palabra, era desconocida en aquel tiempo, pues si bien los

Evangelios y las Actas de los Apóstoles ocasionan muchas veces ciertos casos de posesión, no se halla un sólo ejemplo en que los demonios espelidos hayan hablado de algún brujo ó bruja, al paso que en la mayor parte de estos casos de hechicería, tan frecuentes en los tiempos posteriores, todas las pruebas se vinculan en la declaración del poseído ó del demonio que le posee, de que algún anciano, ó que alguna vieja del contorno ha forzado al demonio á convertirse en instrumento del mal.

También debemos admitir que bajo otro punto de vista muy notable, el nacimiento del Salvador acrecentó más bien que restringió el poder del enemigo del género humano. Es indudable que para que Jesús pudiera participar de todas las clases de ilusiones y persecuciones á que está condenada la raza de Adán, fué tentado por Satanás en el desierto, le cubrió de confusión, lo redujo al silencio y lo arrojó de su presencia sin valerse de su poder divino; pero parece que en aquella memorable ocasión, aunque Satanás hubiese tenido permiso de aparecer en la tierra, revestido de amplias facultades, no debía gozar de ellas por mucho tiempo.

La posesión por el demonio cesó probablemente al mismo tiempo que la intervención de los milagros. —Esta facultad que entonces le concedió, en un caso único y tan particular, no fué de larga duración. Es evidente que en aquel trascurso de tiempo en que quiso Dios establecer su gloria, desplegando milagrosamente su poder, no hubiese estado de acuerdo con su sabiduría y su bondad dejar al enemigo de los hombres en la posesión del privilegio de alucinarles con milagros fingidos para contratar aquella fé que sólo estaba sostenida por la presencia de milagros verdaderos. No será poco chocante la inconsecuencia de suponer que el indujo del demonio hubiese tenido la libertad de divulgar profecías falsas y verificar mentidos milagros por alucinar los órganos corporales de los hombres y pervertir su fé, en tanto que la verdadera religión quedara destituida por su autor de todos aquellos signos sobrenaturales que en tiempo de su fundador y de sus verdaderos discípulos atestiguaban su sagrada misión. A otorgar tal permiso, el Sér Supremo (y lo decimos con el más profundo respeto) hubiese

abandonado su pueblo escogido, después de haberlo rescatado á tanta costa, á los lazos de un enemigo, de quien sólo podían esperarse grandes calamidades. Tampoco hubiese estado de acuerdo con la promesa formal consignada en las Sanias Escrituras, de que «no permitirá Dios que su pueblo sea tentado más allá de sus fuerzas.», Epíst. 1 á los Corintios, cap. X, vers. 13.

Opinión de los católicos. —Los padres de la fé no están contestes sobre el tiempo en que se exoneró la Iglesia del poder de hacer milagros; mas son muy pocos los protestantes dispuestos á lijarla mucho después del advenimiento de Constantino, como une á la sazón se halla ya completamente restablecida la supremacía de la religión cristiana. Verdad es que los católicos romanos sostienen que exista todavía la facultad de suspender milagrosamente las leves de la naturaleza; pero aunque los hombres ilustrados no osan negar un dogma fundamental de su Iglesia, no sé cómo puedan admitir u,, caso particular de milagro sin pruebas casi tan buenas como tas que contrastan la incredulidad de sus vecinos protestantes. Ni á unos ni Ú otros permite creer el buen sentido que puedan los demonios obrar maravillas que el cielo ya no produce en favor de la religion.

El resultado es que la hechicería, en el sentido que se daba «esta palabra en lardad media, no se encuentra en la ley de Moisés ni en el Evangelio. — Es de notar que en este punto no hemos intentado decidir sobre los limites de probabilidad. Ninguna necesidad aliemos de saber de positivo hasta qué punto estaba libre Sotanas bajo el imperio de la ley judia, de desplegar su poder ó hasta qué tiempo preciso de la historia de la Iglesia romana se han visto curaciones de poseídos y pruebas semejantes del poder de hacer milagros. Hemos evitado toda controversia sobre este punto, porque se enlaza con cuestiones no ménos dudosas que poco edificantes. De poco o nada nos servirla por otra parle saber con exactitud el modo con que los judíos apóstatas practicaban hechizos ilícitos. Despues de su conquista y de su dispersión, se hicieron notar entre los romanos por sus prácticas supersticiosas, y á lo que sabemos, pueden continuar existiendo entre los viajeros errantes de esta raza. Alas todo esto no tiene que ver con nuestras investigaciones, como no llevaban otro

objeto que el de descubrir si podía sacarse de la Historia Santa alguna prueba que demostrase la antigua existencia de aquel ramo de hechicería que en un tiempo, si se quiere moderno, ha sido objeto de persecuciones criminales y aún de pena capital. Hemos dicho ya, que según el sentido que se daba en la edad media á la palabra hechicería, el demonio y el brujo ó la bruja combinaban sus diversos poderes de hacer el mal para atormentar inocentes y perjudicarles en su persona y en sus bienes, eo su fortuna y en su reputación, acarrearles enfermedades horribles y aún la muerte, promover tempestades para destruir las cosechas de sus enemigos ó trasladarlas á sus trages, contagiar los ganados, y en una palabra, causar más calamidades de las que puede concebir el hombre por medios muy superiores á todos los poderes humanos. A suponer que existiesen pactos tan contrarios á la naturaleza y se hallasen miserables asaz depravados para constituirse en infames esclavos de los genios infernales, tan sólo para satisfacer su resentimiento ó dar algunos placeres groseros, justas y equitativas eran las leyes que les excluían de toda comunidad cristiana. Pero antes de imponer el castigo de un crimen, es todavía más justo y razonable probar la posibilidad de perpetrarse. Así hemos dado un paso importante con demostrar que la bruja del Antiguo Testamento sólo era capaz de administrar drogas nocivas y alucinar á fuerza de imposturas, ó en otros términos, que no era lo que supone ser una bruja moderna. Por tanto hemos dado al traste con la objeción de que negando la existencia de la hechicería, negamos la posibilidad de un crimen que la ley de Moisés declaraba capital, y estamos en plena libertad de adoptar la opinión de que el sistema más moderno de hechicería, era una parte, y no la ménos grosera, de aquel conjunto de errores, que aparecieron entre los miembros de la Iglesia cristiana, cuando su religión, corrompida por la obra de los hombres y la barbarie de las naciones, arrojaba una luz harta impregnada de los resplandores de aquella época más pagana que viniese á disipar su divino fundador.

Nació en los siglos de ignorancia, cuando los cristianos consideraban los dioses de los mahometanos y de las naciones paganas como demonios, y sus sacerdotes como hechiceros y

brujos. — En la sene de esta disensión procuraremos demostrar que una "rail parte de los artículos particulares de la creencia popular en la magia y en la hechicería era tomada de las opiniones de los antiguos paganos que prohijaran como parle de su religión. Estas opiniones, sin embargo, teman en su favor principios muy arraigados en todos tiempos en el corazón y entendimiento de los hombres. La propencion a creer en las operaciones sobrenaturales es esencial á nuestra naturaleza, y para vincularse en la preciosa convicción déla certidumbre de un estado futuro. Por otra parte, es muy posible que en los siglos de ignorancia hayan parecido irrecusables ciertas historias particulares de este género, aunque al presente podemos explicarlas de un modo satisfactorio, admitiendo por causa la exaltada imaginación de los testigos, la influencia de las ilusiones producidas por la alteración de los órganos corporales, y los errores á que da mareen la imperfección de los sentidos. Obtuvieron, no obstante, una creencia universal, y el clero, ya por astucia, ya por ignorancia, favoreció los progresos de una opinión que contribuyó poderosamente á extender su autoridad sobre el entendimiento humano.

Pruebas en cuanto a los sarracenos y los pueblos setentrionales de Europa, que no estaban todavía convertidos. — Dejemos á un lado los paganos de la antigüedad. Los mahometanos, aunque exclusivamente unitarios por su profesión de fé, pasaron plaza de adoradores de espíritus malos, que suponían auxiliarles en sus guerras continuas con los cristianos, ó protegerles y defenderles en la tierra Santa, donde su permanencia era un objeto de escándalo para los hombres piadosos. El romance y áun la historia se reunieron para representar a cuantos su hallaban fuera de la Iglesia como vasallos personales de Satanás, que practicaba abiertamente sus ilusiones entre ellos; Mahound, Tormagound y Apolo, á juicio de los cruzados occidentales, eran los diferentes nombres del príncipe de los demonios y do sus principales ángeles. Cundieron en toda la cristiandad las Acciones mas absurdas, que acreditaron el hecho de que los malos espíritus auxiliaban á los turcos y sarracenos, y falsos rumores que atribuyeron á los cristianos con la misma liberalidad,

medios extraordinarios de defensa debidos á los bienaventurados, á los Angeles y á los hombres de santidad que, aunque revestidos de su cuerpo, gozaban con antelación de los privilegios pertenecientes á un estado de bienaventuranza y de gloria y poseían el poder de hacer milagros.

Para demostrar el absurdo de aquellas leyendas podemos citar un ejemplo sacado del romance de Ricardo Corazón de León, advirtiéndolo al propio tiempo que este romance, ni más ni menos que otros muchos, está escrito en un estilo que el autor consideraba como propio de la historia verdadera, y que se dirige á los oyentes y á los lectores, no como un cuento divertido, sino como una relación verídica de los hechos; de forma que aquella leyenda ofrece una prueba de lo que aquel siglo consideraba muy creíble.

Dice que el célebre Saladino enviara una embajada al rey Ricardo para ofrecerle en presente un caballo joven recomendado como un corcel excelente, como también para retar á Corazón de León á singular combate en presencia de los dos ejércitos, para decidir por este medio sus pretensiones sobre la Palestina, y la cuestión teológica de si el Dios de los cristianos, ó Júpiter, dios de los sarracenos, debía ser en lo sucesivo el objeto de la adoración de los súbditos de entrambos monarcas. Este reto, al parecer caballeresco, ocultaba una estratagema que podemos calificar de muy grosera, para que pudiese el diablo tomar parte en ella. Un clérigo sarraceno habia hecho entrar, por medio de sus conjuraciones, dos diablos en una yegua y en su potro, encargándoles que cuando la yegua relinchase, el potro, que era un animal de altura poco común, doblaría las rodillas como para mamar. El potro poseído fué enviado al rey Ricardo, creyendo que obedecerla como de costumbre á la señal de la yegua montada por el soldán, y que éste pondría por este medio al rey en su poder.

Sin embargo, aparecióse en sueños al monarca inglés un ángel que le enteró de la morisqueta que querían jugarle, y á virtud de la orden del enviado celeste, el potro fué conjurado en nombre del verdadero Dios, antes de empezar el combate, que obedeciese á su

caballero en su encuentro con Saladino. El caballo demonio indicó su sumisión inclinando la cabeza, pero para tenerlo más seguro le taparon las orejas con cera. Partió por tanto Ricardo, armado de punta en blanco, y revestido de diversos emblemas de su fé para combatir con Saladillo; y contando con el buen éxito de su estratagema, marchó el soldán con mucha confianza á su encuentro. Relinchó la yegua, hasta el punto de hacer temblar la tierra en el radio de muchas millas; mas como el diablo no pudo oír esta señal, tampoco pudo obedecerla. Conturbado Saladillo, estuvo á punto de perder la vida, y su ejército fué derrotado completamente por los cristianos. Verdad es que esto no es más que un cuento absurdo, pero semejantes leyendas divertían ó interesaban á nuestros antepasados, y su creencia relativa á los demonios de la Tierra Santa corre parejas con la que ofrece el titulo de una comedia de Ben Jonson, El Diablo es un Asno.

Uno de los primeros mapas geográficos que se han publicado, y que apareció en Roma en el siglo XVI, arguye una creencia semejante en un pacto entre las naciones paganas del norte de Europa y los demonios del mundo espiritual. En Estonia, Lituania, Curlandia y otros distritos semejantes, el mapa carecía de pormenores exactos sobre el país, como puede ya suponerse; ofrece la representación grosera de hombres vestidos de forros, rindiendo sus homenajes á los demonios, que se hacen visibles á sus ojos. En otros puntos se ven los naturales del país combatiendo con los caballeros teutónicos, ó las órdenes militares establecidas para la conversión de los paganos, ó para su expulsión de aquellas comarcas. En medio de los paganos, armados de cimitarras, se ven los demonios representados con su deformidad moderna, con su pata hendida, ó como dicen los alemanes, el pié de caballo, alas de murciélago, ojos desencajados, mechones de cabellos parecidos á culebras, y cola de dragón. Podemos notar de paso que estos mismos atributos arguyen la relación de la moderna hechicería con la mitología de los antiguos. La pata hendida es el atributo del dios Pan, cuyos talentos para infundir terror nos han valido la palabra pánico; las trenzas de culebras están lomadas del broquel de

Minerva; sólo la cola de dragón parece vincularse en la historia de la Escritura Santa [\[3\]](#)

Halláronse con todo implicadas oirás naciones paganas en la misma acusación de hechicería que los cristianos de la edad media intentaron contra los paganos del norte de Europa y contra los mahometanos del oeste, cuya creencia no puede haber contribuido en ninguna manera al sistema de hechicería, como que sus costumbres y basta su existencia eran desconocidas cuando fué adoptado. Dice un viajero portugués, que los mismos cristianos naturales del país, que encontraron en la India los que la descubrieron, y que llama los de Santo Tomás, fueron acusados de ejercer prácticas diabólicas. En vano los sacerdotes de una de sus capillas enseñaron una de sus sagradas imágenes á los oficiales y á los soldados portugueses, invitándoles como buenos cristianos á rogar á la santa Virgen. El escultor conocía tan poco su arte, que la imagen horrenda que habia producido semejaba más á un habitante de las regiones infernales que á Nuestra Señora de Gracia; así uno de los oficiales europeos, en el acto de hincar las rodillas como sus camaradas, protestó altamente, que si aquella imagen representaba al diablo, él por su parte adoraba tan sólo á la Virgen.

Los dioses de Méjico y del Perú y los powkas de la América del Norte., explicados por los mismos principios. —Estando en la América meridional, los españoles pretendieron justificar la horrible conducta con que trataron á los naturales del país, consignando en todas las relaciones de las comarcas que descubrían y conquistaban, cómo los indios tenían un comercio directo con los demonios, y que sus sacerdotes predicaban las doctrinas más abominables y más repugnantes á oídos cristianos. El grao dios-serpiente de los mejicanos y otros ídolos á quien ofrecían víctimas humanas, y que bañaban en la sangre de sus prisioneros, hacían muy verosímil tamaña acusación; de forma que, si las imágenes no eran verdaderamente mansión de demonios, al menos el culto que les tributaban los mejicanos estaba vinculado en una crueldad tan horrible, y en tan negra superstición, que fácilmente podía creerse que su existencia era tan sólo debida á las sugerencias del infierno.

A propósito de la América del Norte, los primeros colonos que se establecieron en la Nueva Inglaterra, declararon unánimes que habían descubierto entre los naturales ciertas señales de relaciones íntimas con Salanas. Está por demás observar que esta opinión se fundaba tan sólo en los juegos de manos que hacían los powkas ó juglares, para acreditarse entre el pueblo y adquirir influjo sobre los Jefes, y como no dejaban de tener algunos talentos en sitarle, pues conocían algunos secretos sencillos de curar las enfermedades, la inteligencia de los colonos no pudo alcanzar el origen real de su poder, que consistía en la astucia y en la impostura. Sin embargo, el reconocido Cotton Mather, en el cuento que refiere en su Magnalia, libro VI <sup>[4]</sup> no atribuye á aquellos brujos indios una ciencia muy superior á la de un decididor de la buenaventura. « Reconocían y adoraban generalmente muchos dioses, dice el doctor, y por consiguiente profesaban el más profundo respeto á sus sacerdotes, powkas ó hechiceros, que pasaban plaza de tener un comercio muy directo con los dioses. » Así, se dirigían á ellos en todas las circunstancias difíciles; pero los que deseaban esta dignidad no podían obtener todos mi comercio familiar con los espíritus. No todos los powhas alcanzaban el mismo éxito en sus invocaciones, y sólo debían sus triunfos á la revelación ó al uso de ciertos ritos y ceremonias, que la tradición indicaba como muy conducentes para lograr su objeto. De ahí es que la piedad de los padres consagraba muchas veces sus hijos á los dioses, como que los educaban haciéndoles seguir cierto régimen, privándoles del sueño, etc.; sin embargo, de todos los que destinaban á aquella profesión, pocos eran los que podían tocar el término. Suponiendo la necesidad de probar claramente que los hombres estaban en relaciones con los genios infernales, en un país en que se Lacia lanío caso de la práctica de la hechicería, puedo citar á mis lectores un powka que murió no hace muchos años. Jamas se Labia hecho cargo de la astrología, y sin embargo podia informar exactamente á los que le consultaban de dónde habían sacado los objetos que les robaran y el punto á que los habian llevado; pero nunca pretendió ocultar que debía sus conocimientos á las comunicaciones de un dios avasallado,

al que adoraban los ingleses. Un inglés muy fidedigno le preguntó un día quiénes eran los que le hablan robado ciertos objetos, y después de un ralo de reflexión, el powka le dijo por qué le hacia semejante pregunta, puesto que éi mismo servia á otro dios, y añadió, que no podía satisfacerle; pero si creeis, dijo, que mi dios puede seros útil, veré loque puedo hacer; lo que impidió al inglés persistir en su demanda. No puedo dejar de hacer aquí una pequeña digresión, para decir á mis lectores cómo la mujer de aquel powka pasaba por mujer muy piadosa, y vivía en la práctica de la religión cristiana, no sólo con el consentimiento de su marido, sino también con su aprobación. Oraba de continuo en su familia, y asistía al servicio divino el día del Señor. Declaraba el powka, que no podía reconvenirle, como que servia á un dios superior al suyo; pero que en cuanto á él, las bondades continuas de su dios le ponían en el caso de servirle sin cesar.

Opinión de Mather.— Seguir este pasaje y otros muchos semejantes, parece que el doctor Cottor Mather, sugeto muy piadoso y atento, pero bastante crédulo, no habia comprendido muy bien el objeto del tolerante powka. Deseaba tan sólo huir la necesidad de someter sus prácticas á la perspicacia de un europeo, y no deja de ser ingenioso el pretexto de admitir la superioridad que naturalmente otorgaba al dios de un pueblo que, sin duda, le parecía superior á sus conciudadanos en talentos y poderío para colegir que la naturaleza y los objetos de su culto debían tener una superioridad semejante.

Gibb, brujo supuesto, perseguido por los otros no conformistas. — Hay otra relación que nos da derecho para creer que el brujo europeo era considerado como superior al brujo de la América del Norte. Entrelas innumerables extravagancias de los no conformistas escoceses del siglo xvii, canonizados ai presente en masa por los que los consideran bajo el punto de vista general de enemigos del episcopado, son de notar las de cierto maestro de una embarcación, llamado Makle Jbon Gibb. Este hombre, un tal Janne, y algunos otros, fuera de veinte ó treinta mujeres que eran discípulas suyas, llevaron el entusiasmo al más alto punto. Gibb se puso al frente de

una cuadrilla, que le siguió á través de los pantanos hasta lord Moss, entre Aire y Stirling, y quemaron sus biblias como para hacer un acto de adhesión solemne á su nueva fe. Fueron arrestados, y los restantes, no conformistas, que pensaban de una manera muy diferente sobre la persecución del gobierno, quedaron muy descontentos al ver que aquellos pobres insensatos no eran castigados con la pena capital por sus extravagancias y blasfemias. Hasta hicieron de ello un crimen al duque de York, á pesar de que no podían acusarle muchas veces de tolerancia, ni de haber considerado Indisciplina de la casa de corrección como digna de más efecto para devolver el buen sentido al desgraciado gibbíta, que la severidad más imponente de un juicio público y de un patíbulo. Los cameronianos hicieron todo lo posible para corregir aquella indulgencia escandalosa. Como MakleJhon Gibb, su compañero de cautiverio, acostumbraba á turbarles con la práctica de su culto, con sus aullidos maniáticos, dos de ellos se encargaron sucesivamente de tenerle sujeto en tierra y reducirlo al silencio, poniéndole una servilleta en la boca. Este modo de hacer callar al desgraciado hereje, si bien harto violento, fué juzgado insuficiente ó incómodo; así, Jorge Jackson, cameroniano que en seguida se vió ahorcado, empleó los pies y las manos para arrojar aquel insensato contra la pared, y le puso en tan mal estado, que los demás temieron por su vida. Tras aquella muestra de corrección fraternal, siempre que los cameronianos comenzaban sus oraciones, aquel loco iba á ocultarse detrás de la puerta para huir la repetición de un nuevo acto de disciplina, se ponía espontáneamente la servilleta en la boca y echaba á aullar como un desesperado. Deportado, finalmente, Gibb á América, fué objeto de la admiración de los paganos, en razón del comercio familiar que tenía con el diablo, á quien ofrecía sacrificios. Allí murió, dice Walker, en 1720. Debemos necesariamente colegir de aquí, que las pretensiones de los naturales del país á comunicaciones sobrenaturales no podían ser de una naturaleza muy elevada, como que los vemos honrar á aquel insensato como á su superior, y que la magia de los powhas entre los indios de la América del Norte no podía infundir temor á los colonos ingleses, puesto que los naturales mismos honraban y consideraban como

dotados de un poder superior [\[5\]](#) á los europeos, que pasaban plaza de estar en relaciones con los espíritus cuyo culto profesaban.

No obstante esta inferioridad de los powhas, creyeron los colonos que los indios paganos y los franceses católicos romanos eran favorecidos por los demonios, que tomaban á veces su forma para atormentar á los colonos. En 1692 se mostró de citando en cuando á los colonos de la ciudad de Gloucester, en el condado de Essex, Nueva Inglaterra, un grupo de franceses y de indios, reales ó imaginarios, que alarmó sobremanera á todos los habitantes de aquella tierra, y tuvo muchas escaramuzas con los ingleses; por cuyo motivo se mandó un refuerzo considerable al socorro de aquel establecimiento. Pero como aquellos enemigos, que por más de quince días los estuvieron, hostigando, no mataron ni hirieron nadie, persuadiéronse los ingleses de que sus enemigos no eran en realidad franceses, ni indios, ni nada de tales cameros, sino que el diablo y sus agentes se revistieron de sus formas para dañar á la colonia [\[6\]](#)

Conclusión. — Parece ser que estaban tan arraigadas en el alma de los sucesores de los neófitos cristianos más ignorantes las ideas supersticiosas que sacaron éstos de la mitología clásica, que robustecía» más y más su creencia en la hechicería al ver las prácticas de todas las naciones paganas que el destino les ofrecía como enemigos, ya en los confines de Europa, ya en todas las partes del globo donde llevaban sus armas. En resolución, podemos establecer como una verdad incontestable, que la doctrina de la hechicería ha existido en toda Europa tal como vulgarmente se admite, siendo la misma en el fondo, pero variada, según el capricho de cada nación. No parece sino que ha tenido su origen en ciertas ideas naturales al corazón humano ó en las enfermedades á que está sujeto el cuerpo del hombre, como también que ha crecido considerablemente por las clásicas supersticiones que sobrevinieron á la ruina del paganismo, y tía sido robustecida por las opiniones tomadas délas naciones bárbaras del Oriente y del Occidente, Es necesario ahora entrar más circunstanciadamente en la cuestión é investigar el origen especia! de donde el pueblo de la edad media

sacó las ideas que tomaron poco á poco la forma de un sistema regular de hechicería.

---

[3] El mapa en cuestión es uno de los facsímiles do un antiguo planisferio grabado sobre bronce á fines del siglo XV, y llamado la tabla normana, del nombre del cardenal Esteban Borgia que era su propietario, y le conservaba en su museo de Velletri.

[4] Sobre les actos notables de tas gracias de la divina Providencia.

[5] Véase la Biografía presbitariana de Patricio Walker, tomo II, pág. 23; el Juicio de Dios contra los perseguidores, y la historia de Wodrow art. Jhon Gibb.

[6] Magnalia, lib. VII, art. 18. El mismo lucho se refiere también en la Vida de sir William Phipps.

## CAPÍTULO III

### LA BRUJERÍA EN EL NORTE DE EUROPA

Creencia de Zoroastro. — La creencia de Zoroastro, que se ofrece naturalmente á la razón abandonada á si misma como uno de los medios más conducentes para explicar la existencia del bien y del mal en el mundo visible, y que bajo una modificación cualquiera supone la coexistencia de dos principios, uno bueno y otro malo, que luchan entre sí sin que el uno ú el otro puedan alcanzar una victoria completa sobre su antagonista, conduce por el miedo y el terror, profundamente impresos en el entendimiento humano, á la adoración del autor del mal como al culto de su formidable adversario que es amado y honrado como el padre de todo lo bueno y útil. Es tai el servilismo de la naturaleza humana, que los adoradores abandonarán los altares del Autor del bien por los de Arímanes, contando muy poco con la merced bien conocida del primero, en tanto que tiemblan de horror á la idea de irritar la cólera y la venganza del formidable padre del mal.

Admitida particularmente por muchas naciones paganas. — Las tribus celtas que bajó diversas denominaciones poblaron la Europa en su origen, propendían naturalmente al culto del mal principio, ni más ni ménos que los demas pueblos salvajes. Acaso no adoraban á Arímanes bajo un sólo nombre y no consideraban las divinidades malhechoras asaz pujantes para luchar directamente contra los

dioses más benévolos; pero creían aplacarlas con adoraciones y diferentes ritos de expiación, á fin de que fuesen misericordiosas con los que reconociesen su poder y apartasen de sí los efectos de stt venganza y las tempestades que se creían directamente á su arbitrio.

Ejemplos sacados de las tribus celtas en Escocia. Fiesta del Belthane. — Encuéntranse restos de estas supersticiones hasta mediados del último siglo, en cuya época comienzan á degenerar en simples costumbres locales que observaban los aldeanos sin soñar siquiera con su origen. Cuando Pennant hizo su viaje en 1763, se observaba estrictamente la ceremonia del Bellhane ó Eaaltein, ó sea del {.« de mayo, aunque algo variada en diferentes distritos de las montañas. La torta se cocía con una atención escrupulosa, conciertos ritos y formalidades, y se dividía en partes que se consagraban formalmente á las aves de rapiña y á los animales carniceros, á fin de que respetaran los ganados ó se dignase perdonarlos el sér de quien eran agentes [\[7\]](#)

Gudeman'S Croft.— Mucho tiempo duró entre nosotros otra costumbre procedente de un origen semejante. En muchas parroquias de Escocia dejaban subsistir cierta porción de terreno denominada The Gudeman'S Croft, que nunca se lavaba ni cultivaba, cual Themenos de un templo pagano. Verdad es que nadie lo confesaba, pero todos estaban persuadidos 5 que el Gudeman'S Croft era mansión de algún sér maléfico. Asi, nuestros antepasados daban un nombre ála porción del mismo diablo, que no siendo generalmente comprendido, no podía ofender al implacable habitante de las regiones del despecho. Estaba tan generalizada aquella costumbre, que la Iglesia publicó una orden para proscribirla como una costumbre imp la y blasfema.

Esta costumbre singular cedió á los esfuerzos del clero del siglo XVII; pero es de creer que existen todavía muchas personas que miran con respeto ciertos monteeillos y terrenos que se dejaban de intento sin cultivo, porque se suponía que cuando la reja del arado surcaba la tierra, los espíritus de los elementos suscitaban borrascas

y tempestades. Recordamos también muchos sitios semejantes consagrados á la esterilidad por alguna superstición popular, en el país de Gales, en Irlanda y áun en Escocia; pero el precio crecido de los productos de la agricultura durante la última guerra, hacen sumamente dudoso que se respete todavía esta consagración por un senti- miente de veneración á las supersticiones góticas. Por la misma razón se respetaban las montañas llamadas. Sitli Bbruaith y se consideraba como ilícito y peligroso cortar leña, cavar la tierra, sacar piedras, y en una palabra, tocar el suelo de cualquier modo que fuese [\[8\]](#)

Abusos semejantes admitidos en el cristianismo después de los primeros siglos de la Iglesia. — A primera vista parece extraño que la religión cristiana haya permitido la existencia de unos restos tan groseros é impíos del paganismo en un país que profesaba su doctrina. Mayor será la maravilla si se recuerda que los primeros cristianos, bajo el imperio de los emperadores paganos, fueron convertidos por la voz de unos apóstoles y santos que habían recibido «I don de hacer milagros, como también el de lenguas y el poder de curar las enfermedades del cuerpo, así para comunicar su doctrina á los gentiles, como para demostrar la autenticidad de su misión. Aquellos neófitos debían haber sido en general hombres escogidos, llamados á formar parte de la Iglesia en su cuna, y cuando los hipócritas, como Ananias y Safise, pretendían introducirse en ia sociedad, se hallaban expuestos á ser descubiertos y castigados, si tal era la voluntad del cielo. Al contrario, las naciones que fueron convertidas después que el cristianismo pasó á ser la religión del imperio, no fueron recibidas en el seno de la Iglesia con arreglo al mismo principio de elección, como cuando aquella consistía en un corto número de individuos que abandonaran por convicción los errores del paganismo para arrostrar los peligros é imponerse nuevos deberes, abrazando una fé que exigía la abnegación de si mismo y exponía al propio tiempo á la persecución. En cuanto triunfó la Cruz y su causa no tuvo ya necesidad de hombres inspirados ni de milagros para convencer la incredulidad, es evidente que los prosélitos que entraban en tropel

en el gremio de la Iglesia lo hicieron, unos, porque el cristianismo era la religión dominante; otros, porque los cristianos eran los que hacían mayores ascensos, y muchos hubo que si bien renunciaron de buena fé al culto de las divinidades paganas, no pudieron abandonar de golpe los ritos y observancias del paganismo, y fueron bastante absurdos para conciliarlos con la fe más sencilla y majestuosa que condenaba aquella unión impura. Y sí esto sucedió en el imperio romano, en que los neófitos cristianos podían instruirse á su sabor con los primeros miembros de la Iglesia, ¿qué tiene de extraño que unas tribus extranjeras y bárbaras recibiesen imperfectamente las lecciones religiosas que les eran necesarias de algún predicador celoso y entusiasta que bautizaba centenares en un dia? Todavía es ménos creíble que hubiesen adquirido conocimiento del cristianismo en el sentido verdadero de esta palabra, cuando muchas veces abrazaban esta religión por imitar el ejemplo de algún jefe popular, y sin dar más importancia á un cambio de religión que á un cambio de vestidos. Después de aquellas conversiones improvisadas, los neófitos se titulaban cristianos; mas no habían abandonado del todo su antigua creencia ni estaban instruidos en los dogmas de su nueva fé; así entraban en él santuario sin despojarse de las supersticiones en que imbuyeran su ánimo en su juventud, y como estaban acostumbrados á la pluralidad de los dioses los que meditaban más que de costumbre en este objeto, podían creer que el reconocimiento del Dios de los cristianos no les impedía continuar en el servicio de las divinidades subalternas;

Ley romana contra la hechicería. — Verdaderamente, si suponemos que las leyes del imperio hubiesen tenido algún influjo sobre los bárbaros feroces que miraban el imperio romano como una presa podemos decir que Constantino, al considerar el crimen de los presuntos mágicos y hechiceros bajo el mismo punto de vista que la ley de Moisés, había pronunciado pena de muerte contra cualquiera que pretendiera investigar de aquella suerte los arcanos del porvenir. « Que la curiosidad ilegal de saber el porvenir, dice la ley, quede sofocada en lo sucesivo y para siempre, y el que desobedezca

nuestras órdenes en este punto estará sujeto á la cuchilla de la ley, v será castigado con la pena capital. »

Si examinamos de más cerca esta disposición, podemos colegir que la ley civil no está vinculada en las prohibiciones y penas consignadas en la Escritura; pues aunque condena el Ars matemática (que la más mística y más incierta de todas Tas ciencias reales ó supuestas llevaba entonces el nombre que al presente distingue lo más exacto ) como un arte dañoso, y aunque declara que los que i ella se dan, morirán á luego lento como enemigos del género humano, la razón de un castigo tan severo parece diferir del que presidiera á las instituciones de! pueblo hebreo. El crimen, entre los judíos, estaba en la blasfemia de los adivinos, y en su rebelión contra la teocracia instituida por Jeovah; los legisladores romanos por su parte temieron principalmente ios peligros que podían amagar la persona del príncipe y la tranquilidad del Estado, que se hallaba sujeta á ser turbada por el menor pretexto de innovación, y por el menor aliento. Los emperadores reinantes desearon poner coto á las matemáticas, que así llamaban al arte de la adivinación, por un motivo más bien político que religioso, como que vemos en la historia de aquel imperio cuántas veces el destronamiento ó la muerte del soberano fueron efecto de conspiraciones fraguadas en virtud de profecías falsas. Considerando este crimen bajo el mismo punto de vista los legisladores del bajo imperio, siguieron el ejemplo de los que habían copilado las leyes de las doce tablas [\[9\]](#) Los actos ridículos é intempestivos de religión que recomienda Horacio á la ninfa Tidile hubiesen sido un crimen gravísimo para un neófito del cristianismo y le hubiesen expuesto á la excomuni3n; pero también podía darse á la superstición con suponer que si bien no debía adorar á Pan ni á Céres como dioses, podían temerles en su nueva calidad de demonios. Sobrevino por ende una especie de compromiso entre el miedo y la conciencia de los recién convertidos en un tiempo en que la Iglesia no se componía exclusivamente de santos, de mártires, de confesores y discípulos de apóstoles inspirados, y de ahí resultó que estando sujetos, ni más ni menos que los sacerdotes mismos que los dirigían, á las pasiones y errores

anejos á nuestra naturaleza, se valieron como de un encanto, si no como de un acto de culto, de aquellos sacrificios, fórmulas y ritos por cuyo medio pretendían los paganos alejar de sí los infortunios y asegurar su prosperidad.

En cuanto se hubo generalizado en el imperio romano aquella Creencia, en un principio hostil, y las ideas subsiguientes, la ignorancia de sus conquistadores de aquellas naciones salvajes, los francos, los godos, los vándalos. los hunos y semejantes hordas incivilizadas, les hizo incurrir en un error que pocos predicadores juiciosos podian prevenir. Así debemos admirar la clemencia divina que derramó en naciones tan groseras la luz del Evangelio y las indispuso á recibir una religión tan contraria á sus costumbres belicosas; mas no es maravilla que hubiesen adoptado al propio tiempo muchas supersticiones tomadas de los paganos ó conservado cierto número de las que formaran parte de su sistema particular de paganismo.

Consiguientemente, aunque los tronos de Júpiter y demás divinidades superiores del Panteón de los paganos fueron derribados completamente, sobrevivieron muchos restos de sus cultos y de sus ritos á la conversión de los pueblos al cristianismo, que existen todavía en este siglo ilustrado, como quiera que no se ha conservado el menor recuerdo de su primitivo objeto. En pocas palabras podemos mencionar una ó dos costumbres de origen clásico, ademas de la del Belthane y las antedichas, que subsisten como una prueba patente de lo mucho que influyeron las costumbres de los romanos en la mayor parle de la Gran Bretaña, ó al menos en la situada al S. de la muralla de Severo.

Encuéntrense todavía en el S. de Escocia las costumbres siguientes. Cuando la novia entra en casa de su marido, la levantan para que pueda pasar el umbral de la puerta; porque tocarlo ó saltar por encima espontáneamente se considera como un acto de mal agüero. Esta costumbre estaba muy acreditada en Roma en recuerdo del rapto de las sabinas. En la misma ocasión se prepara

una loria azucarada y se rompe en la cabeza de la novia, y este es un rito de antigüedad clásico.

Los escoceses, sin exceptuar los de las clases superiores, nunca se casan en el mes de mayo, estación de llores y de céfiros que Sutes parece favorable al matrimonio: así reconvinieron á la reina María por haberse casado con el pérfido conde de Bothoweli en aquel mes prohibido. Estaba tan arraigada entre los escoceses esta preocupación, que en 1684 unos cuantos entusiastas llamados Gibbitas propusieron renunciar á ella, como á un largo catálogo de días de fiesta y de ayuno, restos del papismo, sin olvidar los nombres profanos de los días de la semana y de los meses, y un sin fin de necedades y de frivolas prácticas que repugnaban sobremanera á su conciencia timorata. Esta repugnancia á contraer esponsales en el alegre mes de mayo, por conducente que sea para el amor, se ha tomado también de los paganos romanos, lo cual debía ser para ellos una nueva razón para anatematizar semejantes costumbres. Los ancianos nos venden por máximo que sólo se casan en este mes las mujeres pública [\[10\]](#) » .

Las costumbres de los romanos sobreviven á la mida de su religión.—Ejemplo. —La costumbre de decir: bendígaos Dios, cuando alguno estornuda en compañía, deriva también de la preocupación ateniense de que el estornudo era la crisis de la peste, y que este síntoma inducía á creer que el enfermo Airaría del mal que lo aquejaba.

Brujería, de los bárbaros del Norte. — Nickas. — Fuera de estas costumbres y otras muchas que han recibido de los tiempos clásicos las naciones de Europa, y cuya investigación no incumbe á nuestro propósito, sacaron muchas creencias supersticiosas, que vinculándose en las que habían traído de su propio país, formaron la base de un sistema de hechicería que se ha perpetuado hasta nuestros días. Nixas, ó Mokas, dios de los rios ó del Océano, adorado en las orillas del Báltico, parece haber lomado posesión de los atributos de Neptuno. En medio de los largos inviernos y de las horribles tempestades de aquellas tierras, se ha escogido como el

poder más enemigo del hombre, y la idea de su pujanza sobrenatural se ha propagado hasta de presente bajo dos aspectos distintos. Entre los alemanes, Nicka es el nombre de una de aquellas badas amables y seductoras que los antiguos apellidaban Náyades, y á ménos que se ofenda su orgullo ó- despierte sus celos la inconstancia de un amante, su carácter es en general lleno de dulzura y de benevolencia. Hold Nick, conocido en Inglaterra, es asimismo un verdadero descendiente del Nepluno setentrional, y posee una gran parte de su poder y del terror que inspira. Inaccesible á cualquier temor el marinero inglés, confiesa el espanto que le infunde aquel ser temible y le mira como autor de casi todas las calamidades á que se bulla expuesta la vida precaria de un marino.

Bhar. — Geist. — El Bhar-Guest ó Bhar-Geist, bajo cuya denominación se conoce generalmente en diversos distritos de Inglaterra, y en particular en el condado de Yorck, se llama también Dobia. Es- este un espectro local que frecuenta un sitio particular bajo formas diferentes, y, como lo indica su nombre, es una divinidad de origen teutónico. Si es verdad, como me han asegurado, que algunas familias del nombre de Dobia tienen un fantasma ó un espectro en sus escudos [\[11\]](#) parece evidente que si bien esta palabra ha sido elegida para nombre propio, no se había olvidado su etimología.

Relación entre las brujas romanas y las del Norte. — La mitología clásica presentaba muchos puntos de contacto con la de los germanos, de los daneses y de los normandos posteriores. Reconocían el poder de Erichlbon, de Canídia, y de otras hechiceras, cuyos encantos podían interrumpir el orden de los elementos, interceptar la influencia del sol é impedir su acción benéfica sobre los frutos de la tierra, arrancar la luna de su esfera y variar el curso ordinario de la naturaleza por medio de sus hechizos y de sus encantos como por el poder de los espíritus que evocaban. También estaban versadas por su profesión en todos los ritos místicos y en todas las ceremonias secretas con que pretendían concillarse el favor de las autoridades infernales, cuyo carácter se suponía tan leste y

tan caprichoso como negro y lúgubre su reino. Aquellas brujas violaban muchas veces los derechos de la tumba, y el vulgo, al ménos, creía peligroso dejar los cadáveres sin custodia por temor de que fuesen mutilados por las brujas, que buscaban en ellos los ingredientes principales con que componían sus encantos. Tampoco debe pasarse en silencio que tenían el poder de transformarse y convertir los otros en animales condenados á las penosas faenas inherentes á su nuevo estado. Los poetas y fabulistas paganos, como Luciano y Apuleyo, atribuyeron todos aquellos poderes á las brujas del mundo pagano, como también el arte de envenenar y el de hacer filtros mágicos para granjearse el afecto de muchas jóvenes y lindas. Tales eran los rasgos característicos con que los pueblos de la edad media se imaginaban las brujas de su tiempo.

Facultad de fascinar atribuida á las brujas. — Sin embargo, al prohiar las supersticiones de los antiguos, los conquistadores del imperio romano añadieron otras creencias que habían traído consigo de sus antiguos establecimientos del Norte, donde la existencia de las hechiceras hacia mucho papel en sus sagas y en sus crónicas. Con algunos conocimientos que tenga el lector de aquellas obras, puede reconocer en la Galdraquilna de las escalas la Sbriga ó bruja de los países clásicos. A tenor de las ideas que se formaban de las hechiceras los pueblos del Norte, nada entraba de irreligioso en su ciencia; muy al contrario, el conocimiento del arte mágico era un atributo especial del mismo Odino. El presentarse con osadía á una divinidad y obligarla á dar instrucciones sobre lo que se deseaba saber, pasaba entre aquellos hijos de la espada y de la lanza, no por un acto de impiedad, sino por un rasgo de valor y de intrepidez grandes. Las matronas poseían una encumbrada reputación de magia y de poderes proféticos; sabían causar ilusiones, y si no podían transformar el cuerpo humano, tenían al ménos el arte de fascinar á sus enemigos y sustraer á su vista por cierto tiempo á los mismos que andaban buscando.

Ejemplo sacado del Eyrbyggja - Saga. — En la Eyrbyggja - Saga (historia Eiránorum) se lee un caso muy chocante sobre el resultallo de una disputa de esta naturaleza entre dos de aquellas mujeres

inspiradas. La una había resuelto descubrir y causar la muerte del hijo de la otra, llamada Calla, que en una sarracina había cortado la mano de la nieta de la primera, llamada Geirades. Una cuadrilla enviada para castigar aquella injuria matando á Obdo, se volvió alucinada por la ciencia de su madre. Dijeron que sólo habían encontrado á Catla hilando con una gran rueca, y Geirada Ies respondió: —; Insensatos ! La rueca era el hombre que buscabais. » Así se volvieron á casa de Catla, cogieron la rueca y la quemaron, pero la bruja había travestido á su hijo en forma de corzo doméstico. Fueron por tercera vez y era un cerdo que se solazaba en las cenizas. Los de Geirada volvieron en mayor número, como lo dijo á su ama una criada de Catla. «¡Ah! dijo esta, es la bruja Geirada contra quien son inútiles todos los encantos. » En consecuencia la cuadrilla hostil entró por cuarta vez, se apoderó del objeto de su animosidad y le quitó la vida [\[12\]](#) Esta especie de brujería es muy conocida en Esencia bajo el nombre de Glamourd ó deceptio visus, y suponían que era un atributo especial de la raza de los gitanos.

Profetisas de los germanos. — No deben pasarse en silencio aquellas profetisas tan respetadas entre las tribus germánicas, que, según Tácito, decidían de la opinión general en sus consejos por sus supuestos conocimientos sobrenaturales, y basta tomaban parte en la dirección de sus ejércitos. Era tan general esta circunstancia en las costumbres del Norte, que muchas mujeres se encumbraron á la dignidad de Aluza, ó princesa de los sacerdotes, de donde viene la voz lexe, con que se designa al presente mía bruja; lo cual demuestra ostensiblemente que el sistema mitológico de los antiguos habitantes del Norte ha suministrado á la lengua moderna una expresión especial para designar las mujeres que están en relaciones con el inundo espiritual.

Los dioses del Valhalla poco respetados por sus adoradores, y itruchas veces provocados por los campeones. — No tiene ninguna duda que aquellas pitonisas fueron muy respetadas en tiempo del paganismo; pero por la misma razón se hicieron odiosas en cuanto se convirtió la tribu al cristianismo. Si pretendían conservar su poder eran despreciadas como locas ó temidas como hechiceras; y cuanto

más las temieron en virtud de su poder, más las odiaron después por la convicción de que lo debían al enemigo de! linaje humano. Semejante metamorfosis experimentaron las divinidades de los paganos del Norte, y cierto que es muy parecida á la que propone Drawiansír en la repetición, amenazando « hacer firmar por un dios que es un diablo.»

Los guerreros del Norte recibieron esta nueva doctrina sobre el poder de sus divinidades y su origen, con tanta más indiferencia, cuanto su culto no les habia inspirado jamas mucho respeto ó devoción. Tenían tan alta idea de su propio valor, puramente humano, que se jactaban de no ir en zaga en el combate, ni áun á los dioses inmortales. César dice que los germanos tenían la misma idea de los suavos, tribu á que las demás cedían la palma del valor; y lóense en los Sagas muchas anécdotas de campeones valientes que habían combatido, no sólo con brujos, sino también con algunos semidioses de su sistema mitológico, y que habían salido en los combates, si no victoriosos, al menos sin herida. Holher combatió con el dios Thor, como Diomedes con Marte en la Iliada, y con el mismo éxito. Bario- lino nos cita muchos ejemplos del mismo género. «Sabe, dijo tuerten á Olaus Triggnasen, que yo no creo en ídolos, ni en demonios, líe viajado por varios países extranjeros, me he batido con muchos jiganles y monstruos, y nunca me han vencido; así, no tengo más confianza que en la fuerza de mi cuerpo y en el valor de mi alma.» Gaucater dio una respuesta mucho más fuerte á S. Olaus, rey de Noruega: «Lo que es yo no soy pagano ni cristiano; mis camaradas y yo no profesamos otra religión que una confianza completa en la fuerza de nuestros brazos, que nos hace invencibles en los combates.» Estos guerreros eran de la secta de Mezencio:

iDextera mihi Deus, et totum quod missile tibro,  
Nunc adsint!

No es maravilla que unos campeones de este genio, que despreciaban sus dioses, aunque les reconocían como tales, les

hayan mirado como demonios después de su conversión al cristianismo.

Los guerreros del Norte deseaban cifrar su gloria en arrostrar los peligros más inminentes, como prueba de su valor invencible; sus anales ofrecen muchos ejemplos de combates entre espíritus, brujas, furias y demonios, que los campeones fuerzan á ceder al vigor de su brazo y entregarles las armas ó tesoros que conservaban en sus sepulcros.

Demonios del Norte. — Los norsos eran tanto más propensos á estas supersticiones, cuanto creían que en muchos casos el tránsito de la vida á la muerte trocaba el carácter de los espíritus humanos, que de bueno pasaba á ser malo, ó que al cuerpo que abandonaba el alma sucedía un mal demonio que aprovechaba aquella ocasión de constituirse en su lugar.

La ficción absurda que sigue está fundada probablemente en una posición semejante, y con toda su extravagancia ofrece un no sé qué que embarga la atención.

Historia de Assmeith y de Asmund. — El gramático sajón nos habla de la nombrada de los príncipes ó caudillos norsos que contrajeron lo que llamaban cruel fraternidad de armas, prometiéndose no sólo la amistad más constante y un apoyo decidido en todas las empresas que acometieren, sino que también se obligaron por medio de un pacto solemne á que el que sobreviviera debía bajar al mismo sepulcro y hacerse sepultar con su hermano de armas. El cargo de ejecutar esta convención terrible tocó á Asmund, porque su compañero Assmeith había muerto en una batalla. Aprestóse la tumba, según la antigua costumbre del Norte, en lo que llamaban el siglo de las montañas, esto es, cuando exigía el uso enterrar las personas de un rango ó de un mérito distinguido en algún sitio notable, que coronaban con un cerrillo. Abrióse un hoyo profundo y estrecho para aposento ó sepulcro, sobre el que debían levantar el monte funerario; colocaron allí armas y trofeos, derramaron acaso la sangre de las víctimas é hicieron bajar los dos corceles de los campeones. Concluidos todos estos

ritos, depositaron el cuerpo de Assmeith en aquella mansión tenebrosa y estrecha, y su fiel hermano de armas se sentó junto al cadáver sin decir este ni moste, y sin hacer gesto ninguno que indicase la menor repugnancia ¿cumplir con la palabra empeñada. Los soldados que presenciaron aquel entierro singular del vivo y del muerto, trajeron uní piedra enorme para cerrar la entrada «le la hoya, y arrojaron tanta tierra y tantas piedras, que hicieron un cerrillo que podía verse de muy lejos. Entóneos se dispersaron lamentando la pérdida de unos caudillos tan intrépidos, al modo de rebaño que ha perdido su pastor.

Habia trascurrido un sigla, cuando un caballero sueco, seguido de una partida de soldados valientes, que iban en pos de alguna aventura, llegó al vallo que tomara su nombre de la tumba de los dos hermanos de armas. Contaron la historia los extranjeros, y el caudillo resolvió abrir el sepulcro, ya porque se consideraba como un acto de heroísmo, como llevamos dicho, arrostrar la cólera de los héroes muertos, violando sus sepulcros, ya para apoderarse de las armas y espadas non que los dos campeones se ilustraron á fuerza de hazañas. Hizo poner á sus soldados manos á la obra, y en poco tiempo abrieron la entrada del sepulcro; pero los soldados más intrépidos cejaron de horror cuando en lugar del silencio de la tumba, oyeron en el interior de ia hoya el chis chas de espadas, y el estruendo de un combate á muerte entre dos enemigos implacables. Un joven guerrero bajó á aquel profundo subterráneo, por medio de una sogá que se retiró algunos momentos después para saber lo que allá ocurría; pero en cuanto so vió abajo el aventurero, otro cogió la sogá, con cuyo auxilio acababa de bajar, y so acomodó en el lazo corredizo. Asi los soldados, en vez de su compañero, vieron á Asmund, que sobrevivía á su hermano de armas. Lanzóse al campo con el sable desnudo, su armadura medio rota, y la mejilla izquierda desgarrada como por las garras de algún animal silvestre. En cuanto vió la luz, merced á aquel talento práctico de improvisación que aquellos campeones juntaban muchas veces á la fuerza corporal y á un valor heroico, espetó una larga serie de versos que explicaban la historia de su combate de un siglo en la tumba. Parece que en

cuanto estuvo cerrada la entrada del sepulcro, se levantó de éntrela tierra el cuerpo del difunto Assmeith, y habiendo descuartizado y devorado los caballos que depusieran con ellos en aquella hoya, arremetió al compañero que tan brillante prueba de amistad acababa de darle para tratarle del mismo modo. Sin inmutarse por los horrores de su situación, el héroe echó mano de sus armas y se defendió bizarramente contra Assmeith, ó mejor, contra el mal demonio que ocupaba

su cuerpo. De esta suerte, el sobreviviente campeón sostuvo un combate sobrenatural que duró un siglo entero; pero Asmnd alcanzó al fin la victoria, aterró á su enemigo, y hundiéndole una estaca en el cuerpo, le redujo ni estado de tranquilidad que conviene á un habitante de la tumba. Despees de babor celebrado la relación de su combate y da su victoria, el mutilado vencedor cayó muerto á presencia de sus oyentes. El cuerpo de Assmeith fué sacado de la hoya, quemado, y lanzadas al viento sus cenizas, al paso que el del vencedor fué repuesto en la tumba, sin temor de que nadie turbase su descanso [\[13\]](#) Las precauciones tomadas contra una segunda resurrección de Assmeith nos recuerdan las que se adoptan en las islas griegas y en las provincias turcas contra los vampiros. También se encuentra en ellas el origen de la antigua ley inglesa contra los suicidas, que mandaba hundir una estaca en su cuerpo, seguramente para que estuviese tranquilo en su sepulcro.

Evicción contra los espectros. — Los pueblos del Norte reconocían asimismo un género de espíritus que, cuando habían obtenido la posesión de una casa ó el derecho de frecuentarla, no se defendían contra los moriales por los principios caballerescos del duelo, como Assmeith, y no se dejaban expeler por los exorcismos de los sacerdotes y los encantos de los brujos, sino que se hacían tratables cuando dirigían legalmente contra ellos persecución os judiciales. Dice el Eyibijjia-Saga, que la casa de un respetable propietario de Islandia, poco tiempo después de los establecimientos formados en esta isla, se vió expuesto á una persecución de esta naturaleza. Esta futa circunstancia fué producida por el concurso de ciertos fenómenos místicos y apariciones de espectros muy conducentes

para causar una aparición semejante. A principios de invierno, á la época del regreso periódico de tiniebla y de crepúsculo, que en aquellas tierras forman la noche y el día, sobrevino en el seno de una familia ilustre una enfermedad contagiosa, que llevó al sepulcro muchos miembros de la familia, y parecía amenazar de muerte á los demás. Pero á la muerte de aquellos individuos sucedió un accidente singular: riéronse por las cercanías de la casa los espectros de los difuntos, que ponian grima y áun maltrataban á los que querían salir. Como el número de los muertos de aquella familia infortunada comenzaba á exceder al de los vivos, los espíritus tuvieron valor para entrar en la casa y mostrar sus formas aéreas y sus descarnados contornos, hasta en el hogar donde se encendiera lumbre para el uso general de todos sus habitantes, y que durante el invierno es en Islandia el único sitio donde

puede reunirse cómodamente una familia entera; pero amedrentados por la vista de aquellos espectros, prefirieron los vivos retirarse al otro extremo de la casa y abandonar un cuarto calentado por huir la compañía de aquellos fantasmas. Dieron parte á mi pontífice del dios Thor, llamado Asnorro, que tenia mucha influencia en toda la isla, y por su consejo el joven propietario de la casa congregó un jurado, I compuesto de vecinos suyos, y constituido en la acostumbrada forma judicial, como para entender de una causa civil ordinaria, procedió en su presencia á citar individualmente los diversos fantasmas revestidos con las formas de los difuntos miembros de su familia. Comparecieron los espectros de los muertos á medida que se pronunciaba el nombre de cada uno, y después de haberse quejado de tener que (abandonar su morada, desaparecieron de la vista de los jueces atónitos. Entonces se celebró un juicio contra los espíritus, v el juicio por jurado, cuyo origen podemos encontrar aquí, consiguió un triunfo que no ha conocido ninguno de los célebres escritores que han convertido esta institución en objeto de sus encomios [\[14\]](#)

Aventura de un guerrero con la diosa Freya. — Los pueblos belicosos del Norte hacían la guerra sin temor, no sólo contra las almas de los muertos; aquellos audaces campeones preferían

arrostrar con frecuencia la indignación de las divinidades superiores de su mitología, á confesar que existiese un sólo sér á cuya pujanza cediese su \ valor. Tal es la historia singular de un joven dotado de un valor á toda prueba que cruzaba una cordillera de montañas desiertas y estériles, donde encontró un carro enorme en que la diosa Freya, esto es, un ídolo colosal que la representaba, viajaba de un distrito del país á otro con su caja y todas las riquísimas ofrendas que recibiera. La caja, ó el santuario del ídolo, estaba oculto á la vista del público por medio de tablas y cortinas, cual uno de estos carros modernos donde colocan un espectáculo ambulante ó algún objeto de curiosidad, y el equipaje estaba bajo la custodia inmediata de la sacerdotisa de Freya, joven de estatura regular y dotada de ciertos atractivos. Allegóse naturalmente el viajero á la sacerdotisa, y como esta fuese á pié, no llevó á mal tener por guía y compañero de viaje un jóven gallardo y valiente. Sucedió que la presencia del jóven y su conversación con la sacerdotisa no fueron tan satisfactorias para la diosa como para las partes más interesadas. La deidad, por medio de cierta señal, llamó á su santuario á la sacerdotisa, y esta volvió luego llorando y con el terror pintado en su semblante, diciendo á su compañero cómo Treya mandaba que se fuese y no viajase más en su compañía. « A buen seguro no habéis comprendido bien las órdenes de la diosa, dijo el campeón; no es posible que Freya sea tan poco razonable que rae mande dejar un buen camino que me lleve directamente al término de mi viaje, y lome senderos fragosos y extraviados con riesgo de romperme la crisma.

— Os aseguro, repuso la sacerdotisa, que la diosa se ofenderá mucho si desobedecéis sus órdenes, y no debo ocultaros que acaso os embista ella misma.

— Si tantos pelos tiene, no me falla un Lacha que pueda derribar las tablas y las vigas.»

Respondióle la sacerdotisa por su impiedad; mas no pudiendo persuadirle á que obedeciese la urden de la diosa, continuaron confabulando con una familiaridad tan grande, que oyeron un ruido

en el tabernáculo semejante al de una máquina puesta en movimiento, y que anunció á los viajeros que Freya, que acaso tenia algunas cualidades de la clásica Vesta, juzgaba no poder permitir por más tiempo aquella íntima amistad. Corriéronse las cortinas, y el poderoso ídolo, que semejaba sin duda al gigante creado por Franksenstein, saltó del carro, y arremetiendo al viajero le descargó con sus manos y sus brazos de madera golpes terribles que no era fácil parar y sufrir. El campeón traía un hacha danesa de dos filos y la manejó con tal vigor y actividad, que rompió la cabeza del ídolo y con otro golpe le cortó la pierna izquierda. Entonces Freya cayó en tierra sin movimiento, y el demonio que la animara echó á huir aullando de su demolida mansión. Según las leyes de la guerra, el campeón victorioso se apoderó de la mujer y de los despojos. La sacerdotisa, á cuyos ojos la divinidad perdiera su prestigio por el evito de aquel combate, se determinó sin dificultad á constituirse en compañera y concubina del vencedor; así le acompañó a! distrito adonde iba, y mostró allá el santuario de Freya, guardándose bien de manifestar las heridas que recibiera la diosa en el combate. El campeón recibió su parle de los percances del lucrativo oficio que ejercía la sacerdotisa, apropiándose ademas una parte considerable de los tesoros que habia contenido el santuario. Parece que Freya, que acaso conservaba un recuerdo bastante vivo del poder del hacha, no se ha arriesgado jamas á pedir personalmente á sus infieles intendentes la cuenta de su gestión.

Conversión de los paganos de Islandia al cristianismo. — El respeto que á sus divinidades profesaban unos pueblos entre los cuales estaban en boga semejantes historias, no podia ser muy profundo ni religioso. Los islandeses abandonaron á Odino, Freya, Thor y toda su mitología pagana en virtud de una sola discusión entre los sacerdotes paganos y los misioneros cristianos. Los sacerdotes amenazaron la isla con una erupción terrible del volcan llamado el líecla, como efecto necesario de la venganza de sus deidades. Snorro, el mismo que aconsejara la información contra los espíritus, se convirtió al cristianismo, y estaban presentes en aquella conferencia que se tenia en un terreno, antiguamente masa de lava,

y á la sazón cubierto de sustancias vegetales. Respondió á los sacerdotes con mucha presencia de ánimo: «¿Y cuál era la causa de la indignación de los dioses cuando el territorio que pisamos era un fuego fluido? Creedme, islandeses. la erupción del volcan depende de causas naturales y no es un instrumento de venganza confiado á Thor y á Odino. » Es evidente que unos hombres que con tanta precisión razonaban sobre la impotencia de Odino y de Thor, estaban dispuestos á considerar á sus antiguas deidades como demonios maléficos.

Supersticiones setentrionales mezcladas con las de los saletas. — Sin embargo, hallábanse en la creencia de los pueblos del Norte ciertos puntos particulares en los que se hallaban tan de acuerdo con las naciones clásicas, que se hace creíble que los antiguos asaros ó asiáticos, fundadores del sistema escandinavo íntes de su emigración de Asia, tomaran sus ideas de algún origen que les era común con los griegos y romanos, ó que la misma propensión del espíritu humano á la superstición ha inducido á prohijarlas mismas ideas en tierras diferentes, bien como se encuentran las mismas plantas en países apartados, sin que las unas hayan sido producidas por la simiente de las otras.

Sátiros del Norte. — La ficcion clásica de los sátiros y de las otras divinidades subalternas de los bosques y de los campos, cuyo poder causa más ilusión que terror, era admitida entre los habitantes del Norte, que acaso la trasmitieron á los celtas, lis esta una idea que parecía común á muchas naciones, y áun pretenden que la existencia de un sátiro bajo la forma de Silvano, es corroborada por el testimonio de San Antonio, á quien dicen que apareció uno en el desierto.

El Ourisk montañés. — Los gallo-escoceses se forman una idea de la misma naturaleza sobre un duende llamado Ourisk, cuya forma, ni más ni ménos que la de Pan, tiene algo del hombre y algo del macho cabrío, como que sus extremidades inferiores son las de este último animal. Una especie de caverna, ó más bien agujero abierto en la roca, da al retiro más agreste de las romancescas cercanías del

lago Latrino un nombre tomado de la superstición clásica, y no son la circunstancia ménos curiosa de cuantas han tomado de aquella divinidad rural las naciones modernas de Europa, los emblemas degradantes de las formas del macho cabrio, sus cuernos, su cola y sus pies hendidos, con que se ha representado al autor del mal cuando ge le antojaba aparecer sobre la tierra. Por manera que, variando una palabra sola, podria aplicarse perfectamente á lo que decimos el verso tan conocido de Pope, á leerle como sigue:

«Y Pan presta á Satan sus cuernos paganos.»

Esta trasmisión de los atributos del sátiro del Norte ó del Ourisk celta, no puede atriburse á ninguna semejanza particular entre el carácter de aquellas ciudades y el de Salan. Al contrario, era un ente ni del todo maléfico, ni poderoso que pudiese hacerse formidable: era más bien un espíritu melancólico que vivía en la soledad lelos de los hombres. Si le identificamos con el Brown Dusarf de los marjales fronterizos, la vida del Ourisk tiene sus límites como la del hombre v tiene la esperanza de salvarse, pretensión que manifesto también el sátiro que se apareció á San Antonio. Por otra parte, el Ourisk montañés era una especie de diablo imbécil y muy fácil de ser engañado por los inteligentes en filología. Cuentan de uno de aquellos duendes que frecuentaba un molino situado junto al lago Lo- mont, que deseando el molinero sustraerse á la compañía de aquel diablillo, muy perjudicial al mecanismo de su molino, como que dirigía la corriente á la rueda cuando no había grano por moler, consiguió tener una entrevista con el duende velando de noche en su molino. Llegó el Ourisk y preguntó el nombre del molinero, quien le respondió que se llamaba Mas; lo cual sirve de base á una historia muy semejante á la Oltés en la Odisea, cuento, que si bien es clásico, no tiene ifada de elegante ni de ingenioso, pero que es extraño se encuentre en un país oscuro y en la lengua celta. Esto parece demostrar que habrá existido entre aquellos montañeses ignorados de Escocia y los antiguos lectores de Homero alguna comunicación que no nos es dado explicar. También podría ser que algún sacerdote, más instruido que sus cofrades, hubiese trasmitido esta leyenda desde Sicilia á Duncraue y desde las playas del

Mediterráneo á las del lago Lomont. He oído decir por otra parte, que el célebre Hob-Ros alcanzó una victoria cubriendo una parte de sus soldados con pieles de macho cabrío para hacerles semejar al Ourisk ó al sátiro montañés.

El sátiro Mening. — Había un sátiro llamado Mening, si nial no me acuerdo, perteneciente á la mitología escandinava, y cuyo carácter era diferente del del Ourisk, aunque tienen la misma conformación. Los más famosos campeones se jactaban de ir á buscarle en sus soledades. Poseía al más alto grado el talento de armero, y las armas que fraguaba eran muy estimadas; mas como en el antiguo sistema de los escandinavos predominaba la ley del más fuerte, Mening se negaba á trabajar para los prácticos que se presentaban, como no le obligasen á hacerlo por la fuerza de las armas. Por ventura puede identificarse con el herrero de mala voluntad que huyó delante de Fin- Gel desde Llanda hasta las Oreadas; mas como Finge! le alcanzase ahí, le forzó á fraguarle el sable que llevó en seguida en todos los combates, y que fué llamado el hijo del Negro Luno, del nombre del armero que lo habia fraguado [\[15\]](#)

De lo dicho se deduce que en la mitología de los godos como en la de los celtas se hallaban bastantes modelos para suministrar á Satanás los atributos modernos con que posteriormente le imaginaban, cuando el objeto del pintor ó del poeta era el de representarle bajo la verdadera forma y cercado de todos sus terrores. El genio del Día y el del Taso no pudo sustraerse tampoco á esta preocupación, acaso tanto más arriesgada, cuanto que los malos son descritos en la Escritura como machos cabríos y el diablo llamado el Viejo Dragón. En el célebre cuadro de Rafael que representa el arcángel Miguel avasallando á Satanás, la dignidad, las trazas de poder y el carácter angélico del serafín, forman un contraste extraordinario con la pobre confección de un sér que ni aún en su degradación más rastrera debia presentarse como un adversario tan indigno. No fué más feliz el Taso al representar el Consejo de las Tinieblas en el bosque encantado, como presidido por un monarca de enorme cola, pies hendidos y todos los adherentes ordinarios de la brujería popular. Sólo el genio de Millón pudo

despreciar estas puerilidades vulgares, y atribuir al autor del mal aquella dignidad terrible perteneciente á un sér que debia presentarse no ménos que como un arcángel caído. Esta degradación parece aún más grosera, si se atienden las alteraciones que ha sufrido la opinión popular sobre los gustos, las costumbres y el poder de los demonios, como su modo de tentar á los hombres, cualidades más dignas de algún ogro estúpido y delirante de un cuento de hadas que de un demonio dotado de un espíritu fuerte y cuya caída fué ocasionada por el orgullo y la rebelión, mas no por la necesidad y la inercia.

Adoptadas sin embargo nuestras ideas actuales sobre el diablo, tales como las supieron sus más allegados, como los hechiceros y lo que se ha dicho de los sátiros, que parece haber sido un dogma de fé entre las tribus de los celias y de los godos, rústanos hablar de otro origen muy fecundo en ideas de brujería; mas como este origen de la mitología de la edad media comprende algunos pormenores sobre las hadas, por razón de la mucha parle que en ella tienen, es indispensable detenernos un momento antes de entrar en los detalles de la relación mística y maravillosa que suponen existir entre el remo impenitente de Satanás y aquellas alegres bailarinas que gustan de danzas á la luz de la luna.

---

[7] Véase el viaje de Pennant ó Escocia, tom. I, p. III. El viajero dice que en su tiempo se observaba en el condado de Gloucester una tiesta semejante.

[8] Véase el Ensayo sobre la república subterránea. por Roberto Kirke, ministro de Averteile.

[9] Esto código antiquísimo pronunciaba la pena de muerte contra los que destruían las cosechas, suscitaban tempestades ó huelan pasar á sus graneros ios frutos de la tierra; pero dejaba á los cultivadores de entonces la libertad de emplear los medios más conducentes para

hacer fértiles y productivos sus campos. Dice Plinto, que como Cayo Turio Cresino, romano do la ínfima plebe, recogiese do un campo pequeño una cosecha más considerable que laque obtenían sus vecinos de posesiones mayores, fue acusado ante el tribunal competente de valerse de conjuraciones para hacer pasar á sus graneros los frutos de las haciendas de sus vecinos. Presentóse Cresino sobro la marcha, y habiendo probado que el producto de su campo era el resultado do su trabajo asiduo y constante, y de la superioridad de sus conocimientos en agricultura, fué puesto en libertad y condecorado con distinguidos honores.

[\[10\]](#) Male Mubent Maya.

[\[11\]](#) Estos escudos se han atribuido por la misma razona las familias del nombre de Fantasmas, y consistía en un espectro ó fantasma envuelto en una mortaja sucia en campo azul. Unos y otros son los que llaman armas parleras; escudos desaconsejados por todos los autores que han escrito sobre esta ciencia, pero de que hacen caso los que practican el arte del blasón.

[\[12\]](#) Eyrvijja-Saga en las Antigüedades del Norte.

[\[13\]](#) Véase el gramático sajón. Hist. Dan., lib. V.

[\[14\]](#) Eyrvijja-Saga. Véanse las Antigüedades del Norte.

[\[15\]](#) Este arma se menciona muchas veces en los paráfrasis de Macphernion; mas en parte alguna se habla de la balada irlandesa que tana animada relación presenta del combate entre el campeón y el armero.

## CAPÍTULO IV

### LAS HADAS

Las ideas supersticiosas sobre las hadas dimanaban de principios diferentes. — Empecemos por observar que los clásicos no echaron en olvido el consignar en su mitología cierta especie de divinidades subalternas cuyas costumbres corrían parejas con las hadas modernas. El inicuo del viejo Gibb de la biblioteca de los abogados, que deben nombrar con respeto todos los lejístas á quien auxilió en su juventud con el conocimiento que tenía de aquella noble colección de libros — éntrelos antiguos altares confiados á su custodia, acostumbraba á enseñar uno consagrado, diis campestribus, y añadir frunciendo las cejas: « A las hadas, ya sabéis quién.»

El culto clásico de los Silvanos o de los dioses silvestres probado por el descubrimiento de altares romanos. — El resto de la antigüedad fué descubierto no lejos del castillo de Rorburgh, y no sería fácil dar con una situación más deliciosa para mansión de las divinidades campestres. Dos rios caudalosos se juntan bajo las ruinas de un castillo formidable, célebre en las guerras contra Inglaterra por la sangre noble, valiente y leal que se derramó en sus murallas y en sus cercanías. Del centro de un solo de árboles centenarios se elevaba el país adornado en lontananza por la aldea y la famosa torre de la abadía de Belso y el moderno castillo de Fleurs

con su azotea, sus bosques y su dilatada pradera; formando en su conjunto un reino digno de Oberon y de Titania ó de cualquier aficionado á escenas pintorescas cuya magestad y áun belleza hagan experimentar cierto sentimiento de respeto y de placer. Á aquellos silvanos, -aquellos sátiros y aquellos faunos de que la superstición poblaba las riberas y las copadas arboledas de aquella comarca romántica, sucedieron deidades cuyo carácter corría parejas con el suyo, y que probablemente están revestidos de algunos atributos de sus precededores clásicos. Hablamos de las badas que, según la creencia popular y la descripción de los poetas, que han hecho de ellas el ripio de sus poemas, pertenecen por cierto á las creaciones de la imaginación.

Los Duergar, ó enanos de los godos, procedentes de los Laps ó Fins. — El doctor Leidan, que en este punto ha agotado los tesoros de su erudición, es de parecer que la primera idea de las hadas está vinculada en las opiniones de los primeros pueblos del Norte sobre los Duergar ó los enanos. Sin embargo, es forzoso confesar que estos eran espíritus de naturaleza más grosera, tenían ocupaciones más laboriosas y un carácter más malévolo, siendo de todos modos ménos amigos del género humano que las hadas propiamente dichas. Con efecto, eran estas una invención de los celtas, y manifestaban aquella superioridad de gusto y de imaginación, que, lo mismo que la pasión á la música y á la poesía, se ha atribuido generalmente á su raza en todas sus clases y modificaciones.

Parece que puede colegirse que aquellos duergar no eran en su origen otra cosa que los Laps, los Lels y los Fins, pueblos pequeños que, huyendo de las armas victoriosas de los arres, buscaron las más apartadas comarcas del Norte para sustraerse al yugo de sus vencedores orientales. Sin duda eran una raza de baja estatura que poseía algún talento para explotar las minas y fundir los minerales de que está lleno el país; Acaso podrían presentir las variaciones de la atmósfera por el conocimiento que habían adquirido de la marcha de las nubes ó de los fenómenos meteorológicos, y tener de esta suerte un título más á ser considerados como de un saber sobrenatural. Han querido suponer que aquellas buenas gentes, que

buscaban las cavernas y los antros para sustraerse á la persecución de los arte, se consolaban de la superioridad de sus fuerzas y de su estatura con los conocimientos y el poder que les atribuía la superstición de sus enemigos. Aquellos fugitivos ó presos, pero temidos, obtuvieron naturalmente la misma reputación que los espíritus alemanes denominados Robold, de donde han derivado sin duda el Gobhi inglés y Rogle escoces por alguna mudanza de ortografía y de pronunciación.

Eran los Robolds una especie de gnomos que frecuentaban los sitios oscuros y solitarios y que se veían muchas veces en las minas, donde imitaban al parecer las ocupaciones de los mineros divirtiéndose en oponerse á sus lucraciones y en inutilizar sus trabajos. Unas veces eran malévolos, sobre todo cuando Ies insultaban; pero otras se mostraban benéficos con los individuos que tomaban bajo su pro. lección. Cuando un minero daba por casualidad con un filón precioso, decían, no que tuviese más habilidad, industria ó fortuna que sus compañeros, sino que los genios de la mina le habían dirigido hacia aquel tesoro. El empleo y la ocupación aparente de los gnomos ó demonios en sus subterráneos indujeron á confundir el Fin ó el Robold; pero era indispensable un esfuerzo más atrevido de la imaginación para identificar aquella raza sombría y reservada con la clase de espíritus más alegres que corresponde á las hadas inglesas. Y no es maravilla que el duergar mostrase un carácter más ruin y maléfico que las hadas que bailan á la luz de la luna en climas más meridionales.

El Nievehnijen.- Lied. —Aventuras del rey Laurin.—Según la antigua creencia de los Norsos, aquellos enanos están muy en boga en los sagas del Norte, y suponen que la inferioridad de su estatura se debe á un saber y habilidad superiores á los demás mortales. En el Nievehnijen-Lied, uno de los romances más antiguos de Alemania, y compuesto á lo que parece poco después del reinado de Alila, Federico de Bosna ó de Verona figura en medio de un coro de campeones que presiden como Cario Magno en Francia y Arturo en Inglaterra. Entre los enemigos que ha vencido se encuentra el rey de las hadas ó el enano Laurin, cuya morada era un jardín encantado

lleno de rosas y custodiado por gigantes, especie de gentes que raras veces dicen ser brujos. En verdad, es un enemigo formidable para Teodorico y sus caballeros; mas como haya alcanzado la victoria por traición, se ve al fin vencido y condenado á ocupar en la córte de Verona el vergonzoso puesto de bufón y de juglar.

Los habitantes de las islas Oreadas y de Betland a tribuyen asimismo conocimientos sobrenaturales á unas gentes apellidadas Drows, corrupcion de duercar ó dovasfo, es decir, enanos, que bajo muchos aspectos pueden identificarse coa las hadas caledoniatias. Lucas Jacob Jon Debes, que fecha la Descripción de Jervé de su palmas en Thors-Fiaben á 12 de marzo de 1670, consagra un largo Capítulo á los espectros que turbaban su congregación y á veces le arrebatan sus oyentes. Dice que los autores de aquellos desmanes eran los Shan ó Bierjon-Tr oíd, esto es, los genios de los bosques y de las montañas, llamados también el pueblo subterráneo. Añade como aparecían en cavernas profundas y horribles peñascos y frecuentaban los sitios donde se perpetraran asesinatos y otros pecados mortales. Parecen haber sido los verdaderos enanos del Norte ó trows, y nuestro bucn autor los considera no menos que como demonios verdaderos.

Hadas celtas de un carácter más jovial, aunque sus placeres son vanos é ilusorios. — Con todo, no debemos buscar tan sólo las opiniones sobre las hadas de la edad media entre la raza de los godos. Hemos dicho que poseían muchos de los atributos con que los celtas más antiguos invirtieran sus divinidades de las rocas, de los valles y de las selvas. Hemos notado igualmente, rasgo grandioso por cierto de su carácter nacional, que el poder de la imaginación tiene una actividad particular entre los celtas, como que les infunde cierto entusiasmo por la música, el baile, la poesía y los cantos nacionales. El irlandés, el gales, el gael ó campesino escoces, tribus descendientes de los celtas, suponían á los hombres de Paz, á los buenos vecinos ó algún otro nombre de los que daban á aquellos silvanos pigmeos, costumbres más sociales y un género de existencia mucho más alegre que á los tenebrosos duergar, ocupados en faenas más difíciles. Las hadas no huían la compañía

de los hombres, aunque se portasen con extravagancia con los que entraban en sociedad con ellas, y aunque sus dones eran á veces muy preciosos, de ordinario los otorgaban por capricho y los retiraban cuando menos se pensaba.

Las ocupaciones, los placeres y las diversiones de la córte de las hadas semejaban á aquel mismo pueblo aéreo. Su gobierno se consideraba siempre como monárquico; reconocían un rey, pero las más veces una reina, y otras veces uno y otro. Las fiestas y las diversiones de la córte reunían lo más elegante y espléndido que en aquel siglo podía concebir la imaginación. En sus ceremonias montaban corceles mucho mejores que los de raza mortal. Los aleones y los perros de que se servían para la caza eran de la especie más noble; sus banquetes cotidianos ostentaban un lujo á que no podían aspirar los más poderosos reyes de la tierra, y el salón en que bailaban resonaba con los acentos de la música más armoniosa, Pero á los ojos de un individuo dotado de la facultad de ver las cosas como son en sí, todas las ilusiones se desvanecían; los jóvenes caballeros y las hermosas damas eran viejos decrepitos y brujas deformes; sus riquezas se trocaban en pizarras; su espléndida vajilla de oro se convertía en vasos de barro, y sus platos, que nunca estaban condimentados con sal, por ser este un emblema de la eternidad, eran insípidos; sus magníficos salones parecían tabernas húmedas y miserables; todas las delicias del coliseo de las hadas desaparecían en un punto; en una palabra, sus placeres eran aparentes, pero sin sustancia ninguna: su actividad continua, pero inútil y sin resultado. Parecen haber sido condenadas á la necesidad de conservar la apariencia de una industria constante y de goces perpetuos, mas que sus ocupaciones fuesen sin objeto y sus placeres una sombra sin sustancia. Por esto los poetas las han consignado como «la tripulación que jamas está en reposo.» Pero fuera del tumulto vano y perpetuo en que parecían vivir aquellos espíritus, tenían propensiones nocivas y perjudiciales ú los mortales.

Su afición «apoderarse de seres humanos, así niños como adultos. — Suponían que las hadas hacían constantemente á los mortales una injuria muy grave robando sus hijos y dándoles una educación

propia de su raza. Los niños más expuestos á aquella calamidad eran los no bautizados; pero los adultos podían verse privados también de todo comercio con la tierra. Fácilmente se concibe que la falta de la ceremonia santa, que hace entrar á los infantes en el seno de la Iglesia cristiana, les sujetaba más al poder de aquellos seres que, si no debían considerarse como demonios, tenían poco derecho á ser contados entre los espíritus buenos, y que pasaban al alma de nuestros sacerdotes para pertenecer á una clase del todo diferente. En orden á los adultos, era preciso que hubiesen cometido alguna acción que les avasallase á aquellos espíritus y hubiesen sido cogidos in fragante según la expresión jurídica. Dormir en una montaña donde las hadas tenían su córte interina, era un medio excelente de alcanzar un pasaporte para el Elfland. Muy feliz era el culpable si las hadas se contentaban con trasladarle ó través de los aires ó alguna ciudad cuarenta millas distante, dejando acaso su sombrero ó su gorro en algún campanario en mitad del camino, para marcar el camino directo que habia seguido. Otros, empeñados en alguna empresa ilegal, ó cediendo á alguna pasión indiscreta y reprehensible, se exponían igualmente á habitar el país de las hadas.

Aventuras de un sumiller en Irlanda. — La misma creencia tenía lugar en Irlanda. En su relación décima octava habla Glanville del sumiller de un caballero allegado del conde de Orrery, á quien enviara su amo á comprar naipes. Acertó á pasar por unos campos donde vió una mesa muy bien servida, cuyos convidados parecían regocijarse mucho; levantáronse éstos para saludarle y le invitaron á tomar parte en su festín, pero una voz amigable de uno de los concurrentes le dijo al oído: « No haga V. nada de lo que le digan. » Negóse por ende á sus instancias, desapareció la mesa, y la compañía echó á bailar al son de varios instrumentos; mas el sumiller no quiso tomar parte ninguna en aquellas diversiones. Cesó el baile, y todos se pusieron á trabajar, pero también se negó á ayudarles. Dejaronle sólo por un momento, y á pesar de todos los esfuerzos del lord, de dos obispos que se hallaban á la sazón en su casa, y del célebre M. Greatrix, sólo pudieron impedir que las hadas se le llevaran cual presa que por derecho legítimo les pertenecía.

Levantáronle por el aire, y los demás se ponían debajo para amortiguar su caída ' cuando les daba la gana de dejarle caer. El espectro que tan buen consejo había dado al bueno de aquel hombre, le dijo ser el alma de uno de sus amigos, que hacía siete años que había muerto. « Bien sabe V., añadió, que he vivido muy relajadamente, y desde mi muerte me he visto condenado á seguir sin descanso la compañía que ha visto, hasta el día del juicio.» Dijo además, que si el sumiller hubiese servido siempre á Dios, no tendría que sufrir tanto de las badas, y le recordó cómo aquella mañana no había hecho oración, y por añadidura iba á desempeñar una misión ilegal.

Quiéren decir que lord Orrery atestiguó la verdad de toda aquella historia, diciendo cómo había visto al sumiller levantado en alto por aquellos seres invisibles; pero no habla del paso que parecen calificar la compra de unos naipes de misión ilegal.

Algunos que pasaran su vida en las intrigas de la política ó en las estratagemas de la guerra, fueron trasportados á veces furtivamente al país de las hadas. Alison Pearson, la bruja que curó al arzobispo Adamson, declaró haber reconocido en la córte de las hadas al célebre secretario de Estado, Lclhineton, y al anciano caballero de Buccleux, político activo el primero, y el segundo uno de los más infatigables partidarios de la reina María, durante todo el reinado de aquella desgraciada princesa. Créíase que las personas muertas de repente hablan caído en poder de las hadas, y como no las librasen de su poder, estaban condenadas á vivir siempre en su compañía. No debe pasarse en silencio, que los que tenían una comunicación íntima con aquellos espíritus, en tanto que eran todavía habitantes de la tierra, eran los más expuestos á verse arrebatados por las hadas y trasportados á Elflán antes de su muerte.

Tributo que pagaban las hadas al infierno La razón aducida para explicar el gusto peculiar á las hadas por aquellos raptos, está vinculada en la obligación que tenían de pagar á las regiones infernales un tributo anual sobre la población, y para verificarlo entregaban al príncipe de las tinieblas los hijos del linaje humano,

con preferencia á los del suyo, de lo cual se colige que ellos también tenían hijos, como puede verse en M. Kirke, ministro de Averfoile. Añade este escritor, que después de cierto tiempo de vida, aquellos espíritus están sujetos á la ley de la muerte; pero esta Opinión ha sido muy controvertida, y no sé qué pueda concillarse con la que les considere como obligados á pagar un tributo al infierno, porque esta circunstancia nos induce á suponerles una existencia eterna, como el fuego inextinguible. Las opiniones que acabamos de exponer sobre las hadas se hallan prohijadas en las montañas de Escocía y en algunas comarcas distantes de la Tierra Baja.

En la misma creencia están los irlandeses, los montañeses, los gaelis, y los habitantes de la isla de Man. — Las alegres leyendas publicadas por M. Crofton Kroker, que contienen muchos hechos curiosos para los anticuarios, dicen que la opinión de los irlandeses está conforme con la memoria general que hemos expuesto de las tribus celtas. Si las hadas de Irlanda tienen alguna cosa que las distinga de la Gran Bretaña, no es sino su disposición á dividirse en fracciones y darse combates, propensión que es una enfermedad endémica de la isla Verde. Las hadas del país de Gales, según el procurador John Lewis, tienen por lo general los mismos atributos que las de Irlanda y la Gran Bretaña. No debe pasarse en silencio la creencia de los habitantes de la isla de Man, sobre la existencia de las hadas, como que, según las ingeniosas indagaciones de M. Wua-dron, vemos que aquella isla era el foco principal de las tradiciones sobre las hadas. Cuando fué conquistada por los moros, es de creer que aquellas tradiciones se mezclarían con las de los escandinavos, por un medio más directo que el que las trasmitió á Escocia y á Irlanda.

Las tradiciones del Norte la hicieron más oscura.—Como quiera, el sistema de superstición popular de los celtas se prestó fácilmente á recibir la mezcla de losdrows y de los duergas, lo cual dió acaso á su creencia un color más oscuro que los que representaban en su origen á las hadas de Inglaterra. Del mismo origen dimanaron probablemente las leyendas de una mujer gigantesca y ruin, la flécate de aquella mitología, que caminaba sobre las tempestades y

habitaba bajo su negra bandera todo el ejército de los espíritus vagabundos. Aquella bruja, tan diferente bajo todos aspectos de la Mab ó Titania de la mitología céltica, se llamaba Nicnevent, en el sistema que identificaba la creencia de los celtas con la de los godos. El célebre poeta escocés Dumbar ha hecho una descripción muy animada de aquella hueste, marchando al frente de las hadas y de los buenos vecinos, de los brujos y de las brujas el día terrible de la víspera de Todos los Santos. En Italia oímos hablar de las brujas que militan bajo las órdenes de Diana, revestida de su triple carácter de flécale, de Herodías, que eran los corifeos de su coro. Volvamos, empero, a la creencia más sencilla de los celtas ántes de su conquista por los sajones.

Merlin y Arturo arrebatados por bis hadas, lo mismo que Tomás de Erceldonne. — Poco es lo que podemos saber de aquellos tiempos remotos, pero no debe pasarse en silencio que las tradiciones de Escocia arrojan mucha luz sobre la poesía de los bretones del Gumberland, llamado entonces Reged. Las leyendas de ambos países hablan de un tal Merlin Wild, ó the Wild, y dice la tradición que aquel célebre mago, hijo de un espíritu ó de una hada, lo mismo que el rey Arturo, campeón de la Gran Bretaña en aquella sazón, fueron arrebatados por las hadas y desaparecieron sin haber muerto, precisamente en la época en que supusieron que la magia del hechicero y la famosa espada del monarca, que tantas proezas consumaran por conservar la independencia de la Gran Bretaña, no podías demorar por más tiempo la ruina que la amagaba. Es probable que Arturo, ó los caballeros que le habian sobrevivido, deseaban ocultar la herida mortal que recibiera en la desgraciada batalla de Camlan, y á esta circunstancia debemos el hermoso incidente descrito en tan melosos versos por el obispo Percy, en que el monarca, para dar una prueba de que renunciaba para siempre á la profesión de las armas, manda á su escudero, único que sobreviviera á la derrota, que arroje su espada, Excalibar, al lago vecino. Después de haber eludido dos veces aquella orden, el escudero se determinó á obedecer tirando el arma lau celebrada al lago solitario. Alzanse del seno de las aguas una mano y un brazo,

cogen á Excalibar por el puño, la hacen blandir tres veces y se internan luego en el lago [\[16\]](#) Atónito el escudero, se volvió á su amo para contarle las maravillas que acababa de presenciar-, pero sólo acertó á ver un barquichuelo á derla distancia que se iba haciendo lago adentro, y oyó unas mujeres lanzando gritos de desesperación.

«Y no supo ni pudo saber jama» el paradero del rey, porque desde aquel día aciago el rey Arturo no ha vuelto á aparecer sobre la faz de la tierra. »

No sería ménos maravillosa la relación de las circunstancias que acompañaron la desaparición de Merlin, que la de las del rapto de Arturo; pero no es posible dar con ella, y lo más extrafío es que las mismísimas circunstancias pertenecientes á la historia de aquel famoso bardo, que decían ser hijo no ménos que del demonio, se han referido de un poeta posterior, cuya fama no va muy en zagaá la de Medio Tomas de Erceldonne. Decían que esta leyenda sólo pudo conservarse en los valles que la vieran nacer, pero se ha encontrado una copia que fecha del reinado de Enrique VII. La historia es interesante, y referida con alma y energía, y como que es una de las leyendas más antiguas en orden á hadas, no será desacertado continuarla.

Sus amores con la reina de las hadas. — Tomas de Erceldonne, en el Landerdale, llamado por sobrenombre el Versificador, por haber compuesto un poema sobre Fersstan é Yseult, muy curioso, como que es el modelo más antiguo de poesía inglesa de cuantos existen, floreció bajo el reinado de Alejandro III, rey de Escocia, y lo misipo que todos los hombres de talento de entón ces, fué acusado de hechicero. Dijeron ademas que tenía el don de profecí a, y se fundaban en lo siguiente: Estaba Tomas, el verídico (dábanle este epíteto anticipadamente), en Fluntly-bank, sitio que se encuentra en las montañas de Escocia, que enhiestan su triple cúspide sobre el nivel del célebre monasterio de Melrose, cuando vió una señora tan sumamente hermosa, que no creyó sino que era la misma V írgen María, á bien que su traje argüía mejor una amazona ó una diosa de las selvas. Montaba un bonito y brioso corcel, de cuya crin estaban

suspendidas treinta y nueve campanillas de plata, que al soplo del viento producían los más armoniosos acentos. Era su silla de hueso real {marfil), incrustado de platería (plata trabajada por un platero ); sus estribos, su compostura, todo correspondía á su belleza y magnificencia. La hermosa cazadora tenia un arco en la mano y las saetas al cinto, y conducia en trabilla tres lebreles sin otros tres sabuesos que la seguían de cerca. Despreció los homenajes que deseaba tributarla Tomas, pero éste se puso con ella tan atrevido como ántes era tímido. Significóle la señora cómo debía ser esclavo suyo, si pretendía cortejarla cual se habia propuesto; pero hé aquí que sin saber cómo la hermosa se trasforma repentinamente en la bruja más fea y más deforme que imaginarse pueda: un costado de su cuerpo parecía paralítico; uno de sus ojos le sobresalía de la cabeza, y su tez, poco ántes tan blanca como la plata virgen, se puso morena y cenicienta: no hubiera sido más fea una bruja de hospital. Sin embargo de su deformidad, los deseos desarreglados de Tomas le habían puesto á su discreción, por lo que, en cuanto le mandó que se despidiera de! sol y de las selvas, se sintió en la necesidad de obedecerla. Así las cosas, entraron en una caverna, y siguiendo ó su formidable guia, viajó tres diasno interrumpidos, en medio de tinieblas, ya oyendo á lo lejos un murmullo parecido al del Océano cuando encrespa sus olas, ya pasando ríos de sangre. Por último, salieron ó la luz y se encontraron en un vergel que, á delicioso y ameno, dejaba muy atras á todos los vergeles del mundo. Como que Tomas se estaba cayendo de hambre, tendió el brazo para coger algunos de los sabrosos frutos que miraba suspendidos en su alrededor, pero su guia se lo vedó, diciéndole que aquellas manzanas eran el fruto aciago que en mal hora se atrevió á arrancar el primer hombre. Echó de ver igualmente que en cuanto hubo entrado en aquel misterioso pensil y aspirado su mágico ambiente, su conductora se puso tan bella y áun más que cuando la había visto en la montaría. Mandóle que posara la cabeza en su regazo y le explicó la naturaleza del país. «Este sendero que hay á la derecha, le dijo, lleva al pa- raiso; este camino en declive y tan bien trillado conduce las almas de los pecadores á la mansión del eterno castigo, y este otro que atraviesa aquella enramada oscura lleva á un sitio de

castigo más suave y de donde pueden hacer salir á los culpables las oraciones y las misas. Pero, ¿veis allá esta cuarta vereda que cruza la llanura y termina en aquel castillo tan suntuoso? Es el camino de ElUand, que es donde vamos. El señor de este castillo es el rey del país, y yo soy la reina; pero preferiría ser descuartizada por cuatro caballos á enterarle de cuanto entre nosotros ha ocurrido. Así, cuando lleguemos al castillo, procurad guardar el más profundo silencio, y no contestéis á pregunta ninguna de cuantas puedan haceros. Ya yo explicaré vuestro silencio con decir que os he privado del uso de la palabra. »

Dadas estas instrucciones á su amante, fueron su camino hácia el castillo, y habiendo entrado en él por la cocina, halláronse en medio de los preparativos de un banquete digno de un señor feudal, si no de un príncipe. Veíanse encima de la robusta mesa de la cocina treinta gamos, y un número inmenso de cocineros que se ocupaban en desollarlos y adobarlos. Luego entraron en el salón real, donde el rey recibió á su esposa, dándole pruebas de la mayor confianza. Algunos caballeros y damas estaban bailando en medio tres i tres, y olvidando Tomas la fatiga déla caminata que desde las montañas de Cildon emprendiera, tomó parte en todas las diversiones. Después de tin espacio de tiempo que le pareció muy breve, la reina le mandó reservadamente queso aparejase á dar la vuelta ásu país. « ¿Cuánto tiempo creéis haber pasado en este castillo? » le preguntó. « Hermosa mia, respondió Tomas, siete dias cuando más. » « Os engañáis, que son siete años, y ya me parece hora de que os volváis. Sabed, Tomas, como mañana por la mañana vendrá el diablo del infierno á este castillo para cobrar su tributo, y un tan buen mozo como vos sois, no podia ménos de embargar su atención. Por todo lo del mundo no quisiera, á fé mia, exponer vuestra persona á tal destino, y asi, podéis levantaros y partir pronto. » Esta noticia terrible reconcilió á Tomas con su partida de Elfland, y la reina le trasladó en breve á Huntly-bank, donde oyó el gorjeo de unos pajarillos. Despidióse de él con mucha ternura y sentimiento, y para darle fama, le otorgó el don de una lengua que no podía mentir. Vanamente le manifestó Tomas los inconvenientes

de una veracidad involuntaria que no le baria bueno para la Iglesia ni para el comercio, y que le pondría desconcertado en la córte de un rey ó en el retrete de una señora, porque la reina no hizo caso de sus representaciones. Así Tomas, siempre que la conversación recayó en el porvenir, obtuvo de grado ó por fuerza la fama de profeta, como que no podia decir nada que no sucediese infaliblemente. No cabe duda que, á ser Tomas legislador en vez de poeta, tendríamos ahora la historia de Numa y de la ninfa Egerii,

Su aparición posterior. — Muchos años quedó Tomas en su castillo, obra de Erceldonne, gozando de la reputación que le granjearon sus predicciones, algunas de las cuales son citadas todavía por los aldeanos. ündia que el profeta dió en su casa un banquete al conde de Jlarch, oyóse en la aldea un grito de admiración, cuando se vió salir de la selva un ciervo y una corza [\[17\]](#) que echando á un lado su natural timidez, cruzaron tranquilamente la aldea hacia el palacio de Tomas, Al momento se levantó de la mesa el profeta, y mirando aquel prodigio como un llamamiento del destino, acompañó al ciervo y la corza á la selva. Desde entonces se dejó ver de cuando en cuando á los sugetosá quienes se le antojaba, pero no frecuentó ya más la sociedad de los hombres.

Quieren decir que durante su retiro. Tomas de Erceldonne levantaba tropas para salir á campaña, cuando su patria corría alguna crisis que reclamaba su presencia.

Otra relación de Reginaldo Scott. — Muchas veces han contado la historia del modo siguiente: Un chalan vendió un caballo negro á un venerable anciano que le dió cita para media noche para satisfacerle el precio, en la notable punta llamada Lueken-Have, en las montañas de Eildon, Fué allá el chalan, y habiéndole el comprador pagado la cantidad en que se convinieran en monedas antiguas, le convidó á su casa. Siguióle el vendedor con grande admiración á unas caballerizas inmensas, donde habia muchas series de caballos en un estado de inmovilidad completa, y un guerrero asimismo inmóvil al lado de cada corcel. « Todos estos hombres, le dijo el anciano por lo bajo, despertarán á la batalla de Sheriffmar. u Del

extremo de aquellas Caballerizas extraordinarias colgaba una espada y una bocina que el profeta mostró al chalan como el medio de acabar con el encanto. Turbado y confundido, éste tomó la bocina y se puso á locarla, hé aquí que todos los caballos relinchan á no poder más, pataleando y sacudiendo sus jaeces; los guerreros se levantan, retumba el ruido de sus armaduras, y amedrentado del tumulto que él mismo promoviera, el chalan dejó caer la bocina de sus manos. En esto se oye la voz como de un gigante, que domina todo aquel estruendo y pronuncia estas palabras:

«¡Ay del cobarde que no tira de la espada ántes de dar la bocina!»

Un remolino sacó al chalan de la caverna, nunca jamas pudo dar con su entrada. Acaso esta leyenda da la lección moral de que es preferible armarse contra el peligro á arrostrarle. Pero es de notar que, aunque la mención de Sheriffmar no permite suponerla leyenda más antigua de 1715, ello parece que bajo el reinado de Isabel estuvo muy en boga una historia semejante referida por Reginaldo Scott. Es curiosa esta relación por lo que toca á demostrar cuánto degenera una historia por el modo con que se cuenta; cualidad de Cayo cuando entró al servicio del rey Lear. Reginaldo Seolt, que nada creía en hechicería, parece haber dado algún peso á la creencia de los que juzgaban que las almas de los grandes hombres eligen alguna morada particular en las afueras de las ciudades ó de los puntos que más les gustaron en vida y se constituyen sus genios tutelares y protectores.

«Para corroborar más particularmente esta conjetura, dice, podría nombrar una persona que no há mucho tiempo se ha aparecido tres veces después de su muerte, ó al ménos algún alma que toma el nombre de esta persona que hace más de un siglo que la enterraron, y que durante su vida era un profeta ó adivino con el auxilio de los espíritus sublunares; y ahora, cuando sus apariciones, hace extrañas predicciones sobre el hambre y la abundancia, la guerra, la efusión de sangre y el fin del mundo. Según lo que me dijo el individuo que tuvo comunicación con aquella persona, la última de sus apariciones tuvo lugar del modo siguiente: «Un día,

dijome, estuve en la ciudad vecina, donde se celebraba un mercado con objeto de vender un caballo: pero que no pudiendo sacar por él el precio que deseaba, me volví á casa y encontré aquel hombre que empezó á hablarme familiarmente preguntándome qué noticias traía y cómo iban los negocios del país. Respondíle en los términos que me parecieron más conducentes, y luego le hablé de mi caballo. Comenzó por preguntarme el precio, y como acabásemos por entendernos, me dijo si quería acompañarle para recibir el dinero. Consentí en ello y nos pusimos en camino, yo en mi caballo y él en otro, que era blanco como la leche. Al cabo de algún tiempo le pregunté dónde vivía y cómo se llamaba. Díjomc que vivía á una milla de distancia del sitio en que estábamos á la sazón, en un territorio llamado Farran, del cual nunca habla oído hablar, y eso que sabia todos aquellos contornos [\[18\]](#) Díjomc además que pertenecía á la familia de los Learmouths [\[19\]](#) de quien me hablaron muchas veces como de su profeta. Empecé á concebir alguna sospecha, al verme en un camino para mí desconocido; y como continuásemos caminando, me condujo sin saber cómo á un subterráneo donde me encontré con una mujer muy bonita que me entregó el dinero sin decir oste ni moste. Hizome salir por una avenida magnífica donde vi más de setecientos hombres armados y tendidos en tierra como si durmiesen, hasta que me hallé al aire libre y á la luz de la luna reconocí el sitio en que le había encontrado. Apreté el paso y llegué á casa á las tres de la madrugada; poro e! dinero que habia recibido era justamente el doble de lo que pensaba cuando me lo entregó la señora aquella. Todavía he de tener algunas piezas de nueve sueldos, trece sueldos y medios sueldos que podría enseñar á cualquiera [\[20\]](#)

Es lástima que el bueno del chalan, teniendo monedas de las badas de una calidad más permanente que de costumbre, no nos haya trasmitido una descripción que tan preciosa hubiese sido para los numismáticos. Pero ya que estamos privados de las parles más pintorescas de esta historia, no deja de ser igualmente edificante el saber que estuvo tan exacto en su pago como en sus profecías. La buena moza que tenia el bolsillo era sin duda la reina de las hadas,

cuyo afecto parece haber tenido un carácter constante y leal, aunque no podemos tampoco calificarla de sin tacha, lo mismo que el de la heroína de Tomás, la bella Iseult.

He referido con bastantes pormenores la historia de Tomas el Versificador, por ser la más antigua tradición circunstanciada de este género de cuantas han llegado á nosotros, y por la circunstancia de señalar el destino del primer poeta escoces cuya existencia está acreditada por la historia y otros documentos auténticos; que á considerarle como escritor anglo-normando, es sin disputa uno de los primeros versificadores en aquella lengua. La leyenda es aún más curiosa, corno que ofrece el primero y más señalado ejemplo de un hombre que pretenden haber obtenido conocimientos sobrenaturales por medio de las hadas.

Conjeturas sobre la etimología de iapalabra Fairy. — Podemos asegurar que todavía no se sabe de dónde ni de qué manera aquella comunidad singular ha tomado su nombre popular más común Fairy, Los sabios creen que la palabra persa Peri designa un sér que no pertenece á la tierra, y ofrece su mejor etimología, si se supone que ha llegado á Europa por conducto de los árabes, en cuyo alfabeto no existe la letra p, de forma que pronuncian feri en vez de peri. Hay sin embargo algo de incierto en esta derivación. Así no sabemos si atribuir á los persas ó á los árabes el nombre distintivo de una prueba ideal cuya idea ciertamente no nos han sugerido. Muchos están en la creencia de que las hadas fairies pueden haber obtenido su nombre más frecuente, porque son por excelencia fair, esto es, hermosas, en tanto que la superstición de los escoceses podia darles un nombre que lisonjeara la vanidad de que creían susceptible á aquella raza, bien como otras veces llamaban á aquellos espíritus los hombres de paz, ó los buenos vecinos, ú otros títulos semejantes. Al propio tiempo debe creerse que las voces fay y fairy pueden derivarse de las francesas feers y feerie; aunque estos términos de allende el canal de la Mancha dicen relación con una clase de espíritus que semejan, no á las hadas, sino á los fata de los italianos, que son muy distintos. Cuestión es esta que reservamos á la decisión de mejores etimologistas.

---

[16] Véanse los Restos de Poesías antiguas, de Percy.

[17] Esta última circunstancia parece imitada de un paso de la Vida de Merlin, por Jeffrey de Moumouh. Véanse los Antiguos Romances de Filis, tom. I, pág. 78.

[18] El autor participa en este punto de la ignorancia de Reginaldo, aunque no le han faltado ocasiones de saberlo.

[19] La tradición popular ha supuesto constantemente que el nombre de Tomas el Versificador era Learmuth, aunque nunca se baya tomado, y aunque su hijo le llame el Versificador á secas. Los Learmuth de Dairsie, condado de Fife, pretenden ser oriundos del profeta.

[20] Discurso sobre los diablos y los espíritus, añadido al Descubrimiento de la Brujería, por Reginaldo Scotl. Lib. n, cap. 3, párrafo, 19.

## CAPÍTULO V

### SUPERSTICION EN ESCOCIA ACERCA DE LAS HADAS

Los que decían la buena ventura curaban con hechizos místicos., etc., pretendían estar en relaciones con las hadas. — A propósito de Tomas el Versificador, coya leyenda dió fin á mi anterior no parece sino que el ejemplo por ella suministrado tocante á la posibilidad de obtener el don de paciencia y otros dones sobrenaturales, en la apología común de los que pretendían curar las enfermedades, pronosticar el porvenir, vengar las injurias recibidas ó evitar sus relaciones con el mundo invisible, por satisfacer sus propios deseos, sn curiosidad y su venganza, ó hacer otro tanto para los demas. Los que echaban mano de frivolos medios de decepción en semejantes casos, como que anhelaban por poner á cubierto sus imposturas, no llevaban á mal que les supusiesen que recibian de las hadas ó de los mortales arrebatados al país de las hadas, el poder necesario para aducir pruebas del arte que pretendían ejercer. Los insensatos creian poder evitar una confesión de comercio directo y de pacto con Satanas, aunque los acusados se vieran forzados con frecuencia por el tormento á admitir y confesar tamaños horrores, declarando tener relaciones ménos repugnantes con espíritus sublunares, de cuya raza sólo podía hacerse una descripción negativa, como que no eran ángeles, ni demonios, ni almas de difuntos. Podían lisonjearse de que no les acusarían de haber contraído una alianza criminal por

haber entrado en relaciones con una raza que no era positivamente enemiga del hombre, y que áun estaba dispuesta en ciertas ocasiones á serle útil y á prestarle servicios.

Por tanto, las gentes crédulas que, buscando la salud, el saber, la grandeza, ó movidos por algunas de estas causas innumerables que inducen á los hombres á penetrar ios arcanos del porvenir, anhelaban por un auxilio sobrenatural, lo mismo que todos aquellos que pretendían alucinar á clientes tan bien dispuestos; todos quisieron á competencia establecer la posibilidad de leer en lo futuro por medio de procedimientos que nada tuviesen de reprehensible, y para objetos laudables ó al ménos inocentes, como la curación de las enfermedades ó cosas semejantes; en una palabra, demostrar la existencia de la magia blanca, como la llamaban, en oposición á la magia negra, directa y exclusivamente tomada de un comercio con Satanás. Algunos se esforzaban en predecir á un hombre su matrimonio ó su futura suerte en el mundo, por el aspecto de los astros; otros pretendían poseer encantos, por cuyo medio podían obligar á un genio elemental á entrar en una piedra, en un espejo ó en otro objeto cualquiera, forzarle á contraeren él su domicilio por un encanto especial y responder á todas las preguntas de su amo. Ya nos ocuparemos después en ello; pero esta especie de subterfugio es el de que se vahan los fanáticos ó impostores que pretendían recibir noticias de aquellas almas equívocas, que llamaban hadas. Tan considerable es el número de ejemplos que al presente tenemos á la vista, que estamos por creer que la mayor parte de las personas acusadas de brujería procuraban las más veces excusarse, ó al ménos desvirtuar la reconvención que les hacían de darse á la magia con alegar que estaban en relaciones con Elíand y no con demonios verdaderos. Empero las leyes de Escocia no declaraban inocentes á los que hacian cosas siquiera laudables, tales como curaciones señaladas con el auxilio de remedios misteriosos. El propietario de un secreto propio para curar tal ó cual enfermedad, que á la sazón hubiese publicado haber practicado realmente alguna de aquellas curaciones maravillosas que á veces vemos anunciadas en los periódicos, acaso se hubiese visto

condenado á muerte ántes de haber establecido la reputación de sus gotas de su elíxir ó de sus pildoras.

Hudart ó Hudikin.— A veces los adivinos que pretendían obrar en virtud de las noticias que recibían de los espíritus sublunares, se sobreponían á la práctica de la medicina y tomaban parte en las operaciones de la política. Cuando Jaime I fué asesinado en Pestli, en 1157, una aldeana pronosticó la marcha y el blanco de aquella conspiración, de forma que, á hacerla caso, se hubiese podido prevenir su explosión; y cuando la preguntaron quién la instruyera tan exactamente, respondió: Hudart. Este Hudart era acaso el mismo que Hudílun, espíritu holandés, parecido al hermano Rush ó ó Robin- good-fellow, ó al diablo de gorro encarnado, tan poderoso en la aventura de lord Sanlis, ó á los brujos á quienes atribulan los escoceses una influencia asaz importante [\[21\]](#)

Procesos criminales de Escocia por Pitcairn. — Los pormenores más individuales que tengo sobre el comercio entre el país de las harías y una mujer que pretendía tener algún crédito en aquella córte, y estaba animada del más ardiente deseo de ser útil á los desgraciados de ambos sexos, se encuentran en la primera parte de una obra que no me ha sido poco útil en esta ocasión y en otras muchas [\[22\]](#) El detalle de las pruebas, que son principalmente las propias confesiones de aquella infortunada, es más completo que de ordinario y comprende algunas particularidades curiosas. Para evitar repeticiones de todo ponto técnicas, continuaré con sólo los hechos principales referidos en el proceso.

Historia de Bessie Dunlop y su consejero. — Practicaba la medicina y descubría los robos. —En 8 de noviembre de 1376, Bessie ó Isabel Dunlop, esposa de Andrés Sak, de Lyne, baronía de Delry, condado de Ayr, fué acusada de magia, de brujería y de imposturas. Preguntáronle por qué arte podía decir dónde se hallaban los objetos perdidos, y cuál debía ser el resultado de una enfermedad, y respondió que no tenía ningún saber ni conocimiento sobre este punto, pero que cuando le hacían algunas preguntas relativas á objetos semejantes, acostumbraba dirigirse á un tal

Tomas Reid (10 de setiembre de 1347 ), el cual respondia á cuanto le preguntaba. Hizo descripción de aquel hombre, como de un anciano venerable, con. barba gris, y vestido igualmente gris con mangas á lo lombardo, á la antigua moda. Unas calzas grises, medias blancas con ligas á medio muslo, un gorro negro abotonado por detras y liso por delante, ' ' con cordones de seda pasados en los ojales, y una sortija blanca que

tenia en la mano, completábanla descripción del que puede suponerse un sugeto respetable de aquella provincia y de aquel tiempo.

Su genio familiar Tomas Reid, — Preguntada sobre su primera entrevista con aquel misterioso Tomas Reid, hizo una relación harto-interesante de las desgracias que le perseguían y del sentimiento profundo que por ventura contribuyó á presentarle á la vista su consejero imaginario. Estaba entre su casa y el jardín de Monkeastle, llevando los bueyes á la común dehesa, lanzando íntimos suspiros y llorando amargamente porque se le había muerto una vaca, porque su marido y su hijo estaban atacados del mal de tierra (enfermedad contagiosa de aquel tiempo) y porque ella misma se hallaba en un estado de salud muy quebrantada, como que acababa de salir de la preñez. Entonces fué cuando rió por primera vez á Tomas Reid. Saludóla éste cortesmente, y ella le correspondió del mismo modo: « Sancta María, Bessie ! la dijo la aparición, ¿ á qué viene tanto lloro y tanto sollozo por lo que puede acaecer en la tierra ? —¿ Y no tengo motivo para llorar cuando toda nuestra fortuna va á naufragar ? Mi marido está moribundo, mi hijo- no vivirá y áun yo misma me siento mala. ¿No son estos motivos bas- ! tantes para tener el corazón enfermo ? — Bessie, repuso el espíritu, has ofendido á Dios con pedirle alguna cosa que no debías pedirle, y > te aconsejo que procures reparar tu falta. Yo te digo que tu hijo morirá ántes que llegues á tu casa; tus dos carneros morirán también, pero tu marido curará y se pondrá tan bueno que dará gusto verle. » La buena mujer se consoló un poco al saber que en medio de todas sus calamidades le quedaría su marido; pero se alarmó algún tanto- ai ver que el espíritu que acababa de hablarla

desaparecía por una rendija del jardín, al parecer sobrado estrecha para que por ella pudiese pasar un viviente. Otra vez le encontró en Thorn de Dawmstarnik, y dejó ver cuál era su objeto ofreciéndola abundancia de todo como renegase del cristianismo y la fé que habia recibido en la pila bautismal. Respondióle que preferirla ser descuartizada, pero que seguirla sus consejos en asuntos de menor cuantía. Poco tiempo despees, se le apareció á eso del mediodía en su propia casa donde se hallaba su marido con tres sastres; pero ni Andrés Jack ni ninguno de los sastres vió el fantasma del guerrero que había muerto en la batalla de Pinkie. El espíritu acompañó á Bessie sin llamarle la atención al otro extremo de la casa, cerca del horno, y allí le enseñó una compañía compuesta de ocho mujeres y cuatro hombres. Las mujeres eran bastante bonitas y llevaban unos plaids muy hermosos. Saludáronla los extranjeros y la dijeron: «Tú eres la bienvenida, Bessie; ¿quieres venirte con nosotras ? » Pero Bessie guardó silencio, que así se lo aconsejara Tomas Reid. Luego observó cierto movimiento en sus labios, pero no pudo oír lo que decia, y poco después los extranjeros se marcharon dando horribles aullidos semejantes al silbido de un huracán. Tomas Reid le dijo cómo aquellos extranjeros eran las buenas gentes (las hadas) que vivían en la córte de Elíland, y que iban á invitarle para que les acompañase; pero Bessie respondió que ántes de tomar este partido tenia que hacer algunas reflexiones. «¿No estás viendo, le dijo Tomas Reid, cómo voy bien comido y bien vestido ?» Y le aseguró que estaría mejor de lo que estaba; pero ella le replicó que vivía con su marido y sus hijos, y que no quería abandonarlos. Respondióla Tomas Reid con mucha jovialidad, que si tales eran sus sentimientos, poco provecho sacarla de sus visitas.

Aunque no estaban contestes sobre el principal objeto de las visitas de Tomas Reid, aseguró Bessie Dunlop, que continuó haciéndola visitas frecuentes y ayudándola con sus consejos, y que si alguno la consultaba sobre alguna enfermedad de los hombres, ó de los ganados, ó sobre el recobro de las cosas perdidas ó robadas, merced á los consejos de Tomas Reid se hallaba siempre en estado de responder á las preguntas que la hacían. Este consejero,

verdadero fantasma, la enseñó también el modo con que debía cuidar los ungüentos que la daba y pronosticar la curación ó la muerte del enfermo. Dijole ella que Tomas la había dado en persona aquellos simples, con cuyo auxilio habia curado al hijo de John Jack y el de Wilson Townhead; había visitado también á una criada de la joven lady Stanlie, hija de lady Jobnstone, cuya enfermedad, en concepto del infalible Tomas Reid, era «una sangre fría que se agolpaba á su corazón,» y le acarreaba frecuentes desmayos. Tomas preparó para este mal un remedio tan generoso como el bálsamo del mismo Gilead, y que se componía de la cerveza más fuerte, sazónada con especias y un poco de azúcar refinado, brebaje que debia tomaren ayunas cada mañana. La joven curó; pero la vieja lady Kilbowie no pudo obtener socorros para su pierna, que estaba torcida desde muchos años, porque Tomas Reid dijo que la médula del hueso estaba seca y la sangre estaba gorda, de forma que jamas podría curar, y que si otro consejo seguía tendría motivo para arrepentirse. Estas opiniones arguyen al ménos buen sentido y prudencia, ya se consideren emitidas por tomas Reid, ya por la acusada á quien protegía. Cuando se trataba de objetos robados, sus consejos eran también muy juiciosos, porqués! raras veces conducían á recobrarlos, al menos contenían en general razones tan satisfactorias para que no pudiesen encontrarse, que ponían á cubierto con toda eficacia el crédito de la profetisa. La capa de Hugo Scott no pudo ser encontrada, porque los ladrones habían tenido tiempo de hacer de ella un sayo. James Jamieson y James Baird hubieran recobrado sus arados que fueron robados, á no querer su mala suerte que Willíam Douglas, uno de los que los buscaban, se dejase ganar por un presente de tres libras esterlinas, á fin de no encontrarlos. En una palabra, aunque habia perdido un lazo que recibiera de Tomas Reid en persona, y que estando alrededor de la cintura de una mujer tenia el poder de ayudarla en el parto, Bessie Dunlop parece haber adquirido bastante fama en su profesión de comadre, hasta el punto que atrajo hacia sí el ojo funesto de la justicia.

Preguntada más y más en orden á su espíritu familiar, dijo como nunca le habia conocido en vida, pero que no ignoraba que el ente que este nombre tomaba fuera en vida un sugeto conocido en este mundo bajo el nombre de Tomas Reid, oficial al servicio del lord escoces de Blair, y que habia muerto en la batalla de Pinkie, Estaba de ello tan persuadida, como que le habia encargado de diferentes misiones para su hijo, que le sucediera en su empleo, y para otros muchos de sus parientes que la nombrara y á quien habia mandado reparar ciertas injusticias que habia cometido durante su vida, dándole los medios de manifestarles que él y sólo él le habia dado aque. Ha misión. Una de estas misiones era asaz notable; estaba encargada de contar á un vecino las circunstancias necesarias para recordarle que Tomas Reid y él habían salido juntos para la batalla que se había empeñado el sábado negro; que el individuo á quien iba dirigido este mensaje tenia deseos de ir á otra parte, pero que Tomas Reid le habia animado á ir su camino y acompañado hasta la iglesia de Dalry, que allá Tomas habia comprado higos que regaló á su compañero, atándolos en su pañuelo, y que, por último, habían quedado juntos hasta su llegada al ejercito el aciago sábado negro, que así llamaron por mucho tiempo al día de la batalla de Pinkie.

Por lo demas, dijo que Tomas Reid se portara constantemente con ella con mucho decoro, sólo que la habia invitado mucho á que fuera con él á Eiland, hasta el punto de tirarla de las enaguas para llevársela. Dijo ademas que muchas veces le habia visto en lugares públicos, como el cementerio de Dalry y las calles de Edimburgo, mezclado entre los transeúntes y locando las mercancías expuestas en venta sin llamar la atención de nadie. En semejantes ocasiones nunca le hablaba, porque se lo habia prohibido, á ménos que él le dirigiese el primero la palabra. En sus opiniones teológicas, M. Reid parecía muy inclinado á la Iglesia romana, que de hecho era muy indulgente con la raza de las hadas; dijola como la nueva ley, esto es, la reforma, no valia maldita la cosa, y que la antigua fé volvería á recobrar su imperio, aunque no todo el que antes tenia. Preguntaron á la acusada por qué aquel sabio visionario la prefería á los demas, y contestó que cuando acababa de parir, entraba en su cabaña una

mujer muy gorda, sentábase en un banco junto á su lecho, cual si fuese una comadre del contorno, y le pedia de beber; que después de haber bebido aquella mujer la decia que el hijo moriría, pero que su marido, que á la sazón estaba enfermo, se pondría bueno. Aquella visita parece que precedió á su encuentro con Tomas Reid cerca del jardín de Monkcaslle; porque este digno personaje le explicó que aquella mujer tan gruesa era no ménos que la reina de las hadas, y añadió que habia venido á verla por árdea expresa de aquella señora que era su soberana y señora. Esto nos hace memoria de la entrañable pasión que la reina de las hadas concibe por Dapper en el Alquimista. Parece que Tomas Reid se aparecía cuando le llamaba tres veces, y que se mostró á ella muchas veces por espacio de cuatro años. Instóla con frecuencia á que fuese con él á Elfland, y cuando ella se negaba, sacudía la cabeza y la decia que no tardaría en arrepentirse.

Si al lector le parece chocante la linda Titania, trasformada en mujer gorda, bebiendo lo que Cristóbal Sly hubiese llamado una cerveza regular, con la mujer de un aldeano, la siguiente descripción del ejército de las hadas podrá atemperarse mucho más á la idea que de esta raza invisible se ha formado. Bessie Dunlop declaró que en el acto de ir á atar su jaco á una estaca clavada al borde del lago de Restalrig (en Lochend, cerca de la puerta oriental de Edimburgo) oyó pasar á poca distancia como un numeroso destacamento de caballeros con un ruido tan espantoso como si el cielo y la tierra fuesen á confundirse. Este ruido pareció perderse en el lago después de haber resonado en sus oídos. Durante aquel tiempo no vió á nadie; pero Tomas Reid le aseguró que era el ejército de las hadas que hacia una incursión en la tierra.

La intervención de Tomas Reid, como individuo de la sociedad del comercio de brujería de Bessie Dunlop, no sacó del susto á aquella buena mujer, aunque el amor que la profesaba Tomas parecía enteramente platónico, como que la mayor libertad que se tomó fué la de tirarla de las enaguas é instarla á que fuese con él á Elíland, No se consideró más la circunstancia de que toda su brujería la hacia cometer tan sólo pecados veniales y áun actos de beneficencia. Las

tristes palabras: « Condenada á las llamas y ejecutada,» explican ostensiblemente el trágico desenlace de una historia tan curiosa.

Proceso de Alisan Pearson. — Alison Pearson, de Byre-Hill, fué acusado en 28 de mayo de 1588 por haber invocado malos espíritus, y sobre todo por haber tenido la visión de un tal William Sympson, primo suyo, hijo del hermano de su madre. Era, dijo ella, un gran sabio y un gran doctor en medicina, como que sabia preparar encantos y embaucar á los tontos. Ni más ni ménos que en el caso de Bessie Dunlop, las propias confesiones de aquella pobre mujer fueron la prueba más convincente contra ella aducida.

Su genio familiar William Sympson. — Alisen Pearson tenía también su espíritu familiar en la córte de Elfland, que era para ella lo que para Bessie Dunlop habia sido Tomas Reid, El susodicho William Sympson, primo suyo, era natural de Slirling, é hijo del cerrajero del rey en aquella ciudad. Un egipcio (ó gitano), según ella habia arrebatado á William, llevándosele á Egipto. Doce años quedó alia William, y en el decurso de este tiempo murió su padre por haber abierto el libro de un sacerdote y haberlo mirado. Declaró que habia contraído nuevamente amistad con su primo luego después de su regreso, y confesó que un día que atravesaba Grange-Muir, se sintió indispuesta, sentóse en tierra, y como se la allegase un hombre verde, la dijo que sí quería serle fiel, podía hacerle mucho bien. Preguntóle ella en nombre de Dios y de su ley si venia para bien de su alma y cuál era su misión; mas al oír esto el Jhombre verde desapareció. Apareciósele, sin embargo, en adelante, acompañado de un gran número de hombres y mujeres, y contra su querer tuvo que seguirles á mayor distancia de lo que podía decir. Tocaban la flauta, se divertían y se trataban muy bien. Habíalos acompañado al Lothian, donde viera muchos barriles de vino, con tazas y copas. Declaró que cuando hablaba de estas cosas, padecía muchísimo y recibía un golpe que le paralizaba el costado izquierdo, dejando en él una cicatriz que al fin se hacia insensible. Confesó también que habia visto, antes de salir el sol, los buenos vecinos preparando sus unguentos al fuego en unas cazuelas. A veces se le presentaban bajo formas tan horribles, que no la era dado no

amedrentarse; otras veces la dirigían palabras dulces y la decían quejamos le faltaría nada si les fuese constante, pero al propio tiempo la amenazaban con martirizarla si hablaba de ellos ó de lo que hacían. Jactóse de poseer la amistad de la reina de Elíland y tener buenos amigos en aquella córte, aunque estuvo siempre muy desgraciada, como que hacia siete años que no habia visto la reina. Añadió que William Sympson estaba con las hadas; que él la advertía de cuando estaban por venir, y que le enseñaba los remedios de que debía valerse y cómo debía usarlos. Dijo que cuando soplaban algún huracán, de ordinario estaban las hadas todas, y que el mismo Sympson la habia confesado que todos los años era arrebatada al infierno la décima parte de su raza. El célebre Patricio Adamson, teólogo excelente y sabio distinguido, nombrado por Jaime VI arzobispo de San Andrés, siguió ciegamente los dictámenes de aquel pobre hipondríaco comiendo una fritada de pollos y apurando en dos tragos una botella de vino de Burdeos con las drogas señaladas. Este Alison Pearson hizo pasar la enfermedad del obispo á un palafrén blanco que murió por ende; al ménos así lo creyeron en aquel tiempo. Este hecho y otras cosas poco conducentes para un sugeto de su categoría, indujeron á publicar contra él un escrito muy severo, que manifestó cómo madama Pearson habia visto á Lethington y Bucelench en el país de las hadas [23] El primo de aquella buena mujer, Sympson, no fué para ella protector más ó ménos poderoso que Tomas Reid para Bessie Dunlop, como que al margen del auto se lee todavía la triste y breve nota: Convicta, et combusta.

Las dos pobres mujeres de quienes acabamos de hablar, ya se consideren como entusiastas, ya como culpables de impostura, son tanto más dignas de compasión, cuanto practicaban un presunto arte en pro del linaje humano. Los siguientes pormenores extraordinarios se refieren ó personas de más encumbrada alcurnia que iban en pos de los espíritus familiares por proyectos mucho más odiosos.

Procesos de lady Fowlis y Héctor Munro, su yerno. —Catalina Munro, lady Fowlis, cuyo apellido de familia era Rass de

Balnagowan, mujer de elevada esfera, tanto por su propia familia como por la de su marido, que era el barón décimo quinto de Fowlis, y caudillo de la belicosa tribu de Mitnro, tuvo una disputa de suegra con Roberto Munro, hijo primogénito de su marido, y se abandonó á su resentimiento, fraguando el proyecto de arrancarle la vida por medios ilícitos. La ventaja que se proponía era que la futura viuda de Roberto casara con su hermano Jorge Rass do Balnagowan, y para llevar á efecto este designio era también indispensable la muerte de lady Balnagowan, Lady Fawlis, si es que su acta de acusación contenga una letra de verdad, dirigió la trama sin mucho secreto. Congregó algunas mujeres de la ínfima plebe, célebres como brujas, é hicieron juntas varios modelos ó estatuas de arcilla, por cuyo medio creían echar un encanto sobre Roberto Munro y lady Balnagowan. Prepararon también un tósigo tan eficaz., que un paje se puso enfermo de resultas de haberlo probado. Lady Fowlis preparó otra vasiia de barro de aquel brevaje mortal y la envió por conducto de su misma nodriza qle servia á Roberto Munro. Caída aquella mujer en la oscuridad, la vasija se rompió, crecieron las yerbas venenosas en el «no mismo donde cayera el licor, y los bueyes y los carneros huyeron sin catarlas; pero la nodriza, de ménos instinto que los brutos, que tiene una relación más probo el licor y murió casi en el acto. Lo que tiene una relación más directa con el objeto que nos ocupa, es que Lady Fowlis empleó la artillería de Elfland para matar á su yerno y a su cuñada. Laskie Leucart, una de las brujas que la ayudaban, presentó lo que el no pulacho llama puntas de saetas dé las hadas, y que de hecho no son otra cosa que los morros puntiagudos con que antiguamente armabas las flechas, pero que la superstición considera como las armas de que se sirven las hadas para acarrear la muerte á los hombres como á los animales. Entonces se colocaron las efigies de las dos víctimas al extremo de un aposento, del lado del Norte, y Cristina Ross Malcolmson, una de las brujas asistentes, arrojó dos flechas contra el busto de lady Balnagowan, y tres contra el de Roberto Munro. Quebráronse entrambas, y lady Fowlis mandó que preparasen otros. Alegaron contra ella otros muchos actos semejantes de hechicería y preparación de veneno.

Encanto extraordinario empleador por Hector Munro. — Su yerno, Héctor Munro, uno de los que persiguieron á su suegra, formó también una trama semejante para atentar á su suegra, formó también una trama semejante para atentar á la vida de su propio hermano, pero los ritos que practicó eran de una naturaleza muy singular, bárbara y extraordinaria. Acaso cayó Hector enfermo y consuló sobre su situacion á algunas brujas ó adivinas en quienes parece haber confiado mucho a aquella familia, y todas de común acuerdo le contestaron que debia morir, á no ser que muriese en su lugar el hombre principal de su sangre. Decidióse que el sustituto propuesto para Héctor debía ser su medio hermano, Jorge Munro, hijo de lady Ctalina, de quien acabamos de hablar. Héctor despachó al menos siete mensajeros á aquel joven, negándose á recibir á otro alguno de sus parientes antes de haber visto al que destinaba para ocupar su puesto en la tumba. Llegado que hubo Jorge, y por consejo de una bruja muy conocida, llamada Marion Mac Ingarach, y de su propia nodriza, Cristina Neil Dlyeb, le recibió Héctor con una marcada frialdad y embaraxo. Pasó una hora sin hablarle, por último su hermano rompió el silencio presontóndole cómo lo pasaba. Respondió Héctor que se hallaba mejor desde que Jorge habia ido á verle, y volvió a caer su primitivo silencio; cosa ciertamente original, según eran los deseos que manifestara de recibir una visita de su hermano, como quiera que le hablan prescrito esta conducta como absolutamente necesaria para que el encanto hiciese sus efectos. A media noche la bruja Marion Mac Ingarach, princesa de las sacerdotisas de Nionere de la compañía, salió con sus cómplices con una atada en la mano cada una. Pusiéronse á cavar una sepultura ó poca distancia del mar, en un campo que separaba dos propiedades distintas. Hicieron de modo que el hoyo pudiera convenir a la estatura de Héctor Munro, y la tierra que sacaron la echaron á un lado. Despues de haber arreglado las cosas de forma que el encanto contra Jorge Munro no hiciese su efecto hasta al cabo de cierto tiempo, á fin de evitar toda sospecha, trabajaron en el encanto de un modo el mas original é imponente, como que acaso no tiene ejemplar. Era el mes de enero de 1588: trajeron al enfermo Héctor Munro envuelto en las sábanas y acompañados de todos aquellos

que estaban en los ápices y que tenían orden de guardar el más profundo silencio hasta que hasta que la bruja principal hubiera recibido sus informes del genio a quien servía. Hector Munro fué depositado en la hoya, cubriéronla de tierra y guarnecieron la tumba con estacas como para un entierro verdadero. Marion Mac Inearach, Hécate de aquella ceremonia nocturna, se sentó al borde de la sepultura, y Cristina Neil Dalys, la nodriza, corrió a una distancia de nueve surcos con un niño por la mano. Pero volviendo luego á la tumba donde enterraron vivo a Héctor Munro, preguntó á la bruja qué víctima ternaria. Respondió ésta que W Héctor viviera, y muriera Jorge en su lugar. Tres veces fué repetid aquella fórmula antes que sacasen á Héctor del frío lecho que ocupaba en una noche de diciembre. Lleváronle por ende a su casa en un silencio profundo como antes. Los resultados de una ceremonia que no parece muy conducente para producir siquiera uno de aquellos e !oLJ que Héctor Munro recobró la salud, y tras un espacio doce meses murió su hermano Jorge. Héctor estuvo recono do i a bruja principal y le confió la custodia de su rebaño, y aun dicen que procuró no hacerla presentar al tribunal cuando la intimaron que lo verificase. Una o dos personas de condición subalterna fueron condenadas a muerte por las prácticas de hechicería que tuvieron lugar en el castillo de Fowlis, pero lady Catalina y su yerno Héctor tuvieron la rara fortuna de ser declarados inocentes. M. Pitcairn observa que los jurados al objeto convocados eran de un rango inferior al de los acusados, y parecían elegidos de intento para obtener una declaración semejante. No tendría tampoco nada de extraño que en algún intervalo de buen sentido los jueces encargados de pronunciar en la causa formada contra Héctor Munro hubiesen creído que, habiendo el encanto tenido lugar en enero de 1588, y no habiendo fallecido el enfermo hasta abril de 1590, el intervalo que separaba aquellos dos acontecimientos era sobrado considerable para que pudiese considerarse el primero como la causa del segundo [\[24\]](#)

Confesión de John Steward, juglar, de su comercio con las hadas. — En las confesiones de John Steward se halla otra prueba de la bruja toma saber de las instrucciones que recibe de las hadas. Este

sugeto se designaba como vago, pero profesor de quiromancia y juglaria, y fijé acusado de haber ayudado á Margarita Barday ó Dein á hacer ir á pique un embarcación perteneciente á su hermano. Preguntáronle por qué medios pretendía descubrir los arcanos del porvenir, y respondió cómo hacia veinte y seis años que yendo de la ciudad de Monygoil (que así está escrita esta palabra) á la de Clary, en el condado de Galway, durante la noche de la víspera de Todos los Santos, habla encontrado al rey de las hadas y su compañía, y que el rey de las hadas le había dado en la frente el golpe con una varilla blanca, que por espacio de tres años la privara del habla y del uso de un ojo. Añadió que el rey de las hadas la había restituido la vista y el habla otra noche de la víspera de Todos los Santos, en la ciudad de Dublin, en Irlanda, y que desde entónces iba á encontrar las hadas cada sábado á las siete de la tarde, y que pasaba en ella toda la noche. Dijo también que todos los años, la víspera de Todos los Santos, se reunían en Lanark-Hill (acaso Tintock) ó en Kilmanw-Hill, y que le habían enseñado cuanto sabía. Mostró el punto de su frente donde el rey de las hadas le había pegado con la varilla blanca, por lo que le vendaron los ojos y le punzaron en aquel mismo punto con un alfiler, y no dió prueba ninguna de dolor. Declaró que en la corte de las hadas había visto muchas personas cuyos nombres citó, y dijo que todos los que morían de repente iban al rey de Elfland. No tenemos necesidad de entrar en más pormenores sobre el proceso de aquel desgraciado, aunque después tuvieron lugar otras precauciones execrables contra el miserable y contra las pobres mujeres acusadas del mismo crimen. Citárnosle tan sólo como otro ejemplo de un brujo que indicaba el reino de Elfland cual origen de todos sus conocimientos.

Proceso y confesiones de Isabel Goiodie- En Auldearne, par roquia y pueblo de la baronía-condado de Nairne, el miedo epidémico inspirado por las brujas parece haber sido grande. Las confesiones de una mujer, llamada Isabel Gowdie, en abril de 1662, implican, como de costumbre, la corte de las hadas, y vinculan las operaciones de la hechicería con los socorros que de ella recibe. Es tanto ménos necesario insistir sobre este punto, cuanto el

instrumento «mediato de las abominaciones que refiere, fue el demomo mismo y las hadas. Había estado, sin embargo, en las montañas de Dounie y recibido de la reina de las liadas más víveres de los que podía comer. Anadió que la reina iba bien vestida, que el rey era muy buen mozo, y que á la entrada de su palacio había unos toros-hadas que berreaban y mugían, y que la habían asustado mucho. Aquella penitente confesó francamente que había concurrido á una reunión de brujas el día de San Pedro Advíncnta, en 1659, y que despees de haber corrido todo el país bajo formas diversas, como gatos, he bres, etc., comiendo, bebiendo y talando todo lo de sus vecinos, en cuyas casas podían penetrar, se dirigieron á los montes Donnie, donde se abrió una montaña para recibirlas, entrando por ende en un salón suntuoso tan iluminado como en medio de! dia- A la entrada estaban los toros-hadas que retozaban y mugían, poniendo grima á Isabel. Aquellos animales eran á buen seguro los toros marinos, famosos en las tradiciones de Escocia é Irlanda, y considerados como entes con quien no era prudente indisponerse.

Empleo de puntas de saetas de las hadas. - En unas cavernas las hadas fabricaban las puntas de saetas con que hacia» tanto mal. Las hadas y el diablo se ocupaban de mancomún en aquel trabajo: las primeras tomaban el pedernal para darle la forma conveniente y aguzar su punta, y el último daba la última mano á la obra para concluir la á su perfección. Luego venia la diversión del concurso Las brujas montaban á caballo en espigas de trigo, tallos de habas ó canas y exclamaban: «; Horse y hallosck, en nombre del diablo ' s señal de las hadas para montar á caballo, y echaban á volar adonde mejor les parecía. Si el corto remolino que las acompañaba en aquel viaje pasaba encima de la cabeza de un mortal, que descuidaba hacer la señal de la cruz, caia en poder de las brujas y adquirían el derecho de depararle una flecha. La prisionera arrepentida dijo el nombre de muchas personas que habia muerto con sus cofrades. El hombre cuya muerte pareció sentir más era Guillermo Brown de Milntow de Mains. También he arrojado una flecha contra el reverendo llame Forbes, ministro que estaba presente al

interrogatorio de Isabel, pero el tiro no le alcanzó, y la bruja se aprestaba á dispararle otro cuando su amo se lo prohibió, diciendo que la vida del reverendo ministro no eslava sujeta á su poder. Cuando mas directamente en la hechicería, tendremos ocasión de citar otras de estas confesiones originales. Quanto acabamos de referir sirve para indicar el modo con que la creencia en aquel crimen se enlazaba con la superstición relativa á las hadas.

Parroquia de Aberfoyle. — Para citar ejemplos más modernos de individuos que cayeron en poder de las hadas, no debemos pasar en silencio al reverendo Roberto Kirke, ministro del Evangelio v primer traductor de los salmos en versos gaélicos. A fines del siglo XVII fué sucesivamente ministro de las parroquias montaÑesas de Balquiddere y Aberfoyle, situadas en el distrito más agreste del condado de Pesth, y en el interior de lo que llaman las montaÑas de Escocia. Aquella comarca, deliciosa al par que agreste, que tantos lagos en sí encierra, rocas, vallecillos aislados y bosques sombríos, no están todavía abandonados del todo por las hadas; antes bien han querido conservar una tierra propia para su residencia

Obra de M. Kirke, ministro de Áberfoile, sobre las supersticiones relativas á las hadas.-Era esto tanta verdad en lo antiguo, que M. Kirke, mientras era ministro de Aberfoyle, halló materiales para componer su Ensayo sobre el pueblo subterráneo, y en general invisible, conocido bajo las denominaciones de Genios, Faunos, liadas y otras semejantes [\[25\]](#) El autor describe en aquel escrito la raza de las hadas como una especie de espíritus celestiales pertenecientes á una categoría media entre los hombres y los ángeles. Dice que entre estos espíritus se celebran casamientos y entierros, m mas ni ménos que entre los hombres; que en algún modo representan A los mortales, y que entre ellos se encuentran apariciones ú « hombres dobles », revestidos de la misma forma que tienen los hombres en la tierra. Acúsales M. Kirke de sustraer la leche á las vacas, y h que es más delicado, arrebatarse las mujeres que están de parto y llevarse los niños recién nacidos. En ambos casos es muy fácil el remedio. La leche no puede sustraerse si antes de dejar que el becerro mame le frotan la boca con cierto bálsamo nada difícil

de encontrar» y la nodriza tampoco tiene que temer si coloca en su cama un pedazo de hierro frío. M. Kirke explica este último hecho con decirnos que-, estándolas grandes minas de hierro del Norte muy cercanas al lugar del eterno castigo, exhalan cierto olor muy repugnante á aquellas criaturas encantadoras. Lo que parece más chocante, y asegura también el reverendo autor, es que tienen muchos libros de un género ligero (que sin duda serán novelas y composiciones dramáticas) al uso de los Rosa Cruce, los unos y los otros de un género abstracto y mustio pero nada de Biblias ni otras obras de devoción. Habla asimismo de las puntas de Hechas encantadas que participan de la virtud del rayo, y que pueden herir mortalmente en alguna parte vital sin romper el cutis. Por último, dice que él mismo lleva observadas muchas de semejantes heridas en animales, y que no ha dejado de sentir alguna vez las fatales laceraciones que no podía ver.

Es arrebatado en persona al país de las hadas.—No era de creer que las hadas, con ser una raza tan sumamente delicada, que se irritan contra los que hablan de ellas bajo su verdadero nombre, no se ofendieran sobremanera de la temeridad del reverendo autor' que tan profundamente descubrió los arcanos de sus misterios cóh la idea de darles publicidad. Verdad es que en el extremo del cementerio de Aberfoyle, del lado del Oriente, se ve el monumento erigido á la memoria del digno ministro cuyo nombre está en él inscrito; pero los que conocen su verdadera historia no creen que goce el reposo real de la tumba. Su sucesor, el reverendo doctor Grahame, nos ha dicho cómo generalmente se cree que, paseando M. Rirke una tarde con su bata por un dun-shi, ó sea montana concurrida por las hadas, sintió como un ataque de apopiegía, de forma que los ignorantes le creyeron muerto, como quiera que los más instruidos sabían que sólo era un desmayo causado por la influencia sobrenatural de la raza cuya mansión habia profanado. Después de la ceremonia de lo que, a! parecer, era un entierro, el reverendo Roberto Rirke se aparecida uno de sus deudos y le mandó que fuese á personarse con Grahame, de quien desciende el general Grabam Sterling, que todavía vive. «Decid á Duchray, que es tan

primo mío como vuestro díjole, que no he muerto, pero que estoy cautivo en el país de las hadas, y sólo falta una cosa para verme libre. En cuanto al hijo postumo que ha de parir mi mujer, desde mi desaparición se halla en vísperas de ser bautizado; entraré en un cuarto, y si Duchray arrota por cuna de mi cabeza el dirk ó puñal que tendrá en la mano', veré- me restituido a la sociedad, pero si deja escapar esta ocasión, voy a ser perdido para siempre. » Supo Duchray lo que debía hacer - así se verificó la ceremonia del bautismo, y M. Kirke se dejó ver estando sentados a la mesa; pero fué tal la sorpresa de Grahame de Duchray, que no le fué dado ejecutar lo prescrito. Es, pues, de temer que M. Kirke tuvo que someterse á los decretos de su es mo en el país de las hadas, como que la córte le declaró, cual Océano al pobre Falconner, que muriera en el mar, después., haber compuesto un poema tan conocido y titulado: El Naufragio.

«Has proclamado nuestro poder,-isé nuestra presa!»

Obra interesante del doctor Graham y sus pormenores sobre las supersticiones de la hechicería. — El lector puede consultar sobre este punto un tontito muy divertido y titulado: Investigaciones sobre el condado de Peth, por el reverendo doctor Grahame, de Aber-íbyle, impreso en Edimburgo en 1812. La terrible venganza que tomaron las hadas de M. Kirke no ha sido parte para intimidar á su sucesor, sugeto excelente y buen anticuario, ni ménos le ha impedido trasmitirnos algunos pormenores muy curiosos en orden á las supersticiones relativas á las hadas. Dice que aquellos espíritus voluntariosos son muy de temer en viérnes, porque el día de la Crucifixión es el día que los malos espíritus tienen más quilates de poder. Habla también de su descontento contra cualquiera que tome el color verde, que es el que comunmente llevan, color aciago para muchas familias de Escocia, y en especial para la raza de los valientes Graham.es, tanto, que, según nos han dicho, cuando un Grábame recibe un balazo en algún combate, la bala pasa de ordinario á través del cuadro verde de su plaid. Sucedió que un antiguo cazador de aquella familia experimentó una caída peligrosa, y creyó explicar la causa de tamaña desgracia con decir que se había

valido de un cabo de bramante verde para su trailla. Recuerdo ademas que el difunto amigo mió James Grahame, autor de la obra titulada El Sábado, no estaba del todo exento de aquella antigua preocupación de su tribu. Hacia cubrir la mesa de su biblioteca con un paño azul ó negro y no con el color fatal de que se sirve regularmente en semejantes casos.

Dejando á un lado las hadas del condado de Pesth, puedo citar una historia que corre parejas con la de M. Roberto Kirke. La longevidad de la persona que me la ha contado me induce á creer que esta aventura tuvo lugar cuando su infancia; ocurrió á principios del último siglo. Vivía con algunos de sus parientes cerca del pequeño puerto de Morlh-Berwick, cuando la historia siguiente alarmó á la ciudad y sus cercanías.

Historia de una mujer del Lothian oriental, arrebatada por las hadas. —Un tejedor muy industrioso de aquella pequeña ciudad estaba casado con una mujer muy bonita que, después de haberle dado dos ó tres hijos, tuvo la desgracia de morir al parir otro. Vivió el niño, pero la madre murió en medio de las más grandes convulsiones, y se puso tan desfigurada, que las comadres del contorno creyeron que las hadas se la habían llevado y sustituido!» con aquel cadáver. Poco crédito dió el marido á tales consejas; así, después de haber llorado á su mujer durante un año de luto, comenzó á pensar en contraer nuevos esponsales, remedio en verdad indispensable para un pobre artesano con hijos tiernos y sin una mujer de gobierno. Dió acaso con una vecina cuya figura le gustó y cuyo carácter parecía asegurarle que amarla como madre los hijos de su primera mujer- Propúsole por ende el casamiento, y como le cogiese la palabra, presentó los nombres de las dos partes al ministro que, si mal no me acuerdo, se llamaba Maleo Reid, á fin de que hiciera correr las amonestaciones. Como que había amado muy mucho á su primera mujer, es probable que la idea de su nueva situación le sugirió muchas reflexiones sobre su enlace con la difunta, y le trajo al propio tiempo á la memoria los extraordinarios rumores que cundieron á su muerte. Ello es que todas estas circunstancias le ocasionaron el ensueño siguiente. Pensaba estar

despierto á media noche, cuando vió entraren su cabaña una mujer vestida de blanco, que se adelantó hasta la cabecera de su cama y le pareció tener las facciones mismas de su primera mujer. Pidióla que hablara, y no sin gran sorpresa oyóla decir que no eslaba muerta; pero que á pesar suyo se veia cautiva de los buenos vecinos. Añadió, que si algún resto le quedaba de su primer amor, tenia un medio para sacarla del triste reino de Elíland. Dijo que para esto debía reunir los habitantes más respetables de la ciudad en cierto día de la semana siguiente con el ministro á su cabeza, y desenterrar el ataúd en que la creian sepultada. El ministro deberá recitar ciertas oraciones, continuó, y entonces saldré de la tumba y huiré con rapidez alrededor de la iglesia. Será forzoso que teugais el mejor corredor de la parroquia (y hasta le citó un hombre muy conocido por su ligereza) para perseguirme, y el cerrajero ( muy celebrado por su robustez) para tenerme en cuanto el otro me haya alcanzado. Merced á las oraciones de la Iglesia y á los esfuerzos de mi amado esposo y de mis vecinos, recobraré mi puesto correspondiente en la sociedad de los hombres. « Por la mañana el pobre marido estaba enfrascado en el recuerdo de su ensueño; mas era lauta su confusión, que no acertó á tomar medida ninguna. La noche siguiente tuvo lugar la misma aparición, lo que no tiene nada de particular; pero la noche tercera se le apareció de nuevo su mujer con trazas de descontento. Reconvínole por la falta de afecto hacia ella y le conjuró por vez postrera que llevara á efecto las instrucciones que le prescribiera, añadiendo que por su omisión se vería en la imposibilidad de restituirse á la tierra y tener con él comunicación alguna. Para convencerle de que no era una ilusión, «vió en su ensueño» cómo tomó al niño cuyo nacimiento le costara la vida, le dió de mamar, é hizo correr algunas gotas de leche sobre la sábana de la cama de su marido como para asegurarle de la realidad de aquella visión.

Al otro día por la mañana, el marido, fuera de si, fué á dar parle de su situación á su ministro Mateo Reid. Este sugeto venerable, teólogo excelente y sagaz, conocía perfectamente las pasiones humanas. No intentó negar la realidad de la visión que tan

conturbado habia puesto á su feligrés; pero sostuvo que acaso era tan sólo una ilusión del demonio. Persuadióle á que ninguna criatura tenia derecho ó poder de detener el alma de un cristiano, y le conjuró que no creyera que su mujer pudiese hallarse en otro estado que el á que la llamase la voluntad de Dios; aseguróle que la doctrina protestante rechazara la idea de la existencia de un estado medio entre el otro mundo y el nuestro, y le explicó que como ministro de la Iglesia de Escocia, no- podia ni quería autorizar la violación de los sepulcros ni emplear la intervención de las oraciones para sancionar ritos de un carácter sospechoso. El pobre hombre, confundido y combatido por los diversos sentimientos que experimentaba, preguntó á su pastor lo que debia hacer. « Yo os diré mi parecer, respondió el ministro; procurad obtener el consentimiento de vuestra novia para que vuestro casamiento se celebre mañana, y áun hoy mismo si es posible, que ya yo me encargo de dispensaros de las amonestaciones ó publicarlas tres veces ei mismo día. Entonces tendréis una nueva mujer, y si pensáis en la primera, será como á esposa de quien os ha separado la muerte y en la cual podéis pensar con ternura y sentimiento, pero como á santa que está en el cielo y no como á cautiva detenida en Elíland. » Siguió este dictamen, y el inquieto esposo no recibió ninguna ptra visita de su primera mujer.

Otro ejemplo tomado de Pennant. — En el decurso de su viaje en 1769, Pennant fué testigo de un ejemplo, por ventura el último á que se haya dado publicidad de la comunicación entre los habitantes de la tierra y el pueblo sin reposo, — denominación que le es más propia que la de Dasine Skis —\* ó gentes de paz, como los llaman en lengua gaélica. Como son á buen seguro las noticias más recientes de aquel pueblo invisible, citaremos el mismo texto del viajero:

« Un pobre visionario, que habia trabajado en su huerta, en el Broaibane, se creyó levantado en alto súbitamente y trasladado por cima de una pared á un triguera) vecino. Allí se encontró cercado de muchos hombres y mujeres, entre las cuales reconoció runchas que hacia mucho tiempo que estaban enterradas. Parecíale que andaban

ligeramente sobre las espigas del trigo sin torcer sus tallos; mezclábanse entre sí cual abejas que entran en su panal, y hablaban una lengua desconocida con un metal de voz muy bronco. Dijo que le traían como al retortero, empujándole unos por una parle y otras por otra, pero que en cuanto hubo pronunciado el nombre de Dios, todos desaparecieron, salvo un espíritu hembra, que cogiéndole por la espalda, le arrancó la promesa de irle á encontrar en el mismo sitio, el mismo día de la semana siguiente y á la misma hora. Entonces observó que su cabellera estaba trenzada en dobles nudos ( género de peinado muy conocido bajo el nombre de tremas de las hadas) y que había perdido casi de! todo el uso de la palabra. Cumplió su promesa hecha al espectro y le vió á poco flotando por el espacio y saliéndole al encuentro. Comenzó á hablarle, pero el espíritu le dijo que tenia mucha prisa, mandóte que se volviese y le aseguró que no le sucedería ninguna desgracia. Así las cosas, deje el país; pero son increíbles los desastres que hicieron en las cercanías aquellos ajjrí somnia. Los allegados y vecinos de los difuntos que nombrara el viejo loco se vieron en la mayor inquietud al saber que tan mala compañía frecuentaban en el otro mundo. La casi extinguida creencia en aquellas necias consejas comenzó á remozar, y el buen ministro tendrá necesidad de no pocos sermones para arrancar de cuajo las absurdas ideas que ha hecho renacer este cuento ridículo [\[26\]](#)

Apénas es necesario añadir que esta historia, si se quiere reciente, ofrece precisamente la tendencia de las de Bessie Dunlop, de Alison Pearson y del sumiller irlandés que estuvo á pique de verse arrebatado perlas hadas. Cada uno de ellos encontró entre los habitantes de Elfland algún amigo que habia estado antiguamente en la tierra, que se interesó por el hijo de la humanidad y que se dió á proteger contra sus ménos filantrópicos compañeros un individuo mortal como él.

Estos ejemplos pueden demostrar basta qué punto la superstición relativa á las hadas, superstición que en su sentido general de culto de los dioses campestres es con mucho la más antigua, se confundió con aquella creencia horrible en la hechicería que costó la vida á

tantos inocentes y miserables impostores acusados de crímenes imposibles. En el capítulo siguiente me propongo manifestar cómo empezó á desvirtuarse la creencia en las hadas y cómo se fueron desacreditando aquellos presuntos actos de brujería que daban margen á tantas crueldades.

---

[21] Hudlkin es un demonio muy familiar, que no hace mal anadie, como no le insulten ó se burlen de él. Habla familiarmente con los hombres, ora invisible, ora visible, según se le antojaba. Son tantas las cosas que se cuentan de este Hudlkin en algunas partes de Alemania como sobre Robin-good-fellow en Inglaterra. (Discurso sobre los Demonios, añadido al Descubrimiento de la Hechicería, por Reginaldo Scott. Lib. 1, cap. 21.

[22] La colección de procesos tomados de los fastos criminales de Escocia, que publica actualmente M. Roberto Pitcairn, ofrece un cuadro tan sumamente original de los usos y costumbres de nuestros mayores, mientras eran todavía un pueblo semibárbaro, que merece igualmente la atención del historiador, del anticuario, del filósofo y del poeta.

[23] Véanse los Poemas escoceses publicados por Dalzell, pág. 321.

[24] Causas recogidas por Pitcairn, tomo I, págs. 191 y 201.

[25] La continuación del título es como sigue: «En las berras baja» da Escocia tal como le han descrito los que poseen el don de segunda vista, compilado por un ángel que ha estado entre los escoceses-irlandeses (los gaeli montañeses) y que ha tomado noticias con mucha circunscripción e imparcialidad.» Esta obra impresa con el nombre del autor, en 1691, y reimpressa en Edimburgo en 1815.

[26] Viaje de Pennant á Escocia, tom. I, pág. 110.

## CAPÍTULO VI

### DIVERSIDAD DE OPINIONES RESPECTO DE LAS BRUJAS

Efecto inmediato del cristianismo sobre las supersticiones populares. — Aunque la influencia de la religión cristiana no haya brillado lo suficiente entre las naciones de Europa para disipar en un punto la nube de las supersticiones que continuaban envolviendo el entendimiento de unos neófitos convertidos de galope y poco instruidos, no tiene duda sino que su efecto inmediato no fué el modificar los ridículos puntos de las creencias erróneas que sobrevivieran á la antigua fé pagana y que desaparecieron ante el cristianismo, á medida que su luz se mostró más pura y más exenta de invenciones humanas.

Chaucer representa los sacerdotes católicos como enemigos de la creencia en las hadas. — El poeta Chaucer hace honor á la Iglesia de Roma con sus curas y sus frailes predicadores, de creer que expelieron del país todos los espíritus de un orden secundario y de una naturaleza poco santa. Sus versos relativos á este punto son no ménos pintorescos que curiosos, y pueden manifestar que aunque era muy escasa la creencia en las hadas, existía alguna duda entre los sugetos instruidos del tiempo de Eduardo III.

Es muy de notar que las hadas de que habla el bardo de Woodstock son la antigua raza celta, y parece tomar de Bretaña ó

Armérica, verdadera colonia celta, las autoridades de su historia:

« En lo antiguo, por los tiempos del rey Arturo, de quien hablan los bretones con tanto entusiasmo, todo aquel país se hallaba atestado de hadas. Muchas veces su reina, con su alegre comitiva, bailaba en una verde pradera. Esta era la opinión antigua, al menos así lo creo, porque hablo de muchos siglos atrás; pero al presente no se ve allí hada ninguna, y es que la gran caridad y las oraciones de los limitados [\[27\]](#) y otros santos hermanos que son tan numerosos como los átomos que se ven en un rayo solar, las dan la caza en tierra y mar bendiciendo los salones y los cuartos, las cocinas y los retretes, las ciudades y los pueblos, los palacios y los castillos, los establos y los pesebres, las casas de campo y las lecherías. Por esto no existen hadas, porque en todos los sitios donde acostumbraba pasear una hada está el santo hermano noche y día rezando maitines y otras oraciones. Ya las mujeres pueden ir sin riesgo por las montañas y cañadas, á través de las malezas y debajo de cualquier árbol. Ya no hay más ícubos que él, y á fé que no les hará ningún ultraje [\[28\]](#) »

El obispo Corbelt atribuye el mismo efecto á la reforma.— Cuando vemos la Opinión que ha expuesto Chanta» en algunos otros de sus cuentos sobre el clero regular de su tiempo, estamos por sospechar que la ironía tiene también su parte en el cumplimiento que atribuye al destierro de las liadas de que « eslabo Heno el país, » en tiempo del rey Arturo, al calor del celo y devoción de los hermanos limitados. Verdad es que entre los sujetos de luces podían existir ejemplos individuales de escepticismo; pero un poeta más moderno, con una vena de buen humor nada indigna de Godofredo, fija el destierro final de las hadas de Inglaterra, esto es, la época en que cesó la creencia en ellas, en el reinado de Isabel, y representa su expulsión como un efecto del cambio de religión.

Sus versos relativos á este punto.— En aquella chistosísima sátira hay dos ó tres estrofas dignas de la atención del lector; pero no debemos pasar por alto que su autor el doctor Corbelt, era tío

toónos que obispo de Oxford y de Blorwicb á principios del siglo XVII. El poema lleva el titulo de Nueva Balada:

« Las buenas caseras pueden echar ya en olvido las recompensas y las hadas; como que al presente no son mejor tratadas que un trapo pringón en su lechería, y aunque barrían sus hogares cual pudiera hacerlo la mejor de las criadas, ¿cuál de ellas encuentra ya por galardón del aseo una pieza de á seis cuartos en la suela de su zapato?

» Llorad, llorad, buenos curas; las hadas han perdido su poder.

No hacían más que trocar vuestros hijos, pero otros han trocado ya vuestras tierras señoriales. Todos vuestros hijos son puritanos desde entonces y viven como changelíngs por amor de vuestros dominios.

» Mañana y tarde estabais alegres y chistosos, que poco pensaban aquellas lindas señoritas [\[29\]](#) en el sueño y la pereza. Cuando después del trabajo se volvía Tom á su casa, cuando se levantaba Gis para ordeñar sus vacas, saltaban de contento al son de una alegre música.

» Testigos son esos círculos que todavía se ven y que describieron sus plantas bailando en corro sobre las verdes alfombras de los campos en tiempos de la reina María. En cuanto vieron empero á Isabel y luego á Jaime, no bailaros ya cual algún día.

»Asi las hadas estaban afiliadas á la antigua fé; sus cantos eran Jive María y procesiones sus bailes. Mas; ah I al presente están ya muertas ó en ultramar, ó desterradas para su religión han ido á divertirse á otra parte. »

El resto del poema está consagrado al honor y gloria del viejo Guillermo Chourne, del condado de Statford, que depone en favor de las hadas desaparecidas, y conservaba, i lo que parece, muy á gusto del ingenioso obispo, un registro inagotable de sus hechos y de sus gestos. El final de la última estrofa dice así:

« Oiga cada cual á Guillermo y ruegue por sus cascos, que á estar vacíos, adios pruebas todas de la existencia de las hadas. »

Su Iter septentrionale.— Ese Guillermo Chonrne parece haber pertenecido á la compañía del doctor Corbetl, cuando su Iler septentrionale. «Dos de sus camaradas eran doctores, y dos opositoristas al doctorado. «Sin embargo no se sabe de positivo si Guillermo era guia, amigo ó criado. Piérdense los viajeros en los laberintos de la selva de Cborley a! dirigirse á Bosworth, y se vuelve tan intrincado su sendero, que no pueden dejar de retroceder cual si hubiesen estado.

« En el círculo descrito por las badas, Guillermo con cibió un medio para salir del berengenal. — a Vestios al reves, dijo; por cierto que no está ocioso Puck en medio de estas encinas. Si anheláis por llegar á Bosworth, trocad vuestros vestidos, porque estamos en tierra de badas. » Pero antes de llevar á ejecución este rasgo de hechicería, dimos con un hombre que no tenia los pies ahorquillados,, á pesar de que Guillermo, hombre de poca fé, lo dudaba mucho. — «Es Robín ó algún alma vagabunda, exclamó; fuego en él y desaparecerá en un punto; persignaos tres veces y al traste con él. — Hiera quien ose, dije para mí, que en punto á golpes, el mejor brujo- será á buen seguro este guardabosque. » Era un hombre de bien á carta cabal que no ignoraba dónde medran la urbanidad y los linos modales, y que nos acompañó hasta que pudo decirnos: « Ahí está Bosworth y ahí vuestro camino [\[30\]](#) »

El obispo prueba con evidencia que las hadas conservaban su influencia sobre la imaginación de Guillermo, puesto que su campeón toma al buen guardabosque por Puck ó Robin-good-fellow. Los encantos de que propone echar mano para desvanecer la presunta ilusión, consisten primeramente en ponerse el vestido al reves,— medio que se recomienda igualmente en las visiones de segunda vistan otras ilusiones semejantes, como un medio infalible de obtener una certidumbre sobre la naturaleza del sér que se ve imperfectamente [\[31\]](#) y por último, exorcizar el espíritu con un palo; espediente que Corbett no cree muy acertado emplear, como el.

exorcista no esté seguro de ser el más fuerte. Así no podía Chaucer decir con seriedad que en su tiempo sabían á antigualla las ideas, supersticiosas sobre las hadas, como que vemos palpablemente que existían aún tres siglos después.

Robin-good-fellow y otras supersticiones mencionadas por Reginaldo Scoíí, — No tiene tampoco duda sino que á medida que fueron progresando los conocimientos y la religión, las ideas supersticiosas del pueblo perdieron gradualmente su influencia y cayeron en descrédito. Bajo el reinado de Isabel los constantes trabajos de muchos predicadores que gozaban de aura popular y declamaban contra « los pomposos milagros » de la Iglesia romana, produjeron su efecto natural en el otro ramo de la superstición. » Cierta, dijo Reginaldo Scott hablando de los tiempos que le precedieron, más de un impostor cubierto con paño blanco ha engañado á miles de personas, sobre todo cuando estaba tan acreditado en el país Robin-good-fellow. En nuestra infancia la\* criadas de nuestras madres nos ponían tanta grima con hablarnos de un diablo- ruin con sus correspondientes cuernos en la frente, vomitando fuego, con mía cola por detras, ojos desencajados, dientes de perro, zarpas de oso, tez de negro y voz de león; i cuánto era nuestro miedo al oír gritar á alguno: Bú!Llenábannos la cabeza de espíritus, brujas, magos, hadas, duendes, sátiros, panes, faunos, silvanos, tritones, centauros, enanos, jigantes, nigrománticos, ninfas, íncubos, bullbeggan, changelings, Kitt-del-candelero, serpientes de fuego, Ro- bm-good-fellow, Pueblo, Tom Thomb, Hobgoblin, Tom Tumbler, Boneless, Sporn, Ellwain y otros espantajos por el estilo, como que tenemos miedo de la sombra que pintamos. Personas hay que solo temen al diablo en una noche oscura; y en este caso un carnero sin astas parece un animal peligroso que muchas veces tomamos- por el alma de nuestro padre, más si es en un cementerio donde un hombre valiente no se hubiese atrevido á pasar en otro tiempo sin que se le erizasen sus cabellos. Pues, gracias á Dios, esta miserable cobardía que sólo conviene á los Ínfleles, ha desaparecido en parte y sin duda se descubrirán á poco los restos de tamañas Ilusiones sin. que se hable más de ello [\[32\]](#)

Carácter de las hadas inglesas.—Otro hechicésta mejor que yo podría explicar las antiguas supersticiones que nos presenta Reginald Scott en el pasaje anterior como artículo de la antigua fé inglesa. Podría yo decir en verdad que el Phuka es una superstición celta, el origen de la palabra pook ó pueble, y conjeturar que el hombre en la encina puede identificarse con Erl-Konig de los alemanes, y que los Ellwains eran unos como espíritus errantes de un campeón llamado Elleguin, de que habla el romance de Ricardo sin miedo- Empero no pocos anticuarios no sabrán qué decir sobre Spoor, Kitt del candelera, Boneless y otros muchos. Sin embargo, éste catálogo sirve para manifestar los progresos que han hecho los ingleses en dos siglos, como que han olvidado hasta el nombre de los objetos que habian sido manantiales de terror para sus abuelos del siglo de Isabel.

Antes de concluir con la superstición de las hadas en Inglaterra, podemos notar que era de un carácter más amable y alegre, ménos adusto y nigromántico que la de Escocia. Las diversiones de las hadas del sur eran ligeras y festivas; su resentimiento sólo las inducía, cuando más, á pellizcar y rasguñar los objetos de su odio; el gusto particular que tenían por el aseo recompensaban á las buenas caseras colocando algún dinero en su zapato'; éralas insufrible cualquier acto de grosería ó negligencia que ofendiera su delicadeza, y no alcanzo cómo podian ser vasallas ó aliadas de los espíritus infernales, como puede creerse con razón de sus hermanas del norte de la Gran Bretaña [\[33\]](#) No puede olvidarse la historia comunmente referida á los niños por sus nodrizas, según la que, después de la muerte de una mujer casera muy aseada y hacendosa, las hadas se pusieron de mal talante al ver cómo el marido de la difunta había tomado en su lugar una mujer de muy distinto carácter, que en vez del pan más blanco y el azafate de la crema más fina que su anterior huésped preparaba cuidadosamente para servir las refrescos, les ofrecía pan negro y arenques. Irritadas de tamaña conducta, las hadas arrebataron á la mujer de su cama y la tiraron por la escalera, repitiéndola al propio tiempo para reconvenirla por su falta de hospitalidad:

« ¡ Pan negro y arenques ! ya lo sentirán tus costillas. »

Pero todos los efectos de su resentimiento vinieron á reducirse á este acto de travestida malicia.

Un sér que formaba parte constante de la córte de las hadas inglesas era el célebre Puck ó Robin-good-fellow, que las hacia de buten,— personaje que én aquel tiempo estaba siempre en la casa de un sujeto de categoría, — ó para usar una comparación más moderna, que semejaba al paleta de la pantomima. Extraviar á un aldeano que se volvía á casa; trasformarse en taburete, tales eran las morisquetas que jugaban. Si se dignase hacer alguna obra por la (antilia dormida, — en lo que semejaba al espíritu doméstico escoces apellidado Browuie, — el egoísta Puck estaba lejos de darse al trabajo con el mismo desinterés que el duende del norte, que si llegaban á presentarse víveres ó un vestido para su uso, abandonaba descontento la casa. Muy al contrario, Robin-good-fellow quería alimento y reposo, según nos dice Millón en su poema del Alegre, entre las supersticiones místicas de que nos da razón; y es de notar que representa todas estas consejas de badas, referidas al amor de la lumbre, como de un género más alégre que serio; prueba evidente de que las supersticiones del sur de la Gran Bretaña son más agradables que las del norte, cuyas historias por la mayor parte son más terribles y á veces repugnantes.

La tradición era ya anticuada en tiempo de aquel autor, — El pobre Robin que Shakspeaft nos representa como dependiente del rey Oberon, con ser de un humor tan cáustico y jovial, se ha echado en olvido desde los tiempos de la reina Bess. Hemos visto, ya en un pasaje de Reginaldo Scott cómo se desacreditara ya mucho la creencia en las hadas: el que sigue, tomado del mismo autor, asegura más de positivo que estaba pasado ya el buen tiempo de Robin.

«¿Sabéis, quizas, y sea dicho de paso, que Robin-good-fellow y Hobgoblin eran para el pueblo objetos de creencia y terror, tanto como pueden serte hoy dia las brujas y las magas' Tiempo vendrá que se reirán de las brujas como ilusiones y travesuras de Robin-

good-fellow, de quien tantas historias se han contado, que son tan creíbles como los casos de hechicería, ya que á tes traductores de la Biblia no se les ha antojado dar á los malos espíritus el nombre de Robin-good-fellow, bien como han llamado adivinas y decidoras de

la buena ventura á las envenenadoras y las mujeres culpables de impostura [\[34\]](#) Reginaldo Scott dice casi lo mismo al lector en su prefacio: — « Seria no emplear bien el tiempo y el fruto de mis tareas sí os suplicara formalmente, lectores parciales míos, que os desprendieseis de toda parcialidad, tomaseis mis escritos en buena parte y leyeseis mi libro con ojos sin prevención, porque seria lo mismo que decir á nuestros padres de cien años atrás, que Robin-good-fellow, este grande y antiguo Bull-Beggar, fué tan sólo un traficante en imposturas y no un demonio. Ello es que Robin-good-fellow no inspira ya mucho terror, y se ha corrido ya bastante el velo que cobijaba al papismo, mas que se crea todavía algún tanto en los encantos de las brujas y los amaños de los nigrománticos.» — Este pasaje puede probar ostensiblemente, que la creencia en Robin-good-fellow y en sus amigas las señoras hadas habia degenerado mucho, en tanto que la de la hechicería se mantenía firme contra los argumentos y la controversia, y sobrevivía á la primera para derramar aún mucha más sangre.

Es tan grande el interés que ofrece á la imaginación este objeto de la creencia popular, que envidiamos á fé la credulidad de aquellos que á la pálida luz de la luna de una noche de verano, en Inglaterra, en medio de la espesura de una selva profunda, ó en la verde alfombra de un valle romancesco, pensaban acaso ver cómo las hadas estaban describiendo su círculo al compás de sus alegres danzas. Es inútil, sin embargo, anhelar por ilusiones que, con ser tan atractivas, deben desaparecer ante el progreso de los conocimientos como la sombra á la salida del sol. Estas supersticiones han tocado ya su fin más agradable y útil, como que se han conservado en las poesías de Millón, de Shakspeare y otros escritores poco ó nada inferiores á estos grandes hombres. Nada decimos de Spencer, porque en su | Reina de las Hadas, el título del poema es lo único

que tiene que ver con la superstición popular, pero del modo como le emplea no significa más que una utopía ó un país desconocido.

La tradición de las brujas seguía todavía, pero fué impugnada por diversos autores después de la reforma, como Wier, Naudé, Scott y otros. — Con la creencia vulgar en las hadas vinieron abajo muchas supersticiones secundarias en Inglaterra; pero la creencia en las brujas se conservó. No es maravilla, puesto que estaba muy arraigada en el ánimo de la ínfima plebe, ya por la fácil solución que ofrecía de muchas cosas que de otro modo hubiera sido muy difícil explicar, ya por respeto á la Escritura Santa, donde se usa mucho la palabra hechicera, que muchos creían aludir á la misma especie de brujas contra quien pronunciara la pena de muerte la legislación moderna de muchas naciones europeas. Estas dos circunstancias suministraban á los numerosos creyentes en la hechicería argumentos tomados de la teología y de la jurisprudencia, considerados irresistibles. Podían decir al teólogo: « ¿No creéis en brujas? » « Pues la Escritura prueba su existencia, » Y al jurisconsulto: « ¿Queréis negar la existencia de un crimen reconocido por nuestro propio Código y el de casi todos los pueblos civilizados, atestiguado por leyes á tenor de las cuales se han declarado culpables centenares y áun miles de individuos que, en gran parte, han reconocido el crimen de que eran acusados y la justificada un castigo? ¡Extraño exceplismo, por cierto, el despreciar las pruebas tomadas de la Escritura, de la legislación humana y de las mismas declaraciones de los acusados ! »

No embargados con capciosas razones, los siglos XVI y XVII fueron épocas en que el renacimiento de las letras, la invención de la imprenta, las atrevidas investigaciones de los reformadores sobre objetos considerados antes como muy sacrosantos para tomados en consideración por otros que no fuesen individuos del clero, dieron margen áun sistema de duda y de indagación: ya no se respetaban las autoridades como no fuesen apoyadas por los argumentos; juzgábanse privadamente ciertos puntos que ocuparan las bulas de los papas y los decretos de los concilios, en una palabra, el espíritu del siglo no estaba muy dispuesto á tolerar el error por venerable

que fuese, ó á apoyar la impostura, mas que estuviese vinculada en el trascurso del tiempo y en el convencimiento general. Aparecieron en diferentes países sabios escritores que negaron la existencia de aquel crimen imaginario, rehabilitaron el crédito de muchos hombres grandes que pasaban plaza de magos, en virtud de sus conocimientos superiores á los de su siglo, y pusieron coto á la horrible superstición que inmolaba seres ancianos, ignorantes é indefensos, y que tan sólo podía compararse á la que en un tiempo hacia pasar víctimas á través de las llamas de Moloch.

La intervención de aquellos filósofos que contrastaron las preocupaciones de la ignorancia y de la superstición con el saber y la experiencia, y que obrando así vieron mal interpretadas sus intenciones y degeneraron acaso en objetos de malevolencia, porque tomaban partido por la causa de la verdad y de la humanidad, les merece alguna distinción en una obra sobre la hechicería. Los que perseguían las ciencias exactas en sus más recónditos arcanos, debían por precisión ser los primeros en descubrir que los fenómenos más señalados de la naturaleza están arreglados por ciertas leyes fijas y no pueden atribuirse con fundamento á un poder sobrenatural que la superstición toma por una razón suficiente de cuanto no alcanzan los reducidos límites de sus alcances. Cada paso que se da en el conocimiento de la naturaleza, indica que el Criador quiere gobernar el mundo por las leyes á que lo ha sometido, y que en nuestro tiempo no se interrumpen ni suspenden.

El sabio Wier ó Wieros, fué un sugeto que hizo muchas investigaciones en las ciencias físicas. Había estudiado bajo el célebre Cornelio I Agripa, á quien acusaran muchas veces de hechicería Pablo Jove y otros autores, y que por una parte fué perseguido por los inquisidores de la Iglesia, que tachaban á aquel hombre célebre de materialista, acusación por cierto poco de acuerdo con la de la hechicería, que consiste en corresponder con las almas. Después de haberse graduado de doctor en medicina, Wier fué médico del duque de Clever, en cuya córte ejerció esta facultad por espacio de treinta años, con mucho crédito y bien merecida fama. Este sabio, despreciando la calumnia, fué uno de los

primeros que impugnaron la creencia popular y que combatieron con argumentos serios y con el ridículo la credulidad vulgar relativa á brujos y brujas.

Gabriel Naudé, ó Naudens, fué un sabio y buen literato. Pasó toda su vida reuniendo libros, y fué bibliotecario de muchas personas de categoría, entre las cuales no debe pasarse en silencio Cristina, reina de Suecia. Por otra parte, era un eclesiástico beneficiado, de conducta irreprochable y de vida tan parca, que el licor más fuerte que bebía era el agua. No pudo, sin embargo, sustraerse á las calumnias que era el arma empleada comunmente por los contemporáneos obcecados por sus preocupaciones contra los hombres tan fáciles de difamar cuanto difíciles de ser redargüidos. Escribió una obra interesante, titulada: Apología de los grandes hombres acusados de magia, y litigando una causa mostró mucho despejo, mucho talento y un celo que no perdonó siempre las supersticiones de la misma Roma, Los contemporáneos le acusaron de heregía y de escepticismo, cuando sólo podía echársele en rostro un entusiasmo temerario por hacer valer sus argumentos.

Entre los que securaron la vista con sus remedios, sin hablar del doctor Harsnet y otros muchos que no tanto escribieran sobre la cuestión general como sobre casos imparciales de hechicería, no debe pasarse en silencio Reginaldo Scott. Webster nos asegura que era un sugeto instruido, piadoso y de buena familia. » Parece haber sido celoso protestante, y una gran parte de su obra, lo mismo que la de Harsnet, tiende á acusar al papismo de los enjuagues que con el auxilio de la impostura acreditaron las ideas populares sobre la hechicería, la posesión del demonio y otras quimeras sobrenaturales. También escribió sobre la cuestión general con bastante fuerza y talento, atendido que su objeto no era susceptible de ser reducido bajo una forma regular, y podía por su naturaleza seducir particularmente á un hombre dotado del talento de las digresiones. Parece haber estudiado los juegos de manos para probar hasta qué punto es factible lo al parecer inexplicable, sin la intervención de ningún auxilio sobrenatural, áun en las ocasiones en que no es posible convencer al vulgo de que no se ha consultado al diablo.

Scott tuvo también relaciones con alguno de los célebres decidores de la buena ventura ó ílómatas de su tiempo; así introduce uno en su obra, que confesaba la vanidad de la ciencia que él mismo había profesado.

La hechicería defendida por Bodin, Retni, etc.— Levantóse en pro de la creencia popular un gran número de abogados, entre los cuales se cuentan Bodin y algunos otros que no dejaban de tener sus conocimientos y recursos. Impugnaron á los incrédulos alegando que negaban la existencia de un crimen contra el que había pronunciado la ley la pena capital. Como ya sesabía que aquella ley dimanaba del mismo Jaime, que era el monarca reinante en la época en que se ventilaba esta cuestión con el mayor entusiasmo, los autores ingleses

que defendían la tesis contraria tenían que atrincherarse al abrigo de un subterfugio para no sostener un argumento repugnante al gusto de los potentados y capaz de comprometer la seguridad de los que lo usaban. Con cierto grado de sofisma decían que no dudaban de la posible existencia de las hechiceras; pero que sólo hacían objeciones sobre su naturaleza: en una palabra, y según la jerga escolástica, que la cuestión relativa á las brujas era no de existencia, sino de modo existendi.

Por medio de tan sutil argumento, los que atacaban la creencia popular tuvieron que admitir que la hechicería había existido y podía existir: sosteniendo tan sólo que era como una hechicería consistente, no sabían en qué, pero si que era alguna cosa muy distinta de lo que los legisladores, los jueces y los jurados habían considerado hasta entonces el estatuto como destinado á reprimir.

Injurias que reciprocamente se dirigen.—Entretanto la disputa fué tomando creces, y las parles deliberantes comenzaron á injuriarse á trochemoche. Bodin, francés lleno de vivacidad y de un carácter irritable, explicó el entusiasmo de Wier por poner á cubierto del castigo toda la raza de los brujos diciendo que él mismo lo era, discípulo de Gornelio Agripa, y que por consiguiente era muy natural que deseara salvar la vida de los que habían formado la misma liga

con Satanás. Así es que este partido dió á sus antagonistas los nombres ofensivos de protectores y ahogados de las brujas, como si fuese imposible seguir el parecer de Mandé, Wier, Scott, etc., sin proteger al diablo y las brujas contra el resto del linaje humano.

En vista de tan graves acusaciones, los filósofos no tuvieron más paciencia y redargüeron á sus adversarios llamando á Bodin, Delirio, y cuantos empleaban los mismos argumentos, abogados de las brujas, atendido que afirmar y sostener la existencia de aquel crimen parecía aumentar el número de las brujas y engrosar el catálogo de las ejecuciones. Por espacio de cierto tiempo la balanza de los argumentos se inclinó en favor de los partidarios de la hechicería, y podemos exponer brevemente las causas que dieron á sus dictámenes más influencia sobre la opinión pública que á los de sus adversarios.

Antes es preciso observar que Wier, no sé á punto lijo por qué razón sino es para hacer gala de sus vastos conocimientos cabalísticos, habia hecho entrar en su obra contra la hechicería toda la estenografía de Trilemo cuyo original copiara en la biblioteca de Cor. relío Agripa, muy sospechosa, tanto por razón del sitio en que fué encontrada, como por el largo catálogo de demonios que contenia, con los encantos propios para evocarlos y avasallarlos á los mortales. También creyó Bodin que ofrecía una prueba de que el mismo Wier era brujo, aunque no uno de los más sabios, como que ponía á la disposición de cualquiera que comprase su libro todos los secretos que constituían el fondo de su comercio.

Imperfección de las ciencias físicas en aquella época, y ascendiente del misticismo en aquella parte de los conocimientos humanos. — Es también de notar que, según el estado de las ciencias naturales en la época en que VanHelmont, Paracelso y otros comenzaron á descubrir sus arcanos, era una región muy oscura, tenebrosa y mal definida que no permitía á los que en ella trabajaban dar una razón exacta y precisa de sus descubrimientos, como los progresos de la experiencia, del análisis y del raciocinio han puesto á sus sucesores en estado de hacerlo ventajosamente.

La magia natural, término empicado para designar aquellos fenómenos que pueden producirse por el conocimiento de las propiedades de la materia, entrañaba tantas cosas inciertas y al parecer mal combinadas, que la química no se consideraba sino como un arte místico, y se creía que los resultados que al presente se saben ser la consecuencia natural de las leyes de la materia, no podían ser seguidos en sus diversas combinaciones, siquiera por los mismos que conocían sus efectos. En una palabra, las ciencias naturales estaban plagadas de muchas opiniones extravagantes ó inexactas, y en general de un carácter místico. Si se observaba que el gladiolo y el helécho no crecían jamas el uno cerca del otro, se atribuía á alguna antipatía entre las dos plantas; y así pasó mucho tiempo ántes de resolverse que el gladiolo sólo puede medrar en un terreno aguanoso, al paso que el helécho prefiere una tierra seca y profunda. Háse depositado una confianza completa en los atributos de la vara divinadora, y se ha creído que con el tiempo llegaría á descubrirse la piedra filosofal, manifestando lo fundado de estas esperanzas por medio de la electricidad, del magnetismo y de otros fenómenos notables y mal comprendidos. Hasta que se ha dado con el origen de todos estos fenómenos, les han atribuido ó causas imaginarias, y muchas veces místicas, por la misma razón que en los desiertos de un país. tan sólo en parte conocido, y según el poeta satírico, los geógrafos

«Ponen elefantes á falta de ciudades.»

Esta sustitución de ideas místicas á raciocinios vinculados en la experiencia durante los siglos décimo sexto y décimo sétimo, deja un tinte sombrío y equívoco á los diversos ramos de la filosofía natural. Escribiendo "para descubrir una hechicería supuesta, el sabio doctor Webster admite como una cadena de hechos indisputables, algunas opiniones que nuestro siglo podría calificar de ridiculas. Así, « el modo de curar por medio del arma que ha herido; los polvos simpáticos y la curación de varias enfermedades trasmitiéndolas á otros ó por medio de amuletos. » Y acusa al siglo de atribuir al diablo todas estas maravillas incontestables. Siguióse de aquí que mientras los que combatían la teoría ordinaria hubieran podido

descargar golpes mortales contra la hipótesis de la hechicería con el auxilio del sentido común, se veían atascados con los artículos de creencia filosófica, que exigían de parte de los hombres casi tanta credulidad como la que demandaban los sectarios de la hechicería contra cuya doctrina protestaban. Este error tuvo un efecto muy funesto, como que degradaba la parte de las ciencias en que tenía lugar y protegía la mentira en sus demás ramos. Los campeones que en el palenque de su propia ciencia tenían que admitir muchas cosas místicas é inexplicables, los que creían, como Bacon, que las verrugas podían curarse por medio de la simpatía, los que se imaginaban, como Mapier, que con el auxilio de las matemáticas podían descubrirse los tesoros ocultos, los que aplicaban remedios, al arma que había herido en vez de cicatrizar la herida, -y que descubrían los asesinos como las fuentes de agua viva por medio de la varilla divinatoria, no podían emplear un argumento vinculado en lo imposible ó increíble para refutar la opinión de los que creían en brujas.

Tales eran los obstáculos originados de la vanidad de los filósofos y de la imperfección de su ciencia, que suspendieron la fuerza de su llamamiento á la razón y al sentido común, contra la condena á muerte cruel de unos seres miserables por crímenes que la naturaleza de las cosas hacía imposibles en los tiempos modernos. No podemos dudar que se han visto muy apurados en el curso de esta contestación, que filé sostenida contra ellos con mucha malicia y agrura; pero el buen grano que habían sembrado se conservó en tierra sin corromperse, para dar frutos en cuanto se trocasen las circunstancias. En la carta siguiente expondré las causas que contribuyeron á remover estos obstáculos, además del progreso general de los conocimientos y de la perfección de la filosofía experimental.

---

[27] Así se llamaban los frailes de las ordenes mendicantes que sólo tenían derecho de mendigar en ciertos distritos.

[28] Cuento de la mujer do Bath.

[29] Poemas ds Corbelt, publicados por Octavio Gilcblrist, pág. 213.

[30] Poemas de Corbett, pág. 191.

[31] Un ejemplo harto común es el de una persona á quien se aparece un espectro cuya figura no acierta á ver. SI so pone el vestido al reves, obtendrá una vista completa de lo que desea ver, y verá probablemente su fetch su wraith,, es decir, su forro.

[32] Descubrimiento de la Hechicería, por Reginaldo Scott, lib. VII, cap. 15.

[33] doctor Jacteon, en su Tratado sobre la infidelidad, abraza la opinión más severa. —«las hadas, según íá diferencia de los sucesos que les atribuyen, se dividen en buenas y malas, aunque todas son inspiradas por el espíritu maligno, que tanto quiere hacerse temer ó amar como un dios por el mal ó el bien que suponen estar en su poder. » Pág. 178.

[34] Descubrimiento de la Hechicería, por Reginaldo Scott, lib. VII, cap. 2.

## CAPÍTULO VII

### PERSECUCIONES CONTRA LAS BRUJAS Y LOS HECHICEROS

Las leyes penales son mal vistas cuando se ejecutan con rigor. — Las leyes penales, semejantes i las que en la edad media se promulgaron contra la hechicería, pueden recibirse al principio con el convencimiento y con la aprobación general; pero no dejan de ofender al ménos la parte más sensata del público y hacérsele odiosas, cuando los castigos son frecuentes é impuestos sin compasión. No se exceptúan las leyes contra la alta traición. Todo gobierno que piense hará muy bien en abreviar este triste reinado de terror, que acaso debe seguir necesariamente al descubrimiento de una conspiración ó á la represión de una revuelta, y sea por humanidad, sea por política, no debe aguardar que el pueblo le grite, como Mecenas á Augusto: i Surge tándems carnifex !

Es muy de notar que en diferentes países y épocas ha cundido un miedo epidémico á las brujas, que ha hecho correr arroyos de sangre inocente, porque el miedo es siempre cruel y crédulo, aunque siempre se ha tenido horror al derrame de esta sangre, y por una reacción natural al entendimiento humano se ha anhelado por coartar ó abrogar tales leyes, fuente inagotable de carnicería, porque la posteridad no quisiese ni pudiese perpetrar los mismos crímenes.

Comisariás especiales ad inquirendum encargadas de perseguir alas brujas. — Para probar la verdad de este aserto, tenderemos una mirada rápida sobre los países extranjeros, ántes de hablar de Inglaterra y sus colonias. En las naciones católicas del continente adoptaron sin dificultad aquella parte de la ley civil de que hemos hablado ya, que denuncia los brujos y brujas como rebeldes á Dios, y sediciosos en la república; mas como les consideran al propio tiempo como culpables á los ojos de la Iglesia y el Estado, formáronse comisiones especiales encargadas de purgar el país de los brujos y de los que estaban en relaciones con espíritus familiares ó que se hallaban desterrados del seno de la Iglesia, lo mismo que los herejes que predicaban ó prohijaban una doctrina falsa. Estos inquisidores recibieron facultades especiales para recorrer las provincias de Alemania, Francia é Italia, donde cundieron varios rumores alarmantes sobre los brujos y la brujería. Pagados de la misión que les encargaran, aquellos comisarios creyeron deber redoblar sus esfuerzos, porque la sutileza de sus interrogatorios y la crueldad de los tormentos con que afligían á los sospechosos, les arrancase la verdad. Por este medio yermaban la provincia donde ejercían su jurisdicción, como que todos los habitantes tenían buen cuidado en aventarse. No sería posible imaginarse hasta qué punto llegó tamaña decepción, si algunos de los inquisidoras no hubiesen historiado ellos mismos sus proezas judiciales, si el mismo puño que firmaba la sentencia no hubiese aseverado su ejecución.

Corto número de persecuciones en hechicería en los primeros siglos de la Iglesia romana y en la edad media. —En los primeros siglos de la Iglesia de Roma se hace mención de la hechicería y se pronuncia la pena capital contra los acusados de haberla usado para dar la muerte á sus semejantes, ó haber ensayado por medio de profecías falsas, so protesto de consultar el mundo espiritual, introducir innovaciones en el Estado; pero parece que á fines del siglo XVI, y cuando el sistema papal habia tocado su más alto punto de poder y corrupción, hubo disposiciones generales contraía brujería misma, considerada como una liga con el enemigo del linaje humano, una rebeldia contra Dios y un crimen sui generis. En lo

antiguo, el clero procuraba más bien prolongar la ciega veneración del pueblo confeccionando milagros falsos, que vejar á los demas y darse el cuidado de hacer indagaciones secretas sobre delitos dudosos y místicos, á que seguramente no daban mucho crédito el alto clero y los miembros anas instruidos de aquella orden. Si se descubría alguna fuente de ligua mineral, respetada á virtud de las curaciones que había hecho, un roble corpulento ó una montaña venerada, cuya situación pintoresca la hacia blanco de un respeto de tradición, la política de los padres de la Iglesia romana repugnaba á abandonar unos sitios tan propios á impresionar los ánimos ó representarlos como puntos de reunión exclusivo de brujas ó espíritus malos. Al contrario, con atribuir las virtudes curativas de la fuente y la belleza del árbol á la protección tutelar de algún santo, adquirían en algún modo para la de\_ densa de su propia doctrina una propaganda que arrancaban al enemigo y que era al ménos inútil dismantelar, cuando podia ponerse en él una buena guarnición para defenderle. De este modo la Iglesia se aseguró la posesión de muchos lugares de conocida fama, bien como WhiteGeld privó al diablo del monopolio de todas las canciones bonitas.

Presentarse algunos casos. —Ladoncella de Orleans.—.Verdad es que esta política no fué seguida con uniformidad. La historia de la célebre Juana de Arco, llamada la doncella de Orleans, conserva la memoria de una costumbre semejante de que se aprovechó en aquella sazón para perder á la desgraciada joven que la observara.

Es ya sabido que aquella mujer infortunada cayó en poder de los ingleses después de haber reanimado el valor de los franceses por el valor y entusiasmo de que dió pruebas en muchas ocasiones importantes, é inspirarles la esperanza de poder libertar á su país. El populacho la miró en Inglaterra como una bruja, en Francia como una heroína inspirada, en tanto que las gentes instruidas de ambos países no la consideraban como una ni como otra, sino como un instrumento del célebre Dunois. El duque de Belford, en cuyas manos la hizo caer su mala suerte, la quitó la vida para contaminar su memoria con el recuerdo en hechicería y hacerle perder la fama que se granjeara en Francia. Este vil recurso no tuvo otro éxito que

el que merecía, aunque Juana fué condenada por el Parlamento de Burdeos y por la Universidad de París. El acta de acusación la imputaba el haber frecuentado un añoso roble, bajo cuyas ramas habia una fuente, y que llamaban el roble del destino, ó de las hadas de Bourlemon. Acusábanla de haber ido allá durante las horas del servicio divino, bailando, trincando y haciendo diferentes gestos al derredor del árbol y de la fuente, colgando de las ramas coronas y guirnaldas de flores de miento preparadas, sin duda para reanimar los honores idolátricos que en lo antiguo tributaban en el mismo sitio al jinius lois. La espada encantada y la bandera bendita que presentara como prendas de su misión celeste fueron descritas en aquella acusación hostil como instrumentos preparados por los demonios y las hadas para ponerla en estado de obtener sus triunfos. Fuerza es decirlo: la muerte- de aquella joven entusiasta, magnánima, inocente y acaso amable, no fué un sacrificio al temor supersticioso de la hechicería, fué un ejemplo cruel de infame poílíca promovida por la emulación y el resentimiento nacional.

La duquesa de Gloucester. —A la propia causa debemos atribuir el proceso que tuvo lugar casi en la misma época, de la duquesa de Gloucester, esposa del buen duque Humphrey, acusada de haber consultado algunas brujas sobre el modo de causar la muerte al sobrino de su marido, Enrique 11. La duquesa fué condenada á hacer penitencia y fué desterrada luego á la isla de Mant, al paso que muchos de sus cómplices fueron ejecutados ó murieron en una cárcel.

Acusación dirigida por Ricardo III contra los parientes de la reina viuda—Sin embargo, la hechicería fué entonces la causa ostensible de un procedimiento nacido del odio profundo que existia entre el duque de Gloucester y el cardenal de Aufort, su hermano carnal. Ricardo III se valió del mismo preteslo cuando acusó de bruja a la rema viuda, Jane Shore, y á sus parientes, y lo mismo contra Norton, arzobispo de Cantorbery, y contra otros allegados del conde de Rismont. En uno y otro caso se intentó la acusación porque era fácil de hacer y difícil de eludir.

Las persecuciones contra los brujos se hacen más comunes á fines, del siglo XIV.—Entretanto, como la acusación de hechicería suministraba á la tiranía ó á la política un medio fácil de atacar personas incapaces de perpetrar ningún crimen, inspiraba un terror que crecía por grados, se propagaba á luengas tierras y degeneraba en contagioso. En 1399, la Universidad de París estableció reglas para la persecución judicial de las brujas, y demuestra su sentimiento de que este crimen se hubiese hecho mis común que en ninguno de los siglos anteriores. Iliciéronse las pesquisas mas severas y se impusieron frecuentes castigos para atajar los progresos de aquella practica impía, pero no hicieron más que aumentar el mal. En efecto, bási notado que las enfermedades morales se hacen más comunes a medida que el público para su atención en sus historias.

De ordinario se junta á ellas la acusación de herejía. — En el mismo siglo se levantaron varios cismas que alarmaron á la Iglesia de Roma. El espíritu universal de examen tomó en varios países una dirección diferente, y originó un descontento excéptico contra los dogmas de la Iglesia. Estas ideas se infiltraron más fácilmente en el ánimo délas clases inferiores, en virtud de la corrupción de las costumbres del clero, que en gran parle vivía en la comodidad y en la opulencia, olvidando los principios de moral, que son la mejor recomendación de una doctrina religiosa. En casi todas las naciones de Europa se hallaban sectas ocultas en las ciudades populosas ó en los sitios apartados del campo, que estaban principalmente de acuerdo en su animosidad contra la supremacía de Roma, y en su deseo de sacudir su yugo. Los Vaudenses y los Albijenses formaban dos partidos muy numerosos en el sur de Francia. El clero romano comenzó á confundir la herejía con la hechicería, que, según él, se practicaba más generalmente en las comarcas donde más pululaban los protestantes. Al lio acusaron sin escrúpulo'de hechicería á los que abandonaban la bandera de la fé católica, que éste decían ser el efecto natural de la herejía. El jesuíta Delnio alega muchas razones de la afinidad que pretende existen entre el protestante y el brujo; acusa- ai primero de sectario de Wier, y á los otros de defensores del

demonio, que así llama á los que atacan sus propias ideas sobre la hechicería.

Razones dadas por MonstraM de las persecuciones contra los vaudenses, so pretexto de brujería. — En Monstralet se lee un pasaje muy notable, que manifiesta el objeto á que propendían los católicos, confundiendo la doctrina de la herejía y la práctica de la hechicería, y demuestra el modo como una junta de protestantes pacíficos podía identificarse con un sábado de brujas y demonios.

En aquel año (1459), dice Monstralet, levantose en la ciudad de Arras, condado de Artois, una opinión llamada no sé por que la religión de Vaudoisie. Esta secta se componía de diferentes persona de ambos sexos que, a la sombra e la noche en la dudad de Arras, condado de Artors, una opinión llamada no sé por qué la religión de Vaudoise. Esta secta se componía de personas de ambos sexos que, á la sombra de la noche y por el poder del diablo, se reunían en algun sitio solitario en medio de bosques y desiertos donde el diablo se les aparecía en forma humana, si es que su semblante estuvo visible alguna vez, leia a la asamblea sus decretos explicaba el modo cómo debían obedecerle, distribuía un poco de dinero y de víveres y se concluía la función con una orgía general. En seguida cada cual era trasportado á su domicilio.

Muchas personas respetables respetables de la ciudad de Arras, continúa

Monstraler, fuereon reducidas á prisión, lo mismo que algunas mujeres y hombres de poca importancia. Tan horribles fueron los tormentos á que les sujetaron, que algunos admitieron la verdad en las acusaciones contra ellos dirigidas, diciendo además, que en asambleas nocturnas habian visto y reconocido á muchas personas de elevada alcurnia, prelados, señores, bailes y gobernadores de ciudades, cuyos nombres les sugerían los mismos que les interrogaban. Muchos de los denunciados se vieron reducidos â prisión y sujetos también a tan horribles tormentos, que no pudieron ménos de confesar todo lo de que les acusaban. Los individuos de la ínfima plebe fueron ejecutados y condenados á llamas; pero los mas

ricos y mas poderosos de los acusados rescataban su vida á fuerza de dinero para huir el castigo y la muerte á lo consiguiente. Muchos de los que semejantes confesiones hicieron, estaban animados por la promesa de sus jueces de salvarles la vida y la fortuna. En verdad, hubo algunos que sobrellevaron con una paciencia y una constancia maravillosa todos los tormentos, sin confesar nada de lo que les imputaban; pero tambien es verdad que tuvieron que pagar gruesas sumas á los jueces, quienes condenaron a un presidio á los que se hallaban en estado de ser trasportados. Monstralet concluye esta relación chocante diciendo que todas aquellas acusaciones eran una pura estratagemas de hombres depravados y ambiciosos para quitar la vida, el honor y la fortuna á las personas opulentas.

El mismo Delnio confiesa que Francisco Boudoin da cuenta de lo que llamaban el castigo, pero que era verdaderamente la persecución de aquellos vaudense, en términos semejantes á los de Monstralet, que indican ostensiblemente sus sospechas, y añade el Parlamento de París declaro la sentencia ilegal, y los jueces mismos, por decreto de 20 de mayo de 1491.

Alegato de Florimond sobre el aumento del número de las brujas en su tiempo. —El jesuita Delnio cita este pasaje, mas no cree mucho en la verdad de la acusación. « Los boudenses, dice, e que son una ramificación los albigenses, jamas estuvieron exentos de los excesos más miserables de la hechicería.» Por último, aunque viene en que la conducta de los jueces ha sido muy odiosa,, no puede decidirse á tomar partido en favor de las partes acusadas por «nos hombres tan interesados en hallarlas culpables. En esta ocasión la obra de Florimond sobre el Antecristo. La introducción de esta obra es muy digna de ser citada, como que describe la situación a que estaba reducido el país, y hace una impresión diametralmente opuesta á la que deseaba á buen seguro el autor.

«Cuantos nos han trasmitido algunas señales de la próxima aparición del Antecristo, convienen en que el acrecentamiento de la magia, de la hechicería debe marcar la época fatal de su llegada, los criminales en nuestras audiencias están manchados por gentes

acusadas de este crimen. El número de los jueces no es bastante para instruir sus procesos. No pasa un día sin que nuestros tribunales sean ensangrentados por las sentencias que pronunciamos y sin que nos volvamos á casa amedrentados por las horribles confesiones, que hemos debido escuchar. El diablo, sin embargo, pasa plaza de ser tan buen amo, que por grande que sea el número de sus escavos con denados á las llamas, renace siempre de sus cenizas no numero suficiente para ocupar los puestos vacantes.»

Bula del papa. Inocencio VIII.-Este último cuadro está de acuerdo con lo que nos dice la historia de las multiplicadas persecuciones que acarrió la horrible acusación de hechicera Inocencio VIII expidió una bula contra este crimen formidable, pintándole con los colores más negros, estimulando al propio tiempo á los quisidores á cumplir enérgicamente con su deber, y hacer que cubriesen los culpables y los castigasen. « Hemos sabido, dice la bula, que un gran número de personas de ambos sexos no temen entrar en relaciones con los demonios infernales, y por sus conjuros irrogran perjuicios á los hombres y á los animales' lecho nupcial causan la muerte de los niños y agostan los trigos las des, los frutos, las yerbas y las dehesas. Por tanto, los inquisidores se vieron armados del poder apostólico y encargado de encarcelar, condenar y castigar.»

Diversas persecuciones en el extranjero, en virtud de aquella y severa.- Los resultados de aquella bula fueron espantosos en todo el continente, y sobre todo en Italia, en Alemania y en Francia. En 1485 Cumanus hizo quemar como brujas, en un solo año, cuarenta y un pobres mujeres en el condado de Burlier. En los años subsiguientes continuó sus persecuciones con un celo tan infatigable, que muchas personas abandonaron el país.

Lide Alfiat, que por aquel tiempo era inquisidor, encarcelo un centenar de brujos en el Piamonte, y continué sus persecuciones hasta el punto de apurar la paciencia de sus habitantes. Sublevóse el pueblo, arrojóle del país y confirió la jurisdicción al arzobispo. Este prelado consultó al mismo, Alfiat, que acababa de obtener el grado

de doctor en derecho civil. Fue acusado un gran número de desgraciadas que, según el doctor en derecho, tenían mas necesidad de eléboro que castigo. Algunas fueron acusadas de haber insultado el crucifijo y renunciado su salvación; otras de haber asistido al sábadó del diablo, a pesar de las barras de hierro y de los cerrojos, y muchas de haberse reunido para bailar en torno del árbol, que era el punto de reunión de brujas. Los maridos y parientes de algunas juraron, que durante el tiempo de aquellas pretendidas excursiones estaban dormidas en su cama. Alfiat recomendó medidas de dulzura y de moderación, y los espíritus comenzaron á tranquilizarse en el país.

En 1488, todo el país situado á cuatro leguas de Constanca, fue devastador por huracanes y borrascas. Dos mujeres tuvieron que confesar de grado ó por fuerza que habían causado aquella devastación, y por consiguiente, fueron condenadas á muerte y ejecutadas.

En 1515 fueron ejecutadas en Ginebra quinientas personas, bajo la denominación de brujos protestantes; que puede suponerse que un gran número de ellos fueron condenados por razón de herejía Cuenta Hutchison, fundado en la autoridad de Mengho autor del Malleus maleficarum, que en cuatro años fueron quemadas en Rabensburg cuarenta y ocho brujas. El sabio inquisidor Beorí se jacta de haber hecho ejecutar en Lorena novecientas personas en el espacio de quince años. Muchas fueron desterradas de este país, y hubo ciudades enteras á punto de ser despobladas del todo. En 1524 fueron ejecutadas en Como, en Italia, mil personas, y por espacio de muchos años consecutivos un centenar cada uno.

Persecuciones en el Labourt por el inquisidor de Lancre y su mlega. — A principios del siglo siguiente la persecución contraías brujas estalló en Francia con un furor apenas concebible, como que en medio de aquel pueblo vivo y ligero fué quemado un número inmenso de individuos. Puede formarse una idea de las prevenciones de sus jueces por lo que dice uno de sus mismos inquisidores, Pedro de Lancre, consejero en el Parlamento de Burdeos, y encargado con

el presidente Espaignel de investigar ciertos actos de hechicería que pretendían haberse cometido en el Labourt y sus cercanías, al pié de los Pirineos, en mayo de 1619. Algunos extractos de su prefacio podrán manifestar el espíritu con que desempeñó su misión

Su historia toma la forma de una relación de una guerra declarada entre Satanás por una parte, y por otra los comisarios del rey, « porque, dice el consejero de Lancre, muy pagado al parecer de sí mismo, nada es más propio para atemorizar al diablo y á su imperio, que una comisión revestida de tan amplias facultades. »

Primeramente Satanás procuró infundir á sus vasallos fuerzas suficientes para sostener los interrogatorios; de forma que, si aquellos infortunados se desmayaban en el tormento, declaraban que aque estado de profundo estupor « tenía un no sé qué de delicioso, como que estaba embellecido por la presencia inmediate del diablo, » aunque según todas las probabilidades, tomaba su astucia de una comparación muy natural entre la insensibilidad del deliquio y la agonía de los tormentos más horribles. Los jueces procuraron con antelación que el diablo no se apoderase de ellos, negando en general á sus victimas todo intervalo de reposo y de sueño. Para arrastrar directamente á los jueces, Satanás concibió la idea de cerrar la boca á los acusados ocasionando en su garganta una especie de obstrucción visible. Sin embargo, para sustraerse al diablo, y á pesar de todos sus esfuerzos, algunos acusados pudieron hacer sus confesiones y dejar que les ahorcaran ó les quemaran. El chasco que se llevó el diablo en esta ocasión le desacreditó mucho. Antes de la llegada de los comisarios formidables, reunió su consejo pleno á las puertas de Burdeos y en fop azadel palacio de Galiano; pero después so vio públicamente insultado por sus propios vasallos y en sus propias diversiones del « abado. Los hijos y los parientes de las brujas ejecutadas ya no teman reparo en decirle: « ¡Fuera! nos habíais prometido que nuestras madres no morirían, y sólo son ya un monlon de cenizas. » Paia apaciguar esta insurrección se valió Satanás de dos subterfugios: Hizo aparecer fuegos imaginarios é indujo á los revoltosos á atravesarlos, asegurando que las hogueras

de los jueces estaban tan frías como las llamas que veían. Valióse además de otras mentiras; aseguró que sus madres, aunque al parecer quemadas, se hallaban en seguridad en un país extranjero, y que si sus hijos querían llamarlas, no tardarían en recibir respuesta. Evocáronlas por ende, y Satanás respondió á cada uno con una voz semejante á la de su madre, casi con el mismo éxito que pudiese desear M. Alejandro.

Para atacarle más de cerca, la víspera de uno de los sábados del diablo, los comisarios hicieron levantar el cadalso donde hacían de ordinario morir á sus víctimas, precisamente en el mismo sitio donde se acostumbraba á colocar el sillón dorado de Satanás. Picóse sobremanera el diablo, mas pudo tan poco en aquella sazón, que sólo llegó á mostrar su resentimiento amenazando con la horca á JIM. d'Amon'y D'Urtumbbe, caballeros que solicitaron nombrar la comisión, y quemar á los comisarios mismos en su propia hoguera. Fuerza es confesar que Satanás no se halló en estado de ejecutar tan laudables resoluciones. Por espacio de tres ó cuatro sesiones se abstuvo de asistir al sábado, y se hizo representar por un diablo subalterno que no poseía la confianza de nadie. Cuando hubo recobrado aliento para presentarse á su parlamento, Satanás explicó su ausencia asegurando que se había ocupado en un proceso contra Dios, que al fin logró ganar, bien que con muchos gastos, y que se habían adjudicado ciento veinte niños en pago de costas y de intereses, por lo que encargó á las brujas que le suministraran estas víctimas. En pos de tan señalada imposta, se contentó con impedir á los confesores que se aliebran á los acusados, lo cual era tanto más fácil cuanto que muy pocos poseían la lengua vasca. Los límites que me he fijado no me permiten circunstanciar el modo ingenioso con que el docto consejero de Lancre explica cómo el distrito de Labourt estuvo expuesto a hallarse infestado de brujas. La principal razón parece que consiste en ser un país montañoso, estéril y fronterizo, donde todos los hombres se ocupan en la pesca y las mujeres en fumar.

Antojósele al monarca cristianísimo conceder las facultades más amplias que pudiesen ejercerse sobre aquellas pobres gentes a un

hombre tan apocado, cuanto lleno de presunción y vanidad, que ha compuesto un vulúmen en cuarto, atestado de los absurdos mas groseros v de las obscenidades más supinas. El sacerdote concitaba las sospechas de aquella comisión feroz, y escribe de Lancre con tono de satisfacción que aquel mismo dia fueron presos cuarenta acusados. El juicio del lector puede calcular fácilmente las circunstancias que militaban á favor de los acusados, cuando sus jueces estaban obcecados por las prevenciones, y necesitaban de un intérprete para entender las disposiciones que contra ellos y su defensa constaban

Es de notar otra circunstancia que prueba el completo olvido de las reglas más ordinarias de la justicia. En lo que los jueces llamaban confesiones de los acusados, éstos se contradecían a cada paso, haciendo la descripción del sábado á que pretendían haber asistido, como del demonio que lo presidia. Todos hablaban de una especie de trono dorado; pero los unos vieron sentado en él un deforme chivo, los otros un hombre contrahecho y desfigurado por contorsiones, y otros sin duda de mejor gusto, una masa enorme ó mdistmia, semejante á uno de los mutilados troncos que se hallan en las selvas centenarias. Pero de Lancre no era « Daniel en la sala de justicia,» y la contradicción entre los testigos, que salvó la vida de Susana, no- hizo impresión ninguna en favor de los brujos del Labourt.

Sicantropia- - En la obra de Lancre se encuentran ejemplos de juicio v de condena de personas acusadas del crimen de sicantropia, superstición que estaba muy en boga en Francia, pero que era conocida igualmente en otros países, y que es objeto de una gran cuestión entre Wier, Naudé y Scott por una parte, y por otra sus adversarios de hechicería. Según los primeros, un hombre obtenía por medio de la brujería el poder de trasformarse en lobo, en cuyo caso, sobrecogido de una especie de furor, arremetía los rebaños y mataba más carneros de los que [odia devorar. Los más incrédulos no podían admitir una verdadera metamórfosis verificada con ó sin el auxilio de la piel encantada de un lobo, que en ciertos casos podia cooperar á la trasformacion, y sostenían que la sícantropia era una

especie de fatal enfermedad, una situación de espíritu melancólico á que se juntaban accesos de locura, durante los cuales el enfermo se imaginaba haber cometido los estragos de que era acusado. Uno de estos hombres, todavía joven, fué juzgado en Besanzon: declaró que era el picador del señor de la selva, que se pensó ser el diablo. Por el poder del amo se habia trasformado en lobo y tomaba el carácter de este animal, acompañado en sus escursiones por un lobo mayor, que suponía ser el señor de la selva misma. Aquellos lobos devastaban los ganados y devoraban los perros que les defendían. Si el uno no veía al otro, comenzaba á aullar al modo de los lobos para invitar á su camarada á participar de su presa: mas si no llegaba á esta señal, el primero devoraba la pieza del mejor modo que podia.

Tal fué la persecución general que tuvo lugar bajo las órdenes de MM. Espaignel y de Lancre. Muchas escenas semejantes ocurrieron en Francia, hasta que el edicto de Luis XIV abolió las persecuciones relativas á hechicería, y desde entonces no se habló más de este crimen.

Brujas de España, de Suecia, particularmente las que fueron detenidas en Molerá.— Eu tanto que el espíritu de superstición ejercía en Francia tamaños horrores, es de creer que no hacia ménos estragos en las demas comarcas de Europa. En España, sobre todo, residencia de los moros, pueblo que tenia mucha confianza en todos los ensueños de la hechicería, los genios buenos y malos, los conjuros y los talismanes, el carácter fogoso y devoto de los cristianos viejos, dispúsolas más severas investigaciones contra los brujos, ni más ni ménos que contra los herejes, los judíos y los mahometanos relapsos. En lo antiguo, cuando la España estaba dividida en reinos moros, suponen que existía en el Toboso una cátedra pública de magia, que probablemente lo era de química, de álgebra y de otras ciencias cuyo objeto desconocían el ignorante y el hombre del pueblo, y que suponían vinculadas con la nigromancia, ó al ménos con la magia natural. Naturalmente, cumplía á la inquisición el cuidado de purificar tales estudios, y sus trabajos no hicieron correr ménos sangre, á virtud de las acusaciones de

hechicería y de magia que por razón de las de herejía y de apostasía.

Hasta las comarcas más frías de Europa experimentaron el mismo terror epidémico de la hechicería. La Suecia, país del buen sentido y la razón, nos ofrece de ello un ejemplo á mediados del siglo último. Esta relación, traducida en inglés por un eclesiástico respetable, el doctor Forneck, excitó una sorpresa general; no parecía creible que todo un pueblo se dejase alucinar hasta el punto de verter tanta sangre y perpetrar tantos crímenes por razón de algunas mentiras absurdas de unos cuantos muchachos impostores, que en aquel caso fueron actores y testigos.

La triste verdad de que « el corazón humano es engañoso y corrompido hasta el último punto, a no puede manifestarse mejor que por el sentimiento imperfecto que experimentan los hijos déla santidad de la verdad moral. Los hombres bien nacidos y la masa del pueblo, á medida que avanzan en edad, aprenden áliuir y despreciar la mentira; los primeros, por orgullo y por razón de un sentimiento íntimo, resto de los tiempos de la caballería, que les enseña que la reputación de embustero seria una mancha indeleble para su honor; los segundos, por algunas reflexiones generales sobro la necesidad de conservarse una reputación de integridad durante el curso de su vida y por alcanzar la verdad del adagio que dice « que la hombría de bien es la mejor política. » Pero este modo de pensar es hábito contraído. Los niños no tienen un amor natural á la verdad, tal como lo han reconocido por experiencia los que tienen las más ligeras relaciones con la primera juventud. Si les acusan de una falla cuando empiezan á hablar, las primeras palabras que tartamudean son una mentira para excusarse. Aún más: el placer de darse importancia y el deseo de huir una mancha desagradable siempre podrán más que el sentimiento de la verdad. Los rateros tienen por esto más facilidad para instruir á sus hijos en sus operaciones misteriosas á una edad sobradamente precoz: así se ven jóvenes que burlan las indagaciones de Injusticia con tanta destreza como tunantes de edad más avanzada.

Cuando ha lomado parte en un mismo crimen cierto número de ellos; hay un no sé qué semejante á la virtud en la lealtad con que guardan su secreto. Muchas veces en los procesos contra las brujas se interrogó á varios niños á la edad en que puede ser valedero su testimonio, y no deja de ser terrible el ver cuántas veces aquellos pequeños impostores han hecho perder la vida á criaturas humanas por medio desús artificios y de su perseverancia. Seria empero difícil descubrir un solo caso, que sostenido exclusivamente por deposiciones de niños, sino son las confesiones arrancadas por el tormento, y existente tan sólo en la imaginación de aquellos jóvenes testigos, se haya visto seguido de consecuencias tan serias y <sup>dad0</sup> margen á una ilusión tan grande y tan fatal como lo que sucedió en Suecia.

La escena ocurrió en la aldea sueca de Mohra, en la provincia de Elíland, distrito que probablemente ha tomado su nombre de algún resto de superstición antigua. La ilusión llegó al más alto punto antes de saberla el gobierno que, según la costumbre general, envió algunos comisarios reales. Eran éstos unos sugetos muy propios para desempeñar las funciones de que estaban encargados, como que tenían muy absortos los oídos para escuchar los hechos increíbles que debían relatarles, y asaz empedernido el corazón para no compadecerse de los acusados, Las quejas del populacho, apoyadas por las de algunas personas de más alta categoría, consistían en que cierto número de personas que pasaban plaza de brujos y brujas, habían alistado muchos centenares de niños de todos sexos y condiciones bajo las banderas del diablo. Por tanto, pedían que se castigara aquellos agentes del infierno, recordando á los jueces que la provincia estaba libre de la presencia de las brujas desde que se habían quemado algunas en una ocasión precedente. El número de los acusados era muy considerable; arrestáronse setenta brujos y brujas en la aldea de Mohra; veinte y tres confesaron su crimen y fueron remitidos á Fahma, donde la mayor parte fueron ejecutados. Asimismo fueron condenados quince niños. Treinta y seis de los acusados, que eran todavía mozos, fueron condenados á correr el guantelete, que así llaman á aquel castigo, y

ser azotados á la puerta de la iglesia una vez cada semana durante un año. Veinte de los más jóvenes fueron sometidos á la misma disciplina, pero tan sólo por espacio de tres dias..

Escucharon la historia extraordinaria que sostuvieron los niños con intrepidez, y en esto parece haber consistido la instrucción del proceso. Los niños, en número de trescientos, se mostraron más ó ménos hábiles en referir un cuento tan lleno de absurdos ostensibles, cusí pudiese hacerlo la nodriza más patrañera al amor de la lumbre. Las deposiciones fueron las siguientes:

Las brujas enseñaban á los niños á dirigirse á una encrucijada, y evocar al diablo con ciertas ceremonias bajo el nombre de Antecesor, rogándole que los trasportase á Blockula, que acaso significaría el Broquemborg en la selva de Harta, montaña muy famosa como reunión de brujas. El diablo acudía á la voz de los niños bajo diferentes formas, pero principalmente bajo el exterior de un danzante, vestido gris, medias encarnadas y azules, barba roja, sombrero alto rodeado de lino de diferentes colores, y ligas de una longitud particular. Montaba cada niño en una cabalgadura y los frotaba con cierto unguento compuesto de raeduras de altares y limaduras de relojes de iglesia. En sus deposiciones se encuentra otra contradicción que en cualquier otro tribunal hubiera sido inválida. Casi todos los niños creían haber hecho un viaje realmente y con su verdadero cuerpo, pero algunos suponían que sólo su alma viajaba con el diablo y que su cuerpo se quedaba muy atras. Un corto número adoptaba esta última hipótesis, aunque los padres declararon unánimemente que los cuerpos de sus hijos estaban en sus camas y no podían sacarles de su profundo sueño mas que les sacudieron para despertarlos. Las madres y las nodrizas creían tanto en la realidad de sus viajes, que un eclesiástico sensato que habia resuelto velar á su hijo toda la noche, y ver qué brujo ó qué demonio iría á arrancarle de sus brazos, tuvo mucha dificultad para persuadir á su mujer que el niño no fué trasportado á Blockula durante la noche que con él habia dormido.

El docto traductor confiesa francamente que entre un número tan considerable de reos que fueron condenados y ejecutados, se han encontrado algunos castigados injustamente, y cuya muerte debe más bien achacarse á la mala fé de sus enemigos que á su saber relativo á la magia negra. «¿ no puedo negar, añade, que cuando cundió en todo el reino la noticia de aquellos acontecimientos, y cuando se supo que los niños caían en accesos extraños y lomaban posturas extraordinarias, algunas personas crédulas y miedosas estuvieron por creer que les habian embrujado ó que se hallaban á punto de ser arrebatados por los demonios. » Aquí se detiene de repente el sabio traductor, y ensarta una retahila de racionios, que á continuarlo hubiesen privado al mundo de su traducción. A ser posible que algunas de aquellas infortunadas hubiesen sido víctima de la mala fé de sus vecinos ó de las preocupaciones de los testigos, no es más creible que la condena de todos los acusados tuvo lugar en virtud de causas semejantes, que admitir como verdadera la más ligera parte de los hechos imposibles y absurdos que podian jusliGcar aquella condena.

El Blockula, que era el término de su viaje, era una casa con una puerta muy bonita, pintada de diversos colores, con un verjel donde los niños apacentaban los animales que les condujeran á aquel teatro de orgías. Si en este servicio se empleaban séres humanos, les dejaban dormir cabe á la pared de la casa. El palacio del diablo se componía de un espacioso corredor y muchos salones. El banquete era muy frugal, como que se reducía á coles, pan, mauteca, leche y queso. En Blockula se cometían los mismos actos de disolución y de obscenidad que suponían ocurrir en el sábado; pero habia la particularidad de que las brujas tenian del diablo hijos é hijas, que se ca - sabaii entre sí siendo el producto de su unión sapos y culebras.

Hechas estas deposiciones en presencia de las brujas, comenzaron á negarla verdad; algunas echaron á llorar á lágrima viva y confesaron los horrores de que eran acusadas, y dijeron que la práctica de llevarse á los niños era reciente; prueba de que los rumores en cuestión no oran muy antiguos. Aquellas infelices

desesperadas corroboraron cuanto habian dicho los niños, añadiendo otras circunstancias extravagantes, como el modo de poner el lomo de una cabra por medio de una espita. No será desacertado decir que el diablo pretendió una vez estar muerto, lo que dio margen á grandes lamentaciones en Blockula; pero no tardó en resucitar.

Aquellas brujas habian hecho algunas tentativas para dañar á sus semejantes, pero con poco éxito. Una vieja quiso meter un clavo que la diera el diablo en la cabeza del ministro de Elíland; pero el cráneo del reverendo era tan fuerte, que todo vino á reducirse á un dolorcito de cabeza. Todas las instancias fueron vanas para dar á los comisarios una parte de su ciencia; todos se excusaron diciendo que su brujería las habia abandonado y que el diablo se contentara con divertirlas ofreciéndolas la visión de mi abismo de fuego de donde salía una mano.

El número total de las que perdieron la vida en aquella ocasión singular, fue de ochenta y cuatro personas, incluso quince niños. Con este diluvio desangre se apagó una llama que tan de golpe levantada quemó con tanto furor, y desapareció tan rápidamente como las más insignes maravillas de esta naturaleza que ofrecen los anales de la superstición. Los comisarios volvieron al tribunal con la aprobación de todas las partes interesadas, y se dispusieron rogativas semanales en todas las iglesias para que el cielo coartase el poder del diablo y librase de sus garras á las pobres criaturas que basta entonces le estuvieran sujetas, lo mismo que los niños inocentes arrebatados por centenares á la vez.

Si pudiésemos tener la verdadera explicación de esta historia, veríamos á buen seguro que el primer inventor de esta fábula fué algún niño diestro y maligno que quiso excusarse con sus padres por haberse levantado una hora más tarde, alegando que habia estado en Blockula la noche anterior, y que el deseo de distinguirse concitara á los más osados é ingeniosos de sus compañeros á fraguar la misma mentira; al paso que los más pobres de espíritu hicieron otro tanto por temor de ser maltratados ó á fuerza de soñar durante la noche con los horrores que oyeran contar durante el dia.

Los que se hacían el franco en sus confesiones recibían alabanzas en sus obsequios, pero los que negaban ó permanecían silenciosos eran considerados como impenitentes, y podían estar seguros de tener que sobrellevar la mayor parte del castigo con que eran amenazados todos. Es asimismo conducente observar que los niños más diestros llevaron sus deposiciones á una nueva perfección, añadiendo algunos rasgos al cuadro general que trazaron de Blockula. « Algunos niños hablaron mucho de un ángel blanco que acostumbraba prohibirles lo que el diablo les mandaba, y les decía que todo aquello no podía durar mucho. Añadieron que aquel sér benéfico se colocaba á veces á la puerta entre las brujas y los niños, y cuando llegaban á Blockula apartaba á los niños pero dejaba entrar á las brujas.»

Esta declaración adicional habla de sí misma y prueba que toda esta historia es una pura ficción circunscrita en la imaginación de los niños. El lector puede consultar la relación de lo ocurrido en el reino de Suecia en 1669 y en 1670, traducida en inglés por el doctor Hornesk y añadida al *Saddusismus triumphatus* de Glanville. El traductor cita el testimonio del barón Sparr, embajador de la córte de Suecia en la de Inglaterra en 1672, y el del barón Liomberg, enviado extraordinario de la misma nación, los cuales atestiguaron entrambos las confesiones de las brujas y su ejecución. El mismo rey de Suecia respondió á las expresas preguntas del duque de Holstein con marcada reserva. « Sus jueces y comisarios, dice, hicieron quemar y ejecutar algunos hombres, mujeres y niños en virtud de pruebas evidentes; pero faltaba saber si los hechos confesados y probados eran reales ó efecto de una imaginación viva. » Esta razón debía ser suficiente para que la intervención de la autoridad real difiriese el castigo.

Fuerza es que volvamos la vista á la Gran Bretaña, donde tenemos conocimientos más vastos que podrán interesar mucho la materia que nos ocupa.

## CAPÍTULO VIII

### EJECUCIONES Y CASTIGOS IMPUESTOS Á LAS BRUJAS

Los efectos de la superstición sobre la hechicería tienen su causa en las leyes de un reino. — La razón que vamos á dar de la hechicería en Inglaterra depende naturalmente, como en cualquier otro país, de los ejemplos que suministra la historiada las leyes de las persecuciones contra la brujería. Levantáronse otras supersticiones que acabaron por desacreditarse en las provincias en que fueron recibidas, sin ocasionar inconveniente ninguno, sino es que los niños y los cobardes salían más raras veces por la noche cuando corrían noticias particulares de hadas y de espíritus. Cuando cunde la alarma de la hechicería, la superstición pone la mano en la sangre de los acusados y recoge en los anales de la jurisprudencia la historia de sus procesos y las causas alegadas para justificar su ejecución. Cuando se trata de otras ejecuciones imaginarias, la prueba es por precisión positiva y dudosa, como que está vinculada en rumores vagos y en tradiciones ridiculas Pero en los casos de hechicería, tenemos á la vista las pruebas escritas á tenor de las cuales han obrado los jueces y los jurados, y podemos formarnos una idea harto exacta de los motivos reales ó imaginarios que indujeron á condenar ó libertar á los acusados, Así tenemos las mayores probabilidades para obtener una exacta noticia de nuestra

materia a! hablar de esta parte de la hechicería y de las circunstancias accesorias.

La hechicería castigada de ordinario en Inglaterra como un crimen vinculado con la política. — No tiene duda ninguna que en Inglaterra, lo mismo que en los países del continente, se creía en la existencia de la hechicería, cuyo crimen era castigado en su origen. Después del siglo XIV, las prácticas á que se da este nombre fueron consideradas como indignas de una animadversión particular, como no estuviesen vinculadas con algún crimen digno de la pena capital. El pacto que se suponía entre una bruja y un demonio se consideraba acaso bastante espantoso por sí mismo para impedir que este crimen se hiciese ordinario, y por consiguiente los estatutos no les señalaban pena alguna. Pero dañar ó intentar- siquiera por medio de las espíritus malos, en una palabra, por la magia negra, era un crimen que podia perseguirse en virtud de la ley común, lo mismo que si el acusado se hubiese servido con el mismo objeto de una saeta ó de una pistola. La destrucción ó el robo de bienes muebles por los mismos medios, suponiendo probada la acusación, eran igualmente punibles. Consultar adivinos, espíritus familiares, etc., procurarse y facilitar la circulación de profecías falsas para desorganizar el Estado y atentar á los derechos del rey, es « forliorí un crimen mucho más grave. Puede notarse que una cuestión entablada sobre el término de la vida del rey loca de muy cerca el deseo y el proyecto de atentar á la vida del soberano, y en esto consiste la creencia del crimen de alta traición.

La hechicería no es considerada como un crimen capital si no se Junta la tentativa de asesinato, —En los tribunales de Inglaterra tuvieron lugar muchos procesos sobre acusaciones semejantes que pronunciaron varias sentencias, sin duda justas, cuando estaba probada claramente la relación entre la hechicería y el designio de perpetrar un crimen. En verdad Sebden en sus Discursos de Mesa, dice que si en el fondo de su corazón crea un hombre que puede causar la muerte á otro sacudiendo tres veces su sombrero y gritando i Buzz ! y que si en esta idea sacude su sombrero y grita i

Buzz ! debe ser castigado como asesino; por nuestra parte no estamos dispuestos á ir tan lejos como una autoridad tan encumbrada. Pero una profecía falsa sobre la muerte del rey no debe ser tratada enteramente conforme á los principios ordinarios, porque la propagación de un vaticinio semejante, por frivola que sea, y en los tiempos de que hablamos, tiende mucho á facilitar su cumplimiento.

Proceso de algunas personas de distinguidas por razón de hechicería, junto con varios crímenes de Estado.- Muchas personas, y algunas asaz distinguidas, fueron castigadas con la pena de muerte, por haber consultado á las brujas sobre los medios de dañar á los que ejercían a autoridad. Hemos citado ya el ejemplo de la duquesa de Gloucester bajo el reinado Enrique VI, y el de los parientes de la reina viuda bajo el protectorado de Enrique IV, y el de los parientes de la reina viuda bajo el protectorado de Ricardo, luego Ricardo III. En 1521 fue decapitado el duque de Buckingham por haber escuchado en gran parte de predicciones de cierto hermano Hopking. Bajo el mismo reinado la hija de Kent, que pasaba la plaza de profetisa, fue condenada á muerte como culpable de impostura. Sufrióla con siete personas que imaginan sus convulsiones para sostener la religión católica, y confeso su fraude en el cadalso. Siete años despues lord Humperfort fue decapitado por haber consultado á ciertos adivinos sobre el termino de la vida de Enrique VIII. Pero todos estos ejemplos dicen más relación con el objeto para que se empleaba la hechicería, que al hecho de haberse valido de ella.

Estatutos de Enrique VIII. - En 1541 se promulgaron los estatutos muy notables, el uno contra las profecías falsas, el otro contra los conjuros, la magia y la hechicería, y al propio tiempo los que distribuyesen cruces. La primera ley propendía á hacer más sumisa la suspicacia y el miedo fantástico del extravagante rey Enrique. La segunda contra la hechicería pudo acaso ser dictada por la inquietud del monarca relativamente á la sucesión del trono, y la disposición que prohibia destruir las cruces fue seguramente para poner coto á los estragos de los reformadores que en Inglaterra, lo mismo que en

otras partes, deseaban emplear la escoba de la destrucción para expulsar el papismo. Este último estatuto fue abrogado el primer año del reinado de Eduardo VI, tal vez por imponer sobrada violencia celo de los buenos protestantes contra la idolatría.

Modo de considerar la hechicería en el siglo XVI por las tres principales sectas religiosas: 1.º los católicos; 2.º los calvinistas; 3.º los luteranos y la iglesia anglicana.- En 1562 se promulgó una ley formal contra la hechicería calificándola de crimen; mas como solo pronuncia la pena de la picota para la primera falla, es probable que la legislativa consideraba más bien como impostores que como brujos á los que podían ser acusados en virtud de aquella ley. Ejemplos hay de individuos jungados y condenados como impostores y que han reconocido la verdad de esta acusación á presencia de los jaeces y del auditorio Pero en sus instrucciones, los prelados recomendaban que se hiciesen pesquisas contra los que hiciesen uso de conjuros, de magia, de hechicería ó de cualquier otra ciencia semejante inventada por el diablo.

No era desacertado examinar la influencia de las contiendas religiosas que en aquella sazón ocupaban á toda Europa sobre los procedimientos de las sectas rivales en orden á la hechicería.

La Iglesia papal habia reinado mucho tiempo por el tono absoluto con que conservara cada doctrina que habian prohijado sus jefes en los siglos de ignorancia; pero esta obstinación hizo su cindadela sobrado dilatada para defendida por una guarnición cuya prudencia debía inducirla á abandonar posiciones conquistadas en tiempos de tinieblas y poco conducentes para las iglesias de un siglo más ilustrado. La sagrada máxima del Vaticano era: *vesligia nullarelorum*, lo que le hacia imposible ceder á los consejos de hombres más sabios y más moderados de su propio partido, que sin esto hubiesen anhelado por hacer concesiones liberales y prevenir por este medio en su origen un cisma formidable en el mundo cristiano.

Los calvinistas formaron la oposición más decidida al sistema de la Iglesia romana, afectando observar un orden de sistema eclesiás-

tico y una forma de culto diametralmente opuestos á todos sus cánones. En una palabra, creyeron que para ser buen protestante, era casi indispensable oponerse en todo á los dogmas y á las formas, de los católicos. Como aquella secta habia nacido en Estados republicanos, la disciplina de su clero estaba vinculada en una base democrática, y las comarcas que prohicieron aquella forma de gobierno eran la mayor parte pobres; de ahí es que los ministros, perdida la dignidad y la opulencia de que gozaba la Iglesia romana, quedaron poco á poco á cargo del pueblo. Insensiblemente se abandonaron a las ideas naturales, á las clases inferiores, y adoptaron sus principios que, si tienen el mérito de ser concebidos con lealtad y expresados con osadía, son prohicados con credulidad y precipitación y seguidos con un rigor y una severidad inexorable.

Los sacerdotes de la iglesia anglicana redoblaron sus esfuerzos para mantenerse entre los dos extremos. Conservaron una parte ritual de la Iglesia romana y de sus formas, como objeto de sobrada veneración para el pueblo, pero variadas por espíritu de oposición. Sus rentas, comparativamente intactas, la unión de un sistema religioso, con el gobierno civil, y una perspectiva de ambición tan vasta como permitirlo debe la situación de un eclesiástico, les pusieron á cubierto de la necesidad de ir en pos de su rebaño, si no es cumpliendo regularmente con sus deberes. Las excelentes medidas tomadas para su educación les procuraron conocimientos suficientes para confundir la ignorancia y disipar las preocupaciones.

Tal era el carácter general de las tres Iglesias; su creencia en la magia y en la hechicería y las persecuciones que contra estos crímenes dirigieron, fueron necesariamente modificadas según los dogmas particulares que profesaba cada secta, y acarrearón resultados diferentes en los diversos países en que cada una de ellas dominaba.

A la época de que gozaba de un poder incontrastable, la Iglesia de Roma no eslava nada dispuesta á llamar en su auxilio el brazo secular en contra de la hechicería, crimen cuyo conocimiento cumplía especialmente al clero y que según su creencia, sólo podía

ser reprimido por el brazo espiritual. Los hombres instruidos que se hallaban al frente de aquella Iglesia, podían considerar imposible la tentativa de practicar aquellas artes ocultas ó resistirse á promulgar leyes que podían perjudicarles á sí mismos en el estudio de las matemáticas, de la álgebra, de la química y de otras ciencias que e vulgo consideraba como inherentes ala magia. Otros sacerdotes mas egoístas podían creer conducente dejar de subsistir una creencia general en las brujas como una fuente de poder y de riquezas, como que sm las posesiones del demonio, se daba al traste con los salarios para los exorcismos; en una palabra, que una fé saludable en todos los absurdos déla creencia vulgar en orden á las influencias sobrenaturales era necesaria para montar la diadema de Efeso. Toleraron que se confeccionases encantos, porque cada humano tenía el poder de destruirlos; permitieron que se destilase el veneno, porque cada convento poseía contra él un antídoto que se distribuía á cualquiera. Cuando los progresos universales de la herejía, el papa Inocencio VIII expidió una bula, ya citada, que mandaba encarcelar, juzgar y condenar á los brujos, principalmente porque pretendía cargar sobre los valdenses todo el odio de aquel crimen y promover y dirigir al público resentimiento contra aquella nueva secta confundiendo la doctrina con la influencia de Satanás y de sus espíritus. La bula de Inocencio VIII fué confirmada en 1525 por una nueva bula del papa Adriano VI que excomulgó á todos los brujos y herejes.

Apoyo dado indirectamente á la impostura por algunos sacerdotes católicos y ministros puritanos. —En tanto que Roma se declaraba contra los brujos y las brujas, los calvinistas, entre los cuales debe comprenderse la mayor parte de los puritanos ingleses que, si bien no se habían separado definitivamente de la comunión de la iglesia anglicana, desaprobaban su ritual y sus ceremonias, se constituyeron en oposición á la doctrina de la Iglesia madre, tomando en sentido contrario todo lo que Roma pretendía ser una prueba de su omnímota autoridad. Los calvinistas consideraron con menosprecio y escarnio, ó con repugnancia y horror, las ceremonias, los ritos y los exorcismos por cuyo medio creían los buenos católicos

que podían expelerse los demonios encarnados y los espíritus malos de toda clase, como el agua bendita, las vestiduras sacerdotales y la señal de la cruz, considerándolas como signos de pura charlatanería é impostura, ó como emblemas é instrumentos propios de un sistema de idolatría.

Los que no negaban positivamente el poder sobrenatural que se arrogaban los sacerdotes católicos, consideraban el triunfo obtenido por el sacerdote exorcista como un acto de despedida significado al demonio por el poder de Belcebú, rey de los infiernos. Veían con un profundo resentimiento la afectación que se aplicaba en confundir el rompimiento con las doctrinas de Roma con la propensión á reanimar los ritos de la hechicería. Los calvinistas, generalmente hablando, era la secta que tenía más miedo á las brujas, la que más crédito daba á su existencia, y la que sentía más entusiasmo por imponerles el justo castigo del más horrible de los crímenes.

En cuanto al fondo, los principales teólogos de la iglesia anglicana estaban tan opuestos á las doctrinas de la Iglesia de Roma, como los que rechazaban de todo punto sus opiniones y ceremonias, sólo porque las había adoptado. Sin embargo, su posición social propendía mucho a impedirles que prohijaran la credulidad del vulgo ó la ferocidad fanática de los calvinistas sus rivales. No cumple á nuestro propósito ventilar esta cuestión; bastante hemos dicho para probar en general que el católico romano hubiese tenido á milagro lo que el anglicano á impostura, en tanto que el calvinista, inspirado por un celo más frenético, lo hubiese atribuido á una operación del demonio.

De aquí resultó que, mientras los ministros de la Iglesia anglicana tuvieron la superioridad en el reino, no se vió aquel terror epidémico que exudaba en otros países la sola sospecha de hechicería: por cuyo motivo Reginaldo Scott y otros dijeron que la creencia general en las brujas era motivada por los frívolos pretextos y las vanas formas de la Iglesia romana. Las persecuciones hechas en virtud de acusaciones semejantes no fueron muy seguidas de la pena capital, mientras unos jueces instruidos consideraron detenidamente la

imperfección de las pruebas en que estaban vinculadas. Por otra parte, sucede de ordinario, que en todas las comarcas de la Gran Bretaña en que los calvinistas dominaban, había una persecución general contra los brujos y brujas. Temiendo y odiando la hechicería más que los otros protestantes, identificando sus prácticas y ceremonias con las de la Iglesia católica, desviáronse más que las otras sectas por encontrar los vestigios de este crimen. En una palabra, es evidente que el flujo y reflujo de los progresos de la hechicería en las diferentes sectas está atemperado á un principio á que ha hecho ya alusión el doctor Hutcubison. El número de las brujas y los supuestos pactos con Satanás irá en aumento ó disminución, según se tenga por probable ó imposible un hecho semejante. En la primera suposición irán acreciendo espantosamente las acusaciones y las condenas, pero en cuanto se consideren las acusaciones más indignas de atención, y poco embarazo dará á los jueces.

Estatutos de 1562 y persecuciones á que dió margen —El objeto del estatuto de Isabel contra la hechicería, promulgado en 1562, parece haber consistido en aumentar el número de los procesos, ó al ménos el de las condenas, ello, sin embargo, no produjo ni un efecto ni otro. En 1374 fueron acusados dos niños por haber fingido estar poseídos del demonio, y fueron condenados á la picota como impostores. Mildra Norliguton, llamada la jóven de Westwell, suministra otro ejemplo de posesión, pero también confesó su impostura y manifestó públicamente que aquellos accesos y convulsiones eran una pura farsa. El grande influjo que gozaban ya los puritanos basta para explicar el resultado de ciertos procesos en que los jurados y los jueces del reinado de Isabel desplegaron una severidad inaudita.

Estos casos de posesión eran lazos muy peligrosos para los sacerdotes de la Iglesia romana. Si eran bastante ilustrados para creer que los pretendidos accesos, las contorsiones, los sonidos extraños y otras extravagancias que pasaban plaza de pruebas convócenles de la influencia del demonio sobre el individuo poseído, no eran otra cosa que los efectos de la impostura de algún perdonavidas, muchas veces estaban por admitir su realidad para

hacerse un mérito de su curación. Era aquella una época en que la Iglesia católica tenía necesidad de reunir en su alrededor todo el respeto que podía conservar en un reino cismático y herético, y cuando sus padres y doctores proclamaban la existencia de una enfermedad tan terrible y el poder de las reliquias, las oraciones y las ceremonias de la Iglesia, difícilmente podía un sacerdote prescindir de una tentación tan atractiva como la que le ofrecía un supuesto caso de posesión para desplegar toda la grandeza del privilegio á que le daba derecho su estado. No era tan poca gran maravilla que el sacerdote llegase a veces basta el punto de favorecer el fraude, como que no estaba obligado á degradarse y á exponerse á las sospechas con tener comunicaciones inmediatas in limite con el impostor. Una palabra o dos soltadas en presencia del presunto poseído, podían dar a este las noticias, necesarias sobre el mejor modo de desempeñar su parte, y si el diablo que le poseía era un poco diestro, no necesitaba ma para salir airoso de su empeño. Verdad es que á veces se descubrieron algunos de estos conciertos fraudulentos, y de ahí resulto par la Iglesia romana mayor mengua que honor la hicieron lodos los casos con más destreza dirigidos. Véase sobre este punto la celebre obra del doctor Harsnet sobre las imposturas de los papistas, q contiene la historia de muchos casos notorios en que habían Coma parle varios sacerdotes de la Iglesia romana. El de Sowertud, instada por un sacerdote católico, para que acusase á su abuela de bruja era un fraude muy grosero.

Asunto de Dugdale.- Los eclesiásticos romanos no eran los únicos que observaban esta conducta. Llevamos dicho que, como los extremos se tocan los no conformistas habian adoptado algunas de sus ideas relativas á la hechicería se abogaban el poder de arrojar los demomos por medio de sus súplicas y por la autoridad de su misión sagrada. El caso memorable de Ricardo Dugdale, llamado sobrenombre el impostor de su rey, es mw de ios hayan puesto en juego los no conformistas. Decían que aquel ioven vendiera su alma al diablo con la condición de que le haría el Ljor badarm dd condado de Lancáster; como que durante su estado de posesión hizo un gran número de juegos fantásticos muy parecidos á los de los más hábiles

danzantes de nuestros días. Este joven se echó brazos de los no conformistas, quienes aprovecharon la ocasión de socorrer a un afligido que parecía despreciado por el clero regular ' dar al poseído, y se prescribió á sí mismo algunos días de ayuno y de penitencia. Después de cierto tiempo, los reverendos personajes parecen haber perdido todo el respeto para el demonio, como que se burlaban de él sobre el modo como ejecutaba la promesa que hiciera á su vasallo de enseñarle á bailar.

Los no conformistas eran probablemente sobrado atentos para llevar á efecto la curación completa de Dugdale: así, tras un año de vigiliyas, renunciaron poco a poco a su empresa. Cansado de su enfermedad, Dugdale llamó á un médico regular, y á poco se vio curado de la parte de su indisposición que no estaba afectaba «por orden del médico.» Pero los reverendos personajes que se habían encargado de su curación, arrojaron el honor de haberla conseguido, y si alguna cosa podía determinarles á cantar el Te Deum, era sin duda en aquella ocasión. Dijeron que el efecto de sus oraciones públicas habia estado suspendido algun tiempo, hasta que pudo secundarlas el ardor continuo de sus practicas, privadas de devoción.

Brujas de Evarrois y ejecución de la familia de Samuel.- Los ministros de la iglesia anglicana están muy lejos de hallarse á cubierto del reproche de haber atizado las ideas supersticiosas súbrela hechicería,! ello que su educación, su comerm con el mundo y otras venta as, les hacían ménos susceptibles de preocuparles que las demas sectas. El mismo doctor Hutchison, con alegar que la ig e ^anglicana es la ménos culpable en este punto, ve orzado a ~ que piones contra.os individuos de ella acusados y apoyar co todo su crédito los signos supéranosos, por cuyo me eta e\_ nueblo ponerse á cubierto de los males causados por las brujas y co autores. Citan un caso de tres mujeres, llamadas hs brujas de Warwis: su historia está muy asegurada, como que sir S Leí Cromwell recibió cuarenta libras esterlinas, comoa lord do castillo, súbrelos bienes de los infelices que fueron condenados y creó con ellas una renta de cuarenta sbillings, que debía emplea^ para pagar

un sermón sobre la hechicería, predicado todos los años por un doctor ó bachiller en teología del colegio de la rectoría en Cambridge. Eran los acusados un tal Samuel y su mujer, entambos pobres y viejos, y su hija todavía moza. La hija de un tal M. Throgmorton en un momento en que se hallaba indispuesta, vio a la pobre vieja con un gorro negro de encaje, y se le antojo que esta infeliz la había embrujado: así se echó á gritar contra ella, y los demás de aquella familia lanzaron los mismos gritos; aunque la primogénita concibió un drama muy bonito, del que desempeñó todas las partes.

Estas escenas imaginarias constituyen la diversión traviesos y malignos, y no pocos de mis lectores pueden acordarse de haber tenido alguna Miopía de su invención, pero infantil de Mis Throgmorton tuvo un desenlace horrible. Aquella joven y su hermanas pasaban plaza de ser atormentadas por nueve espíritus enviados al objeto por la mala madre Samuel. Los padres escuchaban una parte del diálogo en las respuestas que daban las hijas á los espíritus que las perseguían, y cuando volvían en cuando en cuando referían cuanto las dijeran espíritus se llamaban Pluck, Hardname, Batch, Bluc y tres Smacks, que eran primos. Mis Juana Throgmorton, la primogénita, que como las demás jóvenes de su edad, — quince años, — tenía los nervios delicados, y cuyas ideas versaban a] parecer sobre el amor y la galantería, suponía que uno de los Smacks era su amante, se batía por ella contra los demás espíritus y la prometía protegerla contra la misma madre Samuel. El extracto curioso que sigue será una prueba de la familiaridad en que estaba la joven con el espíritu, su galán. " ¿De dónde venís, caballero Smack, dice la hermosa afligida, y qué noticias me traéis? » Smack la dice cómo acababa de batirse contra Pluck, con un palo muy fuerte por arma y por palenque una panadería arruinada en el patio de Mma. Samuel. «¿Yquién ha sido el vencedor ? » preguntó la señorita. Respondió Smack que había roto la cabeza de Pluck. « Yo quisiera que os hubiera roto el pescuezo, >> repuso la señorita. — « Vaya, que no esperaba yo semejante recompensa. » — «¿De veras? Yo quisiera que os hubiesen ahorcado á todos en compañía de vuestra dama, porque todos sois unos bribones. » — En esto

desapareció Smack y llegaron Fluek, Bluc y Cache, el primero con la cabeza rota, el segundo cojeando y el tercero con un brazo en cabestrillo, trofeos de la victoria alcanzada por Smack; pero todos desaparecieron después de haber amenazado tomar venganza del vencedor. Aparecióse éste sin embargo con todos sus laureles y habló de sus diferentes combates. « Mucho extraño <jue hayais podido batirlos, dijo Mis Juana ó Jane, porque vosotros sois pequeños y ellos son muy altos. » Contestó que poco le importaba; que él batiría á los dos más fuertes y sus primos Smacks echarían el resto. Á esta escena burlesca, que tal es por cierto su carácter, sucedieron otras bastante trágicas. Mis Throgmorton y sus hermanas se enfurecieron contra Mma. Samuel, y cuando Mis Throgmorton se la hubo llevado á su casa, las jóvenes diablillas quisieron desangrarla, rasguñarla y atormentarla, tal como lo exigía en aquella sazón la creencia de las brujas; pero la pobre mujer se hizo mas sospechosa cuando manifestó el deseo de abandonar una casa en que la maltrataban tanto y era el objeto de tan odiosos recelos.

En vano se esforzó aquella infeliz en morigerar el resentimiento de aquella familia con someterse á todo el maltrato que pudiesen darle, en vano sobrellevó los castigos de lady Cromweli, su propietaria, que llenándola de los epítetos más groseros la quitó el gorro de la cabeza y la arrancó algunos mechones de cabello que entregó á Mis Throgmorton para que los quemase á modo de contra encanto. La deferencia de la madre Samuel dió margen á una nueva acusación. Sucedió que lady Cromweli, de vuelta á su casa, soñó con lo que la habia pasado aquel dia, y especialmente con la vieja y su gato; al cabo de quince meses murió, y colijeron con mucha sagacidad que habia sido victima de la hechicería de la horrible madama Samuel. Mis Throgmorton obligó á la vieja y á su hija á emplear expresiones que pusieron su vida en poder de aquellas muchachas maléficas; pero habían llevado tan lejos su trapacería, que se hallaban abarrancadas en un laberinto de imposturas, del que no podian salir sino por la muerte de aquellas criaturas inocentes. Obligaron á Mina. Samuel á decir al supuesto espíritu: « Como yo soy bruja y he causado la muerte de lady Cromweli, te mando salir de esta

muchacha. » Quedó tranquila la jóven, y esto se consideró como una prueba de que aquella pobre mujer era una bruja. Mengua es por cierto hablar de un juez y de un jurado inglés, cuando es preciso repetir que el testimonio de aquellas jóvenes entusiastas se consideró suficiente para motivar la condena de tres personas inocentes. ¡ Verdad es que Mma. Samuel confesó á fuerza de persecuciones el crimen de que la acusaban; pero su marido y su bija persistieron en protestar de su inocencia. La última mostró mucha elevación de alma y probó el alto concepto en que tenia su reputación. Algunas personas se compadecieron de su juventud y le aconsejaron que se declarase en cinta para obtener al ménos un plazo. « No, les respondió con altivez; no quiero pasar al mismo tiempo por moza de mal vivir y bruja. » Para probar que tenia el entendimiento sano y demostrar el valor real de su confesión, quiso la madre aprovechar el consejo dado á su hijo, y como su edad ponía el hecho fuera de cuestión, el auditorio insensible echó á reir á carcajada tendida. Personas hubo que estuvieron para creer que tenían ó la vista una Joanna Southcok y que el diablo debía de ser el padre del niño. Aquellos infelices fueron condenados, en Huntingdon, por el juez Fenner en 4 de abril de 1Ü95. Este caso singular era muy digno de ser mentado en el sermón anual fundado por Sir Samuel Cromweli, porque jamas el objeto de la justicia ha estado tan pervertido, jamas- ha perpetrado su espada asesinato más cruel.

Juana Wenam; algunos ministros de la iglesia anglicana se empeñan en que sea perseguida. — Podemos mencionar un caso que ha dado lugar á muchas discusiones, tal es el de Jane Wenliam la bruja de Walkerne, que asi la llamaban. Hubo sacerdotes rurales que se dejaron llevar del flujo de la superstición, como que dieron su apoyo á algunas de las ridiculas prácticas de que echaba mano la Ínfima plebe para obtener pruebas de hechicería. El hiten sentido del juez y de otras personas prudentes y reflexibles ahorró al país la mengua que resulta de tantos y tan infames procedimientos de esta naturaleza. Las pruebas aducidas contra aquella pobre mujer fueron las de costumbre. Presentáronse contra ella varias personas que se decían encantadas, como que vomitaban llantas. El acusador de las

brujas empleó contra ella las prácticas ó los encantos de la especie más grosera y ridícula, y por medio del interrogatorio capcioso le arrancaron lo que se llamaba una confesión. En vista de tales pruebas, el jurado la declaró culpable y fué necesariamente condenada á muerte. Más feliz, sin embargo, que otras personas en circunstancias semejantes, Jane Wenham tuvo por juez a un hombre sensato y filósofo, que no pudo concebir que una inglesa, por baja que fuese su extracción, debiese perder la vida en virtud de prácticas y pruebas bárbaras, cuya eficacia dependía de la credulidad popular. Otorgó un sobreseimiento á la bruja ántes de abandonar la ciudad en que se habia convocado el tribunal. El resto de esta historia forma el más vivo contraste con algunas que llevamos referidas y otras que citaremos más adelante. Un hombre filantrópico y magnánimo, el coronel Plummer de Gilslou, arrostrando la calumnia popular, recogió á aquella pobre vieja en una casita cercana á la suya, y la tomó bajo su protección inmediata, donde vivió y murió con una reputación de honradez muy edificante para los que la veian cumplir exactamente con sus deberes religiosos. Apartada de sus vecinos brutales, nunca dió margen á la menor sospecha hasta el día de su muerte. Como este fué uno de los últimos casos de condena por razón de hechicería en Inglaterra, el doctor Hutchison se ha extendido en este punto con alguna fuerza de elocuencia y de raciocinio.

Reconvenciones que les hace Hutchison. — Dirígese en estos términos a algunas personas que habían activado las persecuciones: « 1. ¿Qué acto ée brujería ha cometido esta Jane Wenham? ¿Que encanto ha empleado? ¿Las leyes tienden á castigar las malas acciones que la acusada puede haber cometido? ¿Podéis mencionar contra ella un sólo hecho por el cual haya infringido el estatuto? — 2.º ¿Pregunto si ha proferido una palabra imprudente ó cometido algún acto inmoral? Cuando le negaron algunos nabos, los depuso en tierra con sumisión. — Cuando la llamaron bruja y perra tomo los medios más conducentes para salvar su buena fama. — Cuando vió la tempestad á punto de estallar sobre ella, se encerró en su casa y procuró ponerse á cubierto de vuestra crueldad. — Cuando la

derribarón la puerta y le disteis el trato bárbaro que experimento, protestó de su inocencia, se hincó de rodillas y os suplicó en su inocente sencillez que antes de reducirla, á prisión la sujetarais á la prueba del agua. -Cuando su proceso, se declaró inocente, la! fue su conducta; ¿v quién de nosotros podía obrar mejor al pedir que la sujetarais á la prueba del agua ? 3.º» Cuando habéis echado mano de la más infame de las supersticiones paganas ó papistas, cuando le habéis metido alfileres en las carnes, cuando habéis probado á someterla á la ridícula prueba de la botella, etc., ¿á quién consultabais ? ¿ de quién aguardabais respuesta ? ¿Quién era vuestro padre.' ¿En qué mañosos poníais? Á aplicaros el estatuto, ¿cómo os hubieseis defendido? —4. Á ser rica, ¿tendríais valor para tratarla de esta suerte? ¿Acaso su pobreza misma no agrava el crimen que habéis perpetrado con vuestra conducta?

» Así que, en vez de cerrar vuestro libro con un liberabimus animas nostras y reconvenir al tribunal, pregunto yo en quinto lugar ¿si más bien debíais dar gracias á Dios por haber encontrado un juez prudente, un hombre sensato que os ha impedido derramar sangre inocente y revivir entre nosotros la superstición más cruel ? »

Verdad es que algunos sacerdotes de la iglesia anglicana han incurrido en errores lamentables sobre un punto que daba lugar á un error tan general, mas no era una falta inherente á su carácter. Es constante que las leyes más severas sobre la brujería fueron promulgadas por un rey de Inglaterra escoces, y que la única persecución que siguió á aquel estatuto fué durante las guerras civiles, cuando los calvinistas obtuvieron por algún tiempo un marcado ascendiente en el parlamento de Inglaterra.

Opinión de Jaime I sobre la hechicería. — Su célebre estatuto. — Al suceder á Isabel, Jaime hizo concebir las más lisongeras esperanzas á su nuevo pueblo, que, además de la satisfacción general que experimentaba al verse gobernado de nuevo por un rey, estaba muy pagado de los talentos que le suponía y de sus conocimientos reales en literatura y humanidades. Todos estaban dispuestos á adularle, sometiéndole á su juicio varias cuestiones que

supouian estaban á su alcance. Dejando á un lado el inocente capricho de ponerse á aprendiz de poeta, como que sólo podia dañar al estilo y á la armonía, el monarca Labia compuesto una obra profunda sobre la hechicería, que contenía los errores populares más absurdos y más groseros sobre esta materia. Consideraba su corona y su vida como el blanco habitual de los ataques de los esclavos deles á Satanás. No pocas personas fueron ejecutadas por haber empleado el arte magia para probará envenenarle; el turbulento Estuardo, conde de VothweII, cuyas reiteradas tentativas contra su persona habían sido por mucho tiempo el objeto del terror de Jaime, habia marcado el principio de su rebelión consultando brujas y adivinos. El rey, que pluma en ristre habia demostrado que los pretendidos brujos eran los enemigos directos de la divinidad, que creía saber por experiencia que lo eran también suyos, y que en otras ocasiones no habia titubeado &n poner su autoridad real en la balanza para aumentar el peso de sus argumentos, empleó naturalmente su influencia para acrecer el rigor de las leyes contra un crimen que detestaba y temía y hacerlos poner en ejecución.

La ley inglesa promulgada sobre hechicería en el primer año de aquel reinado, tiene, pues, un carácter muy especial. Describe todas las maneras con que podia perpetrarse el crimen según la imaginación del rey Jaime, y las diversas ceremonias practicadas para llevarlo á efecto: todas fueron declaradas crimen capital, sin privilegio de ciencia.

Canon establecido por la Convocación contra la posesión del demonio. Este estatuto dió á las persecuciones mucha más latitud que bajo las leyes más suaves de Isabel. Entónces podia castigarse la práctica déla hechicería como un crimen en si, sin necesidad de examinar el objeto ulterior del que lo cometía. Es muy notable que durante el mismo ano en que la legislatura adoptó las pasiones y los temores del rey al promulgar aquella ley fatal, la Convocación del clero mostró un espíritu muy diferente. Viendo el ridículo que echaban en su orden unos hombres ardientes y presuntuosos, los miembros de aquella asamblea promulgaron un canon que prohibía á los sacerdotes expeler los demonios sin permiso del obispo, y de

esta suerte desecaron un manantial fecundo de imposturas entro el pueblo, y de vergonzosa locura entre el clero inferior.

Hijos de M. Fairfax. — La ley de Jaime no parece, sin embargo, haber cansado al principio un gran número de persecuciones. Una de las más notables se intentó, — por el pudor, — por un hombre bien nacido, un literato dotado de un gusto clásico y un poeta distinguido, que era no ménos que Eduardo Fairfax de Faiston, en la selva de linares Boroujh, traductor de la Jerusalem libertada del Tasso. Collino ha hecho alusión á su credulidad en este pasaje elegante:

« ¡Cuántas veces, en tanto que murmuraba el versátil ceñirillo, he escuchado el arpa de Fairfax, del admirable poeta que creía sin rebozo las mágicas maravillas que cantaba»

Lo mismo que M. Trohgmorton en el asunto de Warvois, M. Fairfax acusó á seis de sus vecinos de emplear espíritus para atormentar á sus hijos, por medio de convulsiones de un género extraordinario y a parecerseles en su propia forma cuando se hallaban en esta crisis. Admitida esta última circunstancia como una prueba legitima, era dar al acusador una ventaja cruel sobre el acusado, como que no podia refutarse por la mejor coartada. Si el acusado empleaba este minero de defensa, le respondían que el acusador no veía a la bruja misma, por cuanto su presencia corporal en el aposento hubiese estado visible á Lodos, sin exceptuar la persona doliente, y sólo se trataba de la aparición de un espectro ó de una sombra. La aparición de aquellos cuya forma se aparecía á los ojos de la víctima durante los accesos do" que se quejaba, era considerada como un crimen bien probado. La tendencia do esta doctrina cuanto á las pruebas lomadas de las visiones ó de los espectros, consistía en poner la vida y la reputación del acusado i disposición de un enfermo hipocondriaco ó de un impostor maléfico que podia creer ó suponer que veía el aspecio de la vieja ó del viejo acusado, que se aparecía para gozarse en los males del paciente y prolongar su duración. Cosa extraña, la fatal sentencia debia estar vinculada, no en la fidelidad de los ojos del denunciador, sino en la de su imaginación.

Afortunadamente, para la memoria de Fairfax, sucedió que los individuos perseguidos gozaban de muy buena reputación, y el juez era un hombre muy sensato, dirigió á los jurados un discurso tan lógico y elocuente, que declararon inocentes á los acusados.

Las brujas del condado de Lancáster en 1613.- El célebre negocio de las brujas del condado de Lancáster, cuyo nombre ha vivido y vivirá por mucho tiempo, ya en razón de la comedia de Shadweil, ya de la merecida justicia que hace esta historia á la hermosura, que se consideraba como el carácter distintivo de las mujeres de aquella provincia, sucedió poco tiempo después. No se sabe si la primera idea de aquella acusación de hechicería salió de la cabeza destornillada de un mal muchacho: ello es que se propagó rápidamente con la esperanza de sacar algún provecho.

En dos épocas distintas tuvieron lugar aquellos procesos del condado de Lancáster; el uno en 1615, delante de sir James Altham y sir Eduardo Bromley, barones del jaquelado; diez y nueve brujas fueron acusadas á un tiempo en Lancáster y otra llamada Presten en Yorck, La relación contra ellas hecha fué redactada por Tomas Polis, y un corresponsal muy atento me ha procurado esta obra rara y curiosa. El principal personaje de aquel drama es Isabel Soulham, bruja muy temida bajo el nombre de Dembdibke, de quien habla M. Ilobi en sus Antigüedades del condado de Lancáster, donde se lee una descripción de la torre de Maulkins, sitio en quo se reunian las brujas. No parece sino que aquel condado estaba lleno de papistas refractarios, sacerdotes errantes y otras gentes semejantes, y aún se citan algunos de sus hechizos en que los nombres santos y los objetos sagrados á que hacen alusión forman un extraño contraste con el objeto para que servían. El público imputaba á las acusadas una larga serie de asesinatos, conspiraciones, encantos, desgracias y prácticas infernales y reprensibles, «evidentes, dice el editor, en vista de sus interrogatorios y de sus propias confesiones, » pero que á la verdad no pueden demostrarse por ningún otro medio. Entre otros cuentos tenemos uno de dos diablos hembras llamadas Tatici y Tib. La madre Dembdike tuvo la fortuna de morir ántes de ser condenada. Es muy de notar que algunas de aquellas infelices

atribuyeron el crimen de que se les acusaba á otras con quien tenían algunas rencillas: estas confesiones se consideraron como pruebas incontestables, ya contra las que las hacían, ya contra sus pretendidas cómplices. Muchas de aquellas infortunadas fueron declaradas inocentes, no sin ' gran descontento de los habitantes estúpidos del país. Tal fué el primer proceso de las brujas de Lancáster. En el segundo, la acusación parece el resultado más evidente de la conspiración más- infame.

Otro descubrimiento en 1654. —Un niño llamado Robinson, cuyo padre era muy pobre y vivía en el bosque de Pendle, teatro de la supuesta hechicería, en el año de 1634, declaró que mientras cogía balites (seguramente ciruelas silvestres) en uno de los descampados de la selva, vió dos lebreles que juzgó pertenecer á algunos cazadores del contorno. Anadió el niño, que como nadie le siguiese se propuso hacerles correr; pero aunque salló una liebre, los perros no quieren perseguirla. El jóven Robinson estaba á punto de castigarlos con un látigo, cuando madama Díkansón, mujer de un vecino, apareció en lugar de uno de los lebreles y un niño en lugar de otro. Declaró el testigo que la madre Díkansón le ofreció dinero para que guardara silencio sobre lo que habia visto, pero que él respondió: « No, que eres bruja. » Parece que estaba determinada á darle una prueba completa de la verdad de lo que decía, por cuanto sacó una brida de su faltriquera, lo mismo que la reina mágica de los cuentos árabes, y la sacudió sobre la cabeza del niño que acababa de representar un lebrél y que fué transformado inmediatamente en caballo. Montóle la madre Díkansón corriendo delante Robinson y se dirigieron á mi casa grande. En ella vió el niño seis ó siete personas tirando de unas sogas que hacían llegar á través de los aires carnes bien condimentadas, platos de manteca, tarros de leche y todo lo que en la imaginación del niño completaba un banquete rústico. Declaró que mientras se ocupaban en aquel encanto, hacían horribles arrumacos que le ponían grima. Dijo otras cosas del mismo género y el negoció terminó con la prisión de unas veinte personas y con la traslación del niño de iglesia en iglesia para que pudiese reconocer a las personas que habia visto en la reunión de las brujas.

Razon dada por Webster del modo como fué dirigida la impostura. — El viejo Robinson, que habia sido uno de los testigos contra as brujas en 1615, acompañó á su hijo y halló sin duda el medio de hacer productivo su viaje, como que su hijo tuvo buen cuidado de no reconocer a ninguno de los que podían pagar su silencio. « Este niño dice Webster, fué llevado á la iglesia parroquial de Kilhvik de qué era yo entonces ecónomo, miró alderredor y turbó por un momento ala congregación. » Después de las oraciones M. Webster le buscó y le encontró acompañado de dos personas de mal talante que «le servían de guia y manejaban todo el enredo. » Pedí por hablar al mmo en particular, pero sus compañeros no lo consintieron. Así dim a mmo en presencia de un gran número de personas: « buen muchacho, dime si verdaderamente has visto y oido todas las cosas extrañas que has referido sobre estas brujas. » Pero sus camaradas tomaron la respuesta por su cuenta, diciendo que ya le habian interrogado dos distinguios jueces de paz, los cuales no le habian hecho tal pregunta. « danto peor para los acusados, » Ies respondí. A una <sup>cdid</sup> mas avanzada confesó el niño que su padre y otras personas le habían sobornado para prestar un juramento falso contra los reos y declaro duchas veces, que el din que pretendiese haber visto aquilas brujas en una casa, estaba cogiendo ciruelas en la huerta de un vecino.

Al triunfo de los calvinistas suceden persecuciones rigurosas contra las brujas. - Acercábase el tiempo en que la ley contra la hechicería debía llevarse á efecto con más furor del que deseaba el tranquilo escepticismo de los ministros de la iglesia anglicana. A la famosa guerra civil precedieron contiendas muy animadas entre los diferentes partidos religiosos. La temeraria tentativa de obligar á los escoceses á someterse al gobierno, las ceremonias de la iglesia anglicana y las severas persecuciones que hablan tenido lugar en la fueron los tribunales privilegiados, dieron mucha popularidad en Inglaterra al sistema presbiteriano; y como el partido del «y menguó considerablemente durante la guerra civil y varió el estado del gobierno de la Iglesia, lomó muchas creces la influencia de los teólogos calvinistas.

A unos principios muy rígidos en moralidad y á una práctica pura dereligi3n, continuaron juntando por desgracia una fé muy arraigada en la existencia de la hechicería y al vivo deseo de extender é imponer las penas que decretaran las leyes contra este crimen. Wier ha considerado al clero de todas las sectas como muy dado á esta especie de persecuci3n; ad graven impietatem connivent teologi plerique omnes. Es constante que los ministros presbiterianos, que en Escocia eran nombrados comunmente por el consejo privado para juzgar los casos de hechicería, mostraban un grado extraordinario de credulidad, y que el ascendiente de la misma secta en Inglaterra ha sido marcado por enormes crueldades de esta naturaleza. A este error general debe atribuirse la desgracia de muchos. hombres de bien, como Salami y Baesler, al apoyar con su crédito ó defender una conduela semejante á la de aquel monstruo de impudencia y crueldad. Mateo Hopkins, que en tutos tiempos de tanto desorden en que cada cual obraba como mejor le parecía, tomó el titulo de descubridor general de brujas. Recorriendo los condados de Essex, Sasex, Notlok y Tlnttingdon, pretendía descubrir brujas, presidia á sus interrogatorios en medio de los tormentos más inauditos, y obligaba á los desgraciados indefensos á admitir y confesar cosas tan absurdas como imposibles. Antes de hablar más circunstanciadamente de estos asuntos, citaré el mismo texto de Baesler, porque nadie puede ser injusto con un hombre piadoso y concienzudo, como era sin disputa aquel teólogo, bien que alucinado en esta ocasi3n por las preocupaciones y la credulidad.

Espantoso número de ejecuciones verificadas en el condado de Suffolk. —Nadie ignora que en 1643 y 1646 se ahorcó un gran número de brujas. M. Salami acompañó á los jueces en su circuito para escuchar las confesiones de las brujas y procurar que no se cometiese ningún fraude ni injusticia. Hablé á muchas personas inteligentes, sabias y fidedignas, que vivían en aquellos condados, y algunas de las cuales habían ido á verlas en las cárceles y escuchar sus tristes confesiones. Entre los ahorcados hubo un antiguo ministro leyente, llamado Lewis, á poca distancia de Tramlingham. Confesó éste que tenia dos espíritus familiares; el uno le concitaba

siempre al mal, y estando un día en la playa del mar, acertó á ver un navio á la vela; el espíritu le indujo al momento á echarlo á pique, en lo que consintió, como que el navio se fué á fondo en su presencia. M. Baester refiere en seguida la historia de una madre que dió á su hijo un espíritu en forma de topo, diciéndole que Ic conservara en una vasija puesta al amor de la lumbre, porque de este modo minea le faltaría nada, y cuenta otras necesidades parecidas á las consejas que refieren las nodrizas á los niños.

Hopkins, que pretende descubrir brujas, es causa de tamañas crueldades. — Es muy de notar que en este pasaje habla Baester muy poca cosa del descubridor general de brujas, « un tal Hopkins,» y sin hacer la justicia debida á un hombre que habia descubierto más de cien brujas, y que arrancara confesiones que este buen hombre consideró como indudables. Puede que el sabio teólogo fuera uno de los que creían que el descubridor general habia sustraído al diablo cierto librito de memorias en que Satauas inscribiera los nombres de todas las brujas de Inglaterra.

Es también de notar que los tiempos de desorden y violencia parecen producir individuos propios para aprovecharla, con un carácter atemperado á las circunstancias, que los ponen en evidencia, bien como el robín que ataca á un árbol ó una planta, da nacimiento á un insecto particular, que se sustenta de la podredumbre que ha producido. Un monstruo como Hopkins sólo podia existir durante la confusión de las discordias civiles. Nació en Manniogltee, condado de Essex, donde vivía en 1644, época en que se levantó en esta ciudad un grito general contra la hechicería. Mostróse á la sazón muy atareado, y afectando más celo y conocimientos que los demás, aprendió por experiencia su oficio de descubridor de brujas. En seguida obtuvo el permiso de seguirlo como una profesión legal, é iba de una parte á otra con un asistente llamado Siente y una mujer. Defendiéndose contra los que le acusaban de poner á contribución el país, declara que su paga regular era de veinte shillings por ciudad, incluso todos los gastos del tiempo que en ella permanecía, y los de su viaje de ida y vuelta

con sus asistentes. Asegura también que no iba á parle alguna si no le llamaban.

Sus prácticas brutales. — Su medio principal para descubrir una bruja, era despojar de todos sus vestidos á la persona acusada y meterle alfileres en diferentes partes del cuerpo, para descubrir la señal que imprimía el diablo á la bruja en fé de su soberanía, y que servia también á la bruja de pezón para amamantar 5 los hijos que tenia del diablo. También se servia de la prueba del agua, que tenia lugar en esta forma: envolvíase en una sábana á la persona sospechosa, atábanla los pulgares de los piés y de las manos, y la acarreaban á través de un estanque ó de un rio. Si se hundía, esta circunstancia se interpretaba á sn favor, pero si sobrenadaba, era declarada culpable, á tenor del principio del rey Jaime, que al tratar de este género de prueba, dice: que como las brujas han renunciado su bautismo, es muy justo que sean rechazadas por el elemento que sirve para conferir este sacramento, lo cual es una figura de retórica y no un argumento. También acostumbraba Hopkins mantener despiertas á aquellas desgraciadas, para impedir que recibieran aliento del diablo, y para reducir las sin duda á fuerza de vigiliass á un estado próximo á un completo desvario. Con el mismo objeto las obligaban sus guardias á caminar, basta que el cansancio y los dolores que les hacían sobrellevar sus llagados piés, les arrancasen nuevas confesiones. Confiesa Hopkins, que al principio echaba mano de estas prácticas, no dejando dormir á los acusados y obligándoles á caminar, mas como su folleto es una respuesta á las acusaciones de opresión y de crueldad, pretende que recientemente habia renunciado á ellas.

La nación inglesa se jacta de poseer una independenciam y buen sentido que no dejan abatir á los séres más bajos y más oscuros por la licencia de la tiranía y de la opresión. Muchos eclesiásticos y otras personas declamaron contra las prácticas de aquel cruel opresor de criaturas indefensas, y no era por cierto señal de poco valor citando tal miserable gozaba tanta imporlancia.

Sacarla.—M. Gaul, ministro de lioughton, condado de Huningdon, tuvo el valor de escribir en favor del partido más débil, y con este motivo dirigió Hopkins á algunos funcionarios de esta ciudad la carta siguiente, que ofrece una admirable miscelánea de impudencia, de jactancia y de cobardía:

« Muy señor mió: He recibido una carta en que se me invita á venir á una ciudad, llamada el grande Houghton, para buscar personas de mal vivir llamadas brujas. Bien sé yo que vuestro ministro está contra nosotros, pero pienso ir, á Dios gracias, lo más pronto posible, para oír su juicio singular en favor de tales gentes. En el condado de Suffolk he conocido un ministro que ha declamado en el pulpito contra este descubrimiento, pero el comité le ha obligado á retractarse en el mismo sitio. A gran maravilla tengo que unas criaturas tan maléficas hallen gentes, y sobre todo individuos del clero, que deberían prorumpir todos los días en palabras de terror para convencerles de sus crímenes, que se levantan para abogar por su causa contra los que se quejan en nombre del rey y que sufren perjuicios en sus familias y en sus bienes. Me he propuesto hacer cuanto ántes una visita á vuestra ciudad. Esta semana iré á Rimbolton, pero quisiera saber de positivo con antelación, si vuestra ciudad contiene muchos partidarios de tales carneros, ó si está dispuesta á dispensarnos la misma acogida halagüeña que las demas en que he estado, que en este caso dejaré vuestro condado y pasaré á otros puntos donde puedo castigar y' castigo, no sólo sin oposición, sino con recompensas.

» Queda vuestro seguro servidor,

» Mateo Hopkiks.»

Dice el sensato y animoso M. Gatil, que los tormentos aplicados por este miserable eran iguales a los de la inquisición. « Apoderándose de la supuesta bruja la colocan en medio de un aposento, encima de un escabel ó de uua mesa, con las piernas cruzadas ó en otra postura incómoda, y caso de resistir, la sujetan por medio de sogas. De esta suerte la dejan veinte y cuatro horas sin darla ningún alimento, y sin dejarla dormir, porque dicen que

durante este tiempo verán á su diablo, que viene á mamar de ella. Hacen un agujerito á la puerta para que los diablos puedan entrar, y para que puedan reconocerle en sus formas, los vigilantes tienen orden de barrer el aposento de cuando en cuando y matar todas las arañas y moscas que veo. Si no aciertan á conseguirlo, pueden estar persuadidos de que son demonios. »

Ejecución de M. Lewis.— Si el reverendo M. Lewis, de cuya muerte habla M. Bascker con sobrada ligereza, se vió sometido á tan horrible tormento, podemos concebir que este ministro estaba asaz cansado de la vida para confesar que, por medio de sus espíritus familiares, habia echado á pique un navio sin ningún motivo para cometer un acto de tanta iniquidad. En cualquier otro asunto, un juez hubiese exigido alguna prueba del *Corpus delicti*, alguna prueba de que un navio habia naufragado por aquella época, de dónde venia y \* dónde iba; en una palabra, alguna cosa que propendiese á demostrar que toda aquella historia no estaba circunscrita en la imaginación de / un hombre alocado. Hacia unos cincuenta años que Ilión Lewis era ministro de la parroquia de Braudiston, cerca de Tramlington, condado de Suffolk, cuando fué ejecutado como brujo á tenor de las pruebas susodichas. No embargante la historia de su presunta confesión, defendióse muy bien cuando su proceso, y probablemente fué condenado como realista más bien que por cualquiera otra cansa. En el acto de su ejecución mostró mucha energía, y para asegurarse de que se celebraría en su honor el servicio funerario, lo leyó él mismo en alta voz al marchar hacia el cadalso.

Castigo de Hopkins. — Hemos visto cómo en 1647 comenzó Hopkins á bajar el tono y desaprobar algunas de las crueldades que habia ejercido. Por este mismo tiempo cayó en las manos crueles de aquel perro descreído, cerca de Hoxne, aldea del condado de Suffolk, una desgraciada vieja, que después de haber pasado algún tiempo sin comer y sin dormir, confesó todos los horrores de costumbre y declaró que su diablo se llamaba Nan. Un hombre de las cercanías, cuya mujer le sobrevivió y certificó esta historia, se dirigió indignado á la casa donde era la escena, arrancó á la vieja de

las manos bárbaras que la atormentaban, arrojó al descubridor de brujas, y la pobre vieja, despees de haber tomado alimento y reposo, no se acordó más de sus confesiones, sino es que habia dado el nombre de Nan á una gallina favorita. Tocante á este hecho podemos referirnos al doctor Hutchison, quien cita una carta de la viuda de aquel hombre, llena de humanidad.

En 1645 el parlamento nombró una comisión para entenderán este asunto, de la cual formaban parte dos eclesiásticos muy estimados por el partido dominante. El uno, M. Tairclough de Reliar, predicó ante los otros sobre la hechicería. En seguida se hicieron las pesquisas y las ejecuciones como antes; pero la indignación popular estalló con tanta fuerza contra Hopkins, que algunas personas le cogieron y le hicieron sufrir su prueba favorita del agua; y como sobrenadase, fué convencido de brujo y el país se vió libre de su presencia. No se sabe de positivo si murió ahogado i pero tuvo el honor de inspirar algunos versos al autor de Hudibres:

«El actual parlamento ha mandado un embajador al diablo con amplias facultades para descubrir brujas, que ha hecho ahorcar sesenta en un año en misólo condado. Las unas, por no haberse ahogado; las otras, por haberse pasado dias y noches sentadas en tierra; algunas, por haber hecho malas pasadas á ocas, pavos y cerdos, que morian repentinamente de enfermedades contranaturales, como lo adivinaba el que al fin fué convencido también de brujo é hizo vergas para hacerse azotar.»

El lector inteligente podrá concebir con facilidad que este cambio de opinion en favor de los que desaprobaban las persecuciones contra las brujas debe haber sido alentado por algún partido de peso y de influencia. Parecerá, sin embargo, bastante extraño que este espíritu de indulgencia haya sido el resultado de los principios particulares de aquellos sectarios de todas dominaciones, clasificados en general bajo el nombre de independientes. Verdad es que en su origen hacían la córte á los presbiterianos, como que eran el partido dominante y el más numeroso; pero al fin renunciaron su alianza y acabaron por combatirles y vencerles.

Distingúanse los independientes por la licencia más completa en sus dogmas religiosos y un gran número de necedades místicas. Negábanse á reconocer el título de un clero regular á tiempo que permitían predicar á cualquiera que pudiese reunir una congregación dispuesta á escucharle ó quería subvenir á las necesidades espirituales de sus hermanos sin recibir ningún estipendio. Verdad es que esta relajación de la disciplina dió libre curso al más fogoso entusiasmo y á todas las variedades posibles de doctrina; pero tenia la ventaja inestimable de que contribuyó a introducir este grado de intolerancia general desconocida á todo el resto de la Iglesia cristiana. El genio mismo de una religión que admitía la subdivisión de sectas ad infinitum, no podía considerar como legal la persecución de ninguna de ellas por razón de herejía ó de apostasía. Aunque existió una secta de maniqueos que adoraban el mal principio, es muy dudoso que los demas sectarios los hubiesen considerado como absolutamente rechazados del regazo de la iglesia; pero por fortuna el mismo sentimiento les indujo á mirar con horror las persecuciones contra la hechicería. En cuanto los independientes obtuvieron en tiempo de Cromwelli la supremacía de los presbiterianos, que hasta cierto punto habian sido aliados suyos, se vieron dispuestos á contener la violencia de las persecuciones contra las brujas, promovida por el miserable Hopkins en los condados de Eses, de Norfolk y de Suffolk, en el decurso de los tres ó cuatro años anteriores al de 1647.

Restauración de Carlos II. — El restablecimiento de Carlos II en su reino y en su poderío puso coto á la manera con que se ejecutaran en masa las leyes contra la hechicería durante el fuego de la guerra civil. Subsistía, sin embargo, la ley promulgada en el primer año del reinado de Jaime, y no es nada verosímil, atendido el carácter del príncipe reinante, que por salvar algunos viejos hubiese querido exponerse al riesgo de incurrir en la reconvención de alentar un crimen odiado por una parte considerable de sus vasallos. Esta ley era ejecutada en general por algunos jueces sabios y prudentes, y los acusados tenian en su favor todas las probabilidades que podia dejarles el rigor de una ley absurda.

Proceso de Coxe, de Dumni y de Callender ante lord Haler. — Es sin embargo evidente que lo absurdo de esta ley se sobrepuso á la sensatez en ciertas ocasiones. En 1665 fué condenada una vieja llamada Juliana Loan, á virtud de la deposición de un cazador que juró cómo haciendo perseguir una liebre por sus lebreles, y llegando al sitio donde los viera caer sobre ella, encontró tras de una maleza á Juliana Lóete desalentada hasta el punto de convencerla que era ia liebre perseguida.

No sin sentimiento tenemos que citar al piadoso y venerable sir Mateo líales, que dos años después (1644) celebró un juicio en virtud del cual fueron ahorcadas, en S. Edmondsbury, Amy Dunui y Rosa Callender. Nadie puede desnudarse de las preocupaciones de su país y de su siglo. 1. Rizóse valer contra las acusadas el efecto de unos encantos empleados por personas ignorantes para destruir los supuestos actos de hechicería de que las acusaban, y eso que á tenor -de la ley de Jaime I era su empleo tan criminal como los actos de hechicería que aquellos contraencantos estaban destinados á neutralizar. 2.» Aquellas dos mujeres, á quien se habia negado el derecho de comprar algunos arenques, se produjeron con impaciencia, y de ahí resultó que la hija de la comerciada en arenques cayó enferma. 3.» Un carro chocó con la pared de tina miserable choza de Amy Dunny. Enfurecióse ésta, y poco después el carro se halló detenido por una puerta, y aunque sus ruedas no tocaron el dintel, avanzó sin dificultad en cuanto se hubo cortado un pedazo de puerta. 4.» Una de las hijas que se quejaba, cubierta completamente con una manta, cayó desde luego en convulsiones en cuanto la tocó una de las supuestas brujas; pero haciendo otra prueba sucedió que las tuvo semejantes en cuanto la tocó una persona no sospechosa, mién- tras estaba cubierta de la misma manera. Lo que decidió acaso del destino de las acusadas fué la declaración del célebre Sir Tomas Brown, « de que las convulsiones tenían una causa natural; pero que eran aumentadas con el poder del diablo cooperando con la malicia de las brujas; » opinión por cierto muy extraña en boca del autor de un Tratado sobre los errores populares.

Sociedad real y progresos de los conocimientos humanos.- Estaba encendida ya entonces la antorcha de las ciencias que alumbraba más óle un reino de la tierra, y cuyos rayos se proyectaban en todos sentidos, alimentándose de cuanto podía contribuir al aumento de su esplendor. Por real decreto, expedido al año siguiente por la restauración, se organizó la Sociedad real, hija de una asociación privada, cuyos miembros se reunían en casa del doctor Wilkins, en 1652, y comenzó á publicar sus transacciones y dar un nuevo y más razonable carácter á los estudios filosóficos.

En Francia, donde la simple voluntad del gobierno podía llevar á efecto las más grandiosas revoluciones, la consecuencia del nuevo desarrollo que tomó el genio de los descubrimientos científicos, fué v poner un término definitivo á las persecuciones de hechicería que hasta entonces habian sido tan comunes en este reino como en Inglaterra. En 1662 fueron presos muchos pastores y otras personas en Normandía, y el parlamento de Rúan se aprestaba á instruir sus procesos con toda la severidad de costumbre. Empero un real decreto de Luis XIV puso en libertad á aquellos desgraciados, acarreando los efectos más saludables en todo el reino. Fundóse la academia de ciencias, y á imitación de este cuerpo, una sociedad de sabios alemanes estableció una institución semejante en Leipsik. Las preocupaciones fueron arrostradas y contenidas; explicáronse por causas naturales muchas cosas que se atribulan á un poder sobre natural; todo pareció prometer que los que se ocupaban en sus / estudios con el auxilio de la experiencia y del análisis podrian descubrir, en lo sucesivo, los arcanos de la naturaleza, y la masa de las opiniones envejecidas, que cobijaba con un velo oscuro la materia que nos ocupa, comenzó á ser objeto de sarcasmo y fué-despreciada por los hombres de buen sentido y de buenos principios.

Brujas del condado de Somersed. — En muchos casos el perseguidor vió huir su presa. En juez de paz del condado de Somersed habla comenzado algunos sumarios contra personas acusadas en virtud del estatuto de Jaime I, y á poder continuarlas, M. Hunt se hubiera hecho tan célebre como el mismo Ilopkins;

pero sus procedimientos fueron contrastados por una autoridad superior á la suya; la vida de los infelices detenidos, en número de doce, fué salvada, y el país quedó en paz, aunque se dejó vivir á las supuestas brujas. Los interrogatorios ofrecen algunas particularidades curiosas que pueden encontrarse en el Saddusismus triumfatus. En medio de la ordinaria córte de muchachos impudentes, fantásticos y afligidos, como los llamaban, puestos delante con la vista fija, con sus convulsiones y con sus aullidos, se encuentran ciertas confesiones muy notables de los acusados que nos anuncian que el Satanas del condado de Sommersed reclutaba sus brujas á fuer de sargento maligno, dándoles un shilling y prometiéndoles doce; que cuando tropa de las brujas llegaba al punto de reunión general, proferían las palabras mágicas: Thout, loul Ithroughoul y about, y que cuando se iban exclamaban:; Bcntum tornuntuna ! Sabemos, ademas, que cuando su alteza infernal se va, deja en pos de sí cierto olor que no tiene nada de agradable. Esto nos lo explica de un modo muy curioso M. Glanville: «Esta circunstancia parece probar la realidad del hecho: aquellas partículas extrañas que mantenía reunidas, bajo su forma visible, separándose cuando se desvanecen y ofendiendo el olfato eon flotar y esparcirse en el aire. » ¡Qué lástima que el descubrimiento hecho por M. Hnnt de « aquel género infernal de brujas,» este descubrimiento tan claro y tan evidente en si mismo, v qué Contenia pormenores tan preciosos, haya sido sofocado por la opinión de algunas personas que empuñaban entonces las riendas del poder!:

Opiniones del populacho. — El guarda-sellos lord Guilfort contrastó asimismo las persecuciones relativas á hechicerías. Es de notar que á fines de! siglo xvii, cuando los jueces estaban dotados de valor, hablan recibido educación y tenían su parle de los conocimientos del tiempo, procuraba poner coto á la precipitación, á la ignorancia, las preocupaciones de tos jurados, dándoles una idea más precisa de! poco valor de las confesiones de los acusados y de las- pruebas sacadas de las supuestas visiones de los embrujados. Cuando los jueces estaban imbuidos en las ideas populares sobre la hechicería, ó se contentaban con dejar á los jurados el encargo de justipreciar

las pruebas, por no atreverse á contrastar el grito general que se levantaba con sobrada frecuencia en ocasiones semejantes, los reos acostumbraban á ser declarados culpables.

Dice Roger Norlh, que en el tribuna! de Exeter hubo un caso de esta naturaleza, pero su hermano, que era el lord primer juez, no lomó parte ninguna en los procesos intentados á demanda de la corona, y el otro juez, á virtud de sus propias confesiones<sup>1</sup> y la deposición de un vecino que declaró cómo una tarde, como á la hora del crepúsculo, vió saltar un gato por la ventana á la choza de la acusada, y creía de veras que este galo era el diablo: de resultas de esta preciosa deposición, la pobre infeliz fué ahorcada. En oirá ocasión, y por el mismo tiempo, las pasiones de las almas vulgares fueron tan excitadas por la circunstancia de que una vieja aldeana se habia salvado, que sir Jhon Long fué á encontrar al juez con grande inquietud, y le suplicó que no permitiera á la bruja volver á la choza que ocupaba eu sus dominios, porque todos sus arrendadores amenazaban dejar sus haciendas si esto se verificaba. Compadeciendo á un hombre que temia ser arruinado por tan poca cosa, decidióse que aquella vieja quedaría en la ciudad, y vivirla de media corona semanal que debia pagar la parroquia á que pertenecía. Durante el intervalo que trascurrió entre estas juntas y las siguientes, sir Jhon Long y sus arrendadores tuvieron bastante valor para pedir que les enviasen la bruja con todo el terror que inspiraba, porque les costaría para subvenir á sus necesidades un shilling ménos por semana que lo que pagaban á la ciudad en que habia quedado. En un proceso posterior ante Noctli, el misino primer juez, descubrió una de aquellas prácticas sobrado comunes en un tiempo en que los testigos hallaban ventaja en suponer que estaban embrujados. Una mujer, presunta víctima de un brujo que estaba en la barra, vomitaba un gran número de alfileres, pero eran rectos, aunque los que se vomitaban en semejante caso eran torcidos, v era por ende mucho más difícil ocultarlos en la boca. Sin embargo, preguntado contradictoriamente á un testigo fidedigno, el juez descubría que durante sus ficticias convulsiones, la mujer bajaba la cabeza para lomar á hurtadillas con los labios unos alfileres que

colocara de intento en su pañuelo. La persona que más se distinguió entre los concurrentes fué una vieja decrépita, por las bendiciones que daba al juez, y como éste le preguntase la causa, respondió: «Hace veinte años que me querían ahorcar por bruja, pero en balde, y áun ahora, sin la gracia de V. S., hubiesen asesinado á mi hijo inocente [\[35\]](#)

No fueron pocos los asuntos de esta naturaleza de que hubieron de conocer los tribunales, mientras los caballeros de lugar conservaron su parle del terror con que sus arrendatarios y criados miraban á alguna vieja. MollWhite, que se llevaba los perros y empleaba el granizo y los huracanes para asolar los campos, sir Jhon Reverhy, después de haber hablado de una pobre mujer, perseguida en York como bruja en 1866, dice que el centinela del calabozo en que eslaba detenida habia visto salir por debajo de la puerta un pedazo de papel que se trocó en mono, y luego en pavo, circunstancia que corroboró la declaración del alcaide de la cárcel. « A entrambos he oido aseverar este hecho, dice sir Jhon, pero mis lectores pueden creerle ó dejar de creerle, como mejor les parezca. » Con ser todo un hombre de Estado y militar, Berceby no había disculpado enteramente á la vieja en el fondo de su corazón, y el mismo Addison sólo sostenía que, si bien la hechicería era posible, no había ningún ejemplo moderno bien cierto.

En 1682 fueron ahorcadas en Exeter como brujas tres infelices mujeres, llamadas Susana Edwards, María Trembler y Templanza Lloyd, á virtud de sus propias confesiones; pero es de creer que esta ejecución fué la última de las judiciales que tuvo lugar en Inglaterra. Empero la antigua superstición, si bien así como el sedimento que se desprende del agua, cobija con una sombra más oscura las clases

más ínfimas y más ignorantes de la sociedad, á medida que las regiones superiores se fueron depurando de su influencia. El populo - cho, con cuya denominación embebemos los ignorantes de todas las clases, se sintió sobrecogido de un nuevo furor contra las brujas, ál par de la indulgencia que experimentaban los objetos de su indignación de parte de los que ejecutaban las leyes. Muchas veces

hubo juntas convencidas de! crimen de algunas vicias miserables, que se encargaron de ejecutar las leyes, y empleando medios semejantes á los de Hopkins, creyeron asegurarse de su culpabilidad y Ies hicieron sufrir por ende la pena que creían merecer.

Hruja sometida ála prueba del aqua en Oakly. —A 12 de julio de 1707 tuvo lugar en Oakly, cerca de Beiford, el ejemplo siguiente de procedimientos tan inhumanos éilegales. Una vieja sexagenaria y sospechosa de hechicería deseó purificarse de tan vergonzosa imputacion y concillarse la benevolencia de sus vecinos, sujetándose á la prueba del agua. La administración parroquial consintió en aquella prueba humana, y prometió á la infeliz una guinea si demostraba su inocencia con sumergirse en el agua. La infeliz se vió envuelta en un paño mojado, aláronle los pulgares de las manos y de los piés, quitáronle el gorro y todos los alfileres que llevaba encima, por cuanto se cree que un sólo alfiler es suficiente para impedir que el encanto haga su efecto. En seguida la arrastraron á través del rio Ouse, por medio de una soga atada alrededor de su cuerpo, pero para desgracia de aquella pobre mujer, su cuerpo sobrenadó, aunque la cabeza- quedaba bajo del agua. Tres veces se hizo la misma prueba con el mismo resultado; por cuyo motivo se levantó un grito general y unánime para que ahorcasen ó ahogasen á la bruja, de modo que mién- tras estuvo tendida á la orilla del rio y casi muerta, no hicieron más que injuriarla y colmarla de vituperios. Sólo un espectador filantrópico tomó partido por aquella pobre mujer, exponiéndose á los denuestos de la muchedumbre. Por fortuna, no faltó quien propuso la prueba adicional de pesar la bruja con la Biblia de la Iglesia, y al instante el amigo de la humanidad aprovechó este medio de salvar á la infeliz, apoyando la proposición con el argumento irrecusable deque, siendo la Escritura obra de Dios, debia por precisión tener más peso que todas las operaciones y vasallos del diablo. Este raciocinio pareció tanto más convincente, cuanto prometió una nueva especie de diversión. Pesaron por ende á la bruja con la Biblia de la Iglesia, cuyo peso era de doce libras, y como la sobrepujó con mucho, de ahí es que se vió libre y perdonada. No faltó, sin embargo, entre el populacho quien despreciara como

irregular tamaña operación, teniendo por más auténtica la prueba del agua,

Asesinato de Tring— Un rasgo muy semejante de barbarie, que tuvo un término del todo diferente, acarrió la definitiva abolición del estatuto del rey Jaime I. Un anciano muy pobre, llamado Osborn, y su mujer, que vivían cerca de Tring, condado de Slafford, pasaban plaza de brujos entre el populacho. Habiendo los inspectores de los pebres sabido que la canalla quería sujetar aquellas criaturas infortunadas á la prueba del agua, las encerraron en la sacristía y harrearon la entrada; mas no pudieron salvarlas como deseaban, como que el populacho forzó la puerta, tomó por su cuenta los dos acusados, y con una brutalidad inexplicable les arrastró a un estanque, hasta que la mujer estuvo del todo muerta. Un monstruo en forma humana recorrió las lilas de los espectadores, pidiendo una retribución por el recreo que les procurara. La vida de la otra víctima se salvó no sin mucha dificultad, y habiendo acusado á tres individuos por la parte que habían tenido en aquel acto bárbaro, uno sólo, que era un tal Colley, fué ahorcado. En cuanto ilegó al lugar de la ejecución, el populacho quedó á alguna distancia vomitando injurias contra los que habían condenado á muerte ó un hombre de bien que libertara la parroquia de una maldita bruja. Este abominable asesinato fué perpetrado el 50 de julio de 1751.

El estatuto contra la hechicería es anulado, y se deja de creer en este crimen. — La reproducción de tamañas atrocidades y la propension del pueblo á un fanatismo tan cruel, fueron atribuidas por la legislatura á su verdadero origen, el estatuto no bien abolido de Jaime I. Por tanto, el año noveno del reinado de Jorge II se promulgó una ley que abrogaba aquel odioso estatuto, por mucho tiempo objeto del terror de las viejas pobres de todo el reino, y abolir toda persecución criminal concerniente ó hechicería en toda la Gran Bretaña, reservando para los que pretendiesen poseer el talento de decir la buenaventura, descubrir los objetos robados, etc., el castigo de la casa de corrección, como vagos é impostores. Desde aquella época se ha hablado muy poco de brujas en Inglaterra, y aunque en algunas comarcas apartadas se creía aún en su

existencia, ¿un después de promulgada la ley que reconocía la evidencia de aquel crimen, esta creencia fué amainando por grados en cuanto el populacho se vió privado de todo pretesto para reanimarla por vías de hecho ilegales y tumultuosas. Hánse visto, sin embargo, algunos ejemplos raros de actos de violencia semejantes á aquel porque murió Colleg, y en la curiosa colección titulada Recreaciones populares, hecha por M. Ilone, he hallado uno que prueba ostensiblemente que aquella costumbre brutal eslababa todavía vigente á fines del último siglo, bien que por fortuna no llegaba al extremo de atentar á la existencia.

No parece sino que el estatuto irlandés existe todavía. Nada ha pasado en el reino que exigiere su formal abrogación, pero se considera como caída en desuclud, y si al presente se renovasen semejantes absurdos, no tiene duda ninguna que no serviría de base á ninguna persecución.

Proceso contra algunas brujas en la Nueva Inglaterra. — Si algo faltase todavía para confirmar la proposición general de que el terror epidémico de la hechicería acrece á par del número de las persecuciones, bastarla citar ciertos acontecimientos extraordinarios que tuvieron lugar en la Nueva Inglaterra. Sólo podemos hacer una sucinta reseña de la ilusión fatal que se apoderó por algún tiempo de los colonos de aquella provincia, y que la infundió un terror extravagante y contagioso que fué curado por su exceso mismo. Este hecho ofrece una prueba sobrado palpitante del carácter imaginario de aquella cruel enfermedad para omitirla enteramente.

Es público que la Nueva Inglaterra fué poblada por emigrados descontentos del gobierno civil y religioso de Carlos f, antes de la gran guerra civil. Muchos de los colonos más ricos eran presbiterianos y calvinistas, y los otros, que eran ménos numerosos y pudientes, eran cuákeros anabaptistas ó miembros de las otras sectas comprendidas bajo la denominación general de independiénles. Los calvinistas tenían el mismo entusiasmo religioso y la misma severidad moral que en todas partes les caracterizaban; pero por desgracia no eran tan avisados como celosos, como que

creían en los acaecimientos sobrenaturales y en la posibilidad de un comercio directo y personal entre el diablo y sus vasallos. En un país parcialmente cultivado, y cuyas partes de tierra cultivadas se hallaban circuidas de florestas inaccesibles y habitadas por muchas tribus salvajes, era natural que aquella tendencia á la superstición acreciera y no amainase.

Proceso de la señora Glower. — El primer caso que observo es el de cuatro hijos de un albañil llamado John Goodwin. Su hija primogénita tuvo alguna diferencia con la lavandera de la familia sobre alguna pieza de ropa que habia perdido. La madre de la lavandera era una vieja irlandesa, ignorante, colérica y testaruda, y como cohondase bastante á la hija de Goodwin, ésta, su hermana y sus dos hermanos se vieron acometidos de una enfermedad tan extraña que todos los vecinos creyeron que estaban embrujados. Ora socuello se ponía envarado, de modo que era imposible torcer sus vértebras; ora se ponía flexible, que no parecía sino que estaba dislocado. Tenían convulsiones muy violentas, durante las cuales se cerraban sus quijadas con la fuerza del muelle de una ratonera. Sus miembros experimentaban contorsiones curiosas y parecían dislocados completamente á los amantes de lo maravilloso. En medio de aquellas convulsiones lanzaban agudos gritos contra la pobre vieja, que se llamaba Glower, diciendo que la veían delante y que aumentaba sus tormentos. La desgraciada irlandesa, que apenas entendía el inglés, repetía su Pater noster y su Ave Marta como fiel católica; mas como hubiese olvidado algunas palabras, fué condenada y ejecutada.

Los hijos de Goodwin no quisieron renunciar al oficio por sobrado beneficioso; pero la hermana primogénita en particular continuó dando todas las señales exteriores de hechicería y de posesión. Algunos de aquellos síntomas eran muy conducentes para halagar las preocupaciones y el buen concepto que de sí mismo tenían los ministros calvinistas, y están impregnados del carácter de una impostura voluntaria y estudiada. Aquella joven leía con facilidad un tratado en pro de los cuáqueros, como que obraba bajo la influencia del diablo; mas no podía de modo alguno leer una obra dirigida

contra los pobres Amigos que no hacían ningún mal á nadie. También podia leer con dificultad el libro de oraciones de la iglesia anglicana y hasta os pasajes de la Escritura Simia que contiene; pero el espíritu que la poseía la causaba grandes convulsiones cuando probaba á leer los mismos pasajes en la Biblia, como si el temor de las Santas Escrituras de que suponen poseido á los diablos, no dependiera del sentido de las palabras, sino de la disposición de las páginas y del carácter de la edición. El objeto de este género de lisonja era el cautivar al ministro por medio de las opiniones anejas á su profesión; pero empleaba otros más personales. La joven atormentada parece del mismo carácter que la innamorala de MM. Smack, Pluck, Catch v compañía. tenia también ciertos accesos de jovialidad y melancolía. Muchas veces estaba en la persuasión de que aquellos espíritus que la atormentaban la ofrecían un brioso corcel para acompañarla al punto de su reunión. En aquellas ocasiones daba un salto como para montar á caballo, y sentándose á horcajadas en su silla imitaba con destreza y agilidad los movimientos de un corcel, cual niño sobre las rodillas de su madre. Poco después parece que trató al pobre ministro con una dulzura y una atención que le embarazara más que su primera violencia. Acostumbraba interrumpirle en sus estudios é incitarle para que bajara, procurando de este modo doble ventaja al demonio por cuanto impedia al santo hombre darse á sus ocupaciones. Por ultimo, los Goodwins quedaron enteramente restablecidos o parecieron estarlo; pero su ejemplo halló imitadores, y la sangre de la pobre Glower, que diera margen á aquel cuento pueril, debia ser el preludio de nuevas atrocidades y de una locura que se fué generalizando.

Persecuciones contra los Parvis.- Esta escena empezó por la enfermedad de dos jóvenes, la hija y la nieta de M. Parvis, ministro de Salem, las cuales experimentaron los mismos síntomas que los Goodwins. La voz se les anudaba en la garganta, sus miembros estaban desfigurados por horribles contorsiones y vomitaban alfileres. Un indio y su mujer, que estaban al servicio de aquella mujer, emplearon un talismán de su país para descubrir la causa de

las desgracias de los hijos de su amo; pero se hicieron sospechosos ellos mismos y fueron ahorcados. Enardecidos por el descubrimiento del crimen de aquellos pobres indios, los jueces y los jurados perseveraron en sus pesquisas, esperando poder expulsar de la colonia á los autores de semejantes prácticas. El historiador Mather dice que obraron con ánimo de ser justos; pero los casos de hechicería y de posesión se fueron multiplicando cual si fuesen efecto de un contagio. Las personas atormentadas veían espectros de los que las atormentaban. Ello no podía refutarse esta prueba por ninguna especie de coartadas, puesto que se estaba en la creencia de que no era el espectro la persona real del acusado, y todos los datos estaban vinculados en la presunción de que los individuos atormentados hablaban la verdad, como su declaración no podía ser impugnada. De ordinario aquellos espectros ofrecían á sus víctimas un registro, y éstas se contraían á sus tormentos con notar en él sus nombres. Verdad es que muchas veces se les aparecía no ménos que el diablo en persona, empleando toda su elocuencia para inducirle á escribir.

Aumenta sobremanera el número de las persecuciones. — En un principio acusaron á personas pobres; mas en cuanto se admitió como incontestable la prueba susodicha, los hechizados comenzaron á ver los espectros de individuos de más encumbrada esfera y de costumbres irrepreensibles. Algunos lomaron soleta; otros fueron arrestados y muchos ejecutados; pero cuanto mayor fué el número de las ejecuciones, tanto mayor fué el de los embrujados. Había reos de todas edades; un niño de cinco años fué acusado por algunas personas que se imaginaban haber visto á aquel joven brujo atormentándolas y que mostraban en su cuerpo las señales de sus dienteitos en prueba de que los había mordido. Ahorcaron á un perro por haber lomado parte en aquella persecución infernal. Insultos tan groseros ai sentido común acarrearón una reacción en la opinión pública; pero esto no fué hasta después de haber consumado el sacrificio de muchas víctimas. En aquella ocasión perdieron la vida diez y nueve personas, entre hombres y mujeres, amen de un hombre muy enérgico llamado

Cory, que, habiéndose negado á responder, fué condenado á muerte, á tenor de la antigua ley. Es de notar una circunstancia atroz, pero que no debe pasarse en silencio para demostrar hasta qué punto endurece el fanatismo el corazón del hombre. Mientras el infortunado Cory estaba agonizando, la lengua le salió de la boca y el jerife se la metió dentro por medio de un palo. Ocho personas se vieron condenadas, además de las que fueron ejecutadas y de otras doscientas al ménos que existían en las mazmorras.

Entonces fué cuando se empezó á ventilar la cuestión de si el diablo podía ser bastante astuto para engañar á los hechizados y hacerles acusar á gentes de bien, ofreciendo á su vista brujas y demonios en forma de aquellos individuos. Este argumento no era incompatible con la creencia en la hechicería, por cuyo motivo se consideraba como una razón digna de ser atendida. Por otra parte se vió que ninguna categoría ni condición ponían á cubierto de una acusación tan terrible si se dejaba á los testigos el campo ilimitado que hasta entonces se les otorgara. Cediendo á la influencia de estas reflexiones, despertaron los colonos como de un sueño letárgico, y la voz pública, que poco antes llamaba á la venganza contra los hechiceros, comenzó á deplorar la efusión de sangre y á sospechar que una parte al menos de la que se derramaba pertenecía á inocentes.

Interrúmpense de pronto Por tanto se atajó el curso de las persecuciones; llevóse á efecto la cesación de los presos; los condenados recibieron su perdón, y los mismos reos confesos, que no eran pocos, obtuvieron su gracia como los otros, Malher anuncia su resultado en los términos siguientes: « En cuanto hubieron cesado las persecuciones, el Señor encadenó de tai suerte á Satanas, que las personas atormentadas se restablecieron; los acusados se tranquilizaron, y por espacio de cinco años no se vio ninguna de tales adicciones entre nosotros. »

Penitencia de los que en ellas tomaron parte. —Por último, debemos añadir que la congregación de Salem obligó á M. Parvis, en

cuya familia tuvieron principio aquellos disturbios, á abandonar el establecimiento que formara aquella comarca. Los reos que con-

Tesaron los actos de hechicería que les habían imputado, se retractaron de sus confesiones calificándolas de involuntarias. Muchos de los jueces y de los jurados que habían concurrido á las sentencias pronunciadas contra los ejecutados, se arrepintieron públicamente de la precipitación con que condenaron á aquellos infelices. Uno de los jueces, que era el hombre de más talento en la colonia, observó durante el resto de su vida el aniversario de la primera ejecución, como un día de vigilia solemne, para expiar la parte que tomara en aquel negocio. Los mismos indios salvajes quedaron sobrecogidos de admiración al ver el fanatismo de los colonos ingleses, y les postergaron en esta parte á los franceses, « entre los cuales, decían, el Grande Espíritu no enviaba brujas.»

Al presente debe llamar nuestra atención el sistema de creencia en la hechicería en lo concerniente á Escocia, como que difiere bajo algunos aspectos del que se hallaba prohiado en Inglaterra; existió allí mucho más tiempo y dió lugar á persecuciones mucho más severas.

---

[\[35\]](#) Vida da Guilford, por Roger North.

# CAPÍTULO IX

## ACUSACIONES DE BRUJERÍA ÚLTIMA EJECUCION POR RAZON DE HECHICERÍA

Procesos en Escocia.— La nación escocesa se hizo notar durante miludios anos por su extremada creencia en la hechicería, y sus anales suministran muchos ejemplos de ejecuciones bárbaras que tuvieron lugar en virtud de tamaña acusación. El conocimiento que tenemos de las frágiles razones en que Bocee y Buchanain han basado la primera parte de su historia, nos induce á dudar que jamas haya reinado en Escocia un rey llamado Dudar, y mucho más que su muerte haya sido efecto de las operaciones de una partida de brujas que atormentaran una imagen fraguada para representarle, con objeto de arrancarle la vida. En la historia de Macbeth, que en los anales de Escocia es todavía un ejemplo antiguo de hechicería, las parcas, que eran las primeras profetisas, aparecieron en sueños al usurpador, y están descritas como volas ó sibilas, más bien que como hechiceras, aunque Stiakspeare las haya impreso este carácter de un modo indeleble.

El conde de Mar.—Una de las primeras causas importantes y autenticas vinculadas en la hechicería, fué combinada con una acusación política que, más que la brujería, decidió del destino del acusado, como la de la duquesa de Gloeester y otras muchas de

Inglaterra. El conde de Mar, hermano del rey de Escocia Jaime III, fué sospechado de consultar brujos y brujas sobre el medio de acelerar a muerte del rey. En virtud de tamaña acusación, establecida con unte 1a confusión, sin juicio ni condena, abrieron las venas de! infur- ttuiado Mar, en su propio domicilio. Inmediatamente después de este

desastre fueron quemadas en Edimburgo doce mujeres de la ínfima plebe y tres ó cuatro brujos ó Warlocks, que asi les llamaban, para dar cierta verosimilitud al crimen de que era acusado el conde.

En 1557 una noble dama fué víctima de una acusación semejante. Juanita Douglas, ladyGlammiss, que con su segundo marido y otros muchos fué acusada de haber intentado envenenar á Jaime con objeto de realzar la familia de Douglas, cuyo caudillo era el conde j de Angas, hermano de lady Glammiss. Feneció llorada del pueblo, j que parece haber creído que sólo la acusaran para quitarla la vida, porque el rey odiaba sus parientes y hasta su nombre.

William Barton.— faites de la ejecución de esta señora, parece que fueron muy pocos los condenados a muerte por razón de hechicería; pero á fines del siglo xv y á principios del xvr, cuando se generalizaron en toda Europa tamañas acusaciones, presentáronse frecuentemente en Escocia muchos casos de esta naturaleza, que ofrecieron á veces un carácter particular. En verdad reina cierta monotonía en las historias de esta clase. El autor del mal determina de ordinario á sus vasallos á vendérsele á bajo precio, y teniendo que t habérselas comunmente con mujeres, les hace jugar morisquetas muy malas. Al contrario, cuando se le antojó desempeñar el papel de mujer, en un caso semejante, dió á su galan, que era un tal William Borton, una fortuna que ascendía nada ménos que á quince libras, y aunque supongamos que se tratase de libras do Escocia, no dejaba de ser un presente muy liberal, atendida su cicatería con el bello sexo. Tampoco le dió moneda falsa; muy al contrario, hizo presente de un marco á Barton para que pudiese conservar enteritis sus i quince libras. Analizando la conducta de Satanas, maese Jorge Sinclair dice, que es muy bueno que se permita raras veces al

enemigo del linaje humano ofrecer tamaños medios de seducción (iquinze libras de Escocia!); que de otro modo pocos serian los hombres y mujeres capaces de resistir á su munificencia. Esta reflexión me pa- I rece una de las más severas de cuantas pudo sugerir la pobreza de nuestros antepasados.

Brujas de Áuldearne.—En muchos procesos de hechicería instruidos en Escocia, la superstición del Norte está de acuerdo con la de Inglaterra tocante á la descripción del palacio de Satanas y de las fiestas que en él celebra. Pero las declaraciones de algunas brujas se apartan de fas monótonas repeticiones de las otras y añaden algunas circunstancias más singulares que las principales. Las de Isabel Gowdie, do quien hemos hablado ya, son muy circunstanciadas; sólo se puede citar alguna que otra parte, como que contienen pasajes nada edificantes. Las brujas de Auldcarne, según aquella mujer arrepentida, eran tan numerosas, que se dividían en escuadras, y dos de ellas llenaban el cargo de oficiales. Una de éstas era llamada la hijade la escuadra, y, como la novia de Tam O'Shanter, era de ordinario una muchacha bonita que Satanas tenia siempre á su lado, con grande envidia de las viejas, á quien ofendía sobremanera aquella preferencia. Cuando se hallaban reunidas, abrian los sepulcros, sacaban los cadáveres, en especial los de los niños muertos sin haber sido bautizados, y con su carne y sus miembros hncian unguentos v bálsamos mágicos. Cuando querían apropiarse la cosecha de alguno desús vecinos, hacían que labraban el campo con una yunta de sapos. Aquellas infelices criaturas tiraban del arado dirigido por el mismo diablo en persona. Las sogas del arado y los arreos eran de grama; la reja estaba hecha del cuerno de un animal castrado, v todos los individuos de la escuadra asistían á la operación, rogando al diablo que les trasmitiera todos los frutos del campo que recorrían, y sólo dejase al propietario ortigas y espinos. He hablado ya de las diversiones de las brujas y de su artillería. Entraron en casa del mismo conde de Murray y en otras casas no defendidas contra ellas por ayunos ni oraciones, y se empalagaron con los manjares que en ellas encontraron.

Sus ritos y sus encantos. — Como aquellas brujas eran paisanas de las pareas de Macbelh, no llevarán á mal nuestros lectores tener una muestra de sus encantos y de los versos que les acompañaban, y que acrecentaban mucho su eficacia. Tenían la costumbre de picar la carne de un niño no bautizado, amalgamarla con la de los perros y carneros, y depositar esta mezcla en casa de aquellos cuyo cuerpo ó hacienda anhelaban destruir, y decían cantando:

“ En nombre de nuestro señor el diablo ponemos esto en esta casa. ¡ Que las primeras manos que lo toquen sean escaldadas y quemadas! Destruiremos sus domicilios y su patrimonio, con los carneros y los ganados que haya en sus establos, y de todas sus cosechas poca cosa entrará en sus trojes, y

Su trasformacion en liebres. — Según Isabel, eran muy comunes las trasformaciones entre aquellas brujas, y en muchas ocasiones lomaban la forma de cornejas, de galos, de liebres y de otros animales. La misma Isabel tuvo una pesada aventura bajo la forma de liebre. Con este disfraz favorito la envió el diablo á Auldearne para llevar un mensaje á sus vecinas; pero tuvo la desgracia de dar con los criados de Pedro Papley de Killhull, que iban á sus faenas y llevaban consigo sus perros. Lanzáronse éstos en pos de la bruja, « y tuve que correr largo espacio, dice Isabel; pero viéndome acosada de cerca, tuve que refugiarme en mi propia casa y me oculté detrás de un bullo. » Llegaron los perros, pasaron del otro lado del bullo é Isabel tuvo que largarse á otra casa, y en ella tuvo un momento de tiempo para pronunciar los versos que debían restituirla á su primitiva forma:

« ¡Liebre, liebre, Dios vele en ti I Ahora tengo la forma de liebre, j pero al instante seré mujer. ¡ Liebre, liebre, Dios vele en ti! »

No eran raros tales accidentes, dice Isabel; á veces las brujas eran mordidas por los perros y aún conservaban la cicatriz después de haber recobrado la forma humana; pero ninguna perdió la vida en semejantes ocasiones.

Severidad de Sahínas con ellas— El ceremonial de las juntas del sábado era estricto. Era el diablo muy rígido en exigir la atención más minuciosa de sus vasallos que nunca le dirigían la palabra sin darle el título de señor. Á veces, sin embargo, cuchicheando entre sí, las brujas hablaban con poco respeto de su soberano llamándole Tolin el Negro; pero en este caso el diablo se arrojaba sobre ellas, cual maestro de escuela que sorprende á sus discípulos en flagrante, y las pegaba sin compasión diciendo: « Ya sé yo lo que decís de mi. » Podía verse entonces la diferencia de carácter de los súbditos sobre quien reinaba. Alejandro Eider de Carseat experimentaba muchas veces el descontento de su señor, porque descuidaba sus deberes; y como que era débil y sencillo, sólo sabía defenderse con lágrimas, gritos y súplicas para obtener su indulgencia. Pero, según las confesiones de Isabel Gowdie, algunas mujeres mostraban más el valor que animaba á la vieja señora de Kellyburne Braes. Margarita Wil- son de Auldearne « se defendía con tenacidad » y empleaba sus manos para proteger su cabeza al antiguo modo escoces. Bessie Wilson tampoco tenía pepita en la lengua y hacia rostro al diablo con mucho descaro. Las demas no acertaban más que á decir: « ¡ Perdón !; Piedad ! » cuando Solanas las pegaba con buenas cardas de lana y otros instrumentos de este jaez sin reparar en lágrimas ni perdones. Había diablos y duendes que servían á las brujas y se reconocían por el color de su librea que era negro, pardo, amarillo, verde ó verdegay, Á las brujas las enseñaban á dar á aquellos espíritus varios nombres que en parte podían pertenecer á la humanidad y en parte tenían alguna cosa de diabólico: eran Roberto el Jokey, ¿aunders el Bandido Rojo, Tomas el Miedoso, Swein, probablemente un antiguo Duerg escandinavo, el León Rugiente, el Bandido de Infiernos, el Svetc-sí-Mismo, Mackeeler, Roberlo-lhe-RuIe, Ilendrie-Craig y Roríe. Estos nombres, harto extravagantes y singulares, son al ménos más bien imaginados que los que Inventaba Hopkins para los diablos que acertaba á descubrir, como Pyewacket Peck-in-lhe-Crown, Sack-and-Sugar, Mem, Tona-Vinagre y Grinelie- la-Formanda, epítetos cuya grosería vulgar prueba la simpleza de su fantasía para sostener sus ficciones impudentes.

El diablo, que presidia á aquella reunión de beldades, gustaba de remedar las formas de la Iglesia cristiana, y sotia rebautizar con su propia sangre y en su nombre. La intrépida Margarita Wilson, que m un golpe quería recibir de Satanás sin devolvérselo, fué llamada Pickle de Barlovento, su comadre Bessie Wilson, Destruye-la Granja, Elspel Noche, Bassie la Calva, Bessie Hay, Fuerte-y-Capaz, y Jane Marten, la Hija de la Escuadra, Sobre la Muralla,

Sus crímenes.—Acusóse Isabel y acusó á sus colegas, según hemos dicho, de haber causado la muerte de muchos individuos, arrojándoles flechas encantadas, porque habían descuidado persignarse miéntras que las brujas pasaban por los aires sobre sus cabezas. Ella misma tuvo la temeridad de asestar una contra el lord de Parck en el acto de pasar un puente; pero erró el tiro, acaso en razón de la influencia del agua corriente, de que da gracias á Dios, en sus confesiones, y añade que en aquella sazón Bessie Hay la dió un terrible puñetazo en castigo de su poca destreza. Condenaron á los hijos del lord de París, — que, según creo, era de la familia bien conocida de Gordon de Park, — á morir de una enfermedad de languidez pronunciando los siguientes versos, en tanto que arrojaban i las llamas unas figuras de barro que representaban á sus víctimas:

« El agua de esta harina debe causar una enfermedad lenta ó incurable. Arrojamós al fuego estas figuras para quemar su cuerpo y sus inieses, á fin de que sean consumidas cual deseamos, lo mismo que el rastrojo en un horno. »

Tales son las singulares confesiones que hizo Isabel Gowdic espontáneamente, á lo que parece, y sin violencia ninguna. Las firmas del notario, de los ministros y otras personas presentes, las han hecho auténticas: ello es que en cuanto se le hubo hecho lectura separada de cada una de sus respuestas á los interrogatorios, persistió en lo mismo, y cuenta que en sus detalles no hay diferencia ni contradicción ninguna. Cualesquiera que fuesen sus sentimientos, parece haber comprendido perfectamente los peligrosos resultados de sus confesiones. « No merezco, dijo, estar

sentada aquí, tranquila y cómodamente; antes deberla verme extendida en un potro, que nunca podré expiar mis propios crímenes, cuando me hicieren descuartizar por cuatro caballos indómitos.»

Es de suponer que aquella mujer desgraciada tenia algunos ramos de locura: un médico de sensatez y experiencia podría reconocerlo acaso al hacerse cargo de sus confesiones. Estas confesiones son muy interesantes, como que arrojan sobre los ritos y las ceremonias de las brujas de Escocia una luz que en vano se buscaría en otra, parte.

Opinión de sir Jorge blackensie sobre la hechicería.—Otras infortunadas tuvieron que acusarse á sí mismas por medios distintos de la alteración de ánimo que parece haber causado las confesiones de Isabel Gowdie. Muchas procuraron sustraerse á la acusación de hechicería confesando como estaban en relaciones con las hadas, bien que esta excusa jamas se admitió como valedera. Otras tuvieron que sobrellevar aquellos tormentos atroces, por cuyo medio creían nústros abuelos poder arrancar la verdad á los culpables, pero que las más de las veces forzaban á los inocentes á constituirse en testimonios falsos contra sí mismos. El célebre sír Jorge Mackensie, «esta noble antorcha de Escocia, » como le llama Dryden, hace á'propósito algunas reflexiones muy juiciosas que vamos á entresacar de su obra, atendido que son el resultado de la esperanza de un hombre que en su calidad de lord abogado tuvo muchas ocasiones de instruir procesos relativos á brujería, y que, no dudando de ia existencia del crimen, juzgaba que á virtud del mismo horror que inspiraba, debían, exigirse pruebas más claras é inequívocas.

Primeramente insiste en la grande inverosimilitud de que el demonio pudiese hacer tan considerable número de reclutas y con tan poca ventaja, como que no puede ofrecer riquezas, y ademas osló avasallado á poder más alto. En segundo lugar, dice Mackensie, « las personas de ordinario acusadas de este crimen, son hombres rudos ó mujeres que no entienden la naturaleza de tamaña

acusación, y muchos atribuyen á la hechicería sus temores y sus aprensiones' Dos ejemplos citaré: el primero es el de un pobre tejedor que, habiéndose confesado brujo, le preguntaron de qué modo se le aparecía el diablo, ó lo cual respondió: «en forma de mosca, revoloteando alrededor de la llama.» El otro es el de una mujer que, cuando fué acusada de bruja, preguntó seriamente si una mujer podía serlo sin saberlo. Es peligroso que las personas más sencillas de todas sean acusadas de un crimen que es el más misterioso de todos. Es tan grande el miedo que cobran aquellas pobres criaturas cuando han perdido ya <sup>subuen</sup> nombre; es tal el desmadejamiento causado por la detención poblana que han sufrido, y tal la laxitud en que les pone la alta de alimento, que ni los hombres más sensatos y prudentes podrían conservar <sup>subuen</sup> sentido, y cuenta que el hombre conturbado por el miedo y la aprensión imagina las cosas más ridículas y más absurdas. La mayor parte de aquellas criaturas infelices son atormentadas por sus guardias, quien, juzgando hacer un servicio agradable á Dios, creen que tienen obligación de vejar y atormentar a los pobres prisioneros de cuya custodia están encargados como, rebeldes al cielo y enemigos de los hombres; y yo sé eai certissi- wa selenita, que los más de los detenidos se vieron atormentados de este modo, no siendo otra la causa de sus confesiones. Por otra parte, aquellos descreídos no pueden probar los tormentos que les hacen sufrir, como que sus verdugos son los únicos testigos. » Este sabio autor cita en seguida un ejemplo que prueba cómo aquellas desgraciadas criaturas podían decidirse á hacer confesiones por la infamia misma con que cubria tamaña acusación, que nada podía borrar, y que las condenaba por toda la vida á ser blanco de las sospechas y quedar en un estado de indiferencia y de miseria; situación que cualquiera amante de su buena reputación trocaría con mil amores por una muerte que en pocos momentos se consigue.

« Cuando yo era juez sustituto, fui una vez á interrogar á algunas mujeres que habían hecho confesiones judiciales; y una de ellas, que era una criatura muy apocada, me dijo reservadamente que no había confesado porque fuese culpable, sino porque siendo pobre

tendría que morir de hambre, como que estaba disfamada como bruja y nadie querría por ende darle albergue ni sustento, por cuyo motivo deseaba salir de este mundo. En esto echó á llorar con amargura, hincóse de rodillas y puso á Dios por testigo de la verdad de lo que acababa de decir. Otra me dijo cómo temia que el diablo pretendiese tener derecho sobre ella, toda vez que pasaba plaza de estar á su servicio; que nunca la habia visitado, á pesar de lo que le dijo el ministro al obligarla á hacer sus confesiones, y que por esto deseaba morir. A la verdad, los ministros son á veces bastante indiscretos para arrancar confesiones á aquellas criaturas infelices: así recomiendo á los jueces que las envíen ministros más prudentes y á éstos que se porten con mucha circunspección y recato [\[36\]](#)

Ejemplos de confesiones hechas por acusados en fuerza de su despecho como para huir el tormento y la persecución. — A guisa de corolario citaré el caso de una infeliz que se hallaba encarcelada en Laudes con otras mujeres acusadas de brujas. Sus compañeras de prisión fueron condenadas á muerte, y como ella hiciese confesiones semejantes á las brujas, se declaró también culpable. Por tanto, envió á buscar al ministro de la ciudad y pidió que la condenaran á muerte con las demas, que debían ser ejecutadas el Junes siguiente. Sin embargo, el ministro estaba íntimamente persuadido que la infeliz habia hecho una confesión falsa, y sólo por hacerse condenar á muerte. Vamos á referir el resto de la historia en los propios términos del ministro:

« Los ministros y otras personas la instaron con vehemencia el sábado, el domingo y el lunes por la mañana, para que retirase las confesiones que sospechaban ser efecto de una tentación del demonio para la perdición de su cuerpo y de su alma. Representáronle los ministros, que tenian fundamento para temer que sus confesiones no fueran sinceras, y la mandaron en nombre del Señor que declarase la verdad y no hiciese recaer su sangre sobre su propia cabeza. Persistió con tenacidad en todo lo que habia dicho y continuó pidiendo que la ejecutaran con las demas. El limes por la mañana fué llamada á presencia de los jueces, y habiendo reiterado sus confesiones, fué declarada culpable y condenada á ia

muerte para el mismo día. Conducida al suplicio, guardó silencio durante la primera, la segunda y la tercera Oración, y viendo entonces que no quedaba ya nada por decir, y que sólo faltaba subir á la pira, se levantó y dijo en voz alta: «Oh, vosotros, todos los que estáis aquí presentes, sabed cómo voy á morir como hechicera, en virtud de mis propias confesiones; á nadie acuso de mi muerte, mucho ménos á los ministros y á los magistrados; que mi sangre recaiga sobre mi cabeza! Mas como dentro de algunos instantes debo responder al Dios de! cielo, declaro que soy tan culpable de hechicería como el niño recién nacido: habiéndome perseguido demasiado, empero, una mala mujer, viéndome, por tanto, reducida como bruja á prisión, abandonada de mi marido y de mis parientes, y no teniendo esperanza ninguna de verme restituida á la libertad, ó de recobrar mi buen nombre, he hecho esta confesión por tentación del diablo, á fin de deshacerme de la pesada carga de mi vida, á que prefiero la muerte.» Y de esta suerte murió. Esta historia deplorable asombró á todos los espectadores, sin que ninguno de ellos pudiese contener sus lágrimas; puede que sea esta una prueba de la sutileza de Satanás, que anhela por perder á todos los hombres, induciendo á los unos á la presunción, é infundiendo el despecho á los demás. La verdad de todo lo dicho, queda comprobada por un testigo presencial que todavía vive, y que es un ministro fiel del Evangelio [37] Extraño se hace que no se haya sacado la consecuencia de que, pues una mujer renunció á la vida de su bella gracia, tan sólo por desesperación, podía haber sucedido lo propio con otras muchas cuyas confesiones eran la principal, si no la única prueba de su crimen.

Prueba de los alfileres. — Entre los modos diferentes de reconocer las brujas y atormentarlas al propio tiempo para arrancar las confesiones, habia uno muy célebre y consistía en meterles alfileres en el cuerpo para descubrir las señales ó marcas que imprimía el diablo á todos sus vasallos y que eran inservibles al dolor. Esta especie de examen del cuerpo del acusado, práctica de) infame Hopkins, llegó á constituir en Escocia un oficio lucrativo, como que el joven descubridor de brujas tenia el privilegio de atormentar al

acusado á fuer de profesión legal, aunque sir Jorge Mackensie se produce muy bien contra esta costumbre, como una horrible impostura. En la Colección de M. Pítcairn he notado que cuando el proceso de Juanita Peaston de Dalkeilh, los magistrados y ministros de aquella ciudad hicieron presentar al picador John Kincaid, para que ejerciese en ella su profesión. « Halló dos señales que declaró ser propias del diablo, y efectivamente pareció que debían serlo, puesto que no sintió el alfiler que le metieron en las referidas señales, y al sacarlo no brotó la más pequeña gota de sangre. Cuaudo la preguntaron dónde pensaba que la habían metido los alfileres, señaló una parte de su cuerpo muy distante del punto verdadero. Aquellos alfileres tenían tres pulgadas de largo. »

Es de creer que los picadores do profesión se servían de un alfiler cuya punta ó extremidad inferior entraba en la parle superior, donde se hallaba un hueco al efecto, de forma que la parte que parecía penetrar bajo la piel no la picaba siquiera. Si valiese la pena de insistir sobre materia tan ridicula, podríamos decir ademas que en la terrible agonía que hace experimentar la vergüenza á una criatura humana á tamaña prueba sometida, la sangre se agolpa naturalmente al corazón, y una herida leve, como la picadura de un alfiler, puede tener lugar sin derrame. Á fines del siglo xvñ, aquella práctica pueril, indecente y brutal, comenzó á recibir el debido nombre. Cuenta Fountainhall que en 1678 el consejo privado. acogió las quejas de una infeliz á quien maltrató un magistrado de la campiña, y uno de esos embusteros llamados picadores. Mostró mucho descontento contra las quejas que exponía y trató de vil charlatán al picador [\[38\]](#) Según este ejemplo y otros muchos, parece que la propensión dominante á una creencia supersticiosa en la hechicería y el celo en perseguir á los que acusaban en Escocia, fueron acrecentándose por razon del entusiasmo de los jueces subalternos por intervenir en un asunto que de hecho no era do su jurisdicción. Al supremo tribunal de justicia cumplía exclusivamente el juicio de estas causas. En la práctica cada juez inferior del país, el último baile de la aldea más miserable, el barón más pobre y más ignorante, señor de una comarca salvaje, tomaba á su cargo el

cuidado de arrestar, reducir á prisión é interrogar á los acusados que, como hemos visto ya, sufrieron en aquellos interrogatorios las injusticias más groseras. La copia de tales interrogatorios, de las arrancadas confesiones y de la deposición de testigos recusables, era todo lo que se remitía al consejo privado que debía dictar las persecuciones ulteriores. Así es que nadie se hallaba á cubierto de la malquerencia ó de la locura de una acusación infamatoria como hubiese en el distrito un juez tímido ó supersticioso, aunque de la última categoría en el orden judicial.

En segundo lugar, el consejo privado acostumbraba en semejantes casos nombrar una comisión compuesta de notables del distrito y sobre todo de ministros, aunque su educación no parece que debió eximirles de participar de las preocupaciones populares, y aunque fuesen más susceptibles de dejarse prevenir contra el acusado por los clamores del vecindario. Es constante que en caso de asesinato no podía formarse una comisión semejante en el condado donde se había perpetrado el crimen; así no hay razón valedera para que el crimen de hechicería, tan propio para concitar las pasiones, no se baya juzgado uniformemente por un tribunal, cuyos jueces por su condición y su categoría estaban á cubierto de toda sospecha de parcialidad. Empero nuestros mayores pensaban de otro modo, y de ahí resultaba que aquellas comisiones descuidaban muy raras veces la ocasión de -condenar á muerte á una hechicera.

Es preciso no olvidar que la prueba aducida en apoyo de la acusación era de una naturaleza muy inusitada en jurisprudencia. Los legistas admitían como prueba lo que llamaban *damnum miratum* y *malum ventum*, es decir, alguna desgracia subsiguiente á una amenaza ó un deseo de venganza, manifestado por la presunta hechicera. Verdad es que la desgracia podía atribuirse al curso natural de las cosas; pero entonces se suponía el resultado necesario de las amenazas del acusado.

Á veces esta especie de prueba tan vaga se hacía de un modo que lo era aún mucho más, y se admitían alegaciones de amenazas, de peligro y de infortunios en pos de ellas ocurridos, aunque tales

amenazas no hubiesen sido hechas por el mismo acusado. En 10 de junio de 1661 John Stewart era individuo de un destacamento de valientes aldeanos de Dalkeith, encargados de escollar desde esta ciudad á Middrie una vieja llamada Cristina Wilson. Estaba acaso limpiando su fusil cuando Juanita Coche, otra bruja que conoció no ser muy grande el valor de aquel hombre, le hizo malignamente algunas preguntas, diciéndole qué es lo que haría si el diablo llegase á suscitar al otro día un huracán para arrebatársela á Cristina Wilson cuando estuvieren de camino. Ello es que al día siguiente se levantó de golpe un huracán como los muchos que se experimentan en aquel clima; la valiente escolta con dificultad pudo sostenerse en pié y la prisionera cayó en un estanque, de donde costó trasudores el sacarla. Es probable que aquella prueba extraordinaria no fué admitida cuando el proceso.

La fórmula de los procedimientos judiciales contra las hechiceras y la naturaleza de las pruebas admisibles daban margen á las acusaciones, y no dejaban á los acusados esperanza ninguna de salvación. —Cuéntase una historia de un viejo hechicero, cuyo verdadero nombre era Alejandro Hunter, aunque era más conocido con el apodo de Halteraíck que al diablo se le antojara darle. Hacía tiempo que este hombre pasaba plaza de brujo y decían que curaba las enfermedades de los hombres y de los animales por medio de conjuros y talismanes. Un día de verano, estando en un collado vestido de verdura, apareciósele no ménos que el diablo en forma de un médico grave, y lo dijo bonitamente: \* Sandie, hasta aquí hemos llegado; ya has hecho bastante de mi oficio sin reconocerme por amo. Así puedes alistarte en mis lilas, que ya yo le enseñaré mejor tu- profesión. » Halteraíck aceptó la proposición, y lo que sucedió lo cuenta el reverendo Jorge Sinclair en estos términos:

« Rizoso muy famoso en el país por los hechizos con cuyo auxilio curaba los hombres y los animales; así recorrió todo el contorno, á fuer de jockie [\[39\]](#) y por medio de sus encantos obtuvo harina, carne y dinero; tal era en aquel tiempo la ignorancia del pueblo. En ninguna casa se atrevían anegarle la limosna, más en razón del mal que de él se tenía que a virtud del bien quede él se esperaba.

Presentóse un día á la puerta de Samuelston, en el mismo acto en que algunos de sus amigos iban á montar á caballo despees de haber comido. Viole un joven, hermano de la señora de la casa, y le dió un masculillo en la oreja diciendo: «¿Qué leneis que hacer aquí, brujo miserable? » Fuese el tuno refunfuñando y oyeron cómo decia entre dientes: « Ya me la pagareis, y sin tardar mucho. » Era esto el *damnum minatum*.

El joven acompañó á sus camaradas á alguna distancia y se volvió ó casa de su hermana para cenar. Después de la cena subió á caballo para irse á su casa, pasó el Fyne, cruzó un bosquecillo situado á orillas del rio, llamado comunmente Allep, y como la noche estaba oscura encontró ciertas gentes cuya vista le infundió una consternación terrible, de la que no quiso averiguar nunca toda la causa. Era esto el *malun sectum*. En cuanto llegó á su casa, sus criados notaron en su fisonomía ciertas señales de miedo y de terror. A! otro día enloqueció, como que fué preciso atarle durante muchos dias. Habiendo sabido este accidente, su hermana, lady Samuelston, exclamo: «Que me maten, sí no es ese miserable Hatteraick la causa de su enfermedad: hacedle venir inmediatamente. » En cuanto llegó, le- dijo: «Sandio, ¿qué es lo que habéis hecho á mi hermano Guillermo ? » «Hele dicho que se arrepentiría de haberme pegado á vuestra puerta. » Habióle, por tanto, con palabras-almibaradas y le prometió una alforja de harina, de carne y de queso, si curaba á su hermano. Encargóse el tuno de la cura, y dijo.- «Pero ¿intes debeis darme una de sus camisas. » Diéronsola, mas no se sabe el uso que de ella hizo: ello es que al cabo de algún tiempo el joven curó, (mando Hatteraick fué á recibir su salario, dijo ó lady Samuelston:

« Vuestro hermano Guillermo se irá dentro de poco de este país y no volverá más. » Sabiendo la buena señora que los vaticinios de aquel timante se realizaban siempre, indujo á Guillermo á disponer de todos sus bienes en su favor, con perjuicio de su hermano segundogénito Jorge. Después de haber engañado por mucho tiempo á todo el país, fué arrestado en Dunbar, conducido á Edimburgo, y quemado sobre la roca del castillo [\[40\]](#)

Si Hatteraick fué condenado realmente á muerte á virtud de tales pruebas, no será desacertado examinar su verdadero valor. Un joven fanfarrón pega á un mendigo de mal vivir que anda vagando cerca de la casa de su hermana. Murmura el mendigo, como otro cualquiera. Parle el jóven por la tarde un poco caliente de cascos; al atravesar un bosque oscuro cobra miedo, no quiere, y sin duda no puede decir por qué, y experimenta un acceso de fiebre. Su hermana manda á buscar al brujo para que levante el conjuro, y hé aquí el *damnum minatum* y *malum secutum*. ¡ Hé aquí una causa legal para condenar á un hombre á las llamas! A buen seguro conocía el vagabundo Hatteraick alguna circunstancia que obligaría al joven ardiente á abandonar el país; y en cuanto lady Samueiston supo la próxima partida de su hermano, cometió un fraude que hubiese debido hacer inadmisibile su testimonio.

Fuera de estos inconvenientes particulares á que se hallaban expuestas en Escocia hs personas acusadas de este crimen, asi en razón de los jueces que instruían su proceso, como de la naturaleza de las pruebas, con cuya vista las condenaban, su situación se hacia intolerable por el horror que inspiraban á toda clase de personas. Los nobles campesinos les odiaban, porque les imputaban la enfermedad y la muerte de sus hijos y de sus allegados; el populacho grosero y supersticioso les miraba todavía con más horror y espanto, y á estos sentimientos naturales se mezclaban otros de una naturaleza ménos perdonable.

Mackensie cita el ejemplo de una joven infeliz que habia sido condenada á muerte como bruja, y cuyo verdadero crimen era el haber llamado la atención de cierto lord, á lo que pensaba su esposa.

La superstición del clero escoces bajo el remado de Jaime VI le indujo á redoblar las persecuciones por razón de brujería. — Expuestas así algunas de las razones que hacían tan numerosas y fatales en Escocia las persecuciones por razón de hechicería, volvamos á la historia general de los procesos que tuvieron lugar desde el reinado de Jaime V hasta la unión de los dos reinos. Bajo el

reinado de María fueron muy numerosos los procesos de hechicería, y el noveno parlamento reunido bajo su imperio señaló penas muy severas contra este crimen. Pero cuando Jaime VI se acercó á la edad de discreción, el celo de que dió pruebas por penetrar más profundamente en unos arcanos que otros consideraron como una sima de oscuridad, llamó más la atención sobre este punto, Habia agotado aquel monarca todos sus recursos por investigar cuanto decia relación con la materia, y esta conducta lué muy del gusto de los que mostraban deferencia á las opiniones del príncipe reinante. Esta tendencia natural á atemperarse á los sentimientos del soberano fué robustecida por la disposición que mostraba la Iglesia á atizarlos. Llevamos dicho ya cómo los venerables ministros de la iglesia de Escocia seguían el dictamen general sobre la hechicería, por erróneo que fuese; considerábanla como un crimen que interesaba á su orden más que á todas las clases del Estado, porque como llamados especialmente al servicio del cielo, estaban más obligados á hacer rostro á las incursiones de Satanás. Las obras que nos han trasmitido y que contienen al propio tiempo cosas mejores, prueban que creían firmemente en lo que llamaban «actos de una providencia especial », y su credulidad era al ménos tan grande sobre la intervención de los espíritus malos en las cosas mundanas; aplicaban estos principios de creencia á las circunstan- tancias más triviales. Si un caballo se ponía cojo, era ardid del demonio para que el digno ministro no pudiese ir á predicar, y la llegada de un hábil artista veterinario era considerada como un acto de providencia especial para defraudar los proyectos de Satanás. Sin duda era esto muy cierto en un sentido general, como que uada puede suceder si no es por la voluntad del cielo, y con su presencia, pero estamos autorizados para creer que la época de las intervenciones sobrenaturales ha pasado ya, y que el Criador se contenta con ejecutar sus designios por la operación de las leyes que arreglan el curso geneta] de la naturaleza. Muy de otro modo pensaban nuestros antiguos teólogos escoceses, cercados, según creían estarlo, de redes y tentaciones del infierno, y contando con el socorro del cielo, hacían la guerra al reino de Satanás, bien como algún día invadían los cruzados la Palestina, con la misma confianza en la justicia de su

causa y con una indiferencia semejante por los sentimientos de aquellos, á quienes consideraban como enemigos de Dios y de los hombres. Hemos visto cómo la convicción de que una mujer no era culpable del crimen de hechicería no determinó á su digno ministro á hacer algún esfuerzo para librarla de la hoguera, y en la misma obra se leen algunos pasajes notables sobre la divina Providencia que otorgó á un santo ministro « una claridad completa » relativamente á Bessie Graham acusada de bruja. Los pormenores de aquella historia ofrecen una prueba curiosa del espíritu de credulidad que daban á tales investigaciones algunos sitgetos bien dispuestos, y de la facilidad con que abandonaban las dudas más graves ántes que soltar á una bruja.

Causa de Bessie Graham. —No parece sino que Bessie Graham fué encarcelada por sospechas muy ligeras, como que después de haber tenido muchas conferencias con ella, el ministro vió que se defendía tan bien, que la dureza con que la trataban le inspiró una verdadera compasión y anheló por ponerla en libertad, tanto más cuanto dudaba que un tribunal civil la remitiera á un tribunal de asises, y que este se bailase dispuesto á condenarla. Estando el ministro en esta duda, un tunante llamado Begg fué empleado como hábil picador no sé por cuál autoridad; metióla hasta la cabeza un agudo alfiler de cobre en una verruga que le halló á la espalda y que aseguró ser la señal del diablo. Nombróse una comisión para juzgarla; pero los piineipales se denegaron á formar parte de ella, y las dudas del ministro estuvieron muy iéjos de ser solventadas. Asi las cosas, el bueno de! hombre oró á Dios, diciéndole que « si hallaba el medio de darle una prueba clara y completa del crimen de la acusada, lo considerarla como im acto de merced y de favor singular.» Esto se verificó, en su concepto, del modo siguiente, que miró como una respuesta á su oración. Una noche el ministro con Alejandro Simpson, oficial de la iglesia y criado suyo, habian ido ó visitar á Bessie en su prisión para instarla á que hiciera sus confesiones, pero sin poder alcanzar nada. Como estuviesen en lo alto de la escalera, tras la.puerta del aposento, donde se hallaba encerrada y donde la dejaron sola, la oyeron confabular con otra

persona que la hablaba en voz baja y apagada, que el ministro reconoció ser la misma ni más ni menos que la del demonio; sin este descubrimiento hubiéramos creído que Bessie Graham se hablaba á si misma, según acostumbran hacerlo los que están tristes y desesperados. Pero Alejandro Simpson pretendió comprender el sentido de lo que estaban diciendo en el cuarto de la prisionera. El ministro mismo estaba persuadido á que oía dos voces á un tiempo; así consideró la conversación que acababa de oír como una respuesta hecha por la divinidad á su oración, y no le quedó ya duda de que aquella oración había sido muy razonable y conducente, y que Bessie Graham era en realidad culpable. Murió, sin embargo, en su obstinación sin hacer confesión ninguna, y áun sufrió una muerte cristiana, perdonando su muerte á los jueces y á los jurados, atendida la ilusión en que estaban.

Aunque los ministros, cuyas opiniones estaban muy de acuerdo con las supersticiones generales del pueblo, conservaban en el origen del gobierno de la iglesia en Escocia un gran deseo de asegurarse las inmunidades y los privilegios que pretendían pertenecerles, como que formaban una iglesia nacional, á principios de su reinado, cuando se vió libre de la influencia de su favorito tan depravado como Esluardo, conde de Arcan, Jaime VI obtuvo hasta cierto punto por sus cualidades personales el favor del clero de su reino y de su siglo. Cuando partió de Escocia para su expedición romancesca, cuyo objeto era ir á buscar una esposa en Dinamarca, recomendó muy políticamente al clero que auxiliara con todo su poder á los magistrados para sostener el orden y la tranquilidad pública. A su vuelta, el rey dió las gracias al clero por su eficacia en cumplir el cargo que le recomendara, y los ministros se jactaron de lo mismo, como que en sus discusiones posteriores con aquel príncipe, le recordaron muchas veces que nunca estuviera su reino más tranquilo que cuando su viaje á Dinamarca, cuando una gran parte del clero estaba encargada del gobierno del Estado.

Durante la feliz unión entre el rey y la iglesia, la perfecta conformidad de sus opiniones sobre la hechicería, no dejó de encender iras para los sospechosos de este crimen. El clero

consideraba los católicos romanos, sus enemigos capitales, como adictos al demonio, á la misa y á las brujas que, según ellos, estaban naturalmente asociados entro sí y para la grande causa de hacer mal. Por otra parte, el pedante monarca, como que ejerciera sobre la hechicería todo su saber y erudición, consideraba la ejecución de cada bruja como una consecuencia legitima de sus silogismos reales. Por otra parte, los jurados temían por sí mismos los efectos de su juicio favorable al reo, como que podían ser presentados á un tribunal de assises por causa de error si llegaban á acusarles de injustamente misericordiosos. Y como las brujas acusadas eran de una condición tan baja como odiosa su acusación, ningún freno se imponía á aquellos que podían disponer de su destino. Para calmar la conciencia de los jurados y determinarles á declarar culpables á tos acusados, raras veces faltaban algunas confesiones de la naturaleza de las que hemos relatado y de algunas pruebas por el estilo de la conversación entre Bessie y Satanás, oída por el ministro.

Pretendida conspiración para hacer naufragar á Jaime en su viaje á Dinamarca, — A virtud de todo esto, las ejecuciones de brujas se hicieron muy comunes en Escocia, donde el rey parecía haberse constituido parte en aquella cansa, y donde el clero creía serlo por la naturaleza misma de su profesión. Quisieron suponer, sin embargo, que la cólera general de Satanás y de sus afiliados, se inflamó especialmente contra Jaime en razón de su casamiento con Ana de Dinamarca; la unión de una princesa protestante con un príncipe protestante, rey de Escocía y heredero presuntivo de la corona do Inglaterra, como que sin contradicción era un acontecimiento que debía alarmar ó todo el reino de las tinieblas. Jactábase Jaime del raro valor que desplegara al hacer su viaje en busca de su esposa, y se hallaba muy dispuesto á imaginarse que lo había hecho en oposición positiva, no sólo á las insinuaciones políticas de Isabel, sino á los manejos del infierno mismo, Su escuadra había experimentado una tempestad, y creía naturalmente que el príncipe de las potencias del aire habia mostrado mucha actividad personal.

Ayuntamiento de brujas y ritos que practicaban para dar cima á su proyecto. — La persona más complicada en aquellos hechos de herejía y de traición fué una tal Inés Simpson ó Samson, llamada la mujer prudente de Keilh. Según el arzobispo Spottiswood, no se debía confundirla con la clase grosera é ignorante de las brujas ordinarias: era una matrona grave y compuesta, muy comedida en sus respuestas, que tenían todas un objeto particular. Aquella grave señora, según los términos mismos de su acta de acusación, parece haber practicado una especie de magia blanca, y pretendía verificar curaciones por medio de palabras y de conjuros, profesión peligrosa en el tiempo en que vivía. En tan delicadas operaciones no siempre echaba mano de los medios que podían ponerla á cubierto de la lev. Prueba es uno de los cargos de la acusación, que estableció al propio tiempo que la mujer prudente de Keilh sabía sacar partido de su oficio; por cuanto, consultada sobre la enfermedad de Isabel Ramillón, declaró que nada podía curarla, á ménos que se evocase al diablo. El marido de la enferma quedó aturdido á una proposición semejante, y dándosele seguramente poca cosa del resultado de la enfermedad, no quiso sufragar los gastos necesarios: así la mujer sabia no quiso evocar al diablo, y la enferma murió. Ines Simpson desempeñó una de las partes principales en una vasta conspiración tramada para destruir la ilota de la reina, concitando una tempestad y hacer morir al rey, frotando su ropa con materias venenosas y construyendo figuras de greda para atormentarle y hacerle morir lentamente, según el caso ordinario de la nigromancia.

Entre aquellos cómplices so halló una desgraciada señora de rango más distinguido: era Eufaes Mac-Calrean, viuda de un senador del colegio de justicia é infinitamente superior á las brujas vulgares con quien se juntara para este crimen. Supone Ji. Pitcairn que la causa de tamaña unión puede atribuirse á la adhesión de aquella señora á la fé católica, y la amistad que profesaba al conde de Bothwell.

El tercer personaje de aquella liga singular de brujos era el doctor John I ian, llamado también Cunninghames, maestro de escuela de Francia, y que gozaba de una reputación muy peligrosa como brujo.

Este hombre fué el héroe de todo aquel cuento de nigromancia en la relación que se publicó en Londres, titulada: Noticias de Escocia, y reimpressa por el club de Roxburghe. Es de notar que el editor de aquel folleto no juzgó bastante horribles las brujas escocesas, y cuenta que añadió la historia de un filtro que aplicaron a los pelos de una vaca en vez de la cabellera de la jóven a quien estaba destinado, y dice como aquella vaca fué á buscar con mugidos al brujo á la puerta de su escuela, cual otra Pasiphae. El origen de aquel encanto se encuentra ya en Apuleyo [\[41\]](#)

Fuera de estos tres individuos se hallaba en la misma conspiración Barba Mapier, mujer de alguna categoría; Geollis Duncan, bruja muy activa, y unas treinta criaturas infelices de la inlima plebe, entre ellas un antiguo labrador idiota que llevaba el apodo de Gray Meal, y que habla recibido un puñetazo del mismo diablo solo por haber dicho « Dios guarde al rey. »

Cuando el rey de Escocia hubo hecho leva de aquella numerosa compañía de su caza favorita, la dió ocupación á ella y á su consejo privado para la mayor parte del invierno siguiente. Asistió en persona á los interrogatorios, y de un modo ú otro era un pialo digno de su paladar.

Ines Simpson, la grave matrona de que acabamos de hablar, después de haber estado una hora en el tormento por medio de una sogá ajustada al rededor de su cabeza al modo de los cazadores, confesó que habia consultado á un tal Ricardo Grahame para saber la duración probable de la vida del rey, como los medios de abreviarla. Pero Satanás les dijo en francés, hablando del rey Jaime, es un hombre de Dios. Aquella infeliz confesó también como habia estado presente á una asamblea de sus cofrades que pusieran cierto encanto en un gato, y que después de haberle alado á las palas algunos pedacilos de carne humana lo habían arrojado al mar para levantar una tempestad. Asimismo habia tomado parte en otra diversión: lo mismo que las brujas de Macbeth, se embarcaron en unas cribas con mucho júbilo; bogaba Satanás delante de ellas, moslran- dose á oscuras, y semejante por la forma y la estatura á

una muela de Irigo. Pasaron á bordo de una embarcación extranjera ricamente cargada de vinos, é invisibles á toda la tripulación, se empalagaron con ellos hasta fastidiarse- Entóneos Satanas echó á pique la embarcación con todo su contenido.

Fian ó Cunningham estuvo también en el tormento más cruel, ordinario y extraordinario: arrancáronle las uñas con tenazas y le metieron alfileres en la carne en su lugar; quebráronle las rodillas en las hoto y le rompieron los huesos de los dedos en los pilnie-winsks. Por ultimo, su firmeza, sostenida por el diablo, como lo suponían los espectadores, le abandonó enteramente y. lió cuenta de una junta de brujas que había tenido lugar en North-Berwich donde dieron la vuelta á la iglesia wittershinns, es decir, en sentido inverso del movimiento del sol. Entonces Fian sopló en la cerradura abriéronse las aldabas, entró la gavilla profana v i. d diablo en el pulpito etl forma de negro. Acogióronle con el grito de- «i Salve, señor nuestro!» Pero la compañía se puso descontenta al ver que no había traído un retrato del rey, como reiteradas veces haba prometido y que debia poner á S. M. á merced de aquella parcialidad infernal. Satanas fué reconvenido por ello por muchas ujas respetables, que serian á buen seguro Eufane Mac-Galrean, Barba Mapier, Ines Simpson y algunas otras hechiceras de un rango distinguido. En aquella ocasión memorable el diablo se olvidó hasta el punto de dar a Fian su verdadero nombre, en vez del apodo demoniaco de Rob Bowar que le habia dado, como maestro de los Rows, es decir, de los reclutas. Esto fué considerado como de mal gusto, y esta regla se observa todavía en las reuniones de falsarios contrabandistas, etc., donde se tiene á ruin y bajo llamar á alguno por su nombre porque esto podría ser una prueba de identidad en alegar contra el Si llega á ser acusado. Algo desconcertado, Satanas terminó s reunión con una diversión, con un baile á su manera. Consistió la diversión en la exhumación de un cadáver recién enterado, y cuyos fragmentos se distribuyeron á toda la compañía. El baile se compuso de cerca de doscientas personas que danzaban á la redonda cantando:

“Pasad, «madre, delante; pasad, comadre. Y si no queréis pasar delante, dejadme pasar.»

Si no es este coro, la música parece haberse descuidado mucho, atendido el número de los danzantes; porque la orquesta consistía en un solo instrumento que tocaba Geillis Duncan, y era una trompa llamada en Escocia trump. El doctor Fian dirigía el baile y recibía muchos homenajes, desempeñando generalmente las funciones de secretara ó amanuense, según hemos dicho ya.

El rey Jaime se interesaba vivamente en la relación de aquellas misteriosas asambleas, y se complació muchísimo en asistir á los interrogatorios de los acusados. Hizo venir á Geillis Duncan y le mandó repetir la canción que había cantado mientras Satanas danzaba con sus camaradas en el cementerio de North-Berwick [\[42\]](#) Sus oídos quedaron satisfechos de otro modo, porque dicen que aquella asamblea las brujas preguntaron al diablo por que Pro S tan reconcentrado al rey, y dió la respuesta lajera de que rey era el mayor enemigo de cuantos tenía en el mundo.

Casi todas amellas infelices fueron ejecutadas, y el rango q ocupaba Eufanes Mac-Calrean en el mundo no le eximio de la condena general, á tenor de la cual debía sufrir el garrote y reducirla luego ó cenizas. La mayoría de los jueces que juzgaron Barba Mapier declararon que no era culpable de haber estado en la asamblea de Nort-Berwick; pero les amenazaron con ser juzgados ante un tribunal de assies por causa de error. No pudieron evitar una censura y un castigo severo, sino declarándose culpables y sometiéndose á la voluntad del rey. Esta conducta alevosa y severa explica el motivo porqué un número tan corlo de acusados de brujería eran declarados inocentes, puesto que los jurados se hallaban pue discreción de corona.

No es posible trasuntar sin repugnancia los muchos casos en que la misma credulidad uniforme, las mismas confesiones conviene arrancadas y el mismo linaje de pruebas admitidas y exageradas por las preocupaciones, tuvieron el propio desenlace trágico, el potro y la hoguera. Las escavaciones y mudanzas que han tenido lugar reicentemente en la roca del castillo de Edimburgo para hacer mejoras, han sacado á plaza las cenizas de muchas personas muerta

de esta manera, y entre las cuales hubo sin duda una parte considerable que debió ser ejecutada en 1590 en cuya época se descubrió la vasta conspiración de Eufanes Mac-Calrean, de la mujer sabia de Keith y de sus cómplices, y de la unión de las coronas.

La permanencia del rey Jaime en Inglaterra no fue parte para mitigar tan espantosa persecución. En las minutas de las sesiones del consejo privado de sir Tomas Hamilton se encuentra una nota agolar que manifiesta ostensiblemente cómo el conde de Mar y Jaime abrieron completamente los ojos sobre la ad y la barbarie de tamañas medidas. He variado el estilo de aquel documento, á fin de hacerle más legible para mis lee

«1º de diciembre de 1808. - El conde do Mar anunció al consejo en Broughton se habian preso como brujas una porción de mujeres, y habiendo sido presentadas á un tribunal de assises y declaradas culpables, no obstante su tenacidad en negarlo fueron condenadas a ser quemadas vivas de un modo tan sumamente, cruel, que algunas murieron de desesperación, blasfemando y renunciando á Dios [\[43\]](#) Otras á medio quemar se salvaron de las llamas y fueron de nuevo arrojadas á la hoguera hasta quedar de todo punto consumidas.»

Esta nota singular manifiesta que aún bajo el reinado de Jaime en cuanto su augusta persona estuvo lejos de Edimburgo, su fiel consejo privado comenzó á pensar en los horrores que consumara y en el exceso de crueldad que rehundía á las llamas á las victimas medio consumidas que procuraban escapare.

Por repugnante que sea este cuadro, y por horrible que pudiese parecer al consejo privado de entonces, la mención que de el se hizo en sus registros no produjo un efecto permanente en la administración de la justicia, por cuanto se considera indispensable la severidad contra las brujas. En el decurso del siglo XVI y de la mayor parte del XVII, poca disminución puede notarse en las persecuciones dirigidas contra el crimen abstracto de hechicería. Aun cuando los independientes empuñaron las riendas del gobierno, el mismo Cromwell, sus generales y sustitutos se vieron en la necesidad de complacer al pueblo de Escocia, abandonando al rigor

de la ley las víctimas acusadas de brujerías, aunque los periódicos contemporáneos no dejan de consignar la repugnancia y el horror que inspiraría á los sectarios ingleses una práctica tan poco conforme con sus principios filantrópicos de tolerancia universal.

Proceso de Margarita Barday en 1618.-Lejos de entrar en la historiado aquellos acontecimientos, cuyos pormenores, generalmente hablando, son tan monótonos como tristes, haré mi narración acaso más agradable al lector con circunscribirla á un sólo punto que ofrece incidentes particulares y romancescos. Tal es la historia de la mujer de un marino, cuyo término es mucho más trágico que el del comedor de castañas en Macbeth [\[44\]](#)

Margarita Barday, mujer de Archibaldo Dein, aldeano de Irme,, fué acusada falsamente de robo por su cuñada Juanita Lyai, mujer de John Dein, hermano de Archibaldo, y áun por el mismo John Dein Margarita intentó contra ellos una acción como calumnia ante el tribunal eclesiástico, que despees de haber instruido el proceso mandó á las partes que se reconciliaran. Verdad es que las dos mujeres se dieron la mano á presencia del tribuna!; pero Margarita Bardar declaró luego que sólo lo habia verificado por orden de los jueces pero que conservaba su resentimiento y su enemistad contra John Dein y Juanita Lyal, su mujer. Por esta época, el buque de John Dein estaba en vísperas de hacerse á la vela para Francia, y Andrés Frain, ó Fran, preboste del pueblo de Irvme. y armador del buque, partió con él para dirigir las operaciones mercantiles de aquel viaje. A bordo de la misma embarcación se hallaban otros dos mercaderes de alguna importancia y un número suficiente de pasajeros. Margarita Barday, la mujer vengativa de quien acabamos de hablar profirió algunas maldiciones contra el buque del preboste, y rogó al ciclo que el mar y el agua salada se resistiesen á sostenerlo, y que los peces devorasen á la tripulación en el fondo del mar.

En tanto que la embarcación bogaba bajo sus auspicios, un miserable vagabundo, llamado John Stewart, que pretendía tener algunos conocimientos en juglaría y poseer el arte de la adivinaron entró en casa del preboste Fran y dió á entender con harta claridad

que el buque había naufragado, y que el ama de la casa era viuda. Después de haber pasado algún tiempo en la duda y la inquietud, llegaron dos marineros con la infausta noticia de que el buque de que era capitán John Dein, y que pertenecía en parte al preboste Fran, había naufragado en las costas de Inglaterra, cerca de Padstow, y que de todos los que se hallaban á bordo, ellos eran los únicos que pudieron salvarse. Fijóse la sospecha de hechicería en Margarita Barday, que había proferido algunas imprecaciones contra el buque, y en John Stewart, el juglar que parecía haber conocido el mal éxito del viaje antes que pudiese saberlo por medios naturales.

Arrestaron primeramente á Stewart, quien declaró que Margarita Barday se lo había presentado para que le enseñara algunas artes magmas, á fin de procurarse riquezas, la leche de las vacas y el amor de los hombres; satisfacer su venganza contra las que la habían ofendido y obtener los frutos de la tierra y del mar; pero sostuvo que la había respondido que, lejos de poderla enseñar tales artes, no sabía de qué le hablaba. Empero, sea verdad, sea mentira, sea que hubiese hecho esta declaración de su bella gracia, ó á fuerza del tormento, ello añadió circunstancias que propendían á representar á Margarita Barday como la causa del naufragio del buque. Dijo cómo él había entrado en la casa de aquella mujer, sita en Irvine, poco tiempo después de haber salido el buque del puerto. Era, de noche, y la halló ocupada con otras dos mujeres en hacer figuras de arcilla. Una de estas figuras era muy bonita, y tenía el cabello blanco, por lo supusieron que representaba al preboste Fran. También hicieron un buque de arcilla, y mientras se daban á estos entretenimientos, aparecióse el diablo á la compañía en forma de un lindo cachorrillo negro, tal como los que acostumbran tener las señoras <sup>[45]</sup> Añadió que toda la compañía salió de la casa de Margarita y se dirigió a un edificio abandonado, silo cerca del puerto que designo a los magreados. Desde aquel edificio pasó á la orilla del mar con el susodicho cachorro, y arrojó al agua las figuras de arcilla que representaban el buque y los hombres. En esto mar se enfureció, bramó y se puso tan rojo como el zumo de la roya en la tina de un tintorero.

Puede acordar al lector El diablo enamorado, de

Arrancada esta confesión al infeliz juglar, mandaron presentar alas conocidas de Margarita Barday, i fin de que señalara las que auxiliaron á ésta en la confección de aquel encanto. Designó efectivamente una, llamada Isabel Insh, ó Taylor,- pero esta negó constantemente haberla visto jamas, aunque no por esto dejaron de encerrarla en la torre de la iglesia. Presentóse otro testigo contra aquella pobre mujer, y fué su propia hija Margarita Failreour, niña de och años, que vivía como criada en casa de Margarita Barday, principal acusada. Aquella jóven, encargada de un hijo de la Margarita, ya por terror, ya por el amor innato á la mentira, anejo á la infancia, declaró que estaba presente cuando se hacían las fatales figuras de arcilla, y que en el acto de arrojarlas aliñar, Margarita Barday, su ama' y su madre Isabel Insh, iban acompañadas de otra mujer y de una muchacha de catorce años que vivía en la parte alta de la ciudad. Considerada bajo un punto de vista legal, lejos de estar de acuerdo con la del juglar, la deposición de la niña estaba en completa contradicción con ellas, como que ofrecía circunstancias muy distintas é introducía en el drama nuevos personajes. Todo esto, sin embargo» fuó considerado como bastante regular, tanto más cuanto que la nina no dejó de aseverar la presencia del cachorro negro, y anadio aun á la escena el terror de un hombre negro. Según su declaración, el- perro arrojaba llamas por la boca y las narices para alumbrar i las brujas miéntras confeccionaban su encanto. Persistió la nina en esta historia en presencia de su madre misma, con añadir sólo que Isabel Insh habia quedado en el edificio abandonado, y no estaba presente 5 la acción de arrojar al agua las figuras. Dijo ademas que su ama la habia prometido unos zapatos nuevos como presenciase aquella Operación mágica y guardase un riguroso secreto.

Preguntado de nuevo John Stewart, no fué difícil hacerle convenir en que la pequeña, fregona estaba presente, y dió la maravillosa cuenta de sus relaciones con el país de las hadas, de que hemos hablado ya en otro Capítulo.

Pensando haber ya descubierto la conspiración, los magistrados y los ministros se empeñaron vivamente con Isabel Insh para inducir la á hablar la verdad. Al fin reconoció que habia presenciado el acto de arrojar las figuras de arcilla al mar, pero procuró modificar esta confesión, negando que hubiese tomado la más mínima parte personal en aquel crimen. Aquella infeliz admitió casi los poderes sobrenaturales que le imputaban, como que prometió al baile Dunlop, que era también marino, que si la restituía á la libertad, jamas tendría un mal viaje, y que cuantas empresas acometiera, así en tierra como en mar, le saldrían á las mil maravillas. Por último, le hicieron prometer que al otro dia confesaría todo cuanto sabia relativo al asunto.

Así las cosas, la infortunada se aprovechó de las tinieblas para evadirse. Con este objeto se salió de la torre por una ventana, « y eso, dice el registro del tribunal, que había barras de hierro y cerrojos, y estaba cargada de cadenas. » Pudo alcanzar la bóveda de la iglesia, mas habiéndosele girado el pié, cayó y fué gravemente herida. Presa de nuevo, el baile Dunlop la instó nuevamente para que hiciera confesiones. La pobre mujer estaba resuella á apelar á más misericordioso tribunal: así pretextó de su inocencia hasta el último instante de su vida, negando todo lo que ántes confesara. Murió cinco días después de su caída, y los habitantes de Irvine atribuyeron su muerte al veneno.

La cosa empezó á ponerse más seria, por cuanto se nombró una comisión para acusar á los dos acusados restantes, es decir, el juglar Stewart y Margarita Barday. Llegado el dia del proceso, tuvieron lugar los incidentes singulares que siguen y vamos á trasuntar en los mismos términos con que en el registro están consignados.

«Milord conde de Eglitonne, que vive á una milla del susodicho pueblo, fué á él en virtud de la apremiante demanda de dichos jueces para darles el apoyo, el concurso y la asistencia de su señoría, juzgando las consabidas prácticas diabólicas á tenor de su comisión; el citado John Stewart fué colocado en una mazmorra bien cerrada, con prohibición de dejarle comunicar con nadie hasta que el

tribunal abriese su sesión. Y para evitar que alentara contra su vida, agarrotáronle fuertemente y le pusieron esposas, según costumbre. El diado los asisses, media hora ántes de abrir el tribunal su sesión, M. David Dickson, ministro de Irvine, y M. Jorge Bombar, ministro de Ayr, fueron á verle para exhortarle á invocar la gracia de Dios por su vida depravada, y suplicarle que lo libertara en su misericordia divina de la esclavitud del demonio, á quien por tantos años había servido. Mostróse sensible á sus exhortaciones, y les dijo: " Estoy agarrotado tan fuertemente, que no puedo valerme de las manos para quitarme el sombrero, ni para llevar un pedazo de pan á mi boca. » Luego, después de la salida de los dos ministros, mandaron á buscar al juglar, en virtud de la demanda presentada por el conde de Eglitonne, para confrontarlo con una mujer del pueblo de Ayr, llamada Juanita Bous, que habia sido arrestada por orden de los magistrados del dicho pueblo de Ayr, por razón de hechicería, y remitida al efecto á Irvine. Pero los oficiales de justicia que fueron á buscarle, le hallaron ahorcado en el dintel de la puerta, con un tail, ó una soga de cáñamo, que se supuso ser su liga ó el cordon de su gorro, y que no tenia más de dos palmos de largo, estando sus rodillas á medio paltno del piso. No estaba aún bien muerto cuando se lo llevaron, pero todos los cuidados que se le prodigaron para restituirle á la vida fueron vanos; como que acabó miserablemente la existencia, con el auxilio del diablo su señor.

« Ya no quedaba con vida sino la Margarita Barday. Habían llegado al susodicho pueblo las personas convocadas para pronunciar sobre su suerte y la del juglar, que con el auxilio del diablo su señor había puesto fin á sus dias, á fin de desempeñar su misión en órden á la Margarita Barday: asi los jueces de nuestro soberano señor, que componían la comisión, después de una deliberación solemne, y por consejo del noble lord, cuyo concurso y consejos eran requeridos principalmente, decidieron con toda la prontitud posible, que ántes de la sesión del tribunal, la susodicha Margarita Barday seria puesta en el tormento, atendido que el diablo, con el permiso de Dios, indujera á sus cómplices á destruirse á si mismos. Empleóse, por tanto, la tortura, como la más segura y la más dulce, como aseguró

á los jueces el noble lord. Pusiéronle las piernas desnudas en un par de cepos, con ciertas barras de hierro, añadiendo otras para acrecer su peso, ó retirándolas según conviniera. Aquellas barras de hierro eran muy cortas, y no le rompían la piel de las piernas, etc.

» Tras este género de tormento dulce, la dicha Margarita', á medida que era el dolor más vivo, comenzó á gritar y pedir por amor de Dios, que le descargasen las piernas de las barras de hierro, prometiendo hablar la verdad. En cuanto le hubieron quitado las barras de hierro, comenzó de nuevo á negarlo todo: pero cuando la pusieron al tormento, exclamó: «¡Quitadlos! ¡quitadlos! prometo ante Dios decirlo todo. »

« Retiráronse de nuevo las barras de hierro á virtud de aquella promesa formal. Invito á milord de Eglitonne, á los cuatro jueces, M, David Dickson, ministro del pueblo; M. Jorge Dunbar, ministro de Ayr; M. Miguel Wallase, ministro de Kilmarmoek; M. John Cunningham, ministro de Dalry, y Hugues Kennedy, preboste de Ayr, á que se la allegaran é hicieran retirar á los demas, diciendo que se lo declararla todo con la misma lealtad como si hablase con el mismo Dios. Satisfechos sus deseos, hizo las confesiones siguientes, libremente, sin pregunta ninguna ni interrogatorio. Invocóse el nombre de Dios por medio de una ferviente plegaria para que le despegara los labios y le aligerara el corazón, á fin de que, confesando la verdad, glorificase su santo nombre y defraudase la esperanza del enemigo de la salvación de los hombres.» Proceso de Margarita Barday, ele., 1618.

Margarita Barday, que era una mujer joven y viva, se portó hasta entonces como mujer de un carácter ardiente y resoluta, acusada injustamente. La única apariencia de prueba que contra ella hubiese podido obtenerse, consistía en que llevaba consigo un pedazo de palo de serbal ó hilo de color para hacer que su vaca, como ella misma decia, diese leche cuando á ella empezara á faltarle. Pero el tormento dulce—.ipalabras en verdad contradictorias ! — recomendado como un anodino por el buen lord Eglitonne, los cepos donde se colocáronlas piernas desnudas, las barras de hierro con

que las cargaron, triunfaron de su resolución, y en el mismo acto en que gritó que estaba dispuesta á confesarlo todo, le quitaron aquellos pesos. Entonces contó una historia sobre el modo con que promoviera el naufragio del buque de John Dein, asegurando al propio tiempo que era con objeto de causar la muerte á su cuñado y al preboste Eran, y salvar el resto de la tripulación. Al propio tiempo complicó en el crimen á Isabel Crawford, Esta buena mujer fué presa también, y, sobrecogida de terror, confesó todo Jo de que la acusaban, echando sobre Margarita Barday la reconvención principal. En este caso se dispuso que se procediera al juicio: así, Alejandro Dem, marido de la acusada, se presentó al tribunal con un abogado para defenderla. Parece que la vista de su marido despenó en el ánimo de la prisionera alguna esperanza y deseo de vivir; como que cuando el abogado la preguntó si quería ser defendida, respondió:

« Como V. quiera; pero si yo lie confesado, ha sido en virtud de la agonía del tormento, y todo cuanto he dicho es la pura mentira. » Y añadió con tono patético: «Mucho ha tardado V. en venir. »

Sin conmoverse un punto por circunstancias tan interesantes, el jurado procedió á tenor del principio de que las confesiones de la acusada no podían considerarse como arrancadas por el tormento, puesto que las barras de hierro no estaban ya sobre sus piernas en el acto en que fueron hechas. En vista de aquella distinción sutil, los jurados declararon por unanimidad que Margarita Barday era culpable. No deja de ser extraño que, después de esta sentencia, haya reiterado sus confesiones y que baya muerto persistiendo en ellas. Podría, sin embargo, explicarse este hecho, con suponer que en su ignorancia y locura habia echado realmente mano de algunos encantos frivolos, y creía que una penitencia pública de aquella falta, mas que fuese imaginaria, era el único medio de obtener al morir alguna compasión del público y las oraciones del clero. Es muy de notar que conjuró á los magistrados que no hicieran daño ninguno á Isabel Crawford, á quien habia acusado. Esta jóven desgraciada se vió puesta en un potro y ahogada, siendo su cuerpo reducido luego á cenizas. Ello, murió con expresiones de religión y de penitencia.

Aquellas persecuciones crueles acarrearán una consecuencia fatal, y era que las cenizas de una hoguera encendían ordinariamente otra. En el caso en cuestión perecieron tres víctimas en virtud de aquella acusación, y los magistrados, enojados contra la naturaleza del crimen reputado tan peligroso para los marinos, como contra la pérdida de muchos amigos suyos, entre los cuales había uno que fuera su primer magistrado, no dejaron de insistir reiteradas veces para que se juzgara á Isabel Crawford, inculpada por las confesiones de Margarita Barday. Nombróse una nueva comisión para juzgarla, y después de haber el ministro asistente de Irvine, M. David Dickson, rogado á Dios con fervor para que abriese su endurecido corazón, fué aplicada al tormento de las barras de hierro en sus piernas desnudas y de los cepos en sus piés, como en el caso de Margarita Barday.

Sobrellevó aquel tormento con una fortaleza increíble, por cuanto « sufrió admirablemente sin lanzar el menor grito ni exclamación, que la colocasen en las piernas unas barras de hierro de más de treinta stones de peso, sin hacer contorsión ninguna, sino quedando en algun modo firme y tranquila. » Cuando, empero, trocaron la situación de las barras de hierro para colocarlas en otra parte de sus piernas, abandonóla su constancia. Lanzó los más horribles gritos, y exclamó: « ¡Retiradlas! ¡retiradlas! » y eso que no tenía más de tres en las piernas. Libre de aquel tormento, hizo la confesión ordinaria de cuanto la habían acusado, y de su trato con el diablo que había durado muchos años. Por consiguiente, pronunciaron contra ella sentencia de muerte, y cuando se lo significaron, se retractó de todas sus confesiones anteriores y murió sin dar señal ninguna de arrepentimiento, negándose á perdonar al ejecutor.

Esta tragedia tuvo lugar en 1616, y como que está consignada muy circunstanciadamente en los registros del tribunal, forma la relación más completa de cuantos procesos escoceses he visto relativos á hechicería. Muchas infelices abandonadas, á lo que parece, de Dios y de los hombres, sin excitar la compasión de nadie y expuestas á los tormentos más crueles, preferían renunciar espontáneamente á una vida la más acerba, haciendo la confesión

del crimen que las imputaban, á luchar sin esperanza contra tantos males. En el asunto en cuestión, perdieron la vida cuatro personas, siquiera porque el hecho de algunas imágenes de arcilla arrojadas al mar— hecho referido de tantos modos diferentes cuantos eran los testigos — correspondía á la época en que naufragó cierto buque, porque fué un día indeterminado. Imposible se hace que, después de haber leído esta historia, un hombre sensato pueda dar fé por un momento á las pruebas tomadas de unas confesiones así obtenidas, confesiones que, sin embargo, han sido casi el único medio de justificar la creencia en la hechicería.

La confesión que sigue a] interrogatorio judicial de un reo, por tales medios arrancada, es la más sospechosa de todas las pruebas; y áun cuando esta confesión fuera voluntaria, apenas seria admisible, a no estar apoyada por otras deposiciones.

Podríamos concluir con esto la historia de la hechicería en Escocia, y decir tan sólo que muchos centenares, y áun miles de personas, perdieron la vida en el decurso de dos siglos, á virtud de acusaciones y pruebas semejantes á las que causaron la muerte de cuatro individuos en el proceso de las brujas de Irvine. Sin embargo, entre los muchos ejemplos consignados en la historia de Escocia, hay uno tan diferente de los otros por su fama, que nos vemos en la necesidad de decir algunas palabras de aquellos personajes célebres, el mayor Weiry su hermano.

El mayor Weir. —La historia de este famoso brujo es tanto más notable, cuanto era un sugeto de cierto rango, como que su padre era un gentleman, y su madre de una familia distinguida del Clydexdalo. Hay otra cosa igualmente señalada, y es que habia sido covenanter, y muy adicto á aquella causa. En tiempo de la república fué empleado porlos que en aquella sazón se hallaban al frente del gobierno, y cuya confianza se habia granjeado. En 1649 fué nombrado comandante de la guardia de la ciudad de Edimburgo, lo eua! le valió su título de mavor. Pretendióse que en esta calidad ejerció varios actos de severidad excesiva contra los realistas que cayeron bajo su autoridad militar, lo cual era de hecho en aquel

tiempo uno de los deberes de aquel oficia!. Parece que el mayor, cuya casa gobernaba una hermana soltera, estaba sujeto á ciertos ramos de locura melancólica, enfermedad que fácilmente se aviene con las altas demostraciones del celo religioso que afectaba. Tenia un don particular para la oración y, segnn era la costumbre de aquel, le llamaban muchas veces para que empleara este talento á la cabecera de los enfermos. Notóse, por último, que en virtud de alguna sucesión de ideas, más fácil para concebida que para explicada, no le era dado orar con la misma unción cuando no tenia en la mano una caña de cierta especie y determinada forma que acostumbraba llevar. En tma palabra, se habia observado que, cuando no tenia la caña, parecían abandonarle su valor y su talento. Ello es que este mayor Weir fué arrestado por demanda que entablaron los magistrados, á virtud de un rumor sordo que cundió sobre que era culpable de prácticas infames. Eran de tal naturaleza los excesos repugnantes que confesó, que es muy de creer que la mayor parte eran efecto de una imaginación acalorada, aunque parece haber sido un hipócrita corrompido y criminal. En cuanto hubo concluido sus confesiones, declaró solemnemente que aún no habia referido la centésima parte de los crímenes que perpetrara. Desde luego se negó á responder á pregunta ninguna y á valerse do súplicas, alegando que como no tenia la menor esperanza de sustraerse délas garras de Satanas, no tenia necesidad de irritarle más con vanos esfuerzos para arrepentirse. Su calidad de brujo parece que se consideró confesada por él misino, como que el acta de su acusación estuvo vinculada principalmente en sus confesiones mismas, en las cuales declaró que en su vida habia visto al diablo, y que el sentimiento que habia tenido de su presencia fuera siempre durante las tinieblas. Pronuncióse contra él sentencia de muerto, y fué ejecutado en 12 de abril de 1670, en el sitio llamado Gallow-IIill, ` entre Leith y Edimburgo. Murió en una impenitencia tan negra y tan estúpida, que no parece sino muy creíble que estaba sobrecogido de una especie de frenesí melancólico, resultado probable de sus remordimientos, pero de unos remordimientos que le concitaban á la desesperación y no al arrepentimiento. Es de creer que fué quemado vivo. Su hermana, con quien quieren decir que tuvo un comercio

incestuoso, fué también condenada i muerte, é hizo una declaración desús crímenes mutuos, más fuerte y más explícita que la que pudo arrancarse del mayor. Según el uso, entró en algunos pormenores sobre sus relaciones con la reina de las hadas y habló de la asistencia, que recibía de esta soberana para hilar una cantidad extraordinaria do lana. Dijo como un día fué á verla un amigo al medio dia en un carro de fuego, y les invitó á ir á ver á otro amigo que se hallaba en Dalkeith, y mientras estaba allá, su hermano recibióla noticia del resultado de la batalla de Worcester. Nadie más que ellos vió la naturaleza de su equipaje. No sin dificultad, pudo impedirse que aquella mujer se resolviese, como dijo, á morir «lo más vergonzosamente posible,» desnudándose sobre el cadalso á presencia del pueblo. Las últimas palabras que pronunció tenían el espíritu de la secta á que por mucho tiempo afectaban pertenecer ella y su hermano. « Muchos, dijo, lloran y se compadecen de una pobre vieja desgraciada como yo; pero ¡ ah I pocos derraman lágrimas por la violación del Covenant. »

Los episcopados escoceses, contra quien acostumbraban los convenanters lanzar sarcasmos, porque se hacian invulnerables con el auxilio del diablo y otras prácticas infernales, tuvieron la satisfacción de redargüir á sus adversarios la acusación de hechicería. El doctor Hickes, autor del Thesaurus septentrionalis, publicó á propósito del mayor Weir y de Mitchell, que ochó fuego al arzobispo de San Andrés, su obra titulada Ravailac rediviwr, escrito con el injusto objeto de dirigir á la secta religiosa á que pertenecían el brujo y el asesino, la injusta reconvención de haber aprobado los crímenes que el primero habia cometido y que el otro probara á cometer.

Es muy cierto que ninguna historia de hechicería ó de nigromancia, aunque Edimburgo y sus cercanías suministran un gran número, hizo una impresión tan permanente en la opinión pública como la del mayor Wier. Todavía se enseña la casa que ocupaban su hermana y él en lo alto de Weslbow, barrio triste y el más ú propósito para un nigromántico. Ello es que sucesivamente fué tienda de un calderero y almacén de un trapero, y en mi juventud servia aún para esto. Muy osado habia de ser el muchacho que al

salir de la escuela se allegaba ¿aquella habitación ruinoso, con riesgo de ver la caña encantada del mayor, cruzando los antiguos aposentos, ú oír el ruido del torno mágico, con cuyo auxilio su hermana se habia granjeado tanta fama como hiladora. En este momento en que estoy escribiendo derriban esta última fortaleza de nombradla supersticiosa para las mejoras que se hacen en un barrio que por mucho tiempo se creyera no ser susceptible de ellas.

A medida que se propagaron los conocimientos y las ciencias, la nobleza y el clero de Escocia se avergonzara de su credulidad, y aunque los procesos relativos á brujería no desaparecieron del todo, deshonraren menos veces los registros de nuestra jurisprudencia criminal.

Sir John Clerk, uno de los primeros que se negaron á obrar como comisarios para juzgar una bruja. — El sabio y anticuario sir John Clerk, abuelo del difunto John Clerk de Eldin, tuvo el honor de ser uno de los primeros que se negaron á formar parte de una comisión nombrada para juzgar una bruja, —y cuenta que esto sucedió en una época tau cercana como 1678 <sup>[46]</sup>—alegando que no se tenia por bastante brujo para ello. Su amigo Alian Ramvay habia expresado sus ideas sobre este punto en su Gentil Pastor, en que la brujería imaginaria de Mansa constituye el mecanismo del poema.

Las nubes de la antigua superstición eclipsaron más de una vez aquella aurora de buen sentido y de humanidad. En 1676, asir Jorge Maxwell de Pollock, que parece haber sido un hombre valetudinario é hipocondriaco, se le antojó que estaba embrujado y condenado ó muerte por seis hechiceros, un hombre y cinco mujeres asociados para atormentar tina figura de arcilla hecha á semejanza de él. La prueba principal en apoyo de la acusación fué aducida por una muchacha que pretendía ser sordomuda, mas como no se tardó en descubrir su impostura, y castigarla por ello, es de creer que habia forjado la imagen ó figura parecida á sir Jorge, y oculládola en el sitio que indicó, y donde fué encontrada. Cinco de los reos fueron ejecutados, y el sexto escapó al suplicio atendida su mocedad.

Brujas de Praisley y de Pittenweem. — En 1697 se presentó en Paisley un caso más notable. El testigo principal fué una desgraciada joven de once años, hija de John Shaw de Bargarran, que habiendo comenzado sus prácticas de resultas de una contienda que tuvo con una criada, las continuó imitando tan perfectamente el caso de posesión, que á virtud de su testimonio fueron condenadas veinte personas. Cinco de ellas fueron ejecutadas, y un tal John Reed se ahorcó en la cárcel, bien que corrió la voz de que el diablo en persona le habia ahogado por temor de que hiciera confesiones perjudiciales á su servicio; pero los mismos que creían aún en la hechicería, comenzaban ya á abrir los ojos sobre los peligros de la marcha en tales persecuciones seguidas.» Convengo, dice el reverendo M. Bell en su Tratado manuscrito contra la Hechicería, en que se han cometido muchas injusticias con personas de bien á virtud del método observado para descubrir las brujas, y de los medios que se empleaban para convencer de tales á algunas infelices. No pocas veces la senectud, la indigencia, la mala fama y otros motivos semejantes, de que debe prescindir un magistrado, han inducido á muchos á sospecharé infamar á su prójimo con notable detrimento de la caridad cristiana. En 1677 se nos ofrece un ejemplo reciente en los actos de brujería ejercidos con la hija del lord de Bargarran y de muchas personas que, con ser más recomendables que la mayor parte de sus calumniadores, fueron infamadas como brujas, merced á la precipitación y á la absurda credulidad de muchos ministros del Evangelio, dignos por otra parte de estimación y de algunos celadores célebres de la ciudad de Glasgow y de sus cercanías [\[47\]](#)

Los que dudaban que la ley fuese bien comprendida, y que fué ejecutada de un mudo razonable, comenzaron á cobrar alíenlo y hacer valer sus objeciones. En 1704 tuvo lugar en Pittenween un espantoso ejemplo de superstición popular: un vagabundo, que fingía tener convulsiones, acusó de brujas á dos mujeres que fueron por ende reducidas á prisión y tratadas con la severidad ordinaria. Lina de aquellas infelices, llamada Juanita Cornfoot, se escapó de la cárcel, pero tuvo la desgracia de verse nuevamente presa y cayó en

manos de una gavilla feroz, compuesta de pescadores y marinos groseros. Los magistrados no hicieron esfuerzo ninguno para salvarla, y el populacho ejerció toda su brutalidad contra aquella vieja infeliz. Apedreáronla, arrastráronla á lo largo de una soga atada á la playa por un cabo, y por otro á un buque, y acabaron con ella echándole encima una puerta, sobre la cual amontonaron piedras. Como este asesinato brutal era una infracción de las leyes existentes contra la hechicería, los magistrados y los ministros de la ciudad fueron vivamente atacados por los revoltosos. Publicáronse contestaciones en que se defendieron con entusiasmo las partes acusadas. Era de creer que las autoridades superiores querrían conocer del asunto; pero el país so hallaba en aquella sazón muy ocupado en los disturbios causados por la Union, de forma que el asesinato no fué seguido de las persecuciones que debia exigir un crimen tau horrible. Entretanto se expuso al público aquel acto de crueldad, apelóse á la voz de la opinión general, y los sentimientos que proclama de ordinario se conforman á la larga con el buen sentido y la humanidad.

Los oficiales superiores de justicia intentaron hacer uso de su autoridad, reservándose el derecho de fallar sobre los casos de supuesta hechicería, que el temor á la opinión pública determinara hasta entonces á abandonar á la decisión de ios jueces subalternos, que se dejaban llevar de todas las preocupaciones del país y del populacho.

Persecución en el condado de Casthness, atajada por la intervención del ahogado del rey, en 1718. — En 1718, el célebre jurisconsulto Roberto Dundas, de Arnoston, entonces abogado del rey, escribió una carta en que reprendía severamente la conducta observada por el subjerife del condado de Casthness, por no haberse curado de comunicarte oficialmente ciertas precogniciones que dirigiera en urden a algunas recientes prácticas de brujería que habían tentdo lugar en un condado. En seguida recordó el abogado del rev á aquel juez de jurisdicción local, que el deber de los magistrados inferiores era el demandar á las gentes del rey si habia lugar á formación de causa á los acusados, y en esto caso señalar el

tribuna! y los tramites del proceso. Llamó asimismo la atención del jerife sobre un rumor que cundía, de que el susodicho jerife quería juzgar el asunto por si mismo, asunto que ofrecia hartas dificultades para juzgado sin reflexión y para que de él conociera un tribunal inferior» El subjerife envió con sus excusas su precognición del asunto que es uno de los mas absurdos de aquellos procedimientos. Había cierto calotero, llamado Guillermo Montgomery, tan sumamente infestado de gatos, que, según expresión de su criada, «vivan juntos» que arremetió con furor á una muchedumbre de auquillos animales que se juntaron en su casa á una hora intempestiva y empleando contra ellos sus armas de montañés, como cuchillo sable y un hacha, instrumento de su profesión, logró dispersarlos. De resultas de sus golpes muñeron, según se dijo, dos brujas. Más chocante era todavía el caso de una tercera, llamada Mon Gilbert, quien tuvo una pierna fracturada, que acabó por secársele y caer por cuyo motivo fue reducida á prisión y murió en la cárcel Falta saber si se formaría causa á los sujetos que habia denunciado en las confesiones que la habían arrancado. El abogado del rey como puede suponerse, atajó todo procedimiento ulterior

En 1720, á un desgraciado niño, hijo tercero de James lord Torphichen, se le antojo hacerse pasar por poseido y embrujado. Acusó á ciertas viejas de Calder, cerca de cuya aldea estaba la casa de su padre. Aquellas mujeres por el encarceladas, y una o dos de ella murieron en prisión; pero los consejeros de la corona se negaron á formar causa á las otras. Comenzó la noble familia á traslucir la impostura; hizo entrar al jóven en la marina, y aunque quiso probar á tener á bordo sus antiguas convulsiones, fué sobrado severa la disciplina naval

Para que continuara su juego. Con el tiempo llegó á ser buen marino, contribuyó mucho á la defensa del buque contra gratas de Andria, y acabó por morir ahogado en una tempestad.

Ultima sentencia de muerte por razón de hechicería pronunciada en Escocia en 1722-- En 1722, un subjefe de condado de Sutherland, el capitán David Roas, de Lutledean, infringiendo

abiertamente las reglas de jurisdicción en aquella sazón establecidas, tomó por su cuenta el cargo de pronunciar la última sentencia de muerte que bu tenido lugar en Escocia por razón de brujería. Era la victima una vieja demente que vivia en la parrocha de Loth. tenia tan pobre idea de su situación, que hasta se regocijo de ver el fuego que debia consumirla. Tenia una hija baldada, circunstancia que se atribuyó á la costumbre que tenia la bruja de trasformaila en haca, y hacerla herrar por el diablo. No parece sino que este cruel abuso de la lev no llegó al extremo de imponer algún castigo a una criatura tan impotente. Atacado de la misma enfermedad el hijo de esta ultima, vivió bastante para agradecer la caridad de la actual marquesa de Stafford, condesa de Sutherland, que con iguales ojos miraba a los pobres de aquel condado que i las personas de una esfera mas distinguida.

Desde aquel deplorable acontecimiento, ninguna acción judicial se ha intentado en Escocia por razón de brujería, sino es para prevenir explosiones de resentimiento popular contra individuos acusados de este crimen, de lo cual podrían citarse algunos ejemplos. A veces asoman todavía los restos de aquella superstición: es constante que el populacho propende todavía á la costumbre de sacar sangre a a supuesta bruja, haciéndole en la frente dos incisiones en forma de cruz y otros contrahecbizos, que demuestran que la creencia en la hechicería sólo está amortiguada, y en las tierras apartadas podría aún despertarse y producir nuevos rasgos de barbarie. Podemos citar de ello un ejemplo ó dos.

En una apartada comarca de las montañas de Escocia hay una mujer muy mala y estúpida, que parece haber conceb.do en realidad el proyecto de dañar á su vecina en sus bienes, colocando en un establo, Ó&L, una vasija de barro llena de mechones de cabellos, raeduras de uñas y otros objetos por el estilo. Este encanto precioso fue descubierto; sospechóse su objeto, y la bruja hubiera sido despedazad si una señora muy generosa y respetable del contorno no hubiese reunido á inda prisa algunos de sus terratenientes, que, si bien no sen han mucho gusto por este género de servicio,

arrancaron por fuerza la infeliz criatura de manos del populacho. Este talismán formidable obra actualmente en mi poder.

Hace cosa de dos años, cuando se demolían las paredes de un edificio que sirviera un tiempo de establo para los ganados, en la ciudad de Dalkeith, encontróse bajo la piedra que formaba el umbral de la puerta, el corazón de algún animal, picado con muchas veintenas de alfileres, antídoto muy poderoso contra los daños que podían irrogar las brujas á los rebaños. Entre los ganados casi innumerables de bueyes que todos los años envían de las montañas hácia el Sur, apiñas podría encontrarse uno tan sólo sin un nudo curioso en la cola; precaución muy conducente para que un mal ojo ó un encanto fatal no pueda dañar al animal.

Caso de hechicería, compuesta que tuvo lugar no ménos que en una época tan reciente como 1800. - La última historia escocesa sucedió en 1800, ó poco tiempo después, y todas sus circunstancias me son conocidas perfectamente. La carestía que reinó á fines del siglo pasado y á principios del presente, se hizo sentir en todo el mundo, pero sobre todo fué muy desastrosa para los pobres. Una vieja que vivía solitaria en una comarca distante y poco habitada, se ganaba el sustento criando gallinas, ocupación que requiere tanta atención y cuidado, que los propietarios, y aún las mujeres de los arrendadores, encuentran más ventaja en comprar gallinas de cierta edad, que darse la pena de criarlas. En el caso en cuestión, la envidia acusó a la vieja de emplear medios ilícitos para aumentar el provecho de su pequeño comercio, pero ella no e curó de de tamaña acusación. Sin lo como los otros la carestía de los años de que hallamos, y sobre todo porque los arrendatarios no querían venderle grano en tan corta cantidad como se lo permitía comprar su fortuna le forma que, si no podía procurárselo, diezmaba el hambre su pequeño corral. Condolida por semejante perspectiva, la señora fué á encontrar un vecino arrendatario, hombre muy de bien, sensato y atento, y le pidió por favor que le vendiera á cualquier precio una fanega de avena. «Señora mia, la dijo, siento no pode servirla pero m. grano está ya medido. mis carros cargados, como a patbr para el mercado de Dalkeith; abrir los costales para una cantidad tan corta

daría mucho trabajo, y no me tiene cuenta. Puede V. dirigirse á tal ó cual parte, pues estoy persuadido de que allí encontrará lo que desea. » Esta respuesta apuró la paciente de la vieja: así echó á pestañear contra el rico arrendatario y le deseo mal viaje. Separáronse después de haberse dicho mil pestes, y es muy cierto que, mientras los carros del arrendatario vadeaban el río no lejos de su hacienda, se rompió la rueda de uno de ellos y se averiaron cinco ó seis costales de grano. Dos circunstancias había que se consideraban en lo antiguo como esenciales y suficientes para constituir el crimen de hechicería: *Damnum minatum et malum secutum*. No sabiendo lo que debía creer, fué a consultar al jefe del condado sobre un caso tan extraordinario, más bien como amigo que como magistrado. Respondióle el jefe que las leyes contra abrujería estaban abrogadas, y sin mucha dificultad en presentarle la cosa bajo su verdadero punto de vista, es decir, como un accidente.

El muy extraño, aunque no menos cierto, que la misma acusada admitiese con más facilidad la doctrina del magistrado: recordóle que si no ponía freno á su lengua, se expondría necesariamente a ciertas sospechas, y si llegaban á ocurrir algunas coincidencias que irritasen á sus vecinos, no lo contaría seguramente por gracia en un momento en que no hubiese nadie para protegerla. Aconsejóla, por tanto que tuviese su lengua, añadiendo como creía que sus palabras é intenciones eran purísimas, y que en cuanto a el no tema temor ninguno. El benéfico escepticismo del jefe más bien la irritó, que otra cosa. «No quiera Dios, le respondió que os quiera ma, porque no sé cómo se hace esto; pero cuando deja de sobrevenir algún accidente,; sí digo lo que debiera callar y hablo con sobrada "risa ' » En una palabra, obstinóse en reclamar para sus palabras y deseos alguna influencia sobre el destino de los demás, que antes la hubiesen conducido á la hoguera, y cierto, sus expresiones, sus consecuencias, como la disposición á insistir en la eficacia de sus deseos la hubiesen hecho una víctima digna de las llamas. Esta historia apenas merece al presente ser contada, si no son algunos de sus incidentes parecidos á los que á tantos y tan trágicos acontecimientos.

Por último, está ya tan desacreditada la creencia en la hechicería, que sólo puede ser admitida por los cerebros en delirio, que creen tomar alguna importancia de una coincidencia producida por la casualidad y que baria costar la vida, como antes, á los que de ella se jactan. El autor conoce un enfermo hipocondriaco que cree ser víctima de unas brujas, á cuyos hechizos atribuye su enfermedad; de manera que sólo le falta un juez que se doble á sus ideas para reanimar de nuevo las opiniones antiguas sobre la hechicería.

---

[36] Mackensie, Ley criminal, pág. 43.

[37] Sinclair, Descubrimiento del mundo invisible de Satanás, pág. 13.

[38] Fountainhail, Colección de decisiones, tom. I, pág. 15.

[39] Mendigo escoces.

[40] Sinclair, Descubrimiento del Hundo invisible de Solanas, pág. 98.

[41] Lucii Apuleii, Metamorphoseon, lib. III.

[42] La música de aquella canción se ha perdido; pero se ha conservado la otra que se cantaba con mucha frecuencia, según dicen, en semejantes ocasiones,:

«A este pollo dadle un grano de trigo y medrará por ende.»

[43] Este singular extracto le debo á la fina atención de M. Pitcairn. No me parece desacertado participar al lector ingles que la jurisdiccion de Broughton comprendía á Hoiyrood, Carongate, Leith y otros arrabalaes de Edimburgo, y era á esta ciudad lo que el pueblo de Southwark es á Londer.

[44] Un amigo que no me ha dado su nombre me ha remitido una copia de este juicio, que tuvo lugar en el condado de Ayr; de forma

que sólo por medio de esta nota puedo manifestarle mi reconocimiento.

[\[45\]](#) Esta circunstancia puede recordad al lector El diablo enamorado de Carotte.

[\[46\]](#) Véanse las Decisiones de jurisprudencia, por Mountainhall, tomo I, pág.15.

[\[47\]](#) Law's Memoriale, publicarlo por C. S. Scharp; prefacio, pág. 93.

# CAPÍTULO X

## ASTROLOGOS Y APARECIDOS

Otras artes místicas además de la hechicería. — En tanto que el populacho se desvivía por penetrar en los arcanos del porvenir, consultando á la bruja ó al decidor de la buenaventura, decíase que los grandes alcanzaban el propio objeto por un camino mucho más expedito que les era peculiar, y que dominaba de más elevada esfera la misma térra incógnita. Varios senderos conducían á ella. La fisognomía, la quiromancia y otras artes proféticas é imaginarias ofrecían para ello su asistencia mística y hacían de guías.

Astrología, —Su influencia durante los siglos XVI y XVII.— El camino más lisonjero para la vanidad humana, y al propio tiempo el más seductor para la credulidad de los hombres, era el de la astrología, la reina de las ciencias místicas, que adulaba á los que en ella depositaban su confianza, persuadiéndoles á que los planetas y los astros en sus esferas influyen en el destino de los mortales y le predicen, y que un sabio conocedor de su lenguaje podía prever con alguna certidumbre los acontecimientos de la vida de un hombre, las probabilidades que tenía de hacer papel en el mundo, ser feliz en el matrimonio, obtener el favor de los grandes y responder á cualquier otra pregunta horaria, que así las llamaban, como le indicasen el instante preciso de su nacimiento. En el decurso del siglo xvi y gran parte del xvii, esto era todo lo necesario para poner al astrólogo en

estado de redactar un programa de la situación de los cuerpos celestes, en los que descubriría la vida futura del que le interrogaba, ó formar una carta de natividad con todas sus vicisitudes pasadas, presentes y venideras.

La imaginación estaba deslumbrada por una perspectiva tan brillante, y vemos que en el siglo XVI el estudio de esta ciencia quimérica era el objeto de un serio trabajo para unos hombres cuya inteligencia y talento estaban fuera de duda. El mismo Bacon juzgaba que podía descubrirse la verdad por medio de la astiología bien dirigida, haciendo una distinción entre el modo con que se practicaba por lo común aquel arte y el modo con que podía hacerse de ella un uso conveniente. Sin embargo, áun cuando Bacon hubiese podido enseñar la moderación con que debía hacerse uso de esta ciencia, no podía convenir en manera alguna al carácter de los que, inflamados por la ambición ó la codicia, pretendían comprender; explicar á los demas el lenguaje de los astros. Casi todos los otros ramos de los conocimientos místicos conducían á la pobreza; el mismo alquimista vivia de esperanzas que nada tenian de más sustancial que el humo de sus crisoles. Los trabajos del astrólogo le prometían una recompensa pronta. Enriquecíase con la esperanza y la credulidad de los que iban á consultarle, y vivia engañando á los demas y engañándose á si mismo. Los hombres más prudentes se han llenado de la idea de que les protegía y guiaba alguna influencia sobrenatural; desde el tiempo de Wallenslein hasta el de Bonaparte, la ambición y el triunfo han tenido confianza en la especie de fatalismo inspirado por la creencia que en el influjo de su estrella puede tenerse. De ahí resultó que esta ciencia fué poco cultivada por los que, fieles en sus observaciones y relatos, debieron reconocer su ilusión y vanidad á través de sus espléndidas pretensiones.

Ignorancia supina, (le los que practicaban este arte. —A aquellos hombres que buscaban la verdad con calma y desinterés sucedieron otros sugetos, á veces ingeniosos y siempre osados é impudentes, cuyo saber era una pura farsa, cuyas respuestas, al modo de los antiguos oráculos, estaban vinculadas en el deseo de engañar, y que

siá veces se encumbraban á las dignidades y á la fortuna, eran clasificadas con frecuencia entre los tunantes y los vagos. Un fondo suficiente de impudencia y algún conocimiento rutinario de los términos del arte, eran todo lo suficiente para pasar plaza de astrólogo. El efecto natural del carácter de los profesores de aquella ciencia, fué la degradación de la ciencia misma; Lilly, que escribió la historia de su vida y de su siglo, menciona en esta obra curiosa los hombres más grandes de su tiempo que tuvieron pretensiones á la astrología, y los describe á todos, casi sin excepción, como impostores indignos, como zánganos codiciosos, abandonados á todo linaje de vicios y enganando groseramente á los locos que les consultaban. De lo que dice su propia historia se deduce que el mismo Lilly, hombre ignorante y de baja esfera, tenia un carácter asaz propicio para engañar á los demas, y acaso para engañarse á sí mismo, como le sucedió á fuerza de leer á una edad avanzada algunos tratados de astrología compuestos por sugetos ménos hábiles por ventura, pero dotados de más pretensiones que él á la ciencia.

Historia de su, Vida y de su Tiempo, por Lilly. — El público, sin embargo, continuó dejándose engañar por medio de groseras imposturas, bien que originadas de tan impuro manantial. Abrazaron los astrólogos partidos diferentes durante la guerra civil, y el rey por una parte, y por otra los caudillos parlamentarios, deseaban igualmente saberlo que Lilly, Wharton ó Gadbury habían descubierto en los cielos sobre el resultado de la contestación y no vacilaban en creerlos. Era Lilly un hombre prudente que sabia tender las velas de su barco profético, de modo que siguiese la corriente del tiempo y recibiera la influencia del viento de la fortuna. Nadie supo descubrir con más acierto el curso de los infortunios de Carlos 1, desde el punto en que comenzaron. En tiempo de la república previo la destrucción per pétua de la monarquía, lo cual no le impidió en '1660 vaticinar la restauración de Carlos II. Obtuvo algún crédito, hasta entre las clases superiores, como que Atibray y Ashmole se decían amigos suyos, siendo sin duda hombres á cual más crédulos, relativamente á las ciencias ocultas.

Sociedad de los Astrólogos. — Celebraban los astrólogos anualmente un banquete público, donde los tunos eran honrados con la compañía de los locos, que tomaban el título de Alómalos, es decir, aficionados á las matemáticas, nombre que distinguía aún á los que alentaban el estudio de las ciencias místicas, las más opuestas en lo posible á las ciencias exactas. Raras veces dejaba de asistir Elias Ashmole, muy honorable escudero, » á quien está dedicada la

Vida de Lilly, y muchos hombres dotados de conocimientos y hile» sentido honraban aquella reunión con su presencia. Hallábase comunmente en la sociedad el original del retrato hecho por Congrève, de un hombre como Foresight, burla de la astrología y de las artes semejantes. Pero los astrólogos del siglo mi no se concretaron á las estrellas. No tenia el fraude una provincia en que no hiciesen escur- siones. Era su conducta la más escandalosa, como que suministraban placeres á los ricos, y, como empíricos, vendían tósigos destinados á los usos más infames. En vista de todas estas razones, el pueblo detestaba á los astrólogos de tos grandes, con el mismo odio que tas brujas más vulgares de su propia clase.

El doctor Lamb, protegido por el duque de Buckingham, que, como otros favoritos omnipotentes, alentaba la astrología, fué descuartizado eu 1640, en la ciudad de Londres, por el populacho enfurecido. Trece años después ahorcaron por bruja á su criada en Salisbury.

El doctor Forman.—En el infame asunto del envenenamiento de sir Tomas Oresbury, en tiempo del rey Jaime, se hace mención de la ciencia y habilidad del doctor Forman, otro profesor de astro- logia de la misma especie que Lamb, que fué consultado por la condesa de Essex sobre el mejor modo de dirigir su intriga criminal con el conde de Sommerset. Cuando estalló aquel enredo, habia muerto ya, sin que la hubiesen condenado á la horca, como á sus cómplices, si no son dos partes principales autores de aquel crimen atroz. Cuando se juzgó aquella causa presentaron al tribunal algunas moñas que su partido miró con horror, considerándolas como los encantos más terribles. Hasta se decia que el diablo iba á dar al

traste con la sala de audiencia, por haberlas descubierto. En concepto de otros muchos, uo eran más que unos maniqués para modas nuevas.

Establecimiento de la Sociedad Real. —Patridge. — Consagrado á estudios muy diferentes del de h astrología, contribuyó dicha Sociedad á desacreditar esta última ciencia; y aunque la credulidad de los ignorantes continuó defendiendo á algunos individuos que tenían pretensiones á ella, comenzóse á cubrir de sátiras y menosprecio el nombre de (dómalos que tomaban ellos y sus clientes. Cuando sir Ricardo Steele publicó el periódico titulado El Guardian, quiso hacerse él astrólogo bajo el nombre de Néstor Franside; en consecuencia hizo predicciones, una de las cuales anunciando la muerte de un tal Palridge, antes zapatero, pero á la sazón editor de un almanaque astrológico, y promovió una controversia que fué sostenida alegremente por Swift y otros bufones. Acaso esta controversia y la elegía de Swift sobre el mismo personaje fueron una de las últimas ocasiones en que la astróloga haya sido objeto de risa para el buen pueblo inglés.

Relaciones de los astrólogos con los espíritus elementales. — En un tratado de hechicería no debe pasarse por alto aquella desacreditada ciencia, como que los antiguos astrólogos pretendían estar en relaciones con los diversos espíritus de los elementos, según ios diversos principios de los Rosa Cruz, bien que negaban valerse de la nigromancia, es decir, de la magia negra ó ilegal. Aseguraban que: podían tomar á su servicio algún espíritu, sífide ó salamandra, aprisionarlo en una sortija, en un espejo, en una piedra, y obligarle i salir cuando le evocaban y responder á las preguntas propuestas por el que Ies consultaba. Es muy de notar que el sabio no pretendió ver por sí mismo aquel espíritu, que este cargo se hallaba confiado á un tercero, de ordinario joven, que aún no llegaba á la pubertad.

El doctor Dee, excelente matemático, tenia uua piedra de esta naturaleza, y diz que él mismo era la burla de las relaciones que lo | hacia sobre las acciones y las respuestas de los espíritus un tal Felty,

encargado de verlos por él. A sus asociados debió el desgraciado Dee la pérdida de su fortuna y de su reputación. En el Museo británico se conserva todavía, entre otras curiosidades, la piedra ó espejo de que se servía. El célebre conde Cagliostro se valió de alguna superstición de! mismo género en el curso de la intriga del collar de diamantes en que se vió complicada María Antonieta.

Dejando á un lado esta clase general de impostores, hablaremos en pocas palabras de algunas de las principales supersticiones que acaso eran antiguamente comunes á todos los países de Europa, pero que ya sólo se encuentran en los que se hallan habitados por una raza pura y primitiva. Una de las mejores es la ficción irlandesa, que asegura á ciertas familias antiquísimas y distinguidas el privilegio de tener una banshie ó hada doméstica, que debe mostrarse llorando para anunciar la próxima muerte de una persona de aquella raza privilegiada. M. Crofton, Croker y otros autores han hecho mención reciente de algunas investigaciones tan interesantes sobre esto punto, que bien puedo prescindir de entrar en pormenores más circunstanciados. Si no estoy mal informado, el honor de tener una banshie sólo se concede á las familias de puro origen milesiano, mas no á descendiente alguno del más orgulloso normando ó del más osado sajón de cuantos han seguido la bandera del conde Strongbow, y mucho ménos á los aventureros establecidos después en la isla Verde.

Superstición semejante en las montañas de Escocia—Muchas familias de las montañas de Escocia optaban en lo antiguo por la distinción de tener también un espíritu doméstico que llenaba las funciones mismas que la banshie de Irlanda. Sin embargo, los deberes de aquel espíritu, cuya forma y exterior variaban con las circunstancias, no se ceñían á anunciarla muerte de aquellos cuyos días eran contados. Los montañeses sabían exigir otros servicios, como el apartar de sí los peligros de un combate, velar por el hijo que debía ser heredero suyo y ponerle á cubierto de todos los riesgos peculiares de su edad, y á veces intervenir hasta en los juegos del caudillo, indicándole el naipe que debía jugar, ó la ficha que debía avanzar en el ajedrez. Entre estos espíritus que han

querido probar su existencia en los tiempos modernos<sup>1</sup>, so halla el de uno de nuestros abuelos, de la familia Mac-Lean, de Lochbuy. Antes de la muerte de uno de aquellos descendientes, aquel fantasma-jefe corre por la playa del mar, á poca distancia del castillo, y anuncia el suceso por medio de aullidos y de sollozos. Diz cómo aquel espectro habia rondado y aullado por espacio de muchos años cuando se supo la muerte del valiente jefe de la familia, mientras servia en Lisboa bajo las órdenes de lord Wellington, por cuyo motivo no les sorprendió mucho.

El Brownie. — Méenos nobles son el origen y las ocupaciones de! Brownie de Escocia, del que hemos hablado ya como parecido á Hobin-good-fellow, en los bellos dias de la antigua Inglaterra. Este espíritu se desterraba fácilmente, ó le pagaban para que se fuese, pues que sólo se trataba de ofrecerle víveres ó vestidos. A muy pocos, sin embargo, parecía prudente despedir un criado tan útil, que les servía sin estipendio ni percance ninguno. A veces era peligroso negarse á recibir la asistencia de Brownie. Dice Brond, que un jóven de las Oreadas « acostumbraba á hacer cerveza y leer su Biblia. » Una vieja que habia en su casa le dijo cómo no le cuajaba macho que se ocupase en la lectura de este libro, de forma que á continuarla dejaría su servicio. Habiendo, empero, el jóven tomado mejores instrucciones de aquel libro que disgustaba á Brownie, no quiso hacerle este sacrificio. De ahí resultó que sus dos primeras cervezas se corrompieron sin que pudiesen servirle de nada, porque la fermentación cesó enteramente, y el licor se resfrió. La tercera le fué mejor, como que produjo una cerveza muy fuerte y excelente, y desde entonces no supo del tal Brownie. Cuéntase otra historia del mismo género de una señora de Vint que se negó por principios religiosos á hacer el mismo sacrificio, según se lo exigia su espíritu doméstico.

Verdad es que sus dos primeras cervezas le salieron mal; pero la tercera le fué á más y mejor, y el Brownie abandonó por ende aquella casa inhospitalaria donde habia prestado largos y fieles servicios. El último punto del sur de Escocia, que dicen haber sido

honrado ó haber aprovechado los servicios de un Brownie, fué Bodsbeck, en el Maffatdale, lo cual ha sugerido un cuento muy divertido á M. James Hogg, el Genio de la selva de Eltñck, que sólo debe su instrucción á si mismo.

Aparecidos. — Estas supersticiones particulares son sobrado cir-  
«inscritas para exigir una discusión especial. Hemos hablado ya de la creencia general en las hadas, pero falta decir alguna cosa de otra especie do superstición tan general, que puede decirse que es propia á todo el género humano en todos los climas, y tan profundamente arraigada en la creencia de los hombres, que sobrevive en la sociedad á todas las demas ideas supersticiosas que cesan de tener algún» influencia. M. Crabbe, con la feliz elección de palabras que le caracteriza, ha llamado á la creencia en los aparecidos, «la última ficción que no se halla aún bien eslirpada del entendimiento humano.»

Creencia de los filósofos antiguos.—A primera vista parece natural que la memoria recuerde con una semejanza perfecta la forma y las facciones de algún sugelo con quien se ha vivido mucho tiempo, ó que ha impreso en el alma de un modo indeleble alguna circunstancia muy notable, durante las relaciones con él tenidas. El hijo no olvida fácilmente la fisonomía de su padre, que le idolatraba, y por una razón contraria, aunque no ménos poderosa, la de un hombre asesinado, está grabada en la imaginación de un asesino. Hay muchas circo usía netas accesorias y sobrado evidentes para recapituladas, que constituyen la supuesta aparición de los difuntos, el fenómeno fantasmagórico más ordinario de cuantos han tenido lugar cutre los vivos. Todo lo que hemos dicho en orden á estas apariciones sobrenaturales en general, se aplica con una fuerza particular á la creencia en los aparecidos; y sea que la causa de la ilusión esté en luía fantasía exaltada, sea que consista en alguna alteración del sistema orgánico, ello por lo común se muestra de esta última suerte. El mismo Lucrecio, el más absoluto de los excépticos, considera la existencia de las almas y su aparición frecuente como hechos incontestables que se esfuerza en explicarlos con admitir una clase de fenómenos de todo punto incompatibles

con su sistema general. Coma no cree en la existencia del alma, y el propio tiempo no acierta á dudar de las apariciones que pretendían salir del féretro, da ahí es que se ve forzado á admitirla creencia de que el cuerpo se compone de diversas cortezas, como una cebolla, y que la última continúa vagando cerca del sitio donde enterraron al muerto y conserva todas las facciones que tenía en vida.

Observaciones sobre la fé debida á tales historias en los tiempos modernos. —Hemos dicho cómo hay muchas historias de aparecidos, que no tenemos derecho á calificar de imposturas, por cuanto que no ignoramos que los que las refieren creen verdaderamente lo que aseguran y pueden tener buenas razones para hacerlo, aunque el fantasma que creyeron haber visto no tenía realidad. Por tanto, estamos muy lejos de suponer que semejantes historias sean apócrifas. Es muy fácil de suponer que el visionario se deja alucinar por un ensueño animado, por la exaltación de la fantasía, por la equivocada relación de los órganos alterados de la vista, y en una ú otra de estas circunstancias creemos hallar la solución de lo que llaman historias verdaderas de aparecidos.

Raras veces se discuten con exactitud las pruebas de semejantes apariciones. Una historia sobrenatural es recibida casi siempre como un modo agradable de divertirá la sociedad, y más que como moralista importuno, se tendría por compañero divertido el que se ocupara en demostrar que no es creíble. Sería un solecismo de civilidad semejante al del sabio que atacase el valor de las antigüedades que mostrase un anticuario inteligente para diversión de sus huéspedes.

Esta dificultad parecerá más de bulto si una compañía tiene la rara fortuna de dar con una persona que ha visto por sí misma las maravillas que refiere. En tales circunstancias todo hombre bien educado se abstendrá de un contra-interrogatorio, semejante al que tiene lugar en una audiencia, y si por casualidad se permite recurrir á él, corre el riesgo de recibir, áun de las personas más francas y respetables, respuestas más propias para sostener el crédito de la historia que se creen obligadas á corroborar, como para aseverar la

verdad pura. Si al que cuenta se le hace una pregunta poco importante en orden á la aparición, responde á tenor de las ideas que le sugiere la imaginación imbuida en la creencia del hecho genera!, y de esta suerte hace que añade nuevos pormenores sin soñarlo tan siquiera. En verdad no es muy común, que digamos, encontrar la ocasión de tratar con alguna persona que haya visto un aparecido, pero no dejo yo de haber visto algunos ejemplos: hablo de personas de talento, prudentes, sinceras y nada cobardes, con cuya veracidad podia contar. En estos casos se han manifestado alguno que otro signo de enagenacion mental, lo cual explicaba más que suficientemente las supuestas apariciones, y me inducirá constantemente á concebir temores sobre la continuación de la salud de uu amigo que creyese haber visto aparecidos.

La prueba aproximativa más satisfactoria que se puede aducir en semejantes casos, es la palabra de algún sugeto que ha sabido por ventura la historia de la persona á quien ha ocurrido, y más probablemente de algún miembro de su familia ó de algún amigo de esta familia. Por lo común la prueba mejor que puede alegar el bueno del que cuenta, es que vive en la comarca que ha sido el lugar de la escena ó que conoce perfectamente el exterior de la casa, en cuyo interior se dice que ha aparecido el alma del difunto.

Testimonio de un aparecido contra un asesino. — El que refiere semejante historia de segunda mano, debe encontrarse en el mismo caso que un testigo que hacia su declaración ante un tribunal de Inglaterra. Tratábase de un asesinato y dice que iba á relatar sus circunstancias, según se las habia contado el alma de la persona asesinada. «Un momento, caballero, le dijo el juez; el alma es un testigo excelente y su declaración será la mejor posible, pero no puede escucharse por procuración en este tribunal. Intimadle que comparezca y yo mismo le escucharé; pero vuestra declaración no es más que un dicho y mi deber me veda el admitirlo. — Muchas veces se quiere que creamos un acontecimiento incompatible con las leyes de la naturaleza, sobre la palabra de un hombre que no tiene más garantía que la de tres ó cuatro personas que se han contado sucesivamente una historia.

El alma de sir Jorge Willier. — Calculando la verdad ó falsedad de semejantes historias, es evidente que no podemos encontrar de ellas prueba ninguna en aquella época de la sociedad en que cada cual aseguraba y creía firmemente todas las maravillas que podían fraguarse. Si graves historiadores han contado y creído tales historias, es tan sólo una prueba de que los hombres más sabios no pueden sobreponerse á la ignorancia general de su siglo. En vista del testimonio de semejantes historiadores, podríamos creer en los prodigios de la antigua Roma, lo mismo que en los milagros de la Roma moderna. En Clarendon leemos que el alma de sir Jorge Williers apareció á uno de sus antiguos vasallos. Es sin contradicción un hecho referido por un autor grave en una época en que todo el mundo creía en tales historias; mas ¿acaso debe por esto nuestra razón admitir como constante lo que está desmentido tan positivamente por la voz de la naturaleza en todas sus obras ? El milagro de la resurrección de un muerto fué negado redondamente por nuestro Salvador á los judíos que se le pedían como una prueba de su misión, por tener ya motivos suficientes de convicción, y la persona divina dedujo irresistiblemente que en adelante no creerían tampoco en la aparición de un muerto á los vivos. Dejo á un lado la suposición de que Jowers, ó sea el que había visto el espíritu, deseando producir una impresión sobre Buclingtonham, como antiguo criado de su casa, podía verse tentado á exponerle su dictamen, cuyo objeto no nos manifiesta el historiador bajo el nombre del alma de su padre, y dar autenticidad á su relación con mentar alguna circunstancia que conocía, como antiguo criado de aquella familia. Era el duque muy supersticioso y muy dispuesto á dejarse engañar por los adivinos y por los astrólogos. El modo con que provocara el furor del pueblo debía advertir ó cualquier hombre de juicio de su destino próximo [\[48\]](#) y atendido el siglo en que vivía, era asaz natural que un amigo fiel se apoderase de este medio para embargar su atención sobre su peligroso estado. Pero si suponemos que este incidente no fué un mero pretesto para obtener acceso al oído del duque, el presunto mensajero puede dejarse alucinar por un vano ensueño. En una palabra, pueden formarse mil conjeturas para

explicar aquel acontecimiento por medios naturales, y lo más extravagante es más probable que la suposición de que se han suspendido las leyes de la naturaleza, para dar un consejo vano é inútil á un favorito ambicioso.

Las demas historias del mismo género son tan numerosas como conocidas. Los filósofos han reconocido que la aparición que se ve en la montaña de Brochen no es más que una reflexión que hace que la sombra del viajero se dibuje en las nubes y parezca de una estatura colosal y casi inconmensurable. Una ilusión semejante ha hecho que en el Westmoreland y en otros países montañosos se hayan muchos imaginado ver tropas de caballería y ejércitos haciendo marchas y contramarchas, siendo así que no eran otra cosa que la reflexión de algunos caballos que pacían en una montaña opuesta y viajeros pacíficos.

El sitio de la escena contribuye á ocasionar una tendencia á la superstición. — Una historia muy curiosa de esta naturaleza me ha comunicado el hijo de la señora que desempeña en ella la parte de protagonista, y contribuye á demostrar de cuán débiles materiales puede formarse algunas veces una aparición respetable. En su juventud vivía con su padre, que era un sugeto muy sensato y de resolución. Su casa estaba situada en la calle mayor de una ciudad bastante populosa, y tenía á la espalda una capilla de anabaptistas, de la que estaba separada por medio de una huertecita. Esta joven se daba á veces á su gusto romántico á la soledad, y pasaba toda la tarde sentada en su aposento hasta la puesta del sol y aun, hasta bien entrada la noche. Un dia quedó sorprendida al ver una figura brillante, cual de algún sér aéreo, dando vueltas frente de la cimbrada ventana de la capilla. Ceñía sus sienes la aureola con que adornan los pintores los santos de la iglesia católica; y mientras estaba contemplando aquel objeto extraordinario, vió cómo la figura la saludaba con mucho garbo, cual para demostrarle que la veía, y luego desapareció. Á virtud de tan sorprendente visión, se puso turbada, como que su padre lo echó de ver, y habiéndole referido cuanto acababa de pasarle, prometiéndole velar con ella la noche siguiente. Llegó el crepúsculo, y nada se vió; mas en cuanto se hizo

noche, mostróse la misma figura mujeril dando vueltas frente de la misma ventana y haciendo los mismos saludos que la víspera. «¿Qué le parece á V.?» preguntó la joven atónita á su padre, a Que lo que estamos viendo no tiene nada de sobrenatural. » Era una vieja que acostumbraba ir de noche al jardín para coger berzas; la linterna que llevaba en la mano reflejaba su forma en la ventana, y cuando se inclinaba para coger una col, su imagen parecía hacer un saludo.

El tálento de los autores que componen historias de aparecidos les hace valer. — Hay otra suerte de ilusión que induce á creer en las apariciones sobrenaturales, y es efecto déla destreza de los autores que han escrito semejantes historias del modo más propio para hacerlas creíbles. Defoe, que poseía mucho talento para presentar como digno de crédito lo que precisamente era todo lo contrario, no ha dejado de mostrar su superioridad en este género de composición. Conocia un librero que, habiendo tirado muchísimos ejemplares de la obra de Drelincourt, Sobre la muerte, fué á piafarse á Defoe por la pérdida que podia experimentar. Como que el autor no tenia pelo de tonto, aconsejó á su amigo que pusiera por vía c complemento la célebre relación del alma de mistriss Veal, que c intento escribió con tantas apariencias de verdad, que la historia tuvo

tina aceptación extraordinaria, y de la obra de Drelincourt Sobre la muerte se vendieron muchos miles de ejemplares. La historia, con ser ya de suyo increíble, como que no está vinculada en la menor prueba, fué recibida como verdadera, merced á la adición de algunas circunstancias accesorias.

El alma de mistriss Veal.— Pruebas de apariciones por Dunton. — Verdad es que Defoe debe considerarse sin rival en este género de composición; nías no eran necesarios sus talentos para llamar la atención pública sobre un cuento de aparecidos. John Dunton, autor- zuelo muy acreditado en su tiempo, consiguió que el público dispensara buena acogida á una historia que intituló: Prueba de las Apariciones. El principio no ofrece nada de particular. En Mynehead, condado de Somerset, vivia una vieja llamada mistriss Leckie con sil

hijo único y su nuera. El hijo hacía el comercio con Irlanda y se le suponía un patrimonio de ocho á diez mil libras esterlinas. Tenían una hija de cinco ó seis años de edad. Esta familia era muy respetada en Mynehead, particularmente la vieja mistress Leckie por su índole comunicativa y su amabilidad. Llegó su día, y después de su muerte, se apareció muchas veces en su casa y fuera de ella, así de noche como de día.

Volviendo un médico de paseo, encontró el espectro de aquella señora, la saludó muy cortesmente y aun la acompañó una buena pieza. Observando no obstante que aquella mujer no movía los labios mientras hablaba, comenzó á sospechar y le manifestó el deseo de dejarla. Ofendida por ello, el alma se zampó en el primer pasadizo que encontraron, y le impidió el paso ternas 110 por esto dejó de pasar, bien que con dificultad, y no sin dar un buen topetón acompañado de un consejo de ser más comedido con la primera vieja que encontrase. « Este lance, dice John Dunton, no tiene comparación con has que tuvo en la casa de su hijo y en otras partes. En medio del día se mostraba en el muelle de Mynehead gritando: «¡Una barca! ¡una barca! y si los marineros no hacían caso de ella, estaban seguros de encallar; pero si se le allegaban, les sucedía lo propio, de forma que era igualmente peligroso darla gusto que desairarla. Tenía su hijo muchas embarcaciones que viajaban entre Inglaterra é Irlanda; y en cuanto atracaban á la costa, aparecíase á bordo el alma de aquella señora con el mismo traje que mientras vivía, dando un silbido. Aun cuando la mar estaba en calma, se levantaba una tempestad horrible y el buque se estrellaba contra las rocas, dando al traste con todo su cargamento y salvándose tan sólo la tripulación, «porque el demonio no había recibido de Dios el permiso de hacerla morir.» De esta suerte, á fuerza de apariciones y naufragios, hizo de su hijo un comerciante pobre, como que toda su fortuna estaba sumergida en el mar. Por último, no halló este ningún buque que quisiera recibir sus mercancías ni marineros que le tripularan, porque nadie quería arriesgar su vida y sus intereses. Aquel alma frecuentaba la casa de su hijo de día como de noche; pero siempre dijo que nunca la había

visto. Á veces su esposa, miéntras estaba durmiendo, exclamaba repentinamente: « ¡Esposo mió ! ¡ mira, allá va tu madre I » Y si en esto se volvía á la derecha,, el espectro se trasladaba á la izquierda, y cuando miraba á la izquierda, él se trasladaba á la derecha. Una noche su hija única, que tenia cinco ú seis años de edad, y dormía en una cama pequeña junto á ellos, exclamó; « ¡ Papá mió ! ¡ mamá mia !; socorro ! ¡ que me matan ! ¡ mi abuela 1 ¡ mi abuela 1 » No bien se hubieron levantado para ir al auxilio de la pobre niña, el espíritu la habia asesinado ya. Esta aflicción fué la mayor de todas; como que después de haber perdido su fortuna, perdían á su hija. Ocioso es describir su pena y desconsuelo. Después de haber celebrado sus exequias, un dia que su marido tuvo que salir, la jóven mistriss Leckie subió á su aposento para vestirse, y mirándose al espejo, vió la cabeza de su suegra, la vieja hechicera, asomando sobre su espalda. Aquella vista le infundió un terror horrible, pero procurando calmar su espanto y recobrar el ejercicio de sn razón, dirigió á Dios una jaculatoria silenciosa, se volvió y le dijo: « En nombre de Dios, ¿ por qué me atormentáis así ?—¡Paz! respondió el espectro, que no te. haré ningún daño. — ¿ Qué me queréis ? » repuso la jóven, etc. Dunton, que cuenta esta historia, probablemente parlo de su imaginación, habla en seguida de una misión que encarga el espíritu á mistriss Beckie para denunciar á Acherton, obispo de Waterfurd, hombre culpable é infeliz que fué en seguida ejecutado. Pero esta parte de la historia es sobrado desagradable y fastidiosa para que nos ocupemos de ella.

Fue tan profunda la impresión que hizo esta historia en el ánimo de los habitantes de Mynehead, que, segun dieen, la j da de mislnss Leche se ha conservado entre ellos por tradición, y cuando hs marmos de aquel puerto sufren una tempestad, creen oir el silbido de la implacable bruja que lanías desgracias acarreó á su familia. Como quiera, la digresión que hemos hecho sobre este punto es ya demasiado prolija, y podria degenerar en fastidiosa si «asistiésemos mas en la especie particular de espíritu que es indispensable para inventar y redactar historias de esta naturaleza.

Diferencia de la superstición en diversas épocas de la vida. — Puedo sin embargo, añadir que el interés de la relación depende mucho de la edad de la persona á quien se hace, y que la vivacidad de la imaginación de los jóvenes que nos induce á pasar por encima de los muchos absurdos para gozar de algunos rasgos notables, desfallece al alcanzar la edad madura y al entrar en las regiones más graves y sombrías que se encuentran en lo sucesivo. De mí se decir que en dos épocas de mi vida, muy distintas una de otra, me he visto en situaciones favorables al desarrollo de ese grado de terror supersticioso a que mis paisanos dan el nombre expresivo de *ecrie*.

Noche pasada en el castillo de Glamis en 1791. — En la primera de estas ocasiones no tenía más que diez y nueve ó veinte años. Es el caso que me tocó pasar una noche en el magnífico y antiguo castillo baronial de Glamis, mansión hereditaria de los condes Strathmore. El exterior de aquel añoso edificio y las tradiciones á él concernientes concurren á hacerle muy propio para hacer impresión en la fantasía. Fué teatro del asesinato de un rey de Escocia muy antiguo, no del gracioso Duncan, sino de Malcolm II. Contiene además un monumento secreto del peligro de los tiempos feudales, un cuarto secreto, cuya entrada á tenor de la ley que se ha impuesto aquella familia, o el uso que ha prohijado, solo debe ser conocida de tres personas, á saber: el conde de Strathmore, su heredero presuntivo y otro cualquiera de confianza. El grueso de las paredes y las extrañas distribuciones del interior arguyen la grande antigüedad de aquel edificio. Como que el difunto conde de Strathmore residía muy poco en aquel castillo, contenía muy pocos muebles en la ocasión de que hago mérito, y aun estos eran ^mámente viejos, lo cual, junto con los escudos de caballería que de las paredes colgaban, contribuía mucho al efecto general de conjunto. De. - pues de haber recibido una acogida hospitalaria del difunto Pedro Procter, senescal entonces del palacio, en ausencia de lord Strathmore, me acompañaron al aposento que me habían destinado y que se hallaba en un rincón del castillo. Debo confesar que que cerraban todas las puertas y mi conductor me había dejado comencé á considerarme sobrado lejos de los vivos y muy cerca de los muertos. Habíamos

pasado á través de lo que llaman «la Camara del Rey,» que es un cuarto abovedado y guarnecido con varios trofeos de caza, y que la tradición señala como la escena del asesinato de Malcolm. Estaba yo en la idea de que no distaba mucho la canilla del castillo.

Toda la escena nocturna del castillo de Macheth se presen o repente á mi imaginación, y me la aterró más que cuando vi posteriormente todos sus horrores representados por el difunto John Semble y su inimitable hermana; en una palabra, experimente sensaciones ingratas, y cuenta que no tenia yo nada de tímido ni supersticioso.

Visita á Demevegam.-En1814 el acaso me puso en una situación muy semejante á la de que acabo de hablar.

Hada un viaje de recreo con algunos amigos al rededor de la costa setentrional de Escocia, y habíamos entrado ya en el Salobre que hay bajo del castillo de Demvegan, cuyas torres, situadas en la eminencia de una peña, se levantan inmediatamente sobre las aguas. Como la mayor parte de nosotros, y yo mas que todos, éramos muy conocidos del lord de Macleod, fuimos recibidos en su castillo con toda la hospitalidad montañesa, y nos vimos en una sociedad civilizada. La parte más moderna del castillo fue construida bajo el reinado de Jaime VI, y la restante se atribuye a úna epoca más remota de que no habla la tradición. El lord actual de Macleod juntó su castillo con la villa Skye por medio de un puente levadizo; pero es de creer que anteriormente su acceso era muy difícil. Ello es que la idea dominante al construirle fué más que hacele comodo, seguro, y sólo se podia entrar en él por una caverna abovedada abierta en una roca, á donde se subía desde la playa del mar por medio de una escalera, bien así como en los castillos que se hallan descritos en las novelas de mistress Radclíffe.

Este castillo, situado al extremo de las montañas de Escocia, no podia ménos de tener sus leyendas supersticiosas y otras historias conservadas por la tradición, propias para matar el tiempo Intermedio entre la música y el canto que resuenan todavía en los salones de Demvegan, como en la época de que ha hablado

Johnson. Vimos las armas antiguas y los preciosos monumentos de aquella familia ilustre; el dirk y el sable de Rovie Mhar, el cuerno de beber que podría embriagar á tres caudillos de tribu en nuestros relajados tiempos; la solemne copa de los reyes de la isla de Man, y no debe pasarse en silencio la bandera encantada que dió la reina de las hadas á un Macleod, bandera mágica que triunfó completamente en dos batallas campales y que debe ondear todavía en otra, que ha de ser la más sangrienta y última, después de la cual la reina de las hadas volverá á tomar su bandera y se llevará el porta-estandarte.

Macleod y su esposa tuvieron la bondad de ofrecerme el aposento que se suponía frecuentado por los espíritus y que consideraban muy interesante para mí, como á extranjero que era. Á medía noche tomé posesión de él, y si no son algunos tapices y el grueso de las paredes que argüian una grande antigüedad, nada podía ser más cómodo que el ajuar de aquel aposento. Sin embargo, la vista que ofrecían las ventanas podía hacer vibrar las cuerdas más sensibles de la superstición. Un viento de otoño, que tan pronto serenaba el ciclo como acarreaba grandes masas de vapores, encrespaba las aguas del lago, cuyas olas iban á estrellarse con furor contra la playa y cubrían de espuma los peñascos, que alzándose del seno del mar bajo una forma semejante á la figura humana, han obtenido el nombre de Hijas de Macleod, Aquella noche las rocas parecían representar con bastante perfección aquellas deidades noruegas llamadas « las que eligen los muertos y caminan sobre las tempestades.» Era aquella escena tan imponente como terrible, como que por las ventanas se veía sobre una plataforma una batería antigua que no ha mucho tiempo sirvió para los piratas. Descubríase en lontananza aquella parte de las montañas de Quillan, que por su forma han recibido el nombre de Mesas redondas de Macleod. Oíase de vez en cuando el susurro de una cascada que llaman la Nodriz de Rorie Mhor, en razón de que este jefe dormía mucho mejoren su contorno. Tal era el aposento de Demvegan, y, para usar los mismos términos del doctor Johnson, que ha impreso su recuerdo en aquel apartado sitio, «miré en torno y quedé sorprendido de estar tan

tranquilo; y es que no siempre se halla el ánimo igualmente dispuesto á conmoverse.» En una palabra, tengo necesidad de confesar que de todo cuanto veía y oía, lo más atractivo para mí era una mullida cama, donde esperaba indemnizarme de las malas noches pasadas á bordo, y así fué en realidad, como que dormí profundamente sin soñar con duendes ó aparecidos hasta que por la mañana vino mi criado á despertarme.

Síguese de aquí que los cuentos de brujos y demonios no tienen interés alguno para el hombre que se ve ya con cuarenta años acuestas; que este sentimiento de superstición sólo en la aurora de la vida « se cierne sobre nosotros cual nube de verano » y nos inspira un miedo que tiene un no sé qué de grave y solemne, y estoy para creer que para escribir sobre esta materia debía elegir una edad en que pudiese verificarlo con más vivacidad, darle más interés y deleitar al ménos ya que no pudiese instruir. La disposición de los ánimos en este momento parecen muy poco conducentes para obras de una naturaleza tan fantástica, y el artesano más rudo reúne la instrucción suficiente para burlarse de las ficciones á que en lo antiguo daban crédito los hombres más ilustrados de su siglo.

Hablando, sin embargo, con sinceridad, no puedo disculpar enteramente la credulidad de mis paisanos; como que manifiestan todavía señales evidentes de superstición y de cierta tendencia á creer en las doctrinas que enseña. Los marinos traen siempre á colación el dicho proverbial de que cada hombre debe durante su vida zamparse una fanega de basura; así cada generación de la raza humana debe engullir una fanega de sandeces. Parece, no obstante, que han degenerado ya las faltas más groseras de nuestros padres y que ha cundido sobradamente el sentimiento de la humanidad para que no se piense más en atormentar á los miserables hasta que confiesen lo imposible y arrojarles á una hoguera en galardón.

**FIN**

[48] El duque de Buckingham fué asesinado poco tiempo después.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE  
[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO  
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**